

240

do Martínez Carrizales  
ador



# El orden cultural de la Revolución Mexicana

Sujetos, representaciones, discursos y universos conceptuales



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



Colección 2010

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES es doctor en letras y profesor-investigador adscrito al Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, donde se desempeña como integrante del Comité del Posgrado en Historiografía. Actualmente desarrolla un proyecto de investigación sobre los discursos y las representaciones de las minorías letradas en el México independiente. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores.

Es autor, entre otros libros, de: *La sal de los enfermos. Caída y convalecencia de Alfonso Reyes. París 1913-1914*; Alfonso Reyes-Enrique González Martínez, *El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1913-1914* (estudio, edición y notas); *El recurso de la tradición. Jaime Torres Bodet ante Rubén Darío y el modernismo.*



**El orden cultural de la Revolución Mexicana**  
Sujetos, representaciones, discursos y universos conceptuales



# El orden cultural de la Revolución Mexicana

## Sujetos, representaciones, discursos y universos conceptuales

*Leonardo Martínez Carrizales*  
Coordinador



2893729



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

Coordinación General de Difusión / Dirección de Publicaciones y Promoción Editorial  
Unidad Azcapotzalco / Coordinación de Extensión Universitaria



Casa abierta al tiempo

## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

RECTOR GENERAL

*Enrique Fernández Fassnacht*

SECRETARIA GENERAL

*Iris Santacruz Fabila*

COORDINADOR GENERAL DE DIFUSIÓN

*Raúl Francisco Hernández Valdés*

DIRECTOR DE PUBLICACIONES Y PROMOCIÓN EDITORIAL

*Bernardo Ruíz*

SUBDIRECTORA DE PUBLICACIONES Y PROMOCIÓN EDITORIAL

*Laura González Durán*

RECTORA UNIDAD AZCAPOTZALCO

*Paloma Ibañez Villalobos*

SECRETARIO DE UNIDAD

*Darío Eduardo Guaycochea Guglielmi*

COORDINADOR GENERAL DE DESARROLLO ACADÉMICO

*Luis Soto Walls*

COORDINADORA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

*María Itzel Sáinz González*

JEFE DE LA SECCIÓN DE PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN EDITORIALES

*Francisco Ramírez Treviño*

COORDINADORES DE LA COLECCIÓN 2010

*Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (UAM Azcapotzalco)*

*Carlos Sánchez Silva (UABJO)*

*Jaime Olveda (El Colegio de Jalisco)*

Diseño de colección: Guadalupe Urbina Martínez

Ilustración de portada: Diego Rivera, *Paisaje zapatista*, Óleo sobre tela, 1915

Primera edición, 2010

D. R. © 2010, Universidad Autónoma Metropolitana

Prolongación Canal de Miramontes 3855,

Ex Hacienda San Juan de Dios, delegación Tlalpan

14387 México, D. F.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotográfico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de los editores.

ISBN de la colección: 978-607-477-092-6

ISBN de la obra: 978-607-477-296-8

Impreso en México / Printed in Mexico

UAA!  
F1234  
C7.35

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
<i>Leonardo Martínez Carrizales</i>	
I. PERSONA Y COMUNIDAD POLÍTICA	
1. Federico Gamboa. Un intelectual en tiempos revolucionarios.....	23
<i>Marisa Pérez de Sarmiento</i>	
2. Pedro Henríquez Ureña: Hacer legible la Revolución.....	51
<i>Liliana Weinberg</i>	
II. CONFIGURACIONES EMERGENTES	
3. Prensa, propaganda y diplomacia de la Revolución Mexicana. <i>The Mexican Review</i> (1916-1917).....	111
<i>Jaime Vélez Storey</i>	
4. La Noche Mexicana. Hacia la invención de lo "genuinamente nacional": un México de inditos, tehuanas, chinas y charros, 1920-1921 .....	144
<i>Ricardo Pérez Montfort</i>	
5. Prensa y literatura para la Revolución. La Novela Semanal de <i>El Universal Ilustrado</i> .....	179
<i>Yanna Hadatty Mora</i>	
III. ESQUEMAS CONCEPTUALES	
6. Discursos y proyectos culturales del Porfiriato y la Revolución .....	211
<i>Alejandro Ortiz Bullé Goyri</i>	
7. La perspectiva revolucionaria del Ateneo de la Juventud .....	236
<i>Leonardo Martínez Carrizales</i>	





## INTRODUCCIÓN

*Leonardo Martínez Carrizales<sup>1</sup>*

### *Planteamiento general*

Este libro responde a varios estímulos de carácter intelectual. Uno de ellos, el que quiero destacar en estas líneas, radica en la docencia, en la grata obligación de familiarizar a los jóvenes que cursan una licenciatura o un posgrado con las formulaciones más elaboradas a las que han llegado los autores de obras especializadas en la materia.

A veces, dichas formulaciones no circulan tanto como sería conveniente en las aulas y aun en los escenarios y los instrumentos mediante los cuales dialogan los especialistas. Por ello, no será redundante un libro en el cual se suscita una conversación, a veces desde posiciones encontradas, otras complementarias, a propósito de los ejes de la comprensión que tenemos de la Revolución Mexicana, reconsiderados hacia los últimos lustros del siglo xx.

¿Cuáles son esos ejes? A mi modo de ver el problema, son dos, muy estrechamente relacionados entre sí. El primero de estos ejes se encuentra vinculado con el horizonte dominante desde el cual la Revolución Mexicana fue sancionada como una materia de estudio prestigiosa. Este horizonte corresponde a la espectacularidad de una sociedad agraria puesta en movimiento a contrapelo de los intereses y los valores urbanos del Porfiriato durante la fase definitiva de su desarrollo. La sociedad agraria movilizada abrió paso a problemas relativos al desarrollo material y a la redistribución de la riqueza.

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Departamento de Humanidades.

Estos problemas, México los hizo suyos (con éxitos y fracasos) durante varias décadas del siglo xx a tal grado que éstos imprimieron un carácter casi indeleble a sus instituciones públicas. En consecuencia, tal y como lo demuestra una larga serie de artículos y libros ya plenamente acreditados en el ámbito del conocimiento universitario, y aun en la sociedad abierta, la Revolución ha resultado ser –en la conciencia pública de nuestro país– sobre todas las cosas, un movimiento social de carácter violento, fundamentalmente agrario, popular, redentor, conducido por líderes carismáticos y autoritarios.

Esta orientación se fortaleció gracias al sesgo crítico que adoptaron los estudios sobre el pasado de la sociedad mexicana en medio de un clima ideológico que prohió hacia los años sesenta y setenta la autonomía cultural del campo universitario. Además, ciertas formas artísticas sobre las cuales también descansa el registro del pasado, tales como la narrativa literaria, el periodismo, la gráfica, el muralismo y la cinematografía, no dejaron de aportar su grano de arena en esta constitución de marcos explicativos. En última instancia, la construcción y la representación del pasado inmediato de México anclado en la Revolución de 1910 se convirtió en un depósito abundante de la nacionalidad y la legitimación política: un lugar de la memoria compartida desde el cual disparar los mecanismos necesarios para urdir el sentimiento de una comunidad.

En nuestras aulas, esta representación del pasado mexicano sigue vigente no sólo como matriz de las discusiones y marcos de inteligibilidad desde los cuales se puede reducir a la razón argumentativa la historia de México, sino también como una estructura de distribución y modelación de los contenidos de diversas disciplinas de estudio (*v. gr.* la narrativa de la Revolución Mexicana, la gráfica popular, el muralismo, el desarrollismo, el sistema político mexicano, etc.). Esto nos conduce al segundo eje que me interesa destacar en esta introducción.

El prestigio de la perspectiva social de la Revolución Mexicana ha incorporado en su beneficio acontecimientos (*v. gr.* el reparto agrario) y personajes (*v. gr.* el obrero, el ejidatario) que privilegiaron un relato historiográfico del país en cuyos principios constructivos priman nociones articuladas a un campo semántico constituido por

valores como *ruptura, nuevo comienzo, renovación*. Este relato y los valores sobre los cuales se sustenta como un dispositivo del discurso ha suscitado un *orden del tiempo*: una estructura simbólica distributiva del pasado mexicano cuyo eje radica en el corte que separa un periodo caracterizado como antiguo régimen de otro que supone el nuevo comienzo de la nación, el principio de una comunidad política donde prima la justicia social y la igualdad (así sea sólo como *desiderata*).

Las expectativas articuladas en este *orden del tiempo* fueron cultivadas con empeño como sustento de las instituciones y las política públicas que imprimieron su carácter al Estado mexicano del siglo xx. Piénsese, por ejemplo, en el ahorro interno y en la renta petrolera canalizados en instrumentos de asistencia social y refacción de iniciativas productivas planeadas por el Poder Ejecutivo. Piénsese en los instrumentos de un Estado benefactor y clientelar. Es clara la índole de agentes, actores colectivos y acontecimientos privilegiados por este *orden*; no lo es tanto la idea de *historicidad* que primó en menoscabo de otras y, por ello, conviene destacarla en estas líneas.

Me refiero a las representaciones del curso del tiempo que tienen vigencia para una comunidad como eje de su integridad simbólica. A este respecto, la *historicidad* de la Revolución Mexicana organiza el pasado y lo vuelve inteligible en términos de ciclos construidos alrededor de la modernización y la reforma del aparato estatal que rige el destino de la comunidad política. Lo estatal, lo público o lo político son las fuerzas dominantes de la inteligibilidad en la cual es posible pensar el pasado, determinar la acción colectiva en el presente y comprometer en el futuro el curso de la comunidad. A este respecto, hay *historicidades* ocultas o marginadas; *historicidades* relativas, por ejemplo, a los sentimientos y las emociones personales, a la familia, a las minorías sociales de todo tipo, a las formas artísticas, a la religión, a las diversiones populares, etc. Se trata de patrones de la organización social y de la integración del individuo que no tienen cabida en la estructura distributiva de la vida humana determinada por la Revolución. En consecuencia, este hecho ha determinado, desde hace ya varios años, la necesidad de

prestar atención a este orden de experiencias, restituir las en la memoria de México y, consecuentemente, criticar el *orden del tiempo* construido por la perspectiva social de la Revolución Mexicana.

Este libro recupera y organiza las contribuciones de autores que, desde sus respectivos campos de trabajo, ya han desarrollado esfuerzos considerables para investigar problemas relativos a las *historicidades* descritas anteriormente como marginales con respecto de una narrativa del pasado mexicano construida y acreditada en torno a la perspectiva social de la Revolución Mexicana. Tales *historicidades* descansan, por ejemplo, en la experiencia de los exiliados como consecuencia de la caída de Porfirio Díaz, en las prácticas identitarias de la cultura popular, en el teatro de revista, en el desarrollo del género literario llamado ensayo, en el replanteamiento de las matrices conceptuales de la tradición cultural. Por ello, he pensado en la conveniencia de sugerir, junto a la insoslayable perspectiva social de la Revolución Mexicana, la idea de un *orden cultural* que, con base en los acontecimientos ocurridos entre 1910 y 1930, reorganice en un mismo estrato del tiempo y el espacio sociales diversas experiencias no circunscritas a lo estatal, o bien que conviertan a lo estatal en una instancia mucho menos restrictiva.

### *Organización de la obra*

Este volumen se encuentra dividido en tres partes. La primera se titula PERSONA Y COMUNIDAD POLÍTICA y se encuentra conformada por dos artículos. Estas páginas tienen como común denominador las elaboraciones textuales y discursivas que la *persona* sufre como consecuencia de su necesidad de integrarse en el horizonte de una revolución.<sup>2</sup> Las operaciones gracias a las cuales se integra

---

<sup>2</sup> Escribo en este documento *persona* en el sentido que confiere a este término Silvia Molloy en su muy conocido estudio *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996. *Persona* entendida como máscara textual del sujeto que, gracias a los recursos de la escritura, busca hacerse inteligible en una comunidad de sentido. Esta clase de procedimientos textuales no sólo se circunscribe a los géneros dictados por la escritura autobiográfica.

la *persona*, ya en el ensayo, ya en la escritura autobiográfica, determinan una textura histórica (un tejido de sentido en el tiempo) que es conveniente tener en cuenta en nuestro entendimiento de la asonada de 1910.

El artículo de Marisa Pérez de Sarmiento, "Federico Gamboa: un intelectual en tiempos revolucionarios", es parte del proyecto de investigación que desarrolla en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, "El exilio de la Revolución Mexicana: una mirada a través de sus personajes". El trabajo de Pérez de Sarmiento se inscribe en una vertiente en auge actualmente a propósito de la Revolución Mexicana: los exilios; el éxodo de comunidades políticas y simbólicas como consecuencia de su identidad de actores de un sistema social inestable luego de la caída de Porfirio Díaz. La documentación del itinerario de estos exiliados nos permite conocer que el sistema de la sociedad que se origina como consecuencia de la Revolución encuentra su equilibrio no sólo gracias a la gestión de los sujetos comprometidos con la construcción y administración del nuevo régimen, sino también la de quienes gravitaban sobre éste desde el extranjero. La experiencia de los exiliados amplía el territorio de la Revolución Mexicana como materia de estudio al tomar en cuenta una red de sociabilidades e intereses que realmente pesó en el proceso constructivo del aparato estatal emergente. Así, Marisa Pérez de Sarmiento incorpora al marco de los estudios revolucionarios, gracias a Federico Gamboa, una vertiente cultural, otra vivencial y aun otra relativa a la cotidianidad. En el primer caso, me refiero a la obra literaria y periodística de Gamboa que necesariamente se incorpora a los instrumentos de estudio ya como fuente, ya como objeto en sí; en el segundo, la experiencia del sujeto enunciada por éste en un documento de carácter autobiográfico cuyo sustrato emotivo nos obliga a considerar sistemáticamente en el campo de las investigaciones sobre la Revolución Mexicana los accidentes anímicos de quienes participaron en este acontecimiento. A este propósito, la propia autora escribe:

Acercarnos a la vida de Federico Gamboa durante los años revueltos que caracterizaron la segunda década del siglo xx mexicano, no

sólo enriquece y complementa la abundante historiografía sobre la Revolución, sino también la del exilio en general, al tiempo que contribuye al conocimiento de una faceta poco conocida de esta controvertida figura; historia que, sin lugar a dudas, puede ser compartida por muchos de sus contemporáneos que corrieron la misma suerte.

Esta perspectiva implica una historia de la Revolución contada desde el lugar social de los intelectuales y los funcionarios que sirvieron al régimen de Díaz; una perspectiva complementaria del movimiento social, de los actores políticos en ascenso y de la asonada militar. En consecuencia, el escenario histórico que así se constituye nos obliga a tomar en cuenta redes de intereses personales y climas ideológicos que naturalmente incorporan en su integración estratos culturales que habitualmente estábamos invitados a discriminar como consecuencia del corte entre Porfiriato y Revolución que suele practicarse en el discurso historiográfico.

El artículo de Liliana Weinberg, integrante del Centro de Investigaciones de América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México, se concentra en el tema del *uso público* de la inteligencia, eje del modelo emergente del hombre de letras preocupado por dejar sentir su influencia en la sociedad con un fuerte énfasis de índole pedagógica y redentora. Así, la autora de "Pedro Henríquez Ureña: hacer *legible* la Revolución" llama la atención sobre la importancia del círculo intelectual de Henríquez Ureña en el desarrollo de la "atmósfera de ideas" que se puso en movimiento como consecuencia de la Revolución Mexicana y del colapso del régimen encabezado por Porfirio Díaz. Esta relevancia implica tanto la contribución del Ateneo de la Juventud a los cuadros administrativos de los primeros gobiernos emanados de la Revolución como su esfuerzo por volver inteligible la sociedad configurada durante la segunda década del siglo xx. La autora señala una tarea cuyo cumplimiento se hace necesario para completar el reconocimiento de este esfuerzo de inteligibilidad. Se trata del estudio de las trayectorias de los ateneístas luego de la Revolución. Tal ha sido el compromiso que Liliana Weinberg ha desarrollado en su artículo sobre Pedro Henríquez Ureña. En con-

secuencia, nuestra autora expone en su artículo las “ideas-fuerza” y los contextos que integran la expresión de Henríquez Ureña durante un periodo que excede, con mucho, los años de la gestión del Ateneo de la Juventud. En este estudio se destaca la cuidadosa y afortunada selección de los ensayos que, a juicio de Weinberg, resultan los más significativos de la producción ensayística del dominicano: “La utopía de América”, “Patria de la justicia” y “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”. El eje de esta investigación es la construcción simbólica operada en los ensayos del escritor dominicano de un estatuto social del hombre de letras diferente del que había primado durante el Porfiriato, en virtud de la incorporación de obligaciones relativas a la propagación de los bienes de la cultura. Este nuevo estatuto no sólo comprende nuevas tareas, sino nuevos instrumentos expresivos y nuevos horizontes de enunciación. Gracias a este programa de trabajo, la autora perfila las claves de un hombre de letras profundamente afectado por el cambio cultural que implica la caída del Porfiriato y el desarrollo de la Revolución Mexicana.

Contra la vieja concepción cerrada y excluyente del papel de la inteligencia que acabó por enquistarse en un ala de la sociedad porfiriana, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes replantearán la relación del hombre de letras y adoptarán implícitamente el modelo del héroe cultural, que en su tarea prometeica permite salvar la brecha entre la cultura de élite y las necesidades de la población en general. Al alejarse de la vieja representación estática de la sociedad y de la imagen devaluada de todo trabajo intelectual independiente que no sirva para alimentar los cuadros de la administración, estos jóvenes pensadores propondrán un nuevo espacio de actuación en el cual la ampliación de la cultura no se sienta como una “profanación de los saberes” en manos de pocos. Es allí donde el arielismo les ofrece un posible modelo para ejercer el *uso público* del conocimiento y así salvar simbólicamente una contradicción que se da con el crecimiento del sector pensante cuyos cuadros no encuentran una inserción en los canales tradicionales del poder. Esto conduce a un tema de enorme importancia: el del uso público y el uso privado de la razón y del conocimiento.

Liliana Weinberg nos coloca ante un hombre de letras que se construye a sí mismo como un redentor, un pedagogo, un héroe cultural, un formador de la nueva sociedad con base en los instrumentos de la cultura letrada puestos al servicio de la comunidad política.

La segunda parte de este libro, *Configuraciones emergentes*, reúne tres ensayos que inciden en el estudio de sendas configuraciones simbólicas de la realidad, determinadas por los procesos políticos y sociales desarrollados como consecuencia de 1910. La prensa ocupa un lugar preeminente en el trabajo de los tres investigadores aquí reunidos no sólo como fuente de investigación (un hecho de por sí digno de tomarse en cuenta), sino también como teatro de operaciones simbólicas de diversa índole determinadas por las necesidades de *representación* impuestas a diversos actores sociales en virtud de un sistema de la organización social que durante los años diez y veinte no había alcanzado un grado suficiente de equilibrio.

El artículo de Jaime Vélez Storey, antropólogo e historiador especializado en la historia de la fotografía y en el manejo de archivos históricos de imágenes, tiene como título "Prensa, propaganda y diplomacia de la Revolución Mexicana. *The Mexican Review* (1916-1917)". Este trabajo nos invita a reconsiderar las funciones que el periodismo institucional y oficioso desempeñó en el ámbito de la Revolución Mexicana. Tales funciones se encuentran definidas por el entrecruzamiento del periodismo propiamente dicho, la propaganda política y la diplomacia en el escenario de sistemas políticos inestables y sometidos a presiones que comprometen su integridad. En consecuencia, esta clase de periodismo no se corresponde con esquemas de interpretación dominados por los valores de la libertad de expresión y la veracidad de las informaciones, y reclama marcos de explicación próximos a la retórica, es decir, la *tecnología* de las palabras que se someten a una cuidadosa composición con fines persuasivos.<sup>3</sup> En consecuencia, quienes contribuyeron a

---

Escribo en el pasaje que da pie a esta nota la palabra *tecnología* asociada al lenguaje y a la escritura en el mismo sentido en que lo hace Walter J. Ong en su libro *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.



la elaboración de este *magazine* son considerados, más allá de su condición como agentes secretos, políticos y funcionarios, *sujetos elocuentes* que organizan su acción pública en torno a procesos argumentativos que construyen y difunden una imagen eficiente en el ámbito simbólico de Venustiano Carranza. En estricto sentido, *The Mexican Review* es un órgano de los diversos frentes de acción del gobierno de Venustiano Carranza que se proponía el convencimiento en su favor de los Estados Unidos.

La propaganda externa de Carranza se limitaba a un grupo restringido de valores alusivos al respeto y la mutua aceptación entre su facción y la del gobierno de Wilson. Entre esos valores destacaba el control militar de una frontera sensibilizada por la guerra como garante de tranquilidad cívica y del libre flujo de capitales. Este control redundaría en una óptima y anhelada "frontera psicológica". Además, al inducir en el vecino del norte valores en torno a la amistad, el respeto y la soberanía nacional, la retórica propagandística se acompañaba de imágenes que exaltaban los símbolos políticos y culturales de México como referente visual y escudo histórico de la integridad patria.

Gracias a esta investigación, en nuestro libro se representa claramente una perspectiva de la Revolución Mexicana que traslada los acontecimientos que la integran al territorio de las formas simbólicas propias de la retórica.

Ricardo Pérez Montfort, investigador adscrito al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/México, es el autor del artículo "*La noche mexicana. Hacia la invención de lo 'genuinamente nacional': un México de inditos, tehuanas, chinas y charros. 1920-1921*". En estas páginas, Pérez Montfort amplía y profundiza una línea de trabajo que ha venido desarrollando a lo largo de su trayectoria plenamente acreditada gracias a libros como *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo* y *Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX. Diez ensayos*, entre muchos otros trabajos especializados. Me refiero a la cultura popular de México,

complemento necesario para entender cabalmente la construcción simbólica del nacionalismo mexicano durante el siglo xx, empresa cuya explicación universitaria habitualmente se había circunscrito al estudio de las obras de los *intelectuales*. Esta perspectiva ha sido especialmente fructífera para la investigación de la cultura de la Revolución Mexicana. En el artículo que aquí se publica, nuestro autor no se olvida de una de las ideas que han sido constantes en su trayectoria como investigador de los mecanismos de la integración social de México, radicada en los ámbitos de la cultura popular:

[...] a partir de 1915 –justo en pleno movimiento revolucionario– se dio el ya mencionado proceso de introspección nacional que fomentó la capilaridad entre la cultura académica y la popular con el fin de reconocer, en las expresiones artísticas de los sectores mayoritarios, rurales y pobres, aquello que sería la representación de la cultura mexicana por excelencia.

La contribución de Pérez Montfort tiene como sustento positivo la organización y la celebración de la primera noche mexicana que se haya llevado a cabo en nuestro territorio.

El 29 de septiembre de 1921, el periódico *El Universal* de la ciudad de México publicó una crónica particularmente entusiasta de lo que se llegó a calificar, un par de noches antes, como una “verdadera Noche Mexicana”, celebrada en el “bosque milenario de Chapultepec”. En sentido estricto, se trataba de la fiesta con la que habían culminado los festejos del Centenario de la Consumación de la Independencia, organizados por una comisión pluripartita que llevaba el previsible nombre de Comité Ejecutivo de Festejos del Centenario.

La narración que sigue incorpora diversas prácticas sociales, costumbres, diversiones, actores, representaciones, símbolos y espectáculos que se integran con naturalidad en el escenario en el cual se construyen, hacia los años veinte, los referentes populares de la identidad mexicana. La gracia con la que se expone esta empresa

de cultura no disminuye ni en el autor ni en sus lectores la grave conciencia de que en ese escenario histórico se llevó cabo una de las operaciones simbólicas más delicadas para la estabilidad y la consolidación del nuevo régimen.

Yanna Hadatty Mora, investigadora del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, es la autora de "Prensa y literatura para la Revolución. La Novela Semanal de *El Universal Ilustrado*", artículo que se inscribe en el proyecto de investigación que desarrolla actualmente en su centro de trabajo bajo el siguiente nombre: "La Novela Semanal: México y Buenos Aires". La materia de esta contribución es un corpus literario *movilizado* por los acontecimientos de la Revolución Mexicana, y hasta ahora desatendido si se lo compara con el prestigio que han alcanzado las obras de los escritores asociados comúnmente bajo el nombre de Contemporáneos y Estridentistas, y con la llamada Narrativa de la Revolución. El corpus que Hadatty Mora estudia implica el vínculo de la literatura y el periodismo. Se trata de las novelas semanales publicadas en las páginas periódicas de *El Universal Ilustrado*. La edición y la circulación periodísticas de estas obras permiten a la autora examinar el estatuto material, social y simbólico de esta cultura propia, como muy pocas otras, de la Revolución Mexicana en cuanto ésta tiene de proceso de modernización material. Gracias a su interés y a su familiaridad con las orientaciones de la historia cultural, Hadatty nos impone la necesidad de prestar atención a una cultura literaria "sin paciencia ni retórica" producida por un sujeto próximo al periodismo, "héroe cultural" de la nueva sociedad. "[...]coadyuva a la posible descalificación el hecho de que la colección periódica se (auto) defina como una serie de obras escritas 'sin retórica ni paciencia', expresión que sin duda evoca como propio de la colección literaria el carácter determinante del acelerado ámbito laboral de la prensa moderna". Las nuevas figuras y los nuevos espacios culturales, emergentes en el proceso de modernización social de México durante la llamada *institucionalización* de la Revolución Mexicana, nos obligan a reconsiderar seriamente las ideas que teníamos a propósito de la estética dominante en la sociedad letrada de nuestro país. El *reporter* alteró sensiblemente el

dominio que el *hombre de letras* había ejercido en la historia literaria de México; con ello, se abren las puertas a un cambio cultural que afecta no sólo los lenguajes artísticos y el estatuto de creador literario, sino también el gusto, las prácticas de lectura, los códigos de autorización y prestigio del texto y sus puntos de enunciación. El extremado decoro del hombre de letras ahora parece convivir con comportamientos artísticos dictados por un nuevo orden de la cultura literaria. Las pautas de conducta emergentes pueden advertirse en la siguiente cita:

La producción del texto “de una sola vez”, sin borradores, acorde a la premura exigida por la redacción de un periódico para el consumo semanal, donde parece importar más contar una historia que cuidar el estilo, es una fórmula común. Por lo menos, como parte del imaginario, en que por lo visto convergen escritores y críticos.

La tercera parte de este volumen lleva por título *Esquemas conceptuales* porque los dos trabajos allí contenidos tienen como propósito examinar las conceptualizaciones a las que ha dado lugar la visión de conjunto de ciertos acontecimientos, personajes, prácticas y procesos relacionados con el orden cultural de la Revolución Mexicana. Estos artículos o bien critican los esquemas de comprensión de la Revolución Mexicana —entendida como cultura— que han primado hasta el día de hoy, o bien los recuperan para proyectarlos en la discusión pública que se ha abierto en nuestra sociedad con motivo del centenario del movimiento armado. En cualquier caso, la lectura de estas páginas será provechosa para quienes se encuentren preocupados por la cuota que corresponde a la cultura asociada a la Revolución en la integridad cultural de nuestro pasado inmediato. El artículo de Alejandro Ortiz Bullé Goyri “Discursos y proyectos culturales del Porfiriato y la Revolución”, profesor-investigador del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, se caracteriza por un tono ensayístico que, por sí mismo, es un índice del estado en el que se encuentra una parte significativa de los estudios sobre

la Revolución Mexicana; estado caracterizado por el ánimo de revisar, releer, reorganizar cuadros de conjunto, aventurar balances del conocimiento acumulado, someter este conocimiento a la consideración de un público abierto, no necesariamente especializado en una disciplina universitaria, todo ello con base en el ámbito cultural. La revisión que se propuso Alejandro Ortiz Bullé Goyri, así como también la cronología que complementa dicho repaso, son representativas de los esquemas conceptuales que vinculan la perspectiva política y social del movimiento revolucionario con el orden de la cultura. A este respecto, las palabras que copio a continuación explican con claridad este modo de plantear el problema por parte de este especialista en la historia del teatro y la dramaturgia mexicanos:

En este artículo estudiaremos de forma somera y vincularemos entre sí algunos momentos y ejemplos correspondientes a los proyectos culturales y artísticos más significativos surgidos durante el Porfiriato y consolidados durante la Revolución y la posrevolución mexicanas. Con base en esta revisión, pretendemos establecer algunas pautas necesarias para reconocer las interacciones que ocurrieron entre las transformaciones suscitadas en los ámbitos político y social, y las que sucedieron en los dominios del arte y la cultura. A este respecto, partimos de la idea de que los antecedentes, los alcances y las consecuencias de la Revolución Mexicana pueden observarse de manera muy nítida no sólo en los proyectos políticos o en los planes promulgados por los caudillos y los próceres de la Revolución, o en las campañas militares que se emprendieron como parte de este movimiento social, sino también en los productos culturales que se forjaron a lo largo de los primeros veinticinco años del siglo xx en México.

De acuerdo con el desarrollo de este punto de vista, gracias a los "productos culturales" de este periodo histórico "puede contemplarse una efervescencia y un crisol de tendencias artísticas que no sólo conformaron cultural y estéticamente al país, sino que finalmente desvelaron el rostro multiforme y contradictorio de México y sus habitantes".

En el último ensayo de esta obra, *La perspectiva revolucionaria del Ateneo de la Juventud*, he querido proponer una revisión historiográfica del esquema conceptual que establece el orden cultural de México en el siglo xx como una proyección simbólica del orden social y político emanado de la Revolución de 1910. Para proponer los términos de esta discusión, he tomado como punto de partida y objeto de análisis los relatos históricos que han colocado al Ateneo de la Juventud en la base del patrimonio cultural de México correspondiente al siglo xx. Repito aquí una pequeña parte de la página preliminar de mi artículo: “Las pautas ideológicas y simbólicas que determinaban la memoria histórica del Ateneo, y aun los esfuerzos de configuración intelectual de este problema con respecto de nuevas indagaciones, ni siquiera parecían ser parte de los aspectos a considerar por quienes se empeñaban en el estudio de este capítulo de nuestra historia cultural”. El examen y la crítica de tales pautas ideológicas y simbólicas es el propósito de mi artículo no sólo por la importancia que cobran en la difusión del conocimiento sobre el pasado y en su propia configuración heurística, sino también por la emergencia de objetos de investigación cada vez mejor conocidos que inciden de lleno en materias como las que representa el Ateneo de la Juventud. Me refiero al aparato escolar (instituciones educativas, élites pedagógicas, disciplinas de estudio, debates intelectuales ceñidos a pautas universitarias) que fue durante el último tercio del siglo xix el almacigo de las minorías letradas de México que ocuparían la escena histórica dominada por el Ateneo. ¿Cómo hemos podido prescindir de este horizonte en nuestro entendimiento de la obra ateneísta de Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes?

Hay un *orden del tiempo* en la cuestión ateneísta vinculado al siglo xix que seguramente enriquecerá nuestras explicaciones identitarias, nacionalistas y populares del escenario cultural que se ofrece a nuestros ojos durante los primeros decenios del siglo xx en México.

## **I. Persona y comunidad política**





# 1. FEDERICO GAMBOA: UN INTELLECTUAL EN TIEMPOS REVOLUCIONARIOS<sup>1</sup>

Marisa Pérez de Sarmiento<sup>2</sup>

## *Introducción*

El primer día del año de 1910, Federico Gamboa dio inicio a su *Diario* con la siguiente reflexión: “Los dos hondos deseos que nutrí de mozo, se han realizado sin mayor novedad hasta ahora: alcanzar el siglo xx, todavía en su infancia a la hora de ésta, y alcanzar este año de 1910, que comienza en el nombre de Dios, y en que se cumplen ciento de la proclamación de nuestra independencia nacional, siempre ensombrecida y en peligro por culpa de la endiantrada vecindad inevitable con los Estados Unidos de América”.<sup>3</sup>

Siete años atrás su novela *Santa* había salido a la luz, obra que en poco tiempo lo hizo famoso y de la que –como él mismo manifestó– vivió hasta su muerte. A este éxito se suman importantes aportaciones en el ámbito de las letras, lo que le ha permitido ocupar una posición indiscutible en la escena literaria hispanoamericana. Sin embargo, no todo fue literatura de creación en su obra, pues en 1977 José Emilio Pacheco publicó una selección anotada y prologada del *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, con la intención de

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto “El exilio de la Revolución Mexicana: una mirada a través de sus personajes”. En este texto se incluyen fragmentos de un primer avance de investigación publicado bajo el título “El exilio de Federico Gamboa en La Habana, Cuba”, en *Exilios en México. Siglo xx*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008, pp. 17-40.

<sup>2</sup> Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

<sup>3</sup> Federico Gamboa, *Mi diario*, tomo V, p. 89.

“subsana el desconocimiento entre el público no especializado de esta parte esencial de la obra de Gamboa”, y señaló la necesidad de realizar una edición “completa y crítica” de *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros*, destacado trabajo en donde el autor llevó a la práctica el memorialismo, a la manera del *Journal* de los hermanos Jules y Edmond de Goncourt.<sup>4</sup>

El éxito de la novela *Santa* entre el público lector hispanoamericano tuvo como consecuencia el estudio de Federico Gamboa desde la perspectiva literaria,<sup>5</sup> aunque también algunos autores se han dado a la tarea de destacar su importante labor en el mundo diplomático.<sup>6</sup> No obstante, dentro de la amplia bibliografía que exalta a Gamboa en estas dos vertientes, existe una notable ausencia en lo que toca a la segunda década del siglo xx, periodo en que se desempeñó por escasas semanas como titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores durante el efímero gobierno de Victoriano Huerta, su participación como candidato a la presidencia de la República por el conservador Partido Católico Nacional y su posterior exilio en los Estados Unidos y en la isla de Cuba, años que sin lugar a duda fueron difíciles en términos políticos, pero que no por ello impidieron la actividad de su excelente pluma.

En virtud de lo anterior, nuestro propósito es acercarnos a las actividades desempeñadas por este intelectual y diplomático porfiriano durante los complejos años de la Revolución Mexicana, con el objetivo de conocer “algo de su vida”, así como las impresiones durante los “amargos” años de su exilio, circunstancia que en más de una ocasión señaló en su *Diario* como injusta. Se trata, en suma, de conocer la suerte de un intelectual formado durante el régimen de Porfirio Díaz, que transitó sin mayor problema el ma-

<sup>4</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, pp. 9-10; José Emilio Pacheco, *Diario de...*, p. 31; Álvaro Uribe, *Recordatorio...*, pp. 67-70; Harim B. Gutiérrez, *En el país...*, pp. 17-20; Marisa Pérez, “El exilio de Federico Gamboa...”, pp. 17 y ss., y “El exilio de Martín Tritschler y Córdoba”, pp. 239 y ss.

<sup>5</sup> Véase entre otros a J. E. Pacheco, *Diario*, p. 31; A. Uribe, *Recordatorio...*, pp. 67-70; María Guadalupe García Barragán, *Victoriano Salado Álvarez*, p. 109.

<sup>6</sup> Véase por ejemplo Emmanuel Carballo, *Escritores en...*, pp. 17-42; H. B. Gutiérrez, *En el país...*, p. 336; Josefina Mac Gregor, “Federico Gamboa Iglesias”, pp. 43-65; Genaro Fernández Mac Gregor, “Don Federico Gamboa...”, p. 68.

derismo y que gozó de una posición efímera de privilegio durante el gobierno de Victoriano Huerta, para luego salir exiliado a Estados Unidos y, posteriormente, a La Habana, Cuba.

Acercarnos a la vida de Federico Gamboa durante los años revueltos que caracterizaron la segunda década del siglo xx mexicano, no sólo enriquece y complementa la abundante historiografía sobre la Revolución, sino también la del exilio en general, al tiempo que contribuye al conocimiento de una faceta poco conocida de esta controvertida figura; historia que, sin lugar a dudas, puede ser compartida por muchos de sus contemporáneos que corrieron la misma suerte.

### *Federico Gamboa, "algunas cosas de su vida"*<sup>7</sup>

Nacido en la ciudad de México al finalizar el año de 1864, Federico Gamboa fue hijo del general Manuel Gamboa,<sup>8</sup> antiguo oficial juarista que sirvió al segundo Imperio, y de Lugarda, hermana de José María Iglesias, ministro del gobierno de Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia en 1876, y presidente sustituto, después derrotado por Porfirio Díaz. Al concluir el imperio, el general Gamboa se vio relegado de la vida política, lo que tuvo como consecuencia la falta de recursos económicos para sostener a su familia, circunstancia que en definitiva marcó la infancia de nuestro personaje.

Cuando aún contaba con 12 años, tras el triunfo de la revolución tuxtepecana, Federico fue testigo de la entrada triunfal de Porfirio

---

<sup>7</sup> M. Pérez, "El exilio de Federico Gamboa...", pp. 20-22.

<sup>8</sup> G. Fernández Mac Gregor, "Don Federico Gamboa...", p. 68. El general Gamboa combatió en la guerra entre México y Estados Unidos, de 1846 a 1848; fue herido en 1847, en la batalla de la Angostura, cuando una granada mató a su caballo. Durante la defensa del Castillo de Chapultepec estuvo al mando de la artillería. Concluido el conflicto ocupó cargos públicos. En 1855 fue gobernador de Jalisco; al año siguiente, tras el triunfo del Plan de Ayutla, se le confinó en la ciudad de Puebla. Durante la Guerra de Reforma combatió bajo las órdenes de Félix Zuloaga y Miguel Miramón. Al terminar las hostilidades en 1861, luego de ser rehabilitado en su grado militar, fue enviado a Michoacán. En 1864 se sometió a Maximiliano, quien al año siguiente lo nombró comisario de la 8ª División Territorial y residió hasta 1866 en Guaymas, Sonora. Al triunfo de la república fue puesto preso en el antiguo convento de La Enseñanza y recuperó su libertad poco tiempo después gracias a una amnistía.

Díaz a la ciudad de México. En 1878, año en que falleció su madre, ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria, institución en donde tuvo la oportunidad de conocer a muchos de los hombres que descollarían en el ámbito político e intelectual del régimen porfirista y con quienes compartió no sólo la educación positivista, que caracterizó al México de finales del siglo XIX y principios del XX, sino los anhelos de un país que debía perfilarse hacia el orden y el progreso. En estos años la posición de su padre mejoró al graduarse como subteniente de ingenieros en el Colegio Militar, circunstancia que le hizo posible obtener empleo en la construcción del Ferrocarril Mexicano de Veracruz, del cual llegó a ser director. En 1880, año en que Manuel González sucedió en la presidencia a Porfirio Díaz, el general Gamboa fue nombrado representante del gobierno mexicano en la junta directiva del Ferrocarril de Tehuantepec, cuya sede se encontraba en Nueva York, razón por la cual la familia trasladó su residencia a esa ciudad.<sup>9</sup>

La vida de Federico en Estados Unidos no sólo le permitió aprender y dominar el idioma inglés, sino que le abrió un amplio panorama en el mundo de las letras. Fue también en este lugar donde se inició en la “diversión nocturna”, lo que le hizo ganar fama de “calavera”, experiencia que luego utilizaría en su posterior producción literaria, no así en la futura vida diplomática. El resultado de las correrías nocturnas fue su abrupto regreso a la ciudad de México, donde su padre lo envió a un internado.<sup>10</sup>

Federico ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la cual abandonó a la muerte de su padre; con la ayuda de su hermano José María obtuvo una plaza como escribiente en un juzgado civil y luego en uno penal. Casi a la par fue contratado como traductor en el *Diario del Hogar* de Filomeno Mata, quien también le encargó la corrección de la revista jurídica *El Foro* que se imprimía en los talleres de ese periódico. Al poco tiempo fue ascendido a redactor y comenzó a hacerse cargo de la crónica teatral bajo el seudónimo de “La Cocardièrè”. Sin embargo, se separó del *Diario*, en virtud del

---

<sup>9</sup> *Idem.*

<sup>10</sup> G. Fernández Mac Gregor, “Don Federico Gamboa...”, p. 69.

desacuerdo con la postura de Mata en relación con los intentos de reelección emprendidos por Porfirio Díaz. Posteriormente encontró empleo en el semanario *El Lunes*, propiedad de Juan de Dios Peza, amigo de su hermano José María. En este periodo se dedicó también a preparar su ingreso al servicio diplomático mexicano.<sup>11</sup>

En 1888, después de acreditar los cursos requeridos por la Secretaría de Relaciones Exteriores,<sup>12</sup> Federico Gamboa fue nombrado segundo secretario de la Legación mexicana en Centroamérica. Dos años después fue ascendido a primer secretario de la Legación mexicana en Argentina y Brasil, para lo cual se trasladó a Buenos Aires y se puso a las órdenes de Juan Sánchez Azcona padre, fungiendo como encargado de negocios *ad interim* cuando el titular se ausentaba. Su estancia en este destino duró un poco menos de tres años, en virtud de que la Legación fue suprimida debido a la restricción del presupuesto instrumentada por Matías Romero con el objetivo de nivelar los gastos e ingresos del año fiscal 1893-1894. Regresó a la ciudad de México por la vía Dakar-París, trayecto que aprovechó para visitar en esta última a dos escritores naturalistas que admiraba: Emilio Zolá y Edmundo Goncourt.<sup>13</sup>

A su regreso a México Gamboa fue empleado en la Administración de Rentas del Distrito Federal, pero al poco tiempo obtuvo una permuta que lo colocó como oficial segundo de aduanas en la Secretaría de Hacienda. Posteriormente, en 1896, recibió el nombramiento de jefe interino de la Sección de Cancillería de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y ese mismo año fue enviado como encargado de negocios *ad interim* a Guatemala.<sup>14</sup> Por sus buenos oficios en este país le fueron expedidas credenciales para Honduras, Costa Rica y Nicaragua; en consecuencia, llegó a ser responsable de la política exterior del régimen porfirista en la región, la cual estaba

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 69-70; A. Uribe, *Recordatorio...*, p. 35.

<sup>12</sup> El jurado que examinó y aprobó a Gamboa para ingresar al servicio diplomático estuvo integrado por Luis Medrano, Mauricio Wolheim y el propio secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal. J. Mac Gregor. "Federico Gamboa Iglesias", p. 45.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 47. Posteriormente Gamboa tendría problemas con el presidente guatemalteco, Manuel Estrada Cabrera, pues dio asilo y logró expatriar a algunos opositores políticos del régimen a México, lo cual condujo a su retiro diplomático en dicho país.

“encaminada a desalentar la unidad de aquellas repúblicas para que México no se viera atrapado entre dos naciones fuertes”.<sup>15</sup>

En 1902 regresó a México y a finales de ese mismo año fue nombrado primer secretario de la Legación mexicana en Washington, posición muy codiciada dentro del ámbito diplomático, en virtud de que era el único destino que gozaba del rango de Embajada sostenida por México. En Estados Unidos, Gamboa trabajó con el embajador Manuel de Azpíroz, por quien pudo establecer contacto con el entonces presidente Teodoro Roosevelt. A la muerte del embajador, acaecida en 1905, don Federico fue nuevamente trasladado a Centroamérica, donde obtuvo el reconocimiento de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

De regreso a la ciudad de México en 1908, Gamboa fue designado subsecretario interino de Relaciones Exteriores, al tiempo que se le “otorgó” una curul en el Congreso por el 4° Distrito de Chihuahua. Al año siguiente fue nombrado subsecretario efectivo y viajó en misión diplomática a Europa, donde visitó Francia, Alemania, Bélgica e Inglaterra.<sup>16</sup>

Durante estos años, Gamboa ascendió a miembro honorario de la Sociedad de Geografía y Estadística, presidente honorario de la Sociedad Literaria Gaspar Núñez de Arce, miembro de la American Society of International Law, presidente de la Sociedad para el Cultivo de las Ciencias y las Artes, miembro de la Sociedad de Escritores y Artistas de España, y, en 1909, miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.<sup>17</sup>

### *Las fiestas del Centenario: año de honores y sinsabores*

Al mediar el primer semestre de 1910, Gamboa recibió con profundo pesar la noticia del fallecimiento de su protector, amigo y entonces secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal. Ante

---

<sup>15</sup> J. E. Pacheco, *Diario de...*, p. 19.

<sup>16</sup> J. Mac Gregor, “Federico Gamboa Iglesias”, p. 49.

<sup>17</sup> A. Uribe, *Recordatorio...*, p. 46.

la lamentable ausencia de quien hasta entonces ocupara el sillón a la diestra del general Porfirio Díaz en las reuniones de “ministros” en el salón de acuerdos presidenciales, éste decidió que Gamboa se hiciera cargo interinamente del despacho, posición que ocupó por escasos 18 días, para dejarla tras el nombramiento de Enrique Creel como titular del ramo. La decisión de Díaz en favor de este último pareció no agradar del todo a don Federico, pues su candidato a ocupar el puesto era Joaquín Casasús, a quien consideraba de “filiación integralmente mexicana”; no obstante, fue precisamente la “merecida estimación” en las altas esferas yanquis, el elemento valorado por el presidente para nombrar a Creel.<sup>18</sup>

Por acuerdo expreso del nuevo secretario de Relaciones Exteriores, se nombró una comisión especial para terminar de redactar un protocolo diplomático mexicano (que se había comenzado a formar en vida de Ignacio Mariscal), ante la inminente celebración de las fiestas del Centenario de la Independencia nacional, en que habría de recibirse a un número importante de diplomáticos extranjeros de todos los niveles. La comisión quedó integrada por Enrique Creel, Federico Gamboa, el primer introductor de embajadores, Luis F. Carmona, el segundo, Rodolfo Nervo, y por Vicente Morales, jefe de la sección de Europa, en la Secretaría.<sup>19</sup>

Ser miembro de esta comisión representó para Gamboa un alud de trabajo, pero al mismo tiempo significó el recibimiento de honores, como la condecoración del Doble Dragón otorgada por el gobierno chino, distinción que también fue recibida por Ramón Corral, Enrique Creel, José Yves Limantour y Francisco de la Barra.<sup>20</sup>

Para Gamboa septiembre fue intenso en trabajo. Fue también, según señaló en su *Diario*, “un mes de ensueño, de rehabilitación, de esperanza y de íntimo regocijo nacional”, pues:

Nadie, ni los mexicanos más castizos y amantes de su país pudieron imaginar rehabilitación tan solemne para nuestro México

<sup>18</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo V, pp. 103-110.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 116.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 115.

calumniado y sin ventura, hasta la última década del gobierno de Porfirio Díaz, quien con férrea decisión inquebrantable y patriótica, dígame lo que se quiera por sus desafectos, lo curó de sus dolencias endémicas y que incurables parecían, y le dio a manos llenas la tolerancia, la honradez administrativa y la bendición suprema de la paz, así sus malquerientes opinen que ésta sólo ha sido "paz orgánica". Suponiendo sin conceder que estén ellos en lo justo, ¿cuándo, antes, la disfrutó nuestra tierra, adolorida de muy antiguo...? La paz, orgánica o no orgánica, siempre fue el anhelo por excelencia de todos los pueblos, porque trae aparejados el respeto y el prestigio entre los de fuera, y la prosperidad real y tangible de los de dentro.<sup>21</sup>

Resulta evidente que a los ojos de un hombre como Gamboa, formado dentro de la corriente positivista de los años de la "pax porfiriana", los festejos del Centenario fueran un espectáculo, sobre todo porque juzgaba que era una magnífica oportunidad para valorar la obra "titánica" que "El Héroe de la Paz" había consumado en el país, obteniendo con ello el prestigio reiterado en todo momento por los representantes especiales de los países asistentes a las fiestas.

Por 30 días México se vistió de gala y recibió y atendió con los más altos honores a distinguidos visitantes. Sin embargo, el marco de estas festividades también atrajo "diferencias insalvables" entre el secretario de Relaciones Exteriores y don Federico, distanciamiento que, como señala Josefina Mac Gregor, "lo propició una agria discusión en relación al uniforme que debían portar en las ceremonias del 15 de septiembre", aunque "también puede sospecharse un deseo en Creel de alejar al hombre que podía disputarle el cargo dada su experiencia".<sup>22</sup>

En medio de estas complejas circunstancias e inmerso en el bullicio de las festividades, Gamboa, junto con el embajador especial de Alemania, Karl Bünz, fue testigo de un incidente que se produjo en la Plaza de Armas el 15 de septiembre, cuando en medio de un "indescribible entusiasmo nacionalista" y ante un

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>22</sup> J. Mac Gregor, "Federico Gamboa Iglesias", p. 49.



“insólito arremolinamiento de gente rijosa”, se escucharon tiros, a los que siguió un desfile donde se alcanzaron a escuchar “vivas a Madero”, precedidos por el retrato del mismo personaje enmarcado en paños tricolores. A pregunta expresa del embajador sobre quién era el de la imagen, Gamboa respondió que se trataba del general Díaz cuando joven. El incidente le amargó el resto de la velada y lo interpretó como un indicio significativo de que algo grave se aproximaba; que probablemente las suntuosas festividades del Centenario no eran el reflejo de la prosperidad trabajosamente conquistada.<sup>23</sup>

Concluidas las agotadoras jornadas de las fiestas, Gamboa recibió como balde de agua fría la noticia de que a guisa de recompensa por sus trabajos durante el Centenario, el secretario de Relaciones Exteriores le había designado jefe de la legación que iba a establecerse en Noruega y Suecia. Don Federico tenía claro que tal decisión no era sino producto de sus diferencias de criterio y distanciamiento con Creel, pues después de varios años como titular de la subsecretaría, el ofrecimiento de una legación de segundo orden correspondía más bien a “los polvos de aquellos lodos”. En virtud de lo anterior, Gamboa rechazó el cargo, pero el general Díaz, *motu proprio*, lo gratificó nombrándolo embajador en Bélgica y los Países Bajos.

La experiencia adquirida en el ámbito diplomático se vio reflejada durante este tiempo. Sin embargo, cuando se hallaba desempeñando esta misión tuvo noticia de la renuncia de Porfirio Díaz en mayo de 1911. De hecho, formó parte del comité de recepción al ex presidente en El Havre y lo acompañó hasta París en donde éste establecería su residencia: “No podía ser de otro modo, aunque apenas contaba con 47 años, don Federico era un hombre del porfiriato, su adolescencia y sus ya 23 años de servicios habían transcurrido bajo la égida de este régimen. Admiraba y confiaba plenamente en él, no obstante que estaba consciente de los múltiples problemas que azotaban al país”.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo V, pp. 127-129.

<sup>24</sup> *Idem*.

## *Entre Madero y Huerta*

Realizadas las elecciones e instalado el gobierno de Francisco I. Madero, a Gamboa se le mantuvo con las responsabilidades diplomáticas que el régimen anterior le había asignado. Con residencia en Bruselas, don Federico se dedicó a cumplir con los compromisos que su cargo le demandaba. Cenas, banquetes “pantagruescos” y bailes oficiales fueron actividades frecuentes en su agenda de trabajo, a las cuales asistía en representación del gobierno mexicano y de las cuales, con la agudeza que siempre lo caracterizó, refería:

¿Por qué los bailes de estas cortes, y lo digo sin mala intención –como la de Bélgica y la de Holanda–, me evocarán *La gran duquesa de Gorolstein* y *Les cloches*, de Corneville?... Válgales el que las cortes más antiguas y ostentosas también lucen algunos lunares por el estilo. El alma humana –solía decirme don Manuel Azpiroz, allá en Washington– es la misma en todas partes; lo que varía son las latitudes.<sup>25</sup>

No obstante, los compromisos laborales no impidieron su dedicación a una de sus más grandes pasiones: la lectura. De igual manera, y a pesar de, como decía, “esta aburridora, ‘imbecilizante’ y vacua estación mundana que absorbe y cansa”, continuó su trabajo literario, escribiendo *La llaga*.

Las noticias de México le parecían preocupantes, a la distancia se le antojaba que su nuevo gobierno era “tragigrotesco”, y que por su culpa creeríase que iban volando hacia el desastre nacional, pues los “yanquis” movilizaban tropas en la frontera, a causa de la nueva revolución en Chihuahua. Su crítica hacia el gobierno de Madero era severa, como aquella que escribió a propósito de un “impromptu oratorio” del presidente, con motivo de la distribución de diplomas a los alumnos de la Preparatoria, cuyo texto pudo leer en *El Tiempo* de México del 3 de agosto de 1912 y que provocó el desagrado de la República Argentina. Al respecto señaló: “¡Cuánta

<sup>25</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, p. 14.

ignorancia y qué manera de hablar! Nunca me forjé ilusiones sobre el actual presidente de mi tierra infortunada, pero después de esta prueba, y de la palinodia que publicó *Le Figaro*, no puedo calificarlo sino de irresponsable, atacado de imbecilidad superaguda e incurable. ¡En qué manos estamos! ¡Qué fantoche rige los destinos pavorosos de mi México!"<sup>26</sup>

Con frecuencia Gamboa recibía noticias de México, ya sea por la vía telegráfica o por algunos amigos que lo visitaban y lo ponían al día de los "chismes" y los acontecimientos políticos del país. Así, por ejemplo, se enteró de la muerte de Justo Sierra en Madrid y de Ramón Corral en París; de los rumores relativos a que se "decía" que él era el único que no se había dirigido personalmente al presidente Madero; que no se explicaban cómo no se acarreo perjuicio alguno al ir a recibir al general Díaz hasta El Havre; y que el gobierno lo había declarado "intocable", pues lo consideraba una víctima de los científicos, motivo por el cual sus bonos se cotizaban altos en México.<sup>27</sup> De igual manera se enteró del levantamiento de Félix Díaz en Veracruz y del envío de buques norteamericanos a dicho puerto.

Los acontecimientos posteriores que derivaron en el asesinato del presidente y el ascenso de Victoriano Huerta a la presidencia abrieron a Gamboa una perspectiva nueva: asumir la secretaría de Relaciones Exteriores. La noticia no dejó de sorprenderlo y, como dejó plasmado en su *Diario*, lo llenó de miedos y temores:

¿Por qué me llaman a mí que me hallo tan lejos? ¿Quién se fijó en mi individuo?... ¿Qué será de mi gestión? ¿Qué impresión física me producirá Huerta? ¡Témome que reclamen mi colaboración para el último acto del drama nacional! Y, en mis adentros, sigo condenando la génesis del actual gobierno nuestro, en cuya dirección me cuelan sin haberme consultado siquiera...

Por momentos, vacilo entre acudir o no acudir al urgente llamado... Y en cuanto me resuelvo a aceptar, hay en mi aceptación un poco de todo: culto a México, anhelo de contribuir a su alivio; mucho

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 34.

de vanidad por lo altísimo del puesto, codiciado mentalmente de años atrás; júbilo por el regreso, en tan buenas condiciones particularmente. Hay de todo: de lo alto, de lo mediano y de lo bajo.<sup>28</sup>

No obstante las preocupaciones que le invadían, Gamboa preparó rápidamente su regreso a México, no sin antes despedirse del general Díaz en París, entrevista que se realizó en el “gabinete” de trabajo que el viejo caudillo tenía en sus habitaciones en el Astoria; gabinete con puertas dobles para que nadie escuchara aun si se levantaba la voz, pues la avanzada edad del ex presidente había agudizado su sordera. El encuentro lo calificó de “solemne y memorable”, y señaló que:

Nunca, lo que se llama nunca, lo hallé tan expansivo; nunca me habló con tanta franqueza; nunca le merecí confianza tamaña ni parecidas confidencias.

Yo lo escucho respetuosamente, y lo interrogo acerca de nuestros hombres y de nuestras cosas –que supo tener junto a él por su genio en tiempo tantísimo–, le pido consejo, me cuelo dentro de su experiencia de gobernante excepcional...

El general Díaz, impasible siempre, me habla con su voz tarda y llena de varón desconfiado y fuerte... me habla de su México.<sup>29</sup>

Gamboa llegó a la ciudad de México a principios de agosto de 1913, pero desempeñó el cargo de secretario de Relaciones Exteriores por escasas semanas, pues el 24 del mismo mes renunció, en virtud de haber aceptado la candidatura a la presidencia de la República por el Partido Católico, noticia que no fue mal recibida por el gobierno de Washington, pero que aumentó la antipatía del mandatario hacia don Federico. Sin embargo, el 26 de octubre los resultados del proceso electoral favorecieron a Huerta, a pesar de que se aseguraba que Gamboa había obtenido más votos que ningún otro candidato.<sup>30</sup>

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 110.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>30</sup> H. B. Gutiérrez, *En el país...*, p. 17.

En relación con estos acontecimientos, Salvador Díaz Mirón, hasta entonces amigo de Gamboa, publicó en *El Imparcial* la siguiente nota: “El excomulgado, el masón, el soberano príncipe rosacruz, el caballero del águila y el pelicano, el pornográfico novelista [...] Tal hombre elevado a la presidencia movería a risa y escarnio”.<sup>31</sup>

### *Rumbo al exilio: el puerto de Veracruz y Galveston, Texas*<sup>32</sup>

El avance de las tropas constitucionalistas a la ciudad de México y la renuncia de Victoriano Huerta provocaron que Federico Gamboa, identificado con el porfirismo y visible colaborador del gobierno huertista, se ocultara por algunos días en la Legación de Guatemala, para luego tomar la decisión de abandonar la ciudad a finales de agosto de 1914. Por informes de varios allegados tenía conocimiento de que, de permanecer en el país, su vida corría peligro y ante el temor de las represalias que el gobierno carrancista podría emprender en su contra, partió con su esposa, hijo y otros familiares hacia el puerto de Veracruz,<sup>33</sup> donde se encontraría con muchos amigos y conocidos que, como él, se preparaban para huir del país. En su *Diario* dejaría plasmado el sentimiento de un “corazón hecho pedazos” al abandonar su casa en la ciudad de México, cuando de hecho empieza a escribir el capítulo del exilio:

¡Qué salida!... Despedida muda de mi pobre hogar, de mis libros –los que siempre me acompañaron en mis largas y lejanas ausencias–, de mis muebles, comprados uno por aquí y allí, cada cual con su historia, cada cual testigo de mi honradez; de nuestra excelente criada, Teresa, que llora a lágrima viva; de nuestro perro Jack, el más elocuente aunque el más silencioso –desde anteayer no ha querido separárseme ni una pulgada–, y hoy, como una per-

<sup>31</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, p. 134.

<sup>32</sup> M. Pérez, “El exilio de Federico Gamboa...”, pp. 25-29.

<sup>33</sup> A la par de Gamboa y temerosos de las acciones del Constitucionalismo triunfante llegó también al puerto de Veracruz Francisco Bulnes, quien salió exiliado a Nueva Orleans para trasladarse en 1915 a La Habana. Alicia Salmerón, “Con la pluma en la mano...”, en prensa.

sona, ¡mejor que una persona!, esquivando el adiós; se ha sentado sobre sus cuartos traseros, en el fondo del patio, y desde ahí ha contemplado sin gruñir siquiera, el entrar de desconocidos, el sacar de bultos; su mirada inteligente siguiéndome con una ternura más que humana...<sup>34</sup>

Al llegar al puerto de Veracruz pudo constatarse de "lo que de ver tenía a diario por quién sabe cuánto tiempo: ¡la invasión yanqui!" Fue testigo de la presencia de barcos de guerra norteamericanos, de los famosos *bluejackets* deambulando por el muelle jarocho, y de todo ese ambiente caracterizado por un intenso movimiento de personas y de vapores norteamericanos y europeos, en el que un gran número de familias mexicanas y extranjeras buscaban comprar un billete para abandonar el país.<sup>35</sup>

Gamboa confesó que hubiera deseado marcharse a España, pero dos consideraciones fundamentales le hicieron desistir de la idea: el alto costo de los pasajes y pensar que en Estados Unidos, pese a que sus moradores le disgustaban en general, hallaría acomodo "liberalmente" retribuido, tranquilidad y, eventualmente, mediana fortuna.<sup>36</sup> En virtud de lo cual y a escasos días de cumplir un mes de estancia en Veracruz, Gamboa zarpó hacia Texas.<sup>37</sup>

Instalado en la ciudad de Galveston<sup>38</sup> las condiciones no fueron fáciles, sobre todo porque en él pesaba el "pecado" de haber res-

<sup>34</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, p. 167.

<sup>35</sup> Véase Ricardo Pérez Montfort, "La invasión...", pp. 339-361.

<sup>36</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, pp. 178-179.

<sup>37</sup> Entre los pasajeros, "compañeros de infortunio", se encontraban Ignacio Valdespino, obispo de Aguascalientes, Eduardo Tamariz, Teodoro Dehesa con su hijo y hermano, Emilio Bulle Goyri, Rubén Valentí, Gaudencio de la Llave, Juvencio Robles y familia, Alberto T. Rasgado, Agustín del Río, Mauro Cándano, Ángel Muñoz de Cote, Francisco Elguero e hijo, Carlos E. Cosío y familia, Francisco Canova, Mariano Azcárraga, Manuel Samaniego, Alonso Mariscal y Piña, José María Soriano y esposa, el pianista Javier Dimarias, el actor de género Leopoldo Beristáin y Federico García y Alba, entre otros muchos más. Véase, F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, pp. 183-184.

<sup>38</sup> Las ciudades del sur de Estados Unidos se convirtieron en lugares de refugio para muchos de los perseguidos políticos mexicanos. Buena parte de los que salieron de Veracruz el mismo año que Gamboa llegaron a Galveston y se dispersaron entre las principales poblaciones de Texas y Louisiana, aunque hubo quienes siguieron al norte. A. Salmerón, "Con la pluma en la mano...", en prensa.

pondido oficialmente al agente confidencial norteamericano John Lind, cuando fungió por breve tiempo como secretario del gobierno huertista, que México era un país libre y soberano, motivo por el cual el presidente Wilson no tenía por qué inmiscuirse en los asuntos internos del país. Además, en unión con otros exiliados, organizó la Asamblea Pacificadora Mexicana, asociación que pretendía devolver la paz y el orden a México, unificando a todos los exiliados para intentar la contrarrevolución, circunstancia que colocó a Gamboa en una posición delicada frente a la Casa Blanca, lo que derivó en la declaración de persona *non grata*.<sup>39</sup>

Esta circunstancia no repercutió únicamente en Gamboa, pues hacia la segunda mitad de 1915 las condiciones para muchos de los mexicanos desterrados en Estados Unidos se tornaron difíciles, en virtud de que el presidente Woodrow Wilson había tomado la decisión de refrenar los movimientos contrarrevolucionarios que actuaban en su territorio, razón por la cual muchos fueron puestos en prisión. Lo anterior provocó que algunos personajes se dirigieran a La Habana.<sup>40</sup>

En virtud de las anteriores circunstancias y ante la dificultad de ganarse el sustento, Gamboa se vio en la necesidad de emigrar de Estados Unidos, para lo cual eligió como destino la capital cubana, ciudad que tradicionalmente había sido receptora de exiliados mexicanos. Como veremos más adelante, nuestro personaje encontraría en La Habana a numerosos amigos, personajes vinculados al régimen porfirista, muchos de los cuales habían colaborado con Victoriano Huerta; artistas como Manuel M. Ponce, hombres de la talla de Luis G. Urbina, Victoriano Salado Álvarez, Antonio de la Peña y Reyes, José María Lozano, Francisco Bulnes, Querido Moheno, los arzobispos José Mora y del Río de México y Martín Tritschler y Córdova de Yucatán, quienes ejercían sobre la "colonia mexicana" una influencia no menos política que espiritual.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Antimaco Sax, *Los mexicanos...*, pp. 17- 20, 54; Victoria Lerner, "Exilio e historia", p. 17.

<sup>40</sup> A. Salmerón, "Con la pluma en la mano...", en prensa.

<sup>41</sup> A. Uribe, *Recordatorio...*, pp. 108-109.

## *Y ahora La Habana, Cuba*<sup>42</sup>

En junio de 1915, Federico Gamboa zarpó a bordo del buque español *El Buenos Aires* rumbo a La Habana, Cuba, donde continuaría su destierro. Días después desembarcó en la isla caribeña y, como era costumbre en dicho puerto, inmediatamente fue interrogado por los reporteros,<sup>43</sup> quienes dieron cuenta de su arribo a la capital cubana de manera “elogiosa”, en particular los periódicos de mayor circulación, el *Diario de la Marina* y *El Herald de Cuba*.<sup>44</sup>

Cabe señalar la abundancia de noticias publicadas en la prensa cubana en relación con los buques de distintas nacionalidades que arribaban al puerto de La Habana con pasajeros que provenían de México. En este sentido, los barcos y los personajes que viajaban en ellos se convirtieron en protagonistas,<sup>45</sup> pues su llegada era usualmente nota del día en el puerto habanero, como se puede constatar en las “Crónicas del Puerto” del *Diario de la Marina*, que en sus secciones matutina y vespertina solía destacar en sus titulares: “Vienen fugitivos de Méjico”, “El éxodo de los sacerdotes”, “Distinguidas familias mexicanas llegan huyendo”, “Los mejicanos de valer llegan huyendo horrorizados de su país”, “Embarque sospechoso de militares mejicanos”, entre otros muchos.

Asimismo, la confusión generada por el ir y venir de buques al puerto de La Habana, también provocó que con frecuencia se extendieran rumores acerca de la identidad de algunos pasajeros, pues, como señaló el *Diario de la Marina*:

Muchos de estos militares y polítics vienen huyendo de su país, ante el cambio de los acontecimientos y por eso se explica que vieran algunos con nombre cambiado, otros mal trajeados y todos

<sup>42</sup> M. Pérez Domínguez, “El exilio de Federico Gamboa...”, pp. 29-37.

<sup>43</sup> M. Pérez Domínguez, “Los puertos del exilio...” y “Crónicas del puerto de La Habana”.

<sup>44</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, p. 257.

<sup>45</sup> Un interesante trabajo sobre el papel de los buques en la historia del exilio, en particular desde el inicio de la Guerra civil española, es el de Emilio Calle y Ada Simón, *Los barcos del exilio*, 2005.



guardando cierto misterio y con temor a hablar respecto de su viaje, hecho sin duda alguna con bastante precipitación.<sup>46</sup>

Lo anterior no fue el caso de Federico Gamboa, pues no sólo no viajó en calidad de incógnito, sino que en su *Diario* se puede percibir cierta complacencia por la “diana” de periodistas que evidenciaban su interés por una entrevista y obtener declaraciones acerca de la situación que imperaba en México y las razones de su partida de Estados Unidos.

En esa Habana, donde se respiraban “voluptuosidades incontenibles”, Gamboa fue recibido por su hijo Miguel;<sup>47</sup> Antonio, su sobrino; el licenciado Marañón; Fernández Verna y Romero Palafox, con quienes se trasladó a la Richmond House, lugar en donde la familia había encontrado hospedaje. Esa misma noche se entrevistó con su amigo, y también exiliado, Luis G. Urbina,<sup>48</sup> a quien encontró “algo huraño y deprimido”. Los días siguientes estuvieron rodeados de visitas de periodistas y encuentros con amigos como José María Lozano.<sup>49</sup>

A su llegada a La Habana, Gamboa expresó que, pese al idioma, el clima y las costumbres, se sentía más desterrado y extranjero que en Estados Unidos, apreciación muy particular que contradecía algunos señalamientos hechos por otros mexicanos exiliados,

<sup>46</sup> *Diario de la Marina*, edición de la mañana, La Habana, Cuba, 31 de julio de 1914.

<sup>47</sup> La esposa e hijo de Gamboa habían llegado a la isla unas semanas antes.

<sup>48</sup> Luis G. Urbina estudió en la Escuela Nacional Preparatoria, donde después enseñó literatura española. Continuó la labor periodística de Manuel Gutiérrez Nájera, con quien colaboró en la *Revista Azul*. En 1890, con su libro *Versos*, se dio a conocer como poeta romántico. Fue secretario particular de Justo Sierra en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y director de la Biblioteca Nacional en 1913. En 1915 se expatrió a Cuba. *Enciclopedia*, tomo xu, pp. 552-553.

<sup>49</sup> José María Lozano estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En 1902, siendo aún estudiante, purgó tres meses de cárcel por haber atacado a José Yves Limantour, ministro de Hacienda, en el periódico *La Protesta*. Formó parte de un grupo de intelectuales llamado *La Horda*. En 1904 fue agente del Ministerio Público. En 1909 ingresó al Partido Reeleccionista, desde cuyo periódico, *El Debate*, atacó a la oposición. Representó a un distrito de Jalisco ante la xxvi Legislatura, donde constituyó, con Querido Moheno, Francisco Olagübel y Nemesio García Naranjo, el grupo parlamentario “El Cuadrilátero”. Durante el gobierno de Victoriano Huerta, ocupó los ministerios de Instrucción Pública y Comunicaciones y Obras Públicas. Al triunfo del Constitucionalismo en 1914, se exilió en La Habana, Cuba. *Ibid*, tomo viii, pp. 336-337.

que constantemente referían "sentirse como en casa", abrigados por sus amigos cubanos.<sup>50</sup> También apreciaba que en la capital cubana, como en San Antonio, Texas, se vivía "el mismo hervidero de chismarajos políticos", los cuales se agravaban con la temperatura de "horno" de esa tierra. Sin embargo, reconocía que La Habana, además de ser hospitalaria, era cosmopolita y, por consiguiente, estaba habituada a ver muchos forasteros, a sonreírles y a explotarlos. De igual manera, y volviendo a sus noches juveniles, no dejaba de demostrar asombro por la cantidad de cubanas "bellísimas" con las que se tropezaba. "¡Qué mujeres! ¡Qué garbos! ¡Mire usted que hay mujeres bonitas!, pero, ¿por qué, señor, hablarán alzando tanto la voz?"<sup>51</sup>

Desde los primeros días de su estancia en La Habana, Gamboa entabló relación con personajes del mundo editorial, nada extraño para un hombre reconocido en el ámbito de la literatura. Así, se entrevistó con José Zamora y con un español de la Biblioteca de Autores Cubanos, quienes al parecer tenían interés en editar el tomo III de *Mi diario*. Asimismo, visitó en su quinta veraniega a Nicolás de Rivero, director del *Diario de la Marina*, "anciano hidalgo e interesante asturiano, ex jefe carlista, casado dos veces, muy rico e influyente", a quien había conocido en México durante las fiestas del Centenario<sup>52</sup> y de quien deseaba lo contratara como colaborador literario de su periódico, a fin de poder obtener una decorosa remuneración. Sin embargo, la oferta que le fue hecha distaba mucho de sus expectativas y rechazó el ofrecimiento.

Gamboa, a diferencia de otros personajes del régimen porfirista que poseían fortuna económica, salió al exilio con grandes limitaciones económicas, motivo por el cual tuvo la necesidad de buscar un empleo para sobrevivir e intentar allegarse recursos a través de la venta de sus libros. En esta tarea exploró diversas posibilidades de trabajo, una de las cuales fue con un importante

<sup>50</sup> Véase M. Pérez Domínguez, "El exilio de Martín Tritschler y Córdova...", pp. 239 y ss.

<sup>51</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, pp. 257-259, 266-267.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 258.

personaje de la política de la isla, Orestes Ferrara,<sup>53</sup> presidente de la Cámara de Representantes cubana y dueño de varios periódicos como *El Heraldo de Cuba*, a quien dejó en su despacho una “expresiva” recomendación que Joaquín Casasús le diera cuando se encontraron en Nueva York. Ferrara le ofreció que durante su ausencia de la isla se hiciera cargo de la dirección de una de sus revistas, *La Reforma Social*, por lo cual recibiría un pago de cien dólares mensuales.<sup>54</sup>

Días antes de recibir la noticia de su nuevo empleo, en medio de tabaco y champaña ofrecidos por el presidente y el secretario del Centro Gallego, quienes lo habían convidado a conocer las instalaciones de ese “palacio social” y el antiguo Teatro Tacón—ahora convertido en Teatro Nacional—, Gamboa recibió la noticia del fallecimiento del general Porfirio Díaz ocurrido en Neuilly, Francia, razón por la cual resolvió que su primera contribución a *La Reforma Social* sería un estudio sobre el general Díaz que figuraba en el tomo III de su *Diario*. Sin embargo, luego de pensarlo decidió dejar el material en su sitio y publicar en su lugar un artículo sobre Salina Cruz.<sup>55</sup>

El exilio habanero significó desde su llegada un reencuentro de amigos y colegas, con quienes Gamboa restableció contacto y compartió algunas actividades de carácter social, las cuales indudablemente fueron ocasiones propicias para intercambiar ideas, pensamientos y pesares, como seguramente lo fue la boda de su amigo Antonio Mediz Bolio,<sup>56</sup> periodista y poeta yucateco

<sup>53</sup> Orestes Ferrara era italiano de origen, hombre adinerado, veterano de la segunda guerra de independencia, ex secretario de Máximo Gómez, convencido socialista, gran orador y escritor que había ganado por oposición en la universidad la cátedra de Derecho Internacional Público. *Ibid.*, p. 264.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 264; A. Uribe, *Recordatorio...*, pp. 107-108.

<sup>55</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, p. 264.

<sup>56</sup> Antonio Mediz Bolio había destacado en Yucatán por su labor periodística en publicaciones como *Revista de Mérida*, *Pimienta y Mostaza* y *El Salón Literario*. Al poco tiempo de contraer nupcias en La Habana, a petición del gobernador constitucionalista Salvador Alvarado, regresó a la ciudad de Mérida para hacerse cargo de la dirección de *La Voz de la Revolución*, que compartió con Antonio Ancona Albertos. *Enciclopedia*, tomo VIII, pp. 416-417; F. Gamboa, *Mi diario*, tomo VI, p. 265.

afiliado al maderismo y exiliado en la isla desde 1913. En esa ocasión se encontró con el periodista y diplomático Manuel Márquez Sterling, que había regresado a Cuba por las hostilidades del gobierno huertista y quien luego lo invitaría a colaborar en su periódico *La Nación*.<sup>57</sup>

Asimismo, fue asiduo a las misas dominicales en El Cristo, a pesar de que desde muy joven Gamboa dejó de ir a misa y de confiar su destino al Dios de los católicos. De su crisis de conciencia, “que fue presumiblemente ardua y dilatada como suelen ser”, en una nota retrospectiva escrita a la salida del confesionario el 23 de enero de 1903, señaló que: “esta noche me he operado de las cataratas del espíritu”. A la mañana siguiente, por primera vez en una eternidad, Gamboa comulgó.<sup>58</sup> De esta manera fue que comenzó a asistir a las ceremonias organizadas por el arzobispo de Yucatán, Martín Tritschler y Córdova en el templo de La Merced, con el objetivo de rezar por la paz en México, para luego reunirse en la Asociación Cubana de Beneficencia con los muchos mexicanos exiliados, en actividades que trascendían el sentimiento religioso, pues eran verdaderos actos políticos.<sup>59</sup> Así, también se registra en su *Diario* la asistencia a las misas de aniversario de la muerte de Ignacio Torres y Adalid en el templo de Belén de la Compañía de Jesús.<sup>60</sup>

En este mismo sentido, participó en los festejos del xxv aniversario de ordenación sacerdotal del arzobispo Martín Tritschler y Córdova, a los cuales concurrió la “colonia yucateca y la mayor

---

<sup>57</sup> Nacido en Lima, Perú, Manuel Márquez Sterling gozaba de una gran trayectoria en el ámbito literario y periodístico. Vivió en Mérida, Yucatán, donde colaboró en *El Eco del Comercio* y *La Revista de Yucatán*. En la ciudad de México trabajó en el Banco Nacional y escribió para el *Diario del Hogar*. Conoció a José Martí y se convirtió en vocero del Partido Revolucionario Cubano, fundado por aquél en Estados Unidos. Al independizarse Cuba en 1898 regresó a la isla y fue nombrado secretario del embajador en Washington. Nuevamente en Cuba, colaboró en *Patria* y *Cuba Libre* de Camagüey y *El Figaro* de La Habana. En 1901 fue proclamado “El primer escritor joven de Cuba”. Tuvo varias misiones diplomáticas y en 1912 fue enviado a México, donde fue testigo de los acontecimientos que derivaron en el asesinato de Francisco I. Madero y el vicepresidente Pino Suárez, como también del Pacto de la Embajada. F. Gamboa, *Mi diario*, tomo vi, p. 295.

<sup>58</sup> A. Uribe, *Recordatorio...*, p. 59.

<sup>59</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo vi, pp. 272, 276, 286; A. Salmerón, “Con la pluma en la mano...”, en prensa.

<sup>60</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo vi, p. 281.

parte de la mejicana”, representaciones de las comunidades religiosas de La Habana, del Cabildo, clero parroquial, asociaciones piadosas y distinguidas familias cubanas, así como el introductor de embajadores, que llevaba la representación del presidente de la república, general Mario G. Menocal, y la esposa del ministro de España. A la terminación del besamanos se ofreció un banquete “íntimo”, en donde algunos exiliados mexicanos pronunciaron discursos en honor del arzobispo de Yucatán, y de paso se refirieron a su “lamentable” situación, al “México mártir”. En esta ocasión, Federico Gamboa, en atención del festejado, se expresó en los siguientes términos:

Y si en ese pastor se adunan y reúnen, además, la sabiduría, la caridad y el tacto; si una persecución injusta y bárbara lo arrojó de su sede hasta playas extranjeras, aunque sean playas hermanas y hospitalarias, y en ellas se impuso el olvido de los propios sufrimientos acerbos para sólo atender a los sufrimientos de sus ovejas, también privadas de patria, y consolarlas, templarles cuerpo y espíritu, endulzarles los acíbares de la miseria, tristeza y el destierro, ¿qué mucho, señores, que a un varón así, se le festeje y honre cuando ajusta veinticinco años de fidelidad y adoración para con la esposa ensalzada en el epitalamo simbólico que se llama Cantar de los Cantares?<sup>61</sup>

El trabajo y las actividades realizadas con otros mexicanos en el exilio no fueron impedimento para que Gamboa continuara con su labor literaria, pues dedicaba algunas horas a la redacción de *La confesión de un palacio*, al tiempo que escribía para otros medios periodísticos como *Cuba Contemporánea*. Además, de vez en vez visitaba sitios de La Habana como el famoso cementerio a las afueras de la ciudad (que destacaba por un grupo escultórico de Querol: Fe, Esperanza y Caridad), propiedad del Obispado cubano, pues en la isla, ni el Estado ni el Municipio poseían algo, por lo cual asentaba en su *Diario*: “¿Qué dirían nuestros constitucionalistas?” Así tam-

---

<sup>61</sup> *Album conmemorativo...*, p. 50.

bién visitó el Museo Nacional, donde pudo observar los escritorios de José Martí y José de la Luz y Caballero, las botas de Máximo Gómez, la driza de la bandera yanqui que flotó en el Morro y fragmentos del Maine, como también, confundido entre la muchedumbre de curiosos, y a fin de conocer a los funcionarios principales de la isla, presenció en la calle de Belascoain, a la salida de la Secretaría de Salubridad y Beneficencia, el entierro del doctor Finlay, descubridor del *stegomia fascista*, en el que tuvo la oportunidad de ver de lejos al presidente Menocal.<sup>62</sup>

El puerto de La Habana era una ciudad en ese tiempo en proceso de crecimiento y auge económico, un espacio en donde se podían respirar los aires de una urbe moderna, “fragmentada y sectorizada según el tipo de actividad”, con una élite establecida en sus mansiones de El Vedado y Cerro; un malecón protegido por un sólido muro de contención; notables edificaciones como las parroquias del Sagrado Corazón de Jesús y San Juan de Letrán, el refinado Teatro Auditorium, el aristocrático Vedado Tennis Club, La Lonja del Comercio, el Instituto de Enseñanza Número 1, la Aduana, la Estación Central del Ferrocarril y la Universidad de La Habana; construcciones que contrastaban con las viviendas humildes, muchas de ellas de trabajadores negros y mulatos.<sup>63</sup> Sin embargo, Gamboa se preguntaba por qué no podía Cuba, y menos su capital, dejar de ser española, “pues la riqueza, el comercio, la propiedad, la fisonomía moral y material, los defectos y virtudes, el habla, las costumbres, la mentalidad y el alma eran españoles, profundísimamente españoles, perpetuamente españoles. ¡Vaya un zarpazo el que le hincó en esta tierra el león hispano, que le dejó su sello para la eternidad!”<sup>64</sup>

Las tertulias entre los exiliados solían ser frecuentes, como las realizadas en la casa de Antonio Mediz Bolio, donde Gamboa se reunía con los ya citados Manuel M. Ponce, Luis G. Urbina, José María Lozano, entre otros, o las charlas sostenidas con Ignacio

---

<sup>62</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo vi, pp. 268, 273 y 276.

<sup>63</sup> Sergio Guerra Vilaboy, “La Habana...”, pp. 53-56.

<sup>64</sup> F. Gamboa, *Mi diario*, tomo vi, pp. 275-276.

Peón, “el primer caballero de Yucatán”, quien fuera presidente en Mérida del Partido Católico cuando Gamboa lanzó su candidatura a la presidencia de México, o con su amigo Francisco Bulnes.<sup>65</sup>

A poco más de un año de haber salido de México y después de pasar por Estados Unidos, Gamboa se encontraba en Cuba no por una encomienda de carácter diplomático, sino en calidad de exiliado y padeciendo, como él mismo señaló, “grandes penurias” para poder hacerse de recursos y mantener a su familia, con pocas esperanzas de un pronto retorno, sobre todo porque las noticias recibidas en La Habana no resultaban nada alentadoras: el reconocimiento *de facto* de Estados Unidos al gobierno de Venustiano Carranza.

Los años que Gamboa permaneció en la isla caribeña estuvo sujeto a la estrecha vigilancia del gobierno mexicano, el cual, a través de sus representantes diplomáticos en La Habana, solía recibir información de las actividades de los exiliados residentes en ésta. Entre las cartas enviadas al secretario de Relaciones Exteriores del gobierno carrancista, junto a otras informaciones, se daba cuenta de la preparación de dos expediciones antirrevolucionarias: una de la costa de Cuba hacia el sureste de México y otra de Estados Unidos hacia Tabasco y Yucatán. Se insistía en la gran cantidad de refugiados adinerados en la isla, por lo que se recomendaba otorgarles garantías para que algunos pudieran regresar a México con la seguridad de no ser peligrosos, pues de permanecer en Cuba sí podrían significar una amenaza.<sup>66</sup>

De acuerdo con información enviada por el oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores del gobierno carrancista, la colonia mexicana en Cuba podía ser clasificada en tres grandes grupos: “los enemigos, que son la mayoría, los indiferentes, que son en regular número, y los amigos, que son pocos.” Dentro del grupo de los “enemigos” se ubicaban los huertistas, los cuales, según el informante, se distinguían por su actividad y la casi impunidad de que gozaban “debido a las buenas relaciones que tienen entre altos

<sup>65</sup> *Ibid.*, pp. 297, 301.

<sup>66</sup> “Carta de informes de Salvador Martínez Alomía a Isidro Fabela”, Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHSRE), México, L808(1), f. 11-13. La Habana, Cuba, 23 de noviembre de 1914.

personajes de la política". Sobre Federico Gamboa y Salvador Díaz Mirón, advertía:

[...] hago notar desde luego, que tanto Gamboa como Díaz Mirón, sé que no toman participación en las juntas y conspiraciones de los activos, entre quienes se distinguen Ignacio Bravo Betancourt, Maqueo Castellanos, Pedro Tresgallo (español), Querido Moheno, José María Lozano y otros más insignificantes, como Vicente Sánchez Gutiérrez, Enrique Uthoff, etc.<sup>67</sup>

La oficina central del servicio secreto mexicano en los Estados Unidos también se dirigió al cónsul en Cuba, a fin de que pusiera en manos del agente del servicio secreto adscrito a esa oficina la lista de reaccionarios y obedeciera la siguiente disposición:

Ruégaseles que informen a esta Oficina Central del Servicio Secreto Mexicano, quiénes de las personas anotadas en la presente lista, residen en sus jurisdicciones, así como también deben informar de cualesquiera otras personas consideradas como enemigas del actual Gobierno de México, aun cuando no figuren en dicha lista, en qué se ocupan, dónde viven y cuáles son sus actividades políticas, teniendo especial cuidado, bajo su más estrecha responsabilidad, de anotar o dejar de anotar a personas por amistad o enemistad personal.<sup>68</sup>

Entre una lista de aproximadamente 150 personas, figuraba el nombre de Federico Gamboa junto al del obispo de Sinaloa, Francisco Uranga Sáenz, el arzobispo de Yucatán, Martín Tritschler y Córdova y el obispo de Sonora, Ignacio Valdespino y Díaz. Las instrucciones del servicio secreto de informar de las actividades de este grupo resultaron eficientes, pues en carta reservada dieron cuenta de la fiesta realizada por algunos mexicanos residentes en Cuba,

<sup>67</sup> *Informes de nuestra Legación en La Habana sobre las relaciones entre México y Cuba*, citado en Elsa Verónica Aguilar Casas, "Querido Moheno...", p. 50.

<sup>68</sup> AHSRE, L-E 725, f. 352-354.



en el templo de la Merced, en honor de la Virgen de Guadalupe. Uno de los agentes secretos que asistió informó que durante el sermón de la misa el orador se había expresado en términos “inconvenientes” del gobierno mexicano, “lanzando denuestos e injurias, e instigando, con su palabra, a que secundaran con toda actividad la contrarrevolución, hasta obtener la completa desorganización de la actual administración”.<sup>69</sup>

### *Consideraciones finales*

En la coyuntura de la Primera Guerra Mundial y en medio de las sospechas entre las autoridades mexicanas y estadounidenses, Federico Gamboa fue señalado insistentemente, junto con otros exiliados en Cuba, de formar parte de un movimiento que se relacionaba con el servicio secreto alemán, cuya finalidad era resquebrajar las relaciones de México con Estados Unidos, acusación que nuestro personaje nunca aceptó.<sup>70</sup>

Considerado por el carrancismo como huertista recalcitrante, Gamboa fue de los últimos refugiados que regresaron a México. Únicamente la enfermedad de su esposa lo doblegó a solicitar la repatriación de ésta ante las autoridades carrancistas. “Después de cinco años y veinte días exactos” de exilio, don Federico arribó al puerto de Veracruz, el 11 de octubre de 1919. “Los rigores del exilio no habían alterado sin embargo sus tercas ideas políticas y esa misma noche se jactó en privado de ser ‘re-reaccionario’”.<sup>71</sup>

El detallado y rico testimonio que Federico Gamboa ha dejado plasmado en su *Diario*, así como su extensa obra literaria y periodística, ameritan ser revisadas e incorporadas de manera más generosa en los futuros trabajos que sobre el exilio de la Revolución

---

<sup>69</sup> AHSRE, D17-8-95. Informe: sermón en que se lanzan denuestos contra el gobierno de México, carta de Alberto C. Franco, encargado de negocios *ad-interim* en Cuba al subsecretario de estado del Exterior, Encargado del Despacho, La Habana, Cuba, 13 de diciembre de 1917.

<sup>70</sup> M. Pérez, “El exilio de Federico Gamboa...”, pp. 37-38.

<sup>71</sup> *Ibid.*, A. Uribe, *Recordatorio...*, pp. 111-112.

Mexicana se realicen, pues, en definitiva, constituyen una veta poco explorada que ayudará a comprender desde otra perspectiva este fenómeno de principios del siglo xx, y será también una fuente fundamental para conocer más de cerca las características y la vida cotidiana de la isla receptora de muchos mexicanos.

## HEMEROGRAFÍA

*Diario de la Marina*

## ARCHIVOS

AHSRE. Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores

## BIBLIOGRAFÍA

- Álbum conmemorativo. Recuerdo de las Bodas de Plata del Ittmo. Sr. Dr. D. Martín Tristchler y Córdova, Arzobispo de Yucatán*, s/l, 1916.
- Aguilar Casas, Elsa Verónica, "Querido Moheno. Esbozo de un exilio", *Exilios en México. Siglo xx*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008, pp. 17-40.
- Calle, Emilio y Ada Simón, *Los barcos del exilio*, Madrid, Oberon, 2005.
- Carballo, Emmanuel *et al.*, *Escritores en la diplomacia mexicana*, vol. 1, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.
- Enciclopedia de México*, tomos VIII y XII, México, Talleres de Impresora y Editora Mexicana, 1977.
- Fernández Mac Gregor, Genaro, "Don Federico Gamboa como diplomático", en *Memorias de la Academia Mexicana. Discursos académicos*, tomo XI, México, Editorial Jus, 1995.
- Gamboa, Federico, *Mi diario v (1909-1911)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1995 (Col. Memorias Mexicanas).



2893729

- *Mi diario vi (1912-1919)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1995 (Col. Memorias Mexicanas).
- García Barragán, María Guadalupe (estudio preliminar), edición y notas, *Victoriano Salado Álvarez, crítico de Federico Gamboa*, México, El Colegio de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 2004.
- Guerra Vilaboy, Sergio, "La Habana, breve recorrido por su historia", en Bernardo García Dfáz y Sergio Guerra Vilaboy, (coords.), *La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana. Las dos orillas*, México, Universidad Veracruzana-Universidad de La Habana, 2002, pp. 53-56.
- Gutiérrez, Harim B., *En el país de la tristeza. Las misiones diplomáticas de Federico Gamboa en Guatemala*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005.
- Lerner Sigal, Victoria, "Exilio e historia. Algunas hipótesis generales a partir del caso de los mexicanos exilados por la Revolución Mexicana (1906-1920)", *Working Papers Series*, núm. 17, verano 2000.
- Mac Gregor, Josefina, "Federico Gamboa Iglesias", en *Cancilleres de México*, tomo II, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Instituto Matías Romero, 1993.
- Pacheco, José Emilio (pról. y notas), *Diario de Federico Gamboa. 1892-1939*, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- Pérez Domínguez, Marisa, "Crónicas del puerto de La Habana", ponencia presentada en el x Congreso de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe, La Habana, Cuba, noviembre de 2006.
- "El exilio de Federico Gamboa en La Habana, Cuba", en *Exilios en México. Siglo xx*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008, pp. 17-40.
- "El exilio de Martín Tritschler y Córdova, arzobispo de Yucatán, en La Habana, Cuba", *México y Cuba: del Porfiriato a la Revolución. Diplomáticos, diplomacia e historia política (1900-1920)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2008, pp. 239-271.
- "Los puertos del exilio: un acercamiento a las crónicas de La Habana en los primeros meses de 1914", ponencia presentada en el XIII Festival Internacional Afrocaribeño, Veracruz, Veracruz, agosto de 2006.

- Pérez Montfort, Ricardo, "La invasión norteamericana a Veracruz en 1914. Apuntes para una aproximación menos heroica y más cotidiana", Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy (coords.), en *La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana. Las dos orillas*, México, Universidad Veracruzana, Universidad de La Habana, 2002, pp. 339-361.
- Salmerón, Alicia, "Con la pluma en la mano. El exilio de Francisco Bulnes (1914-1920)", en Javier Garcíadiego y Victoria Lerner (coords.), *Los exilios de la Revolución Mexicana* (en prensa).
- Sax, Antimaco, *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, 1914.
- Uribe, Álvaro, *Recordatorio de Federico Gamboa*, México, Breve Fondo Editorial, 1999.

## 2. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: HACER *LEGIBLE* LA REVOLUCIÓN

Liliana Weinberg<sup>1</sup>

Fuerte y plural es el vínculo de Pedro Henríquez Ureña con la atmósfera de ideas movilizadas por la Revolución de 1910 así como con el clima espiritual que la precede y sucede. Valiosa es también su propuesta de hacer *legible* el proceso revolucionario, nombrarlo, caracterizarlo e interpretarlo a la vez que ofrecer una respuesta al mismo por medio de una política de la educación, el libro y la cultura. Si atendemos a sus primeros trabajos, se atisba ya en ellos *la utopía de la letra* como posibilidad de ciudadanización e integración de la familia hispanoamericana (y hablo de utopía de la letra como integradora a la vez del libro y la educación, como posibilidad de hacer *legible* lo americano), así como la misión del libro como forma de intervención concreta en la sociedad y como traducción a la vez real y simbólica de las condiciones de legibilidad de un proyecto.

Si desde los años de formación del dominicano la presencia real de dos figuras centrales, Martí y Hostos –amigos además de su familia–, marcó fuertemente el modelo de *hombre de pensamiento y acción* que él mismo habría de seguir, y en particular la adopción de la idea de magisterio y la causa de la razón y del libro como forma de vínculo entre los intelectuales y el pueblo, pronto la incorporación de Rodó, el juvenilismo y el arielismo serán centrales, como lo será también su propuesta hispanoamericanista.

---

<sup>1</sup> Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones de América Latina y el Caribe.

Y a partir de su llegada a suelo mexicano, en 1907, gracias a su pronta inserción en redes y prácticas de sociabilidad ligadas a revistas (particularmente los círculos de la *Revista Moderna* y *Savia Moderna*), círculos de discusión, conferencias y conciertos, incorporará otro componente fundamental: la crítica al positivismo en cuanto ideología de poder que había cristalizado ya en las instituciones educativas como un nuevo escolasticismo. Entonces militará desde muy temprano a favor de una propuesta de renovación y apertura de la “ciudad letrada”, que muy poco tiempo después se verá sacudida por la Revolución.

Se ha discutido si el Ateneo de la Juventud constituye o no un precursor ideológico de la Revolución. Y la opinión de Pedro Henríquez Ureña resulta de particular valía al respecto, no sólo porque según él sin duda lo fue, sino además porque el escritor dominicano repensó más de una vez la apertura de una nueva tradición crítica que este acontecimiento supuso. Lo cierto es que sus miembros emprenderán la crítica al positivismo, la apertura a nuevas corrientes filosóficas que critican la reducción materialista y cientificista, y reinstalan las nociones de espíritu e historia, pero no con un sentido restaurador de las viejas nociones elitistas de tradición sino en busca de una nueva concepción no tradicionalista de tradición. Tal es el caso de la elección de nuevas fórmulas de pensamiento que permitieran superar el mecanicismo y el racismo: tales aquellas que, como las de Boutroux y Bergson, permiten escapar del determinismo e incluir la noción de incertidumbre. Hubo también, entre varios miembros del grupo –Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos entre ellos–, una activa postura antirreeleccionista. Transcribo la presentación que el propio Henríquez Ureña hizo del Ateneo:

Los miembros más conocidos del Ateneo son Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Mariano Silva Aceves, Julio Torri [...], el compositor Manuel M. Ponce, los arquitectos Jesús Tito Acevedo (ca. 1880-1918) y Federico E. Mariscal, y los pintores Diego Rivera y Ángel Zárraga. Al grupo se unió el poeta González Martínez, aunque pertenecía a una generación anterior. Varios de sus miembros han tomado parte activa en la política, especialmente Vasconcelos, Isidro Fa-

bela, Alfonso Cravioto y Alberto J. Pani, primer presidente de la Universidad Popular (el segundo y último fue el Dr. Alfonso Pruneda). Aunque nacido fuera de México, el autor de estas líneas perteneció también al Ateneo, fue el primer secretario de la Universidad Popular y, antes de ello, miembro de la redacción de *El Antirreeleccionista*, órgano del partido que se oponía a la reelección de Porfirio Díaz, y que con el tiempo eligió a Madero presidente; el periódico fue suprimido por el gobierno de Díaz en 1910.<sup>2</sup>

Lo cierto es también que las fiestas del Centenario, la refundación de la Universidad de México, el avance de la causa antirreeleccionista, la caída de Porfirio Díaz, la llegada de Madero y la Revolución habrían de catalizar las diferentes tomas de posición de los representantes de la inteligencia mexicana en la política nacional: pensemos en el caso de Vasconcelos. Los ateneístas proporcionaron cuadros para ese complejo momento de refundación y replanteo de la relación entre la inteligencia y el poder, y encontraron una solución estratégica a través de su propuesta de renovación de la política educativa y la política del libro.

Se ha dicho muchas veces que la generación del Ateneo representó la avanzada intelectual de la etapa prerrevolucionaria (el "Nosotros" de un libro reciente),<sup>3</sup> pero en la mayoría de los casos no se da seguimiento a las trayectorias de los representantes de dicha generación en años posteriores. Es esto lo que pretendo hacer para el caso de Pedro Henríquez Ureña. En lo que sigue rastrearé algunas de las grandes ideas-fuerza (como las llamó el propio Henríquez Ureña) que tomaron forma en algunos de sus principales ensayos.

La Revolución puso fuertemente en cuestión el papel que los jóvenes intelectuales miembros de la ciudad letrada habrían de desempeñar en la nueva escena de México, e inauguró nuevas

---

<sup>2</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias...*, cap. VIII, p. 268, n. 8. En la nota 10 de ese mismo capítulo añade: "Es digno de notarse el hecho de que sean pocos los escritores de primera fila, entre los nacidos después de 1880, que pertenecen a los partidos conservadores [...]. No cuento como políticos los puestos diplomáticos; no es raro que un diplomático tenga opiniones políticas que difieren, en mayor o menor medida, de las del gobierno que representa" (p. 268).

<sup>3</sup> Susana Quintanilla, "Nosotros". *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México, Tusquets, 2008.

tensiones en la relación entre el hombre de letras y el poder. Esto generó una interesantísima adopción de posiciones y una solución que considero genial, en cuanto resolución simbólica de la brecha entre los jóvenes cuadros intelectuales y las amplias capas de la población, por medio de la necesidad de ciudadanía e incorporación real de las mayorías: la cruzada del libro como protagonista de la renovación educativa. Si el positivismo había significado, para el caso de muchos de ellos, una plataforma de despegue en la propia formación, que prometía mediante de la defensa de la razón, el conocimiento, la ciencia y el progreso una posibilidad de ampliación y democratización de los sectores pensantes y una solución a la inserción de los nuevos cuadros en la vida social, esta doctrina había resultado –a la larga– una ideología excluyente, de contención y conservación del poder entre los miembros de la élite ilustrada.

Los textos que constituyen la primera etapa de la obra de Pedro Henríquez Ureña acompañan este proceso de autoconstrucción y autopercepción de una figura intelectual que fue además uno de los principales articuladores entre el modelo preponderante en el positivismo, al que llamaremos *ensayo diagnóstico*, y el nuevo *ensayo interpretativo*. En el caso del primero, característico de la etapa positivista, sus moldes explicativos de los fenómenos sociales estaban inspirados en el modelo clínico, con fuertes componentes racistas y deterministas, y estaba, en buena medida, adaptado al discurso médico y criminológico que seguía las pautas de diagnóstico lombrosiano de la personalidad individual y de los fenómenos sociales. En este caso, es interesante el fuerte vínculo de la prosa no ficcional con las pautas del realismo y el naturalismo, que “naturalizaban” la relación entre figura y realidad y en muchos casos trataban de replicar en el texto las condiciones experimentales para evaluar los fenómenos. Por otra parte, el estilo exaltadamente oratorio y el afán por el tratamiento sin profundización de los más diversos temas abundaban también en la prosa de la época.

En cambio, el *ensayo interpretativo* de nuevo cuño que se está gestando en época de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes incorpora componentes de la prosa poética modernista, las exigencias de rigor y claridad, pero, sobre todo, establece un nuevo pacto representativo entre texto y contexto, apela a elementos líricos y expresivos como



formas de mediación entre la realidad social y el escritor, para cuya palabra busca un nuevo lugar simbólico de enunciación. Y sobre todo, en la pluma de estos grandes ensayistas se llega incluso a tematizar la cuestión de la *representatividad* de la palabra y de las representaciones *con el traslado del eje del modelo clínico al modelo jurídico*. A este respecto, no considero casual no sólo que Henríquez Ureña o Reyes se formen como abogados, sino también que en muchos casos repiensen cuestiones jurídicas y morales desde una nueva posición crítica. El problema de la delegación de la palabra se convierte entonces en un problema mayor para estos escritores que, nacidos y formados en el seno de familias cultas, deberán repensar el papel de las élites y de la tradición cultural una vez estallada la Revolución. Al respecto, considero sintomático de esta toma de posición contra el determinismo que en cierta ocasión Pedro Henríquez Ureña dijera que en nuestros días es más grave ser analfabeto que ser ciego: no saber escribir es, en su opinión, una enfermedad más grave que no poder caminar.

Contra la vieja concepción cerrada y excluyente del papel de la inteligencia que acabó por enquistarse en un ala de la sociedad porfiriana, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes replantearán la relación del hombre de letras y adoptarán implícitamente el modelo del héroe cultural, que en su tarea prometeica permite salvar la brecha entre la cultura de élite y las necesidades de la población en general. Al alejarse de la vieja representación estática de la sociedad y de la imagen devaluada de todo trabajo intelectual independiente que no sirva para alimentar los cuadros de la administración, estos jóvenes pensadores propondrán un nuevo espacio de actuación en el cual la ampliación de la cultura no se sienta como una "profanación de los saberes" en manos de pocos.<sup>4</sup> Es allí donde

<sup>4</sup> Véase Roger Chartier, "Espacio social e imaginario social: los intelectuales frustrados del siglo xvii", en *El mundo como representación...*, p. 178. Considero que algunas de las observaciones de Chartier para el clima intelectual generado por "el estallido de los conocimientos tradicionales y la revolución científica del siglo xvii" pueden ser de ayuda para entender a nuestros hombres de letras. En efecto, existe una contradicción entre el estallido de los límites y las prohibiciones puestas al conocimiento y su "devolución a una minoría limitada, única capaz de llevarla a cabo sin poner en peligro la fe, la ley o el orden: la *respublica literatorum*. En el momento mismo en que Ícaro o Prometeo se convierten en figuras emblemáticas de esta obra de conocimiento sin límites, se recuerda que es privativa de los nuevos clérigos" (p. 179).

el arielismo les ofrece un posible modelo para ejercer el *uso público* del conocimiento y así salvar simbólicamente una contradicción que se da con el crecimiento del sector pensante cuyos cuadros no encuentran una inserción en los canales tradicionales del poder. Esto conduce a un tema de enorme importancia: el del uso público y el uso privado de la razón y del conocimiento.<sup>5</sup>

El uso público del conocimiento se vinculará en Pedro Henríquez Ureña con el ensayo, la conferencia, el libro. Su labor como difusor de la cultura por medio de la elaboración de artículos, comentarios, reseñas, prólogos, antologías, colecciones, así lo confirma. En cierta ocasión, Henríquez Ureña reflexionaba sobre una afirmación de Carlyle que, como él mismo recuerda, ya había sido sometida a crítica por el propio historiador inglés: la mejor universidad es una colección de libros. Consideramos que esta idea se enlazó con otras propuestas en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña y sirvió de modelo a su propia práctica y a su “militancia crítica” a favor de las miradas de conjunto, generosas, que fueran a su vez sintéticas y con alcance histórico.

Incluso el *métier* de editor, por él ampliamente practicado, coincide con el modelo de inserción social que proporciona al artista la gráfica popular: se trata de un *trabajo* intelectual, de un *métier*,<sup>6</sup> de un

---

<sup>5</sup> Me permito reproducir también la cita de Chartier a Kant en su “Respuesta a la pregunta sobre qué es la Ilustración”, recordando el lugar estratégico que ocupó la lectura del pensador idealista alemán en los fundamentos del Ateneo. Anota Kant: “En todo hay limitación de la libertad. ¿Pero qué limitación se opone al Conocimiento? ¿Cuál no lo hace y, por el contrario, la apoya? Respondo: el *uso público* de nuestra propia razón siempre debe ser libre y sólo él puede llevar Conocimiento a los hombres; pero su *uso privado* puede estar muy limitado, sin por eso impedir de manera sensible el progreso del Conocimiento. Entiendo por uso público de nuestra propia razón aquel que hacemos como *erudito* delante del conjunto del público *que lee*. Denomino uso privado aquel que tenemos el derecho de hacer de nuestra razón en un puesto civil o una función determinada que nos es confiada”, cit. por R. Chartier, *op. cit.*, p. 179.

<sup>6</sup> En un texto de homenaje a uno de los grandes de la vida intelectual y la función pública mexicana, Pedro Henríquez Ureña escribe: “Con Genaro Estrada (1887-1937) desaparece uno de los hombres útiles de nuestra América. Durante veinte años dio a Méjico trabajo sistemático, constructor, sin ostentación ni propaganda [...] hizo renacer la costumbre mejicana de confiar altas representaciones diplomáticas a hombres de letras”. Alaba “su fina discriminación estética arraiga[d]a en el conocimiento personal de artes manuales como la tipografía. Ha sido, por eso, uno de los impulsores del renacimiento de la gran imprenta y del libro bien hecho en su país, donde perversos errores de la época de Porfirio Díaz

saber hacer que implica una recuperación de la noción de esfuerzo y de trabajo: preparación, iniciación en una serie de saberes específicos y especializados, esfuerzo físico, entrenamiento, contacto presencial y cercano con lo realizado y amplia posibilidad multiplicadora, siempre sobre la base de un molde estético y un conocimiento de las reglas del arte –tal, el caso de la tipografía y la edición de calidad– que lo regula. La posibilidad de expansión de los saberes del artista entre amplias capas de la población está también en la raíz del muralismo mexicano, mediante el cual pintores formados en la alta escuela de la plástica europea y en la vanguardia comienzan a nutrirse también de componentes prehispánicos y populares.

De esta manera la Revolución obliga a intelectuales como Pedro Henríquez Ureña a confrontarse con otra idea que está ya en el ambiente: la de la independencia y profesionalización del hombre de letras, una vez más, instauración de un modo de articulación indirecta del escritor con el poder político al tiempo que incorporación de la idea de la producción literaria como trabajo intelectual que requiere preparación, esfuerzo, remuneración.<sup>7</sup> Se trata además de

---

habían roto la clara tradición de los Escalante y los Cumplido. Junto a la curiosidad del día tuvo la pasión histórica: en su casa se juntan la tabla colonial y el grabado romántico con el lienzo de Diego Rivera y el cartón de Abraham Ángel [...]; en su biblioteca, el Aldo Manucio o el Bernardo Calderón con la revista flamante de Munich o de Buenos Aires [...]. Su influencia, como orientador invisible primero, como jefe visible después, de las relaciones exteriores de su país, contribuye a hacer de Méjico durante años el hermano definidor de la comunidad hispánica de América frente a las doctrinas y prácticas de los Estados Unidos [...]"', *Sur*, Buenos Aires, octubre de 1937, pp. 85-86, reproducido también en *Repertorio Americano*, Costa Rica, 12 de febrero de 1938, reproducido en P. Henríquez Ureña, *OC*, t. vii, pp. 359-361 y en José Luis Martínez, *Estudios mexicanos*, p. 300.

<sup>7</sup> Muchos años después nos dejará valiosas reflexiones sobre la profesión de escritor, como las "Palabras pronunciadas en el acto inaugural del primer congreso gremial de escritores", *Sur*, Buenos Aires, núm. 26, noviembre de 1936, pp. 140-141, reproducido en P. Henríquez Ureña, *OC*, t. vii, pp. 183-184: "En las naciones de nuestra América apenas ha existido hasta ahora la profesión de escritor. Ha existido, desde luego, la profesión de periodista, que no le es exactamente idéntica... El escritor puro, menos ligado a los intereses del momento, ejerce función espiritual: ejerce una parte de las funciones que en sociedades poco complejas se concentraban en el sacerdocio. Si su obra ejerce influencia, será menos rápida, menos inmediata que la influencia del periodista, pero será más duradera. Precisamente porque en la América española apenas ha existido la profesión de escritor, nuestros escritores invaden el campo de los periodistas: con eso, nuestra prensa ha salido ganando [...]. El escritor ha sido en nuestra América, en general, portavoz del hombre que hace otras cosas: cuando no ha sido el hombre de fortuna, o de situación modesta pero firme, que dedica sus ocios a las

la gesta de una nueva élite por mérito y no por cuna, capaz de repensar y reactualizar las tradiciones de pensamiento. Henríquez Ureña ofreció una solución simbólica genial a este desafío: educar, escribir, editar fueron diversos modos de incidir en la sociedad con efecto multiplicador –y postularon el efecto multiplicador de la palabra y el libro–, sin dejar de mantener un espacio de independencia relativa en el momento de negociación con el poder en turno, a la vez que de encontrar su lugar como trabajador-profesional.<sup>8</sup>

*Un breve recuento histórico. La primera estancia en México (1907-1914). Horas de estudio, “días alciónicos”, espacio sin término*

El joven dominicano Pedro Henríquez Ureña llega a Veracruz en enero de 1907, y con ello inicia un primer periodo de estancia en México que se prolongará hasta 1914.<sup>9</sup> Hace sus primeras armas como periodista, y hacia abril o mayo llega a la ciudad de México, donde entra en contacto con Jesús Valenzuela, director de la *Revista Moderna de México*, en la que participan destacados representantes del modernismo: Luis G. Urbina, Jesús Urueta, José Juan Tablada, entre

---

letras, ha sido el hombre de acción –estadista o apóstol– que usa de la literatura como uno de los medios de dar realidad a sus ideales. Por eso el escritor ha sido en América maestro, creador de corrientes de opinión, fundador de instituciones, miembro de gobiernos, presidente de repúblicas, libertador de pueblos. [...] Pero la complejidad creciente de las sociedades va diversificando funciones. Ya se da mucho menos que antes, entre nosotros, la conjunción de escritor y hombre público [...] nuestras sociedades, si quieren justificar su título de civilizadas, tienen la obligación de darle al escritor seguridad y tranquilidad. Pero el escritor, por su parte, debe saber reclamarlas” (p. 184).

<sup>8</sup> Se trata de analizar esa gama que va del sector de funcionarios, esto es, de quienes articularon más abiertamente su proyecto con las ramas del gobierno, como lo muestra particularmente el ejemplo de José Vasconcelos y su equipo en la Secretaría de Educación Pública, o de Jaime Torres Bodet y Relaciones Exteriores, hasta quienes procuraron siempre mantener un difícil equilibrio en su relación con el servicio público y el mundo de las letras, particularmente a través de la diplomacia de las letras, como fue el caso de Alfonso Reyes, y hombres de la nueva generación como Daniel Cosío Villegas o Jesús Silva Herzog, que fortalecieron el ámbito de lo académico y lo editorial como espacios de autonomía relativa con el poder: un espacio que se fortalecerá, ya en la etapa cardenista, con la llegada de los hombres del exilio español.

<sup>9</sup> Para la presentación de estos datos de la vida de don Pedro sigo –con algunas adiciones– la síntesis de José Luis Martínez, “Pedro Henríquez Ureña 1884-1984. Vida y obra. Un resumen”, en P. Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, pp. 7-18.

otros. Paralelamente conoce a los jóvenes vinculados a *Savia Moderna*: Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo y Alfonso Reyes, así como también a José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Julio Torri. Toma la iniciativa de integrar un grupo de estudio y discusión con muchos de ellos, en un clima que él mismo recordará como “los días alciónicos”.<sup>10</sup> En 1907, este grupo formaliza sus actividades con una Sociedad de Conferencias encabezada por el propio Pedro Henríquez Ureña y Jesús Acevedo. El dominicano leerá una conferencia sobre Gabino Barreda, y a algunos de estos actos asistirán Justo Sierra y el propio Porfirio Díaz. Las reflexiones que dedica a dichas conferencias son sintomáticas de su preocupación por el papel que cabe desempeñar a las nuevas generaciones intelectuales:

Un esfuerzo consciente, una labor de estudio, una manifestación de personalidad: eso ha sido la serie inaugural de conferencias, primicias de un vasto proyecto, organizadas por el grupo más selecto de la juventud intelectual mexicana, constituido en Sociedad, y celebradas del mes de mayo al de agosto. Imposible medir, apenas cerrado el primer ciclo, la importancia que haya podido concedérsele... Se ha afirmado por voces autorizadas, y hasta ha llegado a decirse por la prensa, que ninguna otra generación mexicana anterior habría podido presentarse tan de súbito revelando facultades y cualidades que le eran desconocidas o insospechadas... La principal facultad por ellos revelada es, a mi ver, espíritu filosófico [...] espíritu capaz de abarcar con visión personal e intensa los conceptos del mundo y de la vida y de la sociedad, y de analizar, con fina percepción de detalles los curiosos paralelismos de la evolución histórica, y las variadas evolu-

---

<sup>10</sup> Hay al respecto una interesante carta a Leonor M. Feltz, México, octubre de 1909: “Mi vida también es otra. La adolescencia entusiasta, exclusiva en el culto de lo intelectual, taciturna a veces por motivos internos, nunca exteriores, desapareció para dejar paso a la juventud trabajosa, afanada por vencer las presiones ambientales, los círculos de hierro que limitan a la aspiración ansiosa de espacio sin término. Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los días alciónicos”, reproducida en P. Henríquez Ureña, *Obra dominicana*, p. 449. Un estudio suficiente de la atmósfera de ideas que caracteriza este periodo requiere necesariamente la consulta de Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

ciones que en el arte determina el inasible elemento individual. Englobo, pues, la facultad artística de los conferencistas, no en menor grado revelada, dentro de su espíritu filosófico, no porque la considere subordinada, sino porque la estimo como algo más que simple potencialidad creadora, de imaginación y sensibilidad (que el vulgo suele juzgar casi subconsciente): como una facultad elevada a la altura filosófica por el poder de sintetización y desarrollada y afinada merced a la capacidad crítica... Además, las disertaciones de los jóvenes han ofrecido interés de novedad: han renovado en México la conferencia, desligada del propósito inmediatamente didáctico y del carácter oficial; y han tratado temas de actualidad o de interés inagotable [...]. Fácil es medir la suma de labor que representa el abórdar tales cuestiones desde tales puntos de vista, en quienes profesan la absoluta seriedad del esfuerzo intelectual, despectiva hacia las imposiciones ambientales. Bien es cierto que este grupo juvenil ha logrado disfrutar de las ventajas de la más moderna y amplia cultura que se abre paso en México. Lo anima el espíritu de independencia, y no se aferra a ninguna secta literaria ni filosófica. Sin embargo, en una de sus tendencias típicas puede reconocérsele como continuador de la mejor tradición de la cultura mexicana.<sup>11</sup>

Me interesa recuperar no sólo su conciencia de los aportes de la nueva generación a la renovación del conocimiento filosófico desde una postura nunca reñida con la estética, sino también su inserción como renovadores a través de una refuncionalización de las conferencias abiertas al gran público: el tema de la conquista de un espacio público independiente del poder y de la academia tradicional será constante en la acción y en la reflexión de Pedro Henríquez Ureña.

Su pronta inserción en la vida intelectual mexicana se vio favorecida por su afinidad con “el grupo juvenil de intelectuales y artistas más brillante de la América española” y su participación en la revista *Savía Moderna* y la “Sociedad de Conferencias”: así lo consigna él mismo en carta de 1907.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> Publicado muy pocos meses después como artículo en *La Gaceta de Guadalajara*, 17 de noviembre de 1907, y reproducido en *Horas de estudio*, París, Ollendorf, 1910. Citado en *Estudios mexicanos*, p. 234.

<sup>12</sup> Así lo consigna en la carta enviada a su “hermano primo” Enrique Apolinar Henríquez, México, 1 de julio de 1907. Se refiere allí con entusiasmo al grupo integrado “por jóvenes

Nos encontramos desde entonces con varias claves para la comprensión de la primera etapa en la obra de Pedro Henríquez Ureña. En primerísimo lugar, el *juvenilismo*: una idea-fuerza que le permite pensar en todo un programa de renovación artística e intelectual protagonizado por nuevas figuras que se mueven con relativa independencia de la ayuda oficial, a la vez que enlazarse con los representantes de las nuevas generaciones y sus prácticas: reuniones, conferencias, conciertos, recitales de poesía, tés y brindis cordiales, pero también manifestaciones literarias y demostraciones públicas.<sup>13</sup> En segundo lugar, la posibilidad de enlace con el *Ariel* y la edición de la obra casi como gesto de militancia en la política cultural: difundir el texto del autor uruguayo era difundir un santo y seña para los nuevos cuadros intelectuales. Contamos al respecto con un valioso testimonio de carácter confidencial: su muy activa participación en los trabajos de edición del *Ariel* de Rodó, con el objeto de dar a conocer la obra en México. En carta a su hermano Max, de diciembre de 1907, le comenta:

No se debe publicar lo referente a la aquiescencia de Reyes a publicar el "Ariel". Creo que él hará la edición sin decir, ni que él la paga, ni que nosotros la solicitamos. En el pie de imprenta dirá México, 1908; en otra página, que la edición es de obsequio y se prohíbe vender ejemplares; y en la última "Impreso en los Talleres Tipográficos del Estado de Nuevo León". Al principio llevará una nota que dirá en sustancia: cuándo se publicó *Ariel*, como parte de *Vida nueva*; su éxito inmediato, sus ediciones y comentarios en España y América, con citas de nombres, y por último esto:

"Al dar a conocer *Ariel* en México, donde hasta ahora sólo habían llegado ecos de su influencia, creemos hacer un servicio a

---

menores de treinta años", que publica en la revista *Savia Moderna*, fundada por mexicanos mayores que "no ceden en brillo a los del resto de América". Explica además en detalle cómo muchos de sus representantes constituirán más tarde la "Sociedad de conferencias", integrada por "elementos juveniles exclusivamente", que organiza conferencias y conciertos, "con dificultades, sí, pero no se solicitó ayuda de nadie ni menos protección oficial". P. Henríquez Ureña, *Obra dominicana*, p. 533.

<sup>13</sup> Véase su crónica de la "Protesta y glorificación. Una manifestación literaria pública en México", este "bello gesto de los jóvenes, los 'buenos hijos de Grecia'", en que él mismo interviene, en homenaje y desagravio del Duque Job y la *Revista Azul*. Publicado por primera vez en México el 2 de abril de 1907 y en *Listín Diario*, Santo Domingo, el 22 de mayo de 1907, aparece reproducido en *Estudios mexicanos*, pp. 227-235.

la juventud mexicana. No pretendemos afirmar que Rodó ofrezca la única ni la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene. En el terreno filosófico, podrán muchos discutirle; en el campo de la psicología social podrían pedirle una concepción más profunda de la vida griega y una visión más amplia del espíritu norte-americano; pero nadie podrá negar, ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni la enérgica virtud de estímulo y persuasión de su prédica, ni, en suma, que *Ariel* sea la más poderosa inspiración de ideal y de esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América en los tiempos que corren”.<sup>14</sup>

Para ganarse la vida, Pedro Henríquez Ureña no sólo colabora en distintos periódicos sino que también se emplea en “La Mexicana”, una compañía de seguros. Al mismo tiempo no deja de colaborar con las revistas: en 1909 publica “El nacimiento de Dionisos” en la *Revista Moderna* y emprende sus primeros estudios sobre métrica. Se adherirá incluso –como lo declarará más tarde– al sector anti-reeleccionista y a una de sus publicaciones.

Muy pronto también llegarán las múltiples exigencias de los festejos del Centenario, entre los cuales se contaban la organización de conferencias –tales, las que habrían de impartir los miembros del Ateneo de la Juventud– así como también la preparación de obras conmemorativas, como la *Antología del Centenario*, iniciativa de Justo Sierra en la que participó por invitación de Luis G. Urbina. Sus trabajos para dicha obra le permitieron dar sus primeros pasos en el trabajo de archivo, lectura y análisis de los textos, y encendieron su vocación como historiador de la literatura. Le permitieron además descubrir y leer en profundidad la obra de bibliófilos como García Icazbalceta y de figuras como Ruiz de Alarcón, Fernández de Lizardi, Ignacio Ramírez y los propios Barreda y Sierra. A ello se debe añadir el clima de renovación educativa que significaron la reestructuración de los estudios formales a través de la refundación de la Universidad Nacional y la reorganización de la Escuela Nacional Preparatoria,

---

<sup>14</sup> Carta a su hermano Max Henríquez Ureña, México, 2 de diciembre de 1907, citada en P. Henríquez Ureña, *Obra dominicana*, p. 557.



además de los no formales, como la ampliación del esquema de extensión de la cultura mediante de cursos y conferencias, actividades todas en las que habría de insertarse Pedro Henríquez Ureña.

El 28 de octubre se constituye el Ateneo de la Juventud, a iniciativa de Antonio Caso, quien se convierte en su presidente, y de Pedro Henríquez Ureña, secretario de correspondencia, e integrado por 32 socios numerarios y 8 correspondientes. *Nosotros*, de Susana Quintanilla, hace un seguimiento muy rico y puntual del clima político e intelectual en que se desenvuelven las tareas del Ateneo y los ateneístas, y del papel destacado que tocó cumplir a este grupo de jóvenes en el clima del Centenario de la Independencia. Los jóvenes intelectuales organizan un valioso ciclo de conferencias y promueven la invitación a Rubén Darío, cuya visita se vio alterada por cambios en la política nicaragüense.

Por una parte, el propio Henríquez Ureña se integra a las labores de preparación de los dos volúmenes de la *Antología del Centenario*, como ya se ha referido, bajo la dirección de Justo Sierra, y como integrante de un pequeño equipo encabezado por Luis G. Urbina y en el que participaba también Nicolás Rangel. Estas labores le permitieron interiorizarse respecto de la historia de las letras mexicanas y acercarse en particular a varios autores que mucho admiró: Ruiz de Alarcón, Lizardi, Ramírez, el propio Sierra.<sup>15</sup> Su participación en el ciclo del Ateneo consistió precisamente en un texto dedicado a "La obra de José Enrique Rodó".

Habrán también otro importante suceso que definirá la vida de Pedro Henríquez Ureña: el 22 de septiembre de 1910, en solemne ceremonia, Justo Sierra reinaugura la Universidad Nacional, espacio en el que habría de insertarse "una comunidad intelectual que aspiraba a profesionalizar su trabajo, a establecer las normas para generar y validar el conocimiento y a lograr autonomía respecto del poder político".<sup>16</sup> Poco después Caso será nombrado secretario y Henríquez Ureña oficial de dicha institución.

<sup>15</sup> Prepara estudios introductorios a la obra de 11 escritores, una nota sobre el siglo xviii y el "Índice biográfico de la época". Ese mismo año se publica *Horas de estudio*, París, Ollendorf, 1910.

<sup>16</sup> Citado en S. Quintanilla, *op. cit.*, p. 252.

La primera etapa mexicana de Pedro Henríquez Ureña coincide, en suma, con el principio del fin del Porfiriato, el clima antirreeleccionista, la etapa maderista y los comienzos de la Revolución, y comprende momentos de gran ebullición política e intelectual, hasta la llegada del régimen de Victoriano Huerta, en 1914.

Sin duda, los cruentos acontecimientos de la hora repercuten en las actividades y en la vida de varios miembros del Ateneo, desde la muerte de los padres de Martín Luis Guzmán y Reyes hasta la partida de Vasconcelos, quien se pliega al maderismo. Los integrantes de su generación se ven así obligados compulsivamente a tomar posiciones.

### *Rodó y el arielismo*

Un puntual seguimiento de los distintos testimonios sobre las reuniones del Ateneo arroja mucha luz sobre un clima espiritual en mucho coincidente con el que se escenifica en el *Ariel* de Rodó. Las reuniones de los jóvenes, en un recinto de estudios austero y silencioso, presidido por un busto de Goethe mucho nos recuerda las reuniones imaginarias del viejo Próspero con sus alumnos, presididas por la estatua de Ariel. También lo es la idea de una juventud entusiasta y estudiosa dispuesta a emprender una autoformación intelectual que la distinga "del anodinismo triunfante, el hambre de lucro, la frivolidad que ciertas clases representativas tienen para el Arte, para la Poesía, una sonrisa de menosprecio".<sup>17</sup>

En 1904 aparece el ensayo de Pedro Henríquez Ureña sobre el *Ariel*, que formará parte de una de las más tempranas colecciones de textos de su autoría: los *Ensayos críticos*, publicados en 1905.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Amado Nervo, "Al Ateneo de la Juventud", *Revista Moderna de México*, marzo de 1910, pp. 42-43, citado en S. Quintanilla, *op. cit.*, p. 270.

<sup>18</sup> "Ariel". *La obra de José Enrique Rodó*, fechado el 31 de diciembre de 1904, se publica en *Cuba Literaria* (Santiago de Cuba) el 12 de enero de 1905 y se reproduce luego en *Ensayos críticos*, La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1905. Véase la biobibliografía de P. Henríquez Ureña, *Obra crítica*, pp. 758-759. Por esta edición cito "Ariel", pp. 23-28. El interés por la obra de Rodó acompañó a lo largo de los años a Pedro Henríquez Ureña: en 1908 se publica en Monterrey una "Nota de edición al *Ariel* de Rodó" y en 1910 escoge la obra de Rodó como tema de su conferencia para el Centenario.

En la interpretación de Henríquez Ureña, hay en *La tempestad* ecos de la “soberana serenidad helénica” y una recuperación de la figura de Próspero como el sabio solitario que, ayudado por Ariel, vence al monstruo Calibán para luego liberar al genio. No deja de llamar la atención que Henríquez Ureña, lector de Nietzsche, haga –a diferencia del filósofo alemán, y en coincidencia con Renan– una recuperación tan franca del orden apolíneo y espiritual en contraste con el exceso calibanesco: “Se ha dicho que el uno es la bestia humana y el otro la inteligencia. Poco ha, Renan representó a Ariel vencido por Calibán” (p. 23). Declara luego que hoy Ariel y Próspero atraviesan el Atlántico para derrotar a Calibán, “que pretende adueñarse de esta isla desierta de la civilización que se llama América” (*ibid*).

He aquí un pasaje clave de su ensayo:

Próspero, el maestro tras cuya silueta se oculta Rodó, habla a un grupo de jóvenes –la juventud americana, a quien se dedica el libro– de lo que deben hacer por sí mismos y por la sociedad de que forman parte. Desde luego, se dirige a una juventud *ideal*, la *élite* de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos. Rodó no ha intentado hacer un estudio sociológico, como Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*: su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos (p. 24).

Entre los muchos mensajes implícitos en el *Ariel*, Pedro Henríquez Ureña recupera el que alude a la necesidad de renovación de cuadros y de formación de un ideal en la clase dirigente, a la que llama “juventud intelectual”. Se trata de una nueva élite no por cuna sino por formación: el problema de la civilización y la renovación de cuadros dirigentes se da tanto en España como en América, ya que, en palabras de Américo Lugo que Henríquez Ureña hace suyas, “la mayoría ignorante necesita instrucción y la minoría ilustrada necesita ideales patrios” (p. 25). Resulta de particular importancia este temprano replanteo de la relación entre minorías y mayorías, que

es preludio fundamental a una cuestión que se desatará con toda su fuerza en la Revolución. Prosigue:

para nuestros pueblos es crítico este momento histórico en que la ley de la vida internacional les impone ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los lanzará en una dirección feliz. La juventud posee las fuerzas nuevas (*ibid*).

Henríquez Ureña recupera también de Rodó el imperativo ético y estético que ha de regular la acción social: “la importancia y los beneficios del arte, la necesidad de desarrollar el sentido de la belleza como una de las virtudes que hacen grandes a los pueblos y mejores a los individuos” (p. 26). Pasa luego a otro tema: la defensa de la democracia, aunque no de una democracia que iguale hacia abajo y se deje ganar por el utilitarismo, sino de una democracia que tenga por objeto “suprimir las distinciones artificiales para permitir la libre aparición y el desenvolvimiento fecundo del mérito individual positivo”. Preocupado por la confusión que pueda sembrar el impulso utilitarista que premia “la fuerza bruta, el ingenio y el dinero”, afirma que la verdadera democracia “ha puesto la libertad al alcance de todos [...]. La civilización tenderá a sustituir ‘la lucha por la vida’ por una solidaridad cada vez más firme e inteligente y, dulcificadas las relaciones sociales, la obra del utilitarismo servirá a la causa del *Ariel*” (*ibid*).

Difiere de Rodó en cuanto a la fuerte crítica de este último a la “nordomanía” y recupera el ideal moral que ve presente por encima de las tendencias pragmáticas de la sociedad norteamericana, a diferencia del mero ideal intelectualista que gobierna en nuestras élites. Su rápida y amplia difusión sólo puede comprenderse a la luz del franco “corredor” arielista y juvenilista que dio cifra a la posibilidad de un nuevo modo de inserción de los hombres de letras en la cultura.

El contraste entre el bullicio exterior y el recogimiento casi religioso (en esa nueva religiosidad laica, claro está) de quienes se dedican a la lectura y la meditación nos recuerda también el recinto que es escenario del texto de Rodó. A este respecto es fundamental

un texto de Vasconcelos, quien traduce y reinterpreta también, en una conferencia leída para el Ateneo, el ambiente del *Ariel* en términos de la hora:

Yo creo que todos vosotros, al encontrarnos en este nuestro templo, el templo del Ateneo [...], habéis sentido, las últimas veces que estuvisteis juntos, un estremecimiento al recordar el furor que prevalecía afuera, el frenesí de entusiasmo libertador que vosotros mismos experimentáis; pero cuyos rugidos, escuchados desde este interior de congregados para la meditación, sonaron amenazantes, y quizá os sacudió el espanto de la ráfaga de viento que penetra al santuario amenazando apagar la lámpara sagrada que vela la contemplación y pasada la inquietud de la sorpresa os opusisteis a procurar que el viento benéfico, lejos de extinguir nuestra luz simbólica, la avivase e infundiese claridad.<sup>19</sup>

Una estructura de sentimientos que encontró su articulación simbólica en el *Ariel*: minoría elegida que se confirma como tal por medio del esfuerzo del estudio y la meditación, albergada en un templo del saber cerrado que contrasta con la apertura y el ruido de la calle donde se expande una masa vocinglera y desordenada, es aquí repensada a partir de los movimientos de la Revolución. Y de allí que se acuñe una expresión clave, “cultura superior” y “apoyo social”:

He aquí, pues, la unión que os propongo reafirméis en defensa de la cultura superior que comienza a iniciarse, contra las reacciones y cegueras que los cambios políticos pudieran determinar. Si sabemos expresarnos con sinceridad, la Patria ha de comprender por dónde va su porvenir, y el apoyo social que tan necesario es entre nosotros para todas las obras de la inteligencia, sabrá elegir, entre una juventud que reclama sus derechos a la vida mental, y una senilidad que muda ayer bajo la opresión, hoy pretenderá usar la libertad que no se conquistó en su tiempo y en su momen-

---

<sup>19</sup> José Vasconcelos, “La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país”, citado en Antonio Caso *et al.*, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 136.

to, para contener nuestro volar y nuestro querer, nacidos con la Revolución sobre las mismas alas que en la mañana del triunfo cruzaron la aurora.<sup>20</sup>

La estructura de sociedad de conferencias o de universidad popular será también la solución que proponga Pedro Henríquez Ureña para encontrar vínculos con el ámbito de lo público: un modo de hacer política de la cultura que no implique sumisión al poder, sino cuidada distancia crítica, a la vez que supere de manera generosa el “pesimismo” y el “culto al yo” que abundan. Cita varias pruebas de confianza en el porvenir, contra el temor a la nordomanía que expresa Rodó, y al que contesta Henríquez Ureña con las siguientes palabras:

Rodó expresa el temor de que la *nordomanía* pueda llevar a las jóvenes sociedades americanas a la renuncia de los ideales latinos. Antes de decidir, justo es interrogar, con el ilustre cubano Sanguily: ¿Cuáles son los ideales a cuya conservación debemos principalmente atender? Somos españoles, pero antes americanos, y junto con la herencia insustituible de la tradición gloriosa hemos de mantener la idea fundamental, no heredada, de nuestra constitución, la que alienta aun en nuestras más decaídas repúblicas: la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones del futuro (p. 27).

Remozar entonces la tradición heredada con la recuperación de la idea de constitución y de democracia moderna. Más de una vez recupera Pedro Henríquez Ureña la noción *constituyente* de constitución. Crítica más adelante las nociones deterministas que ven en nuestra América un continente enfermo y recupera nuestros aportes en el plano intelectual a la vez que presagia que la fecundidad de la naturaleza y el potencial de nuestra vida espiritual y nuestra compleja constitución “sociótica” permite pensar en promesas efectivas para el porvenir: está aquí en ciernes su idea del paso del descontento a la promesa. Supera entonces críticamente los viejos

---

<sup>20</sup> Citado en S. Quintanilla, *op. cit.*, pp. 270-271.

diagnósticos y discursos deterministas centrados en la raza y el medio con discusiones más amplias que atañen a nuestro potencial social, político, intelectual, moral. Al hacerlo así, contribuye también a la reconfiguración formal y temática del ensayo.

Pedro Henríquez Ureña dedica también a Rodó, como ya se ha dicho arriba, la conferencia encomendada por el Ateneo de la Juventud para los festejos del Centenario. En ese texto aparecen varios elementos clave para descubrir la resolución que dio el intelectual dominicano al papel del hombre de saber: se refiere a "heroísmo".

Léida en 1910, su excelente recepción y su pronta reproducción en México, Argentina y Venezuela confirman la consolidación de un verdadero "corredor" de ideas arielistas y juvenilistas por toda Hispanoamérica, así como la existencia de un sector de lectores sensible a las ideas propiciadas por el autor uruguayo: una disposición favorable a las ideas de Rodó, a la vez que a su discusión y reinterpretación. Podríamos casi incurrir en la tentación de aplicar métodos cercanos a una "epidemiología de las ideas" para rastrear la persistencia y modificación de la estructura básica de nociones vinculadas al arielismo. Analicemos el caso de Pedro Henríquez Ureña. Éste prelude su ensayo con una reflexión sobre la labor intelectual y el libro:

Género de heroísmo –en el ya clásico sentido que fijó Carlyle para la palabra– es la labor del grande hombre de letras; y no sólo la del que atrae a la multitud con los prestigios de la palabra hablada –poesía, discurso, cátedra–, sino también la del que influye con sus libros, con su alma escrita, sin que para ejercer su ministerio haya de abandonar el retiro donde florecen sus inspiraciones. El libro, como elemento característico de acción en la sociedad, como elemento aislado, sin directo apoyo en la fuerza personal de la voz y del ejemplo vivientes, no es antiguo en la civilización, y sin embargo, en toda parte se le ve ya influir [...].

No es en nuestras sociedades hispanoamericanas, adaptadas sólo a medias a la civilización europea, donde la labor intelectual, donde el libro, pueden revelar plenamente su eficacia. Y con todo, la formación, inconclusa todavía, del núcleo de nuestras tendencias directoras, del espíritu de nuestros pueblos, ha exigido siempre, y ha encontrado a veces, hombres de pensamiento a la vez que hombres

de acción: más aún, cabe afirmar que buena parte de ese espíritu se ha formado con libros [...] no en toda ocasión nos han faltado maestros, educadores, formadores de razón y de conciencia moral.<sup>21</sup>

El texto pasa revista a aquellas figuras que considera fundamentales en nuestra tradición: Bello, Sarmiento, De la Luz y Caballero, Montalvo, Ramírez, Barreda, Hostos, “embriagado” este último “de razón y de moral”, para desembocar en el reconocimiento de Rodó como maestro de América y comentar su obra.

Por otra parte, en un tono que nos recuerda el de la “oración cívica” del *Ariel*, concluye en una arenga a favor de “la eficacia del esfuerzo máximo”, que demanda el trabajo intelectual auténtico.

Resulta un texto de singular importancia, puesto que en él quedan sentadas las bases del programa que habría de seguir don Pedro a lo largo de su vida. En una apasionante combinación de la idea de heroísmo y trabajo, el grande hombre es considerado un dotado –se trata de la larga herencia de la idea de genio que pasa del romanticismo al modernismo– a la vez que un maestro, y su acción se traduce en libro. El hombre de letras que llegue a ser guía de los hispanoamericanos deberá cumplir a la vez los requisitos de ser hombre de ideas y de acción. Pero el gran protagonista no es sólo el autor, sino también el libro, como elemento característico de la acción en la sociedad. He aquí Rodó reinterpretado por un Pedro Henríquez Ureña que se preocupa por conciliar pensamiento y acción, razón y moral.

Dentro de límites sagaces predica Próspero; y busca la pureza de las ideas fundamentales, las doctrinas que atañen a lo más esencial... Y por cuanto a los casos concretos en que hayan de resolverse problemas de innovación y adaptación social, confía

---

<sup>21</sup> Según indica la bibliografía preparada por Speratti Piñero, la conferencia “La obra de José Enrique Rodó” fue leída en el Ateneo de la Juventud, México, el 22 de agosto de 1910 y reproducida en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Lacaud, 1910, pp. 63-83; *Ateneo; Nosotros*, Buenos Aires, año 7, tomo 9, pp. 225-238; enero de 1913; *El Mes Literario*, Coro, Venezuela, 1913. Reproducida más tarde en Costa Rica, aparecerá en publicación póstuma en sus *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Raigal, 1952, pp. 147-162. Véase P. Henríquez Ureña, *Obra crítica*, p. 765. Cito conforme a la edición preparada por Hernández Luna, A. Caso, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pp. 7-68.



sin duda en el instinto que suele iluminar, ya al pueblo mismo, ya a sus directores, para hacerles encontrar [...] la resolución que responde al genuino espíritu de la raza.

Hoy, cuando entre nosotros comienza a perderse la castiza costumbre de pensar personalmente las cuestiones morales y se prefiere tratarlas según las fórmulas librescas de una psicología barata y de una sociología endeble, el esfuerzo de Rodó, al renunciar a tan fácil y vulgar triunfo, adquiere significación señaladísima: atrevido es desafiar así a la moda que se presenta con máscara de ciencia (p. 60).

Se descubren así varias operaciones sutiles: la crítica a la “moda” que reduce las cuestiones morales a elementos psicológicos o sociológicos, esto es, la defensa de la especificidad de la cuestión moral; un sutil desplazamiento de ciertos calificativos, como “barato”, “fácil” y “vulgar”, para caracterizar ahora a los defectos de pensamiento, y una preocupación –tan declarada como podía serlo en un discurso al que habrían de asistir funcionarios del Porfiriato– sobre “los problemas de innovación y adaptación social”.

### *Universidad reformada*

Otro punto de particular interés para dar seguimiento a las ideas de Pedro Henríquez Ureña y que traducen la relación entre práctica y discurso es el de las reflexiones que dedica a universidad y autonomía. Recordemos además que dedicó al tema de la universidad pública nada menos que su tesis para la obtención del título de abogado, y nunca descreyó de la necesidad de defender la educación formal, aunque lo hizo con la exigencia de renovarla en cuanto a métodos de enseñanza y contenidos tradicionales. Nótese que las reflexiones de nuestro autor se dan nada más y nada menos que en el clima de refundación de la universidad en distintas partes de América. Justo Sierra redefine en 1910 una universidad abierta a los nuevos tiempos y pronto comenzará un clima de inquietud estudiantil que desembocará en reuniones de jóvenes en distintas partes del continente y culminará en la reforma universitaria de Córdoba.

En pleno clima de reunión de los primeros congresos de estudiantes hispanoamericanos y, sobre todo, en pleno auge del reformismo universitario, Pedro Henríquez Ureña prepara un estudio sobre la universidad. Publicado algunos años más tarde, en 1919, su texto "La Universidad" aclarará que se trata del escrito presentado para obtener el título de abogado así como también para "contribuir a la defensa de la Universidad Nacional de México, organizada por Justo Sierra en 1910 y atacada por tardíos discípulos de Comte, para quienes toda idea de universidad es enemiga del progreso científico y de la democracia".<sup>22</sup> No dejaba de resultar un acto de valentía defender el sentido de la reapertura de la Universidad de México cuando todavía varios sectores seguían atacándola:

Cuando, en 1910, don Justo Sierra organizó la institución existente, la Universidad Nacional de México, ésta era una necesidad de civilización para el país. Las condiciones de la vida intelectual mexicana exigen que haya un centro de coordinación, de difusión y de perfeccionamiento; no más capillas; no más labor aislada y secreta, ajena por igual al estímulo y a la censura; no más desconocimiento de "valores"; no más olvido inconsulto de las tradiciones; no más desorientación.<sup>23</sup>

Se trata entonces de una institución renovada en su organización, en su sentido, así como también en sus modos de funcionamiento.

---

<sup>22</sup> P. Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, p. 311. Como ha demostrado un especialista, en ciertas etapas clave de nuestra historia, la expansión de la avanzada del conocimiento científico y tecnológico se dio al margen de la institución universitaria: tal fue el caso de fines del siglo XVIII o del largo arco de tiempo que ocupa la expansión del pensamiento liberal y positivista. Véase Gregorio Weinberg, 'Ilustración' y educación superior en Hispanoamérica. Siglo XVIII, Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, 1997, y *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998. Para una pormenorizada revisión de la cuestión de la universidad mexicana véase Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

<sup>23</sup> Publicado en *El Heraldó de la Raza*, México, 1919, y reproducido parcialmente en *Estudios mexicanos*, p. 315.

Una universidad que cumpla los requisitos de excelencia, al tiempo que no resulte cerrada ni elitista en el viejo sentido, a la vez que de sentido universal, orientación ética y abierta a los nuevos contenidos que impone el conocimiento de la hora. Considera necesaria la existencia de una institución que, como la Universidad moderna, permita estimular, coordinar, difundir la vida intelectual, aunque no en un sentido de perpetuación de los secretos del conocimiento para grupos aislados de iniciados –como se dio con el sentido medieval– sino como apertura del conocimiento que tome en cuenta además los valores y las tradiciones, esto es, que resulte en orientación.

Además de descubrir con sagacidad que fueron dos las líneas de influencia que, combinadas, formaron la Universidad: “la francesa, representada por Justo Sierra; la alemana, representada por Ezequiel A. Chávez” (p. 315), insistirá mucho en el tema de la “extensión” universitaria, en un sentido cercano al que le dio en su visita el español Rafael Altamira. Dadas las dificultades en establecer la dinámica de la extensión, surgió otra iniciativa:

Al fin, fuera del mundo oficial, y con el franco propósito de no pedir ayuda gubernativa, el Ateneo de México fundó en 1912 la Universidad Popular Mexicana. El distinguido escritor don Pedro González Blanco y yo propusimos la idea de la asociación fundadora; y el instituto vive y prospera gracias al magnífico esfuerzo de sus dos primeros rectores, don Alberto J. Pani y don Alfonso Pruneda (p. 316).

La Universidad oficial o nacional y la popular habrán de colaborar “en una misma empresa urgentísima”. Por otra parte, considera que es obligación del Estado no sólo garantizar la instrucción primaria y secundaria, sino también el nivel de la educación superior. Ello conduce a otra serie de interesantes reflexiones sobre la relación que debe guardar el Estado como garante del bienestar general y la garantía a la libertad de cátedra y a la “necesaria autonomía” que exige la hora. Aporta además interesantísimas reflexiones sobre la personalidad jurídica de la Universidad:

La Universidad de la Edad Media fue persona jurídica *sui generis*: no creo inexacto llamarla persona jurídica “de derecho internacional”. Ese carácter, que engendraba el fuero universitario, se lo atribuían por igual los Estados nacionales y la mayor institución internacional, la Iglesia Católica Romana.

No subsiste hoy la Universidad como persona internacional, aunque restos de las antiguas relaciones universitarias entre los pueblos perduran, por ejemplo, en Bolonia. La Universidad moderna es persona jurídica del derecho, privado o público, pero siempre interno, de cada nación. [...]

De todos modos, la personalidad jurídica de la institución es principio fecundo para el porvenir; es comienzo de independencia. Asiéndose a él, la Universidad podrá desarrollar libremente muchas actividades y organizarse finalmente como entidad autónoma (pp. 323-324).

El cierre del texto constituye uno de los pasajes más elocuentes para comprender su recuperación del sentido social de la Revolución Mexicana:

Concebida idealmente como república aristocrática, en cuyas asambleas se oyera la voz de los mejores, pero en representación, lejana o próxima, de todos; en donde junto a la palabra del rector sonara la del alumno y junto a la del representante del Poder Ejecutivo la del delegado libremente electo por los profesores; núcleo coordinador, donde la discusión depurara las ideas de cada grupo y las tendencias de cada escuela; donde la tradición significara corriente, nunca rota pero nunca estancada, de doctrina y de esfuerzo, a la cual se sumara cuanto de estimulante aportasen el antes desconocido profesor libre y el universalmente famoso profesor extranjero, la Universidad creada por Justo Sierra deberá realizar con el tiempo cuanto él quiso que realizara (p. 324).

Universidad de excelencia pero que no olvidara su carácter representativo del común; institución con presencia de los poderes de la nación, pero autónoma en cuanto a su funcionamiento; cuerpo de conocimientos que recupere la tradición en sentido vivo o de “corriente” (metáfora cara a Pedro Henríquez Ureña); institución

capaz de integrar a nuevos cuadros de valía intelectual a la vez que de contar con el profesor extranjero de reconocimiento universal.

Podemos aplicar al pasaje que sigue y cierra su texto otra de sus imágenes claves: la del paso esperado “del descontento a la promesa”:

Dígalo, si no, su supervivencia en medio de los furiosos ataques que amenazaban derribarla. Dígalo, en fin, la febril actividad que hoy la agita, y que es prenda de fecundidad futura, porque revela el ingente anhelo de civilización, el porfiado empeño de formar patria intelectual, que se enciende como delirio en el espíritu de unos cuantos hombres firmes en medio a [sic] la vertiginosa convulsión de la patria real de los mexicanos. Por ellos, que creen en la eficacia de su esfuerzo contra los amagos de ruina, ha de decirse con Fichte: “La fe de los hombres nobles en la perpetua duración del pueblo de que proceden y de la individualidad de él [...]. Esa individualidad es lo eterno en que confían, la eternidad de su yo y de su influencia, el orden eterno de cosas en que colocan su propia eternidad.” (*idem*).

Encuentra así plenamente justificada la existencia de la Universidad en el México posrevolucionario, en cuanto traduce “el porfiado empeño de formar patria intelectual” en medio de “la vertiginosa convulsión de la patria real de los mexicanos”. Encuentra en ella además la cifra de la relación entre el hombre de conocimiento y los sectores populares.

A la vez, no olvidemos que Pedro Henríquez Ureña pensó también en otros espacios educativos que permitieran completar los designios de la educación formal. Tuvo en él fuerte efecto la visita que por esos mismos años realizó a México el estudioso español Rafael Altamira, a la que dedicó una crónica en muchos sentidos valiosa: por una parte, celebra el acercamiento y el restablecimiento de relaciones intelectuales entre España y América a través del intercambio internacional de hombres e ideas que representa la figura de Altamira; por otra parte, muestra las prácticas de sociabilidad intelectual de la época (viajes y visitas, conferencias, banquetes, reuniones literarias, veladas, actos académicos...) y retrata la dinámica del campo intelectual de su momento con la concurrencia de los distintos represen-

tantes de la élite cultural de entonces, desde el ministro Justo Sierra hasta Jesús Urueta (ya activo opositor al régimen). Pero además de todo ello, el texto de Pedro Henríquez Ureña rescata otro elemento de enorme interés: el papel que toca al hombre de pensamiento en la recuperación de la relación entre derecho, las instituciones y la vida social, y la pasión y compromiso que ello trae aparejado:

Altamira [...] declarando que gustaba de hablar como en su cátedra, en forma familiar, no oratoria, se sentó, y procedió a examinar, con palabra fácil, sencilla y enérgica, con ojeada rápida y juicio sintético, certero, los problemas que ofrecía su asunto: cómo la historia del derecho debe presentarlo, no como categoría aislada y cosa muerta, sino como realidad viva, que surge de la vida social; cómo debe completarlo con el estudio de la vida del pueblo [...]. El conferencista logró, en el breve espacio de su disertación, y con toda su sencillez, revelar la energía y la independencia de su espíritu, la solidez y la amplitud de su doctrina, su posición filosófica y científica, libre de dogmatismos, inclusive el dogmatismo positivista, su don de simpatía humana; y al terminar, apelando ardientemente al sentido de justicia, hizo levantar, electrizado, al auditorio [...]. La ovación se desbordó, estrepitosa y cálida, hasta la calle.<sup>24</sup>

La imagen de un orador con todas las prendas de calidad, antidogmatismo, compromiso y convicción que acabamos de leer y de un auditorio conmovido que sale a la calle ofrece un nuevo panorama para el hombre de letras, cuya práctica comienza en el lugar mismo donde concluye el *Ariel*: la salida a la calle.

Es así como Pedro Henríquez Ureña defendió siempre el modelo del educador formal y no formal, independiente de cualquier forma de esclavitud a los dogmas institucionales, puesto al servicio de la extensión de la cultura. Es por ello que alimentó la creación de la universidad popular, los espacios para las conferencias y difusión de ensayos y luchó por la apertura y consolidación de

---

<sup>24</sup> P. Henríquez Ureña, "Altamira en México", reproducido en Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, p. 125.

espacios que, como las bibliotecas públicas o los proyectos editoriales, tuvieran también amplio efecto multiplicador.

Esto llevó a nuestro autor a imaginar nuevos espacios de intervención del hombre de letras que supusieran originales formas de articulación con la sociedad y que le permitieran además garantizar una toma de distancia con el poder y las políticas culturales en turno.<sup>25</sup> Por eso en los ensayos de interpretación de la obra de Rubén Darío, Rodó, Hostos, Martí, y en una prosa tan mansa y contenida como pueda parecerlo, descubrimos también al mismo tiempo un programa, una toma de posición y un manifiesto: un libro abierto.

### *La segunda etapa mexicana (1921-1924).*

#### *La gran cruzada del libro y la extensión de la cultura*

En 1921, después de una estancia en Estados Unidos (donde se dedica a diversas actividades periodísticas y estudia una maestría en Minnesota) y España (donde trabaja en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y se reencuentra con su amigo Alfonso Reyes), Pedro Henríquez Ureña regresa a México. Se trata ya de un país donde, concluida la etapa armada de la Revolución, Álvaro Obregón acaba de designar a José Vasconcelos como rector de la

---

<sup>25</sup> Recordemos que una de las razones de su distanciamiento de Vasconcelos fue precisamente el apoyo a Vicente Lombardo Toledano: "Con motivo de unos confusos incidentes políticos en los cuales se vieron envueltos Lombardo Toledano y Alfonso Caso, Pedro Henríquez Ureña presentó su renuncia [era encargado del Departamento de Intercambios de la Universidad] en solidaridad con ellos. Su cuñado, alto dirigente de la Confederación Obrera y director de la Escuela Nacional Preparatoria, entró en conflicto con Vasconcelos al modificar los programas de estudios de la Preparatoria y procurar mayor independencia de la Universidad, que era una institución dependiente de la Secretaría de Educación [Pública]. Por este motivo fue cancelado y los obreros se manifestaron contra Vasconcelos; en la refriega hubo un muerto y varios heridos, de modo que fue un hecho de mucha resonancia. Pedro no estuvo directamente involucrado en el suceso, pero asumió que las contradicciones con Vasconcelos eran ya insalvables, y en respaldo de sus amigos presentó la renuncia el 21 de agosto de 1923", Andrés L. Mateo, *Pedro Henríquez Ureña. Errancia y creación*, p. 205. Allí mismo se transcribe un fragmento de carta a su amigo Alfonso Reyes: "Con Vasconcelos he acabado de romper sin proponérmelo: hubo una velada, de la Secretaría de Educación Pública, en memoria de Héctor Ripa Alberdi, y hablé yo, aludiendo a la revolución universitaria argentina en 1918, porque en ella colaboró Héctor. Vasconcelos dicen que se sintió aludido y ofendido por las cosas que dije [...]" (*ibid.*).

Universidad Nacional y más tarde secretario de Educación Pública. Vasconcelos invita a Henríquez Ureña a incorporarse a distintas actividades: lo nombra catedrático de la Preparatoria, la Escuela de Altos Estudios, director de la Escuela de Verano y del Departamento de Intercambio Universitario. Es entonces cuando traba amistad con Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Salomón de la Selva, Salvador Novo y Vicente Lombardo Toledano, con cuya hermana, Isabel, se casará algunos años después. Para Henríquez Ureña tenían particular interés las actividades de extensión académica así como los cursos para obreros. Se interesó también profundamente por el arte popular y desde esta perspectiva pensó el impulso nacionalista que se vivía en México.

Tocó a Pedro Henríquez Ureña un importante papel en la difusión del ideario de la Revolución Mexicana y en el enlace con el movimiento estudiantil mexicano (él fue representante por Santo Domingo en el primer encuentro estudiantil que tuvo lugar en la ciudad de México).<sup>26</sup>

En 1922 integra, junto con Antonio Caso y Julio Torri, entre otros, la comitiva que acompaña a Vasconcelos para viajar a Brasil y Argentina.<sup>27</sup> Esta fundamental etapa de apertura de la Revolución a América Latina y España, que sólo en años recientes ha comenzado a recibir la atención que se merece, permite seguir el trazo de redes intelectuales que, ligadas al juvenilismo, el arielismo, el reformismo universitario, se enlazarán con otros componentes como el hispanoamericanismo y el anti imperialismo revisitados desde la perspectiva de los históricos sucesos mexicanos. Ya en plena madurez, el ensayo de Pedro Henríquez Ureña reúne todas estas ideas-fuerza a la vez que las rearticula con otra serie de reflexiones –ya en plena ebullición en México y Argentina– sobre nacionalismo y universalismo, a la vez que las inserta en su propio marco de pensamiento: el modelo clásico y la utopía.

<sup>26</sup> Cf. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 51-97 y Arnaldo Orfila Reynal, "Pedro Henríquez Ureña", citado en A. Roggiano, *op. cit.*, p. 220.

<sup>27</sup> No faltaron violentas manifestaciones de xenofobia de quienes, como Palavicini, criticaban a quien identificaban como un "negro haitiano" que arrebatava sus puestos a mexicanos, tal como las consigna Alfredo Roggiano, *op. cit.*, pp. 247 y ss.



De esta misma época datan tres textos de enorme importancia y en muchos sentidos complementarios: “La utopía de América”, “Patria de la justicia” y “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, todos ellos de 1925, y que resultan fundamentales para el perfil que estamos llevando a cabo.

### *“La utopía de América”*

Varios son los textos de Pedro Henríquez Ureña que hacia 1925 encuentran enorme acogida en el ámbito estudiantil de La Plata, Argentina. Entre ellos menciono en particular tres: “La utopía de América”, “Patria de la justicia” y “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”. Un tema en ellos recurrente es el del derecho universal a la justicia social y la educación pública que, articulados con un vasto programa de lectura y extensión académicas, habrían de dar lugar a un proceso de ciudadanía e incorporación de cada vez más amplias capas de la población –hasta el momento marginadas– al derecho a una vida digna y una cultura para todos: una “empresa de civilización”.

“La utopía de América” es uno de los ensayos más difundidos y reproducidos de Pedro Henríquez Ureña. Fruto de una conferencia pronunciada primero en La Plata, en plena atmósfera del reformismo universitario, se suele olvidar que por medio de éste contribuyó Henríquez Ureña a difundir las ideas de la Revolución: a “normalizar”, por así decirlo, en el pensamiento y en la opinión pública hispanoamericana un acontecimiento tan novedoso y disruptivo para la historia del continente.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> En este proceso de acimatación de las ideas de la Revolución Mexicana contribuyeron también, como se sabe, no sólo José Vasconcelos, sino también Daniel Cosío Villegas en España o Alfonso Reyes mediante sus representaciones diplomáticas en ambos lados del Atlántico. Recordemos que si bien los cuadros del socialismo y el antiimperialismo (Ugarte, Korn, Palacios) veían con simpatía la Revolución, en general prevalecía un clima de desconfianza y sospecha por parte de los miembros de las élites criollas dirigentes de distintos países de América, que en tantas zonas había presenciado la continuidad en el proyecto positivista y que por mucho tiempo se perpetuaron por medio de usos como el “fraude patriótico” electoral en la Argentina.

No vengo a hablaros en nombre de la Universidad de México, no sólo porque no me ha conferido ella su representación para actos públicos, sino porque no me atrevería a hacerla responsable de las ideas que expondré. Y sin embargo, debo comenzar hablando largamente de México porque aquel país, que conozco tanto como mi Santo Domingo, me servirá como caso ejemplar para mi tesis. Está México ahora en uno de los momentos activos de su vida nacional, momento de crisis y de creación. Está haciendo la crítica de su vida pasada; está investigando qué corrientes de su formidable tradición lo arrastran hacia escollos al parecer insuperables y qué fuerzas serían capaces de empujarlo hacia puerto seguro. Y México está creando su vida nueva, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización.

Resulta de interés que el texto arranque con una pequeña reflexión sobre el carácter representativo de su palabra. Enseguida, caracteriza al momento histórico que vive México como de "crisis y creación", en un proceso que podemos asociar a esos dos movimientos que van "del descontento a la promesa":

Advertiréis que no os hablo de México como país joven, según es costumbre al hablar de nuestra América, sino como país de formidable tradición, porque bajo la organización española persistió la herencia indígena, aunque empobrecida. México es el único país del Nuevo Mundo donde hay tradición, larga, perdurable, nunca rota, para todas las cosas, para toda especie de actividades: para la industria minera como para los tejidos, para el cultivo de la astronomía como para el cultivo de las letras clásicas, para la pintura como para la música. Aquél de vosotros que haya visitado una de las exposiciones de arte popular que empiezan a convertirse, para México, en benéfica costumbre, aquél podrá decir qué variedad de tradiciones encontró allí representadas. Y aquél de vosotros que haya visitado las ciudades antiguas de México –Puebla, Querétaro, Oaxaca, Morelia, Mérida, León–, aquél podrá decir cómo parecen hermanas, no hijas, de las españolas [...]. La capital, en fin, la triple México –azteca, colonial, independiente–, es el símbolo de la continua lucha y de los ocasionales equilibrios entre añejas tradiciones y nuevos impulsos, conflicto y armonía que dan carácter a cien años de vida mexicana.

Enfatiza la hondura de la historia mexicana y de su tradición cultural, que arranca de la etapa precolombina, para compararla implícitamente con la vida de otras entidades nacionales de mucho mayor juventud. Es en los sólidos cimientos de esta larga tradición donde ve cifrada la posibilidad de que México quede a salvo de hundimientos y cimbronazos para llegar a una vida y cultura “peculiares, únicas, suyas”:

Y de ahí que México, a pesar de cuanto tiende a descivilizarlo, a pesar de las espantosas conmociones que lo sacuden y revuelven hasta los cimientos, en largos trechos de su historia, posea en su pasado y en su presente con qué crear o –tal vez más exactamente– con qué continuar y ensanchar una vida y una cultura que son peculiares, únicas, suyas.

Esta empresa de civilización no es, pues, absurda, como lo parecería a los ojos de aquellos que no conocen a México sino a través de la interesada difamación del cinematógrafo y del telégrafo; no es caprichosa, no es mero deseo de *jouer à l'autochtone*, según la opinión escéptica. No: lo autóctono, en México, es una realidad; y lo autóctono no es solamente la raza indígena, con su formidable dominio sobre todas las actividades del país, la raza de Morelos y de Juárez, de Altamirano y de Ignacio Ramírez: autóctono es eso, pero lo es también el carácter peculiar que toda cosa española asume en México desde los comienzos de la era colonial, así la arquitectura barroca en manos de los artistas de Taxco o de Tepozotlán como la comedia de Lope y Tirso en manos de Don Juan Ruiz de Alarcón.

Se introduce aquí en otro de los grandes temas de la hora: la relación entre lo autóctono, lo nacional, lo universal. Hablar de cultura suponía, para este conocedor de los avances de la antropología, discutir la relación entre lo particular y lo general en la experiencia humana y colocar así un debate que se estaba dando en México desde una perspectiva más amplia:

Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son la cultura y el nacionalismo. Pero la cultura y el nacionalismo no

los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX. No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de diletantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivaban flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: aprender no es sólo aprender a conocer sino igualmente aprender a hacer. No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. Y no se piensa en el nacionalismo político, cuya única justificación moral es, todavía, la necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo contra la amenaza de reducirlo a la uniformidad dentro de tipos que sólo el espejismo del momento hace aparecer como superiores: se piensa en otro nacionalismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo cuando se traducen en arte y pensamiento, el que humorísticamente fue llamado, en el Congreso Internacional de Estudiantes celebrado allí, el nacionalismo de las jácaras y los poemas.

El ideal nacionalista invade ahora, en México, todos los campos. Citaré el ejemplo más claro: la enseñanza del dibujo se ha convertido en cosa puramente mexicana.

Pronto se evidencia el interés de colocar la experiencia mexicana a la luz de la experiencia americana, y salvarla así del peligro del aislamiento, el particularismo, el provincianismo:

Pero al hablar de México como país de cultura autóctona, no pretendo aislarlo en América: creo que, en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. Cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen.

La discusión sobre México y la Revolución se enlaza ahora con el otro gran tema del ensayo: nuestra existencia como magna patria, y la apertura de su historia como proyecto a futuro.

La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Si conserváramos aquella infantil audacia con que

nuestros antepasados llamaban Atenas a cualquier ciudad de América, no vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. Pero sí me atreveré a compararnos con ellos para que aprendamos, de su ejemplo, que la desunión es el desastre.

Nuestra América debe afirmar la fe en su destino, en el porvenir de la civilización. Para mantenerlo no me fundo, desde luego, en el desarrollo presente o futuro de las riquezas materiales, ni siquiera en esos argumentos, contundentes para los contagiados del delirio industrial, argumentos que se llaman Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Valparaíso, Rosario [...].

Me fundo sólo en el hecho de que, en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu solo, y no la fuerza militar o el poder económico [...]. La barbarie tuvo consigo largo tiempo la fuerza de la espada; pero el espíritu la venció en empeño como de milagro. Por eso hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia. Hombres así, obligados a crear hasta sus instrumentos de trabajo, en lugares donde a veces la actividad económica estaba reducida al mínimo de la vida patriarcal, son los verdaderos representantes de nuestro espíritu. Tenemos la costumbre de exigir, hasta al escritor de gabinete, la aptitud magistral: porque la tuvo, fue representativo José Enrique Rodó. Y así se explica que la juventud de hoy, exigente como toda juventud, se ensañe contra aquellos hombres de inteligencia poco amigos de terciar en los problemas que a ella le interesan y en cuya solución pide la ayuda de los maestros.

Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno de los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.

El programa que plantea Pedro Henríquez Ureña es a la vez espiritual y político: "Ensachar el campo espiritual, dar las letras, la justicia social y la libertad verdadera: he aquí los pasos para avan-

zar hacia la utopía". Al introducir el tema de la utopía, equipara a las naciones americanas con la experiencia mediterránea de la Rumania, que garantiza unidad espiritual:

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor [...].

¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzarnos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas, después del *neminem laedere*, sean la razón y el sentido estético. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu.

Regresa al gran tema de debate en distintos rincones de Hispanoamérica: la posibilidad de conciliación entre lo nacional y lo universal:

¿Y cómo se concilia esta utopía, destinada a favorecer la definitiva aparición del hombre universal, con el nacionalismo antes predicado, nacionalismo de jácara y poemas, es verdad, pero nacionalismo al fin? No es difícil la conciliación; antes al contrario, es natural. El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y ésa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones; pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la

uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos.

Ha llegado así Pedro Henríquez Ureña a una propuesta de integración de lo tradicional y local (las diferencias que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones) con lo universal: matices y armonías de conjunto:

Y por eso, así como esperamos que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, y cada región de América, conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes: las literarias, en que nuestra originalidad se afirma cada día; las plásticas, tanto las mayores como las menores, en que poseemos el doble tesoro, variable según las regiones, de la tradición española y de la tradición indígena, fundidas ya en corrientes nuevas; y las musicales, en que nuestra insuperable creación popular aguarda a los hombres de genio que sepan extraer de ella todo un sistema nuevo que será maravilla del futuro.

Y sobre todo, como símbolos de nuestra civilización para unir y sintetizar las dos tendencias, para conservarlas en equilibrio y armonía, esperemos que nuestra América siga produciendo lo que es acaso su más alta característica: los hombres magistrales, héroes verdaderos de nuestra vida moderna, verbo de nuestro espíritu y creadores de vida espiritual. (*La utopía de América*, 1925.)

### *Patria de la justicia*<sup>29</sup>

En este texto, en muchos sentidos complementario del anterior, Pedro Henríquez Ureña retoma algunas discusiones planteadas en aquél, aunque enfatiza cuestiones de orden económico y social:

<sup>29</sup> Publicado originalmente en *La utopía de América*, precedida por el ensayo de ese nombre, La Plata, Editorial Estudiantina, 1925. "La patria de la justicia" apareció también en *Repertorio Americano*, abril de 1925, y ambos en *Analectas de Santo Domingo*, 1933-1934. Véase la biobibliografía de Henríquez Ureña preparada por E. Speratti Piñero, P. Henríquez Ureña, *Obra crítica*, p. 778.

Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea. [...] México, desde la Revolución de 1910, se ha visto en la dura necesidad de pensar sus problemas: en parte, ha planteado los de distribución de la riqueza y de la cultura, y a medias y a tropezones ha comenzado a buscarles solución; pero no toca siquiera a uno de los mayores: convertir al país de minero en agrícola, para echar las bases de la existencia tranquila, del desarrollo normal, libre de los aleatorios caprichos del metal y del petróleo.

Si se quiere medir hasta dónde llega la cortedad de visión de nuestros hombres de Estado, piénsese en la opinión que expresaría cualquiera de nuestros supuestos estadistas si se le dijese que la América española debe tender hacia la unidad política. La idea le parecería demasiado absurda para discutirla siquiera. La denominaría, creyendo haberla herido con flecha destructora, una utopía.

Regresa al tema de la utopía, a la que llama, en recordada expresión, "flecha de anhelo", así como al tema de la tradición clásica donde surge la noción de utopía, y recupera la tradición helénica que compara con el inmovilismo asiático:

Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías, ¿dónde encontrarán asilo? Creación de nuestros abuelos espirituales del Mediterráneo, invención helénica contraria a los ideales asiáticos que sólo prometen al hombre una vida mejor fuera de esta vida terrena, la utopía nunca dejó de ejercer atracción sobre los espíritus superiores de Europa.

Regresa una vez más a Rodó:

A fines del siglo XIX lanzó el grito de alerta el último de nuestros apóstoles, el noble y puro José Enrique Rodó: nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaba ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española. La alta lección fue oída; con todo, ella no ha bastado, para detenernos en la marcha ciega. Hemos salvado, en gran parte, la cultura, especialmente en los pueblos



donde la riqueza alcanza a costearla; el sentimiento de solidaridad crece; pero descubrimos que los problemas tienen raíces profundas.

Y también una vez más llama a la unidad de la magna patria:

Debemos llegar a la unidad de la magna patria; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, destinada a sembrar nuevos terrores en el seno de la humanidad atribulada. No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fue la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable.

El ideal de justicia es anterior al ideal de cultura:

El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al diletantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o de Goethe, opongámosle el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus invenciones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía.

Lejos de aplaudir el individualismo, el elitismo, el “diletantismo egoísta”, propone “la emancipación del brazo y de la inteligencia” –de manera concordante a la concepción que se estaba dando ya para la época (pensemos en Mariátegui) del hombre de pensamiento como trabajador intelectual–. La idea de trabajo campea en este final de cita:

Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple “la emancipación del brazo y de la inteligencia”.

En nuestro suelo nacerá entonces el hombre libre, el que, hallando fáciles y justos los deberes, florecerá en generosidad y en creación.

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o de dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.

Entre tanto, hay que trabajar con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar.

### *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México*

Sin duda un texto de enorme interés para la discusión que se ha abierto en este volumen es “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, también publicado en 1925, que constituye uno de los más tempranos y lúcidos balances con que contamos de la Revolución Mexicana y que alcanzó también amplia difusión.<sup>30</sup>

En este escrito, Pedro Henríquez Ureña asigna un valor fundamental al tema de la educación popular y defiende el postulado de que “*toda* la población del país *debe* ir a la escuela”. Este texto constituye así una solución simbólica del lugar que la cultura

---

<sup>30</sup> Este texto se publicó primero con el título “La revolución y la cultura en México” en la *Revista de Filosofía*, México, 1925, t. I, pp. 125 y ss; *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, Universidad de La Plata, abril de 1925, año II, núm. 8, pp. 112-120; *Plenitud de España*, Buenos Aires, Del Giudice, 1952, pp. 77-87, y con el título “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México” fue reproducido en P. Henríquez Ureña, *Obra crítica*, entre otros sitios. Varias de las numerosas referencias a las ediciones de este texto no llevan fecha de publicación original. Speratti Piñero señala que quizás sea posterior a 1924.

letrada habrá de desempeñar en el México posrevolucionario, y una reafirmación de los valores de la empresa vasconceliana y la utopía del libro.

Empieza por enunciar los tres grandes momentos de transformación social en la historia de México: Independencia, Reforma, Revolución:

Hay en la historia de México, después de su independencia, dos grandes movimientos de transformación social: la Reforma, inspirada en la orientación liberal, que se extiende de 1855 a 1867; el reciente que todos llaman la Revolución, el cual empieza en 1910 y se consolida hacia 1920.

Entre las muchas consecuencias que ha tenido la Revolución Mexicana, subraya las que se dieron para la vida intelectual, y particularmente para la educación popular:

La Revolución ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual, como sobre todos los órdenes de actividad en aquel país. Raras veces se ha ensayado determinar las múltiples vías que ha invadido aquella influencia; pero todos convienen, cuando menos, en la nueva fe, que es el carácter fundamental del movimiento: la fe en la educación popular, la creencia de que *todn* la población del país *debe* ir a la escuela, aun cuando este ideal no se realice en pocos años, ni siquiera en una generación.

En lugar de atender a la influencia que las minorías ilustradas puedan tener sobre la Revolución, hace un interesante vuelco en la cuestión para mostrar la influencia que el movimiento revolucionario tuvo en la vida intelectual mexicana: "la fe en la educación popular, la creencia de que *toda* la población del país *debe* ir a la escuela". Continúa con una revisión de los grandes antecedentes de la preocupación por la educación popular en México:

Esta fe significa una actitud enteramente nueva ante el problema de la educación pública. No que la *teoría* de la educación popular

fuese desconocida antes. Al contrario: tan pronto como México comenzó a salir, hace más de cien años, del medievalismo de la época colonial, entró en circulación la teoría de la educación popular como fundamento esencial de la democracia. Fernández de Lizardi, el célebre *Pensador Mexicano*, que murió en 1827, fue ardoroso campeón de la idea, y hasta esperaba que la multitud de sus propias publicaciones, bajo la forma de novelas, dramas, folletos, revistas y calendarios, estimularan en el pueblo el deseo de leer. Desde que la lucha de independencia terminó (en 1821), fue creciendo paulatinamente el número de escuelas públicas y privadas; todo hombre que podía permitírselo asistía a la escuela, y hasta llegó a considerarse indispensable que las mujeres no fuesen iletradas (recuérdese que en la época colonial, hasta fines del siglo XVIII, muchos creían peligroso para las mujeres el aprender a leer y escribir). Pero la educación popular, durante cien años, existió en México principalmente como teoría: en la práctica, la asistencia escolar estaba limitada a las minorías cuyos recursos económicos les permitían no trabajar desde la infancia; entre los pobres verdaderos, muy pocos cruzaban el vado de las primeras letras. Los devotos de la educación popular (hombres como Justo Sierra, que fue Secretario de Instrucción Pública hacia el final del régimen de Porfirio Díaz) nunca lograron comunicar su fe al hombre de la calle ;ni siquiera al gobierno!

A la hora de revisar el estado de la educación y la cultura en la sociedad mexicana, introduce un elemento que pocos historiadores del tema consideran: el lugar de la imprenta:

Hay que recordar que hasta el comienzo del siglo XIX, la América Latina, a pesar de sus imprentas, vivía bajo una organización medieval de la sociedad y dentro de una idea medieval de la cultura [...]. Saber leer y escribir era, como en la Europa de la Edad Media, habilidad estrictamente profesional, comparable a la de tallar madera o fabricar loza. Según observa Charles Péguy, los pueblos protestantes comenzaron a leer después de la Reforma, los pueblos católicos desde la Revolución Francesa.

Y llega a las demandas del México actual:

Así se comprende cómo hubieron de pasar cien años para que una nación se diera cuenta de que la educación popular no es un sueño utópico sino una necesidad real y urgente. Eso es lo que México ha descubierto durante los últimos quince años, como resultado de las insistentes demandas de la Revolución. El programa de trabajo emprendido por Vasconcelos de 1920 a 1924 es la cristalización de estas aspiraciones populares.<sup>31</sup> De hoy en adelante, ningún gobierno podrá desatender la instrucción del pueblo.

Una vez más, en lugar de dedicarse a algún grupo o corriente de pensamiento en particular, se referirá a un fenómeno colectivo, por el que enlaza, como su amigo Reyes, la inteligencia de un sector ilustrado a la inteligencia de todos:

El nuevo despertar intelectual de México, como de toda la América Latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. México se ha decidido a adoptar la actitud de discusión, de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera, a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original.

Equipara la vida intelectual del Porfiriato con la rigidez y el dogma del medioevo, aunque ahora el positivismo reemplace el escolasticismo:

El preludio de esta liberación está en los años de 1906 a 1911. En aquel período, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medieval, si bien las ideas eran del siglo XIX, "muy siglo XIX". Toda *Weltanschauung* estaba predeterminada, no ya por la teología de Santo Tomás o de Duns Escoto, sino por el sistema de las ciencias modernas

---

<sup>31</sup> En nota al calce, añade: "No me detengo a explicar en sus pormenores la obra de Vasconcelos, porque ya es conocida aquí; basta recordar que sus principios han sido tres: difusión de la cultura elemental, con el propósito de extinguir el analfabetismo, ayudando a la escuela con la multiplicación de las pequeñas bibliotecas públicas; difusión de la enseñanza industrial y técnica, para mejorar la vida económica del país; orientación de nacionalismo 'espiritual', y de hispanoamericanismo, sobre todo en la enseñanza artística".

interpretado por Comte, Mill y Spencer; el positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo.

También en el ámbito de las letras y las artes el único camino parecía ser la imitación de modelos europeos y el olvido de toda posible tradición propia:

En la literatura, a la tiranía del “modelo clásico” había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado: el único camino era imitar a Europa. ¡Y qué Europa: la de los deplorables *salones* oficiales! En música, donde faltaba una tradición nacional fuera del canto popular, se creía que la salvación estaba en Leipzig.

Éste es el marco que permite entender el sentido de la inserción de su grupo:

Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo en que me afilié a poco de llegar de mi patria (Santo Domingo) a México, pensábamos de otro modo. Éramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaran todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura español-

la, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.

Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. *Nuestra juvenil revolución triunfó*, superando todas nuestras esperanzas [...]. Nuestros mayores, después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar. Toda la juventud pensaba como nosotros. En 1909, antes de que cayera el gobierno de Díaz, Antonio Caso fue llamado a una cátedra de la que hoy es Universidad Nacional, y su entrada allí significó el principio del fin. Cuando Madero llegó al poder, en 1911, los principales representantes del antiguo pensamiento oficial —que eran en su mayoría personajes políticos del *antiguo régimen*— se retiraron de la Universidad, y su influencia se desvaneció.

*Desgraciadamente, eso no quería decir que al primer triunfo político de la Revolución (1911) se modificaran y adoptaran orientaciones modernas [en] el mundo universitario de México, ni menos en [la] vida intelectual y artística del país en su conjunto. El proceso hubo de ser más lento. Las actividades de nuestro grupo no estaban ligadas (salvo la participación de uno que otro de sus miembros) a las de los grupos políticos, y no había entrado en nuestros planes el asaltar las posiciones directivas en la educación pública, para las cuales creíamos no tener edad suficiente (¡después los criterios han cambiado!); sólo habíamos pensado hasta entonces en la renovación de las ideas. Habíamos roto una larga opresión, pero éramos pocos, y no podíamos sustituir a los viejos maestros en todos los campos [...]. La Universidad se reorganizó como pudo, y de esta imperfección inicial no ha podido curarse todavía. Nuestra única conquista fundamental, en la vida universitaria de entonces, fue el estímulo que dio Antonio Caso a la libertad filosófica [el subrayado es nuestro].*

Poco después, afortunadamente, tuvimos ocasión de dar nuevo impulso a la actividad universitaria. La Universidad no gozaba del favor político, y carecía de medios para organizar los estudios de ciencias puras y de humanidades. En 1913, el doctor Chávez, hombre del *antiguo régimen* que ha vivido en esfuerzo continuo de adaptación a tendencias nuevas, se echó a buscar el concurso de hombres avanzados, dispuestos a trabajar gratuitamente en

la organización de la Escuela de Altos Estudios: la mayoría de los profesores la dio entonces nuestro grupo, y así nacieron, con éxito resonante, los cursos de Humanidades y de Ciencias.

Tras revisar –como lo hizo en su artículo sobre “La Universidad”– los avatares de la reorganización universitaria, recupera la fundación de la Universidad Popular e insiste en la norma de independencia de la misma respecto de cualquier apoyo económico oficial:

Nuestro grupo, además, constituido en Ateneo desde 1909, había fundado en 1911 la Universidad Popular Mexicana, en cuyos estatutos figuraba la norma de no aceptar nunca ayuda de los gobiernos: esta institución duró diez años, atravesando ilesa las peores crisis del país, gracias al tesón infatigable de su rector, Alfonso Pruneda, y contó con auditorios muy variados: entre los obreros difundió, en particular, conocimientos de higiene; y de sus conferencias para el público culto nacieron libros importantes, de Caso y de Mariscal, entre otros.

Un contraste muy fuerte entre la agitación política y los esfuerzos de renovación intelectual, propios de la tradición latina:

Entre tanto, la agitación política que había comenzado en 1910 no cesaba, sino que se acrecentaba de día en día, hasta culminar en los *años terribles* de 1913 a 1916, años que hubieron dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina. Mientras la guerra asolaba el país, y hasta los hombres de los grupos intelectuales se convertían en soldados, los esfuerzos de renovación espiritual, aunque desorganizados, seguían adelante. Los frutos de nuestra revolución filosófica, literaria y artística iban cuajando gradualmente. Faltaba sólo renovar, en el mundo universitario, la ideología jurídica y económica, en consonancia con la renovación que en estos órdenes precisamente traía la Revolución. Hacia 1920 se hace franco el cambio de orientación en la enseñanza de la sociología, la economía política y el derecho. Esta transformación se



debe a hombres todavía más jóvenes que nosotros, hombres que apenas alcanzan ahora los treinta años.<sup>32</sup>

Durante años, México estuvo solo, entregado a sus propios recursos espirituales. Sus guerras civiles que parecían implacables, la hostilidad frecuente de los capitalistas y los gobernantes de los Estados Unidos, finalmente el conflicto europeo, dejaron al país aislado. Sus únicos amigos, los países de la América Latina, estaban demasiado lejos o demasiado pobres para darle ayuda práctica. Con este aislamiento, que hubiera enseñado confianza en sí misma a cualquier nación de mucho menos fibra, México se dio cuenta de que podía sostenerse sin ayuda ajena, en caso necesario.

¿Cuál ha sido el resultado? Ante todo, comprender que las cuestiones sociales de México, sus problemas políticos, económicos y jurídicos, son únicos en su carácter y no han de resolverse con la simple imitación de métodos extranjeros, así sean los ultraconservadores de los Estados Unidos contemporáneos o los ultramodernos del Soviet Ruso.

Primer elemento a tener en cuenta: la especificidad de los problemas nacionales. Segundo elemento, la capacidad creativa del espíritu mexicano:

Después, la convicción de que el espíritu mexicano es creador, como cualquier otro. Es dudoso que, sin el cambio de la atmósfera espiritual, se hubieran producido libros de pensamiento original como *El suicida* de Alfonso Reyes, *El monismo estético* de José Vasconcelos, o *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, de Antonio Caso; investigaciones como la obra monumental dirigida por Manuel Gamio sobre la población del Valle de Teotihuacán o el estudio de Adolfo Best Maugard sobre los elementos lineales y los cánones del dibujo en el arte mexicano, tanto en el antiguo como en el popular de nuestros días; interpretaciones artísticas del espíritu mexicano como los frescos de Diego Rivera

---

<sup>32</sup> Se refiere en particular a "Manuel Gómez Morín, a quien se debe en su mayor parte la nueva coordinación del plan de estudios jurídicos en la Universidad; Vicente Lombardo Toledano, cuyas *Definiciones de derecho público* se inspiran en la escuela de Duguit; Daniel Cosío Villegas, cuyo intento de hacer sociología aplicada al país (*Apuntes de sociología mexicana*) encuentra franca acogida; Alfonso Caso, Daniel Quirós, y otros".

y sus secuaces [Pedro Henríquez Ureña emplea frecuentemente este término como sinónimo de “seguidores”].

Se dedica de inmediato a una cuestión que habría de tener desarrollo particular en México: lo nacional y el nacionalismo. Revisará de manera cuidadosa las distintas expresiones artísticas, comenzando por la plástica:

Existe hoy el deseo de preferir los materiales nativos y los temas nacionales en las artes y en las ciencias, junto con la decisión de crear métodos nuevos cuando los métodos europeos resulten insuficientes ante los nuevos problemas. En el arte pictórico, la justicia de esta decisión está comprobada: por una parte, la obra formidable de Rivera, con su vasta representación de la vida mexicana en su pintura mural de la Secretaría de Educación Pública y de la Escuela de Agricultura, ha arrastrado consigo a la mayoría de los pintores jóvenes enseñándolos a ver su tierra; y es justo reconocer que el intento *mexicanista* comienza, con menos vigor, pero no sin aciertos de estilo, en la Sala de las Discusiones Libres decorada bajo la dirección de Roberto Montenegro: tienen las vidrieras de los ventanales, especialmente, el mérito de ser en todo mexicanas, desde los cartones que les sirvieron de modelos hasta los procedimientos de ejecución material; por otra parte, la reforma de la enseñanza del dibujo iniciada por Adolfo Best Maugard (continuada luego bajo la dirección de Manuel Rodríguez Lozano) representa el más certero hallazgo sobre las características esenciales del arte de una raza de América: el dibujo mexicano [...].

Sigue la arquitectura:

La arquitectura no se queda atrás. Con Jesús T. Acevedo y Federico Mariscal se abre, en 1913, el movimiento en favor del estudio de la tradición colonial mexicana; lo continúan artistas e historiadores como Manuel Romero de Terreros; diez años después, los barrios nuevos de la capital, entregados antes al culto del *hotel* afrancesado y del *chalet* suizo, están llenos de edificios en que la antigua arquitectura del país reaparece adaptándose a fines nuevos; edificios fáciles de reconocer, no sólo por el interesante barroquismo de sus líneas, sino por sus materiales mexicanos, el

*tezontle* rojo oscuro y la *chiluca* gris, o a veces, además, el azulejo: ellos devuelven a la ciudad su carácter propio, sumándose a los suntuosos palacios de los barrios viejos.

En cuanto a la música, se preocupa particularmente por la relación entre la de concierto y la expresión popular:

En la música no se ha hecho tanto: mucho menos que en la América del Sur. Es general el interés que inspiran los cantos populares; todo el mundo los canta, así como se deleita con la alfarería y los tejidos populares; y se cantan en las escuelas oficiales, con el fin de fundar la enseñanza musical en el arte nativo, como se hace en el dibujo. Pero no hay todavía gusto o discernimiento para la música popular, ni oficial ni particularmente, como los hay para las artes plásticas. Ni siquiera se establece la distinción esencial entre la legítima canción del pueblo y el simple aire populachero fabricado por músicos bien conocidos de las ciudades. A partir de la obra de Manuel M. Ponce, compositor prolífico, precursor tímido, que comenzó a estudiar los aires populares hacia 1910, nace el interés, y va creciendo gradualmente. Ahora existen intentos de llegar al fondo de la cuestión, especialmente en la obra de Carlos Chávez Ramírez, compositor joven que ha sabido plantear el problema de la música mexicana desde su base, es decir, desde la investigación de la tonalidad. Hay, además, singulares posibilidades en la *orquesta típica*, conjunto nada europeo de instrumentos de orígenes diversos: cabe pensar cómo interesaría a Stravinski o a Falla.

Por fin, reflexiona sobre la literatura y su carácter original: “el espíritu mexicano ha impreso su sello peculiar a la obra literaria desde los tiempos de don Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz”. Dice de manera extensa:

En la literatura, los cambios recientes son mucho menores que en la arquitectura o la pintura. No es que falten orientaciones nuevas, como en música: es que la literatura ha alcanzado siempre en México carácter original, aun en los períodos de mayor influencia europea, y el espíritu mexicano ha impreso su sello peculiar a la

obra literaria desde los tiempos de don Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz. En el período actual, el de la Revolución, después que nuestro grupo predicara la libre incursión en todas las literaturas, fuera de la sujeción a la *dernière mode française*, se advierte, eso sí, nueva audacia en los escritores, especialmente en el orden filosófico (como antes dije). Según era de esperar, los temas nacionales están nuevamente en boga. En poesía, Ramón López Velarde, muerto antes de la madurez en 1921, puso matices originales en la interpretación de asuntos provincianos y se levantó a la visión de conjunto en *Suave patria*; tras él ha ido buena parte de la legión juvenil. En otros campos, la novela y el cuento —que llevan cien años de tratar temas mexicanos— empiezan a multiplicarse: como ejemplo característico cabe señalar las novelas cortas que compone Xavier Icaza bajo el título de *Gente mexicana*. Los temas coloniales aparecen continuamente: citaré, entre las obras mejores de su especie, el *Visionario de la Nueva España*, de Genaro Estrada. Abundan los intentos de teatro nacional, que hasta ahora sólo gozan del favor público en las formas breves de sainete, zarzuela y revista, pero que no carecen de interés en el tipo de “obras serias”: tales, entre otros, los “dramas sintéticos” con asunto rural, de Eduardo Villaseñor y de Rafael Saavedra, que escribe para campesinos indios, estimulándolos a convertirse en actores. Ahora, y en ellos ejerce buen influjo el ejemplo argentino, el deseo de constituir el teatro nacional ha llevado a los jóvenes a organizarse en una asociación activa y fervorosa.

Y he aquí las palabras de cierre:

*Para el pueblo, en fin, la Revolución ha sido una transformación espiritual. No es sólo que se le brinden mayores oportunidades de educarse, es que el pueblo ha descubierto que posee derechos, y entre ellos el derecho de educarse. Sobre la tristeza antigua tradicional, sobre la “vieja lágrima” de las gentes del pueblo mexicano, ha comenzado a brillar una luz de esperanza. Ahora juegan y ríen como nunca lo hicieron antes. Llevan alta la cabeza. Tal vez el mejor símbolo del México actual es el vigoroso fresco de Diego Rivera en donde, mientras el revolucionario armado detiene su cabalgadura para descansar, la maestra rural aparece rodeada de niños y de adultos, pobremente vestidos como ella, pero animados con la visión del futuro [el subrayado es nuestro].*

### *Formas básicas*

Deseo detenerme en un elemento recurrente en las reflexiones de Pedro Henríquez Ureña, y que lejos de resultar casual o coyuntural me parece clave para entender la “estrategia” educativa y cultural en que él está pensando. Se trata de un pequeño y primoroso punto clave, como lo es la alusión al sistema de enseñanza de las artes plásticas que propició el mexicano Adolfo Best Maugard.<sup>33</sup> En efecto, este artista plástico había sido comisionado en su juventud, por iniciativa de Franz Boas, para registrar y reproducir los cientos de piezas prehispánicas que estaban emergiendo en las excavaciones arqueológicas del Valle Central. A partir de este trabajo, Best comienza a notar ciertas recurrencias en el dibujo y consigna una serie de patrones y formas básicas (algo que paralelamente estaba haciendo Torres García en busca de patrones abstractos básicos a través de sus estudios de las culturas precolombinas del Perú). A partir de este esfuerzo de abstracción, Best Maugard diseña un modelo para la enseñanza de las artes plásticas para los niños de primaria, un “método” para la “creación” que se inspira entonces en modelos tradicionales renovados por el esfuerzo de abstracción del artista que, a su vez, permite cultivar estéticamente a las nuevas generaciones partiendo de los caudales de la tradición prehispánica que pervive en la tradición popular actual. En palabras del propio Henríquez Ureña,

---

<sup>33</sup> Como recuerda Alfredo Roggiano, “Pedro Henríquez Ureña analizó los 7 elementos lineales del método ‘Best’ al final del texto de la obra de Maugard, y se dio a la tarea de popularizarlo en periódicos y revistas de la época, unas veces con su firma y otras con el seudónimo de ‘León Roch’, tomado de la novela galdosiana. Tal es el caso del artículo publicado en *El Mundo*, de México, en mayo de 1922”. En dicho artículo dice: “Estamos, en México, en la era del arte nacionalista. Y si en música y en artes plásticas el mexicanismo nunca había sido tan activo como hoy, no por eso dejaban de hacerse ensayos meritorios”. A. Roggiano, *op. cit.*, p. 239. Véase, por ejemplo, el interés que demuestra Henríquez Ureña hacia el tema en su *Historia de la cultura...*, donde se refiere al “ensayo de cultivar en el niño la expresión espontánea, principalmente en formas artísticas: enseñanza de pintura en la escuela indígena de Xochimilco; método de dibujo inventado por Adolfo Best Maugard (1921) con los ‘siete elementos lineales’ del arte azteca y de las artes populares de México” (p. 133).

la reforma de la enseñanza del dibujo iniciada por Adolfo Best Maugard (continuada luego bajo la dirección de Manuel Rodríguez Lozano) representa el más certero hallazgo sobre las características esenciales del arte de una raza de América: el dibujo mexicano, que desde las altas creaciones del genio indígena en su civilización antigua ha seguido viviendo hasta nuestros días a través de las preciosas artes del pueblo, está constituido por siete elementos (línea recta, línea quebrada, círculo, semicírculo, ondulosa, *ese* y espiral), que se combinan en series estáticas o dinámicas (petatillos y grecas), con la norma peculiar de que nunca deben cruzarse dos líneas, y pueden servir, en combinación libre, para toda especie de representaciones y decoraciones.<sup>34</sup>

Para Pedro Henríquez Ureña, la posibilidad de encontrar puentes entre el arte prehispánico y los métodos modernos de educación artística resulta modélica en cuanto favorece procesos de ciudadanía por medio de la escuela que incorporen a las jóvenes generaciones a un proyecto de modernización que salve la especificidad de la tradición prehispánica a la vez que sea capaz de sintetizarla mediante de la razón. Se toman así elementos de la vida nacional, pero no para caer en una visión provinciana y excluyente, sino para trazar puentes de más amplio alcance.

Línea recta, línea quebrada, círculo, semicírculo, línea ondulada, línea en *ese* y espiral, que se combinan en series estáticas o dinámicas, ¿podrían darnos acaso algunos de los principales patrones de relación entre estos jóvenes escritores y estudiosos formados en el clima positivista que deberán hacer un ajuste de cuentas con esa herencia ante los sucesos de la Revolución? Si los casos más trágicos son los de Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, quienes pierden a sus padres que marchan en defensa del orden anterior, no por ello lo es el modo en que cada uno de estos jóvenes deberá asumir, romper, repensar o reintegrar a partir de nuevas bases la herencia intelectual que los formó: la *espiral* asuntiva de Pedro Henríquez Ureña es uno de los ejemplos más eminentes de ello.

---

<sup>34</sup> "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México", publicado por la *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, posiblemente hacia 1925, y reproducida en P. Henríquez Ureña, *Obra crítica*, pp. 610-617, y en P. Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, pp. 288-296.

### *“México y sus problemas”*

Si Alfonso Reyes nos legó su primoroso “México en una nuez” (1930), con sólo dos años de diferencia Pedro Henríquez Ureña publica en Santo Domingo un breve texto que guarda en muchos sentidos correspondencia con aquél: “México y sus problemas”. Una vez más, su presentación sigue el movimiento que va del descontento a la promesa:

México, durante los últimos cien años, ha hecho repetidos esfuerzos por crear un tipo nuevo de sociedad y lo ha conseguido, aunque el tipo no haya adquirido aún la estabilidad que se le desea.<sup>35</sup>

Tras revisar a vuelo de pájaro las distintas etapas de la historia de México, se detiene en la Reforma y establece una comparación entre ésta y la Revolución de 1910:

La Revolución, o sea el movimiento iniciado en 1910, ha tendido a “descentralizar” nuevamente la riqueza. En uno y otro movimientos, Reforma y Revolución, francamente liberal el primero, de vagos contactos con el socialismo el segundo, las soluciones finales han sido de carácter original, realmente mexicano.

Revisa luego las fuentes de riqueza económica de México y concluye sus reflexiones con el siguiente pasaje:

En el orden de la cultura, poseyendo caracteres tan peculiares México, es natural que ellos trasciendan a todas sus actividades intelectuales; y así sucede. En México se enlazan tres herencias; una, la indígena, que allí subsiste con gran vitalidad; otra, la española, que alcanzó extraordinario florecimiento durante la época colonial, y por fin el espíritu del siglo de independencia (p. 326).

---

<sup>35</sup> *Revista de Educación*, Santo Domingo, 31 de diciembre de 1932, año 4, núm. 16, pp. 79-80, citado en P. Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, p. 325.

Algunos años después, en sus reflexiones sobre la "Vida espiritual en Hispanoamérica" (1937), regresará al problema del indio:

El indio no era esclavo, pero tampoco era verdaderamente libre [...]. Se había convertido en una especie muy rara de proletario. No fue sino en el siglo xx cuando se supo encarar el problema del Indígena. Se vio entonces que las fórmulas socialistas europeas poco tenían que ver con el problema del indígena americano. El indígena no es el proletario del industrialismo. El Indígena vive sobre todo en los países que no han sido industrializados o que sólo [lo] han sido en una medida muy limitada, como México, de manera que las soluciones adoptadas a su respecto no podían ser francamente socialistas. La primera medida tomada fue la devolución de la tierra a los Indígenas. Esto formaba parte de la lucha contra las grandes propiedades, contra los "latifundios" [...]. Pero no era aquélla una solución verdaderamente socialista. Se recurrió a otro sistema, el "ejido" [...]. En México, en las aldeas y el campo, se ha retornado a esta propiedad comunal para una parte de los campesinos. Se han adoptado disposiciones muy avanzadas para la regeneración del Indígena y, en general, para la protección del trabajador.<sup>36</sup>

En ese mismo texto, Pedro Henríquez Ureña dedica también palabras de elogio al arte que, en lugar de estar destinado sólo a un pequeño círculo de iniciados, "reasume su papel social", y cita como ejemplo, para la plástica, el siguiente:

El nuevo movimiento comienza en México, cuando un escritor y político bien conocido, el señor Vasconcelos, es nombrado Ministro de Instrucción Pública, y otro escritor y político, el señor Lombardo Toledano, asume la dirección de la Escuela Preparatoria de la Universidad. En ese momento se decide decorar la Escuela, viejo edificio colonial. En consecuencia, se desarrolla la pintura mural; luego se decoran muchos otros edificios públi-

---

<sup>36</sup> P. Henríquez Ureña, "Vida espiritual en Hispanoamérica" (texto también conocido con el título "Europa-América Latina"), Buenos Aires, 1937, pp. 31-41, reproducido en *oc*, vii, pp. 365-366.



cos, y hasta el Palacio Nacional, el antiguo palacio colonial de los virreyes. Este movimiento se propaga a los Estados Unidos [...]. Actualmente el movimiento de la pintura mural de América española es conocido en el mundo entero. Europa misma ha llamado a Rivera (p. 367).

### *La Revolución en perspectiva*

En la valoración que aparece en el capítulo “Problemas de hoy” dentro de *Las corrientes literarias*, y tras evocar el movimiento de reforma universitaria que sacudió a la Argentina en 1918, cuyo programa “pedía una renovación del contenido intelectual de la educación superior y una viva conexión entre las universidades y el pueblo” (p. 191), Henríquez Ureña abunda sobre la Revolución Mexicana:

En México la revolución política de 1910 fue precedida de un movimiento puramente intelectual que se inició hacia 1907 en la Sociedad de Conferencias, llamada después el Ateneo de México (1909-1914). Los miembros de este grupo juvenil estaban interesados tanto en la literatura y en la filosofía como en los problemas políticos y sociales del país. Su actividad pública más importante, aparte de sus conferencias, fue la organización de un centro de difusión cultural, el primero de esta clase en el país, llamado Universidad Popular de México (1912-1920). Combatieron el positivismo, filosofía oficial durante los últimos veinte años del régimen de Porfirio Díaz; dos miembros del grupo, Acevedo y Mariscal, despertaron el nuevo interés, que ahora ha llegado a adquirir enormes proporciones, por la arquitectura mexicana de la era colonial. Más tarde la Revolución mexicana habría de tener una vasta literatura propia, que culminaría en *Los de abajo* de Mariano Azuela y *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, miembro del Ateneo (pp. 191-192).

Y remata con estas palabras:

Los hombres de letras que toman parte en nuestra vida pública figuran rara vez en el gobierno: pertenecen a la oposición, y suelen

estar mucho más tiempo en la cárcel que en el poder, cuando no en el destierro, forzoso o voluntario. Aun cuando su partido llegue a gobernar, ellos suelen tener puntos de vista más avanzados.

Hasta el final de sus días habría de acompañar a Pedro Henríquez Ureña –quien no ocultaba sus simpatías hacia el socialismo y el liberalismo social, aunque siempre sobre la base de una matriz de razón y progreso– una leal admiración por los logros de la Revolución Mexicana, por la novela social y por la novela de la Revolución. En *Las corrientes* dirá que

El hábito y el sentido común han ido reduciendo gradualmente nuestros ‘problemas raciales’ a sus fundamentos culturales y económicos [...]. La insuficiencia de la educación y de las oportunidades económicas que se ofrecen a las masas son el origen de todos los obstáculos con que tropezamos en nuestras aspiraciones de progreso. (p. 199).

Vio así en la Revolución la gran oportunidad, modélica en América Latina, para ensanchar el gran proyecto de ciudadanización por la educación y la cultura.<sup>37</sup>

En suma: Pedro Henríquez Ureña dio un giro interesante a la discusión en torno de la relación entre los intelectuales y la Revolución Mexicana que resulta en muchos aspectos llamativa. Mien-

---

<sup>37</sup> Evoco al respecto estas palabras suyas en el prólogo a Carlos Gutiérrez Cruz, *Sangre roja. Versos libertarios*, México, Ediciones de la LEAR, 1924: “He aquí los versos del poeta socialista; mejor del poeta social. Frente a quienes durante tantos años decidieron excluir de la poesía las preocupaciones del hombre como parte de la sociedad en que vive, este poeta se levanta a hablarnos de aspiraciones y derechos de la multitud. Frente a quienes declararon que sólo hay poesía en la vida cuando se concibe como en las antiguas aristocracias, es decir, cuando se concibe asentada sobre la injusticia, este poeta viene a afirmar la poesía de los humildes [...]. Este poeta viene a hablar de los que trabajan y luchan; y no como simple imagen [...]. No: este poeta habla de los que conocen el trabajo y la lucha como realidad cotidiana y llena de sufrimiento y molestia: los que trabajan por su pan, todo el día y todos los días [...]. Saludemos a la musa que deja las Bergerettes del salón para cantar la Internacional en las calles enlodadas; a la musa que abandona el palacio de los Virreyes para irse al taller, a la mina, al campo de labranza, donde está la vida, la vida que debe interesarnos antes que toda otra si tenemos espíritu de justicia” (citado en P. Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, p. 302).

tras que en *Los de abajo* Azuela mostraba la tensa relación entre el hombre culto de ciudad y los caudillos de la Revolución, a la vez que pintaba el modo en que las grandes fuerzas rebasaban las decisiones individuales, Henríquez Ureña extrajo como consecuencia las derivaciones que habría de tener la Revolución en cuanto al derecho del pueblo a saber y estudiar. Para él, el destino franco del hombre de letras es la oposición y la sana distancia respecto del poder. Él mismo encontró, en su propia vida, variadas formas de ganarse la vida como docente, editor, asesor de proyectos educativos y culturales, animador de cursos y conferencias para sectores populares, autor de artículos, reseñas, prólogos, que, si por una parte mostraban una profesionalización en su quehacer, por la otra desembocaban en una precariedad en sus ingresos y en la manutención económica de su familia. Su vasta cultura, su seriedad, su idoneidad, le permitieron siempre transitar con total solvencia en ese ámbito que iba de la enseñanza a la investigación y de la vida editorial a las conferencias y a distintos tipos de asesorías.

Cuando murió, se encontraba trabajando en todas estas esferas: impartía clases en una escuela secundaria de La Plata y en el Instituto Nacional del Profesorado en Buenos Aires; colaboraba en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, trabajaba también para varios proyectos editoriales en Losada y Jackson, y estaba elaborando el proyecto de la gran *Biblioteca Americana* para el Fondo de Cultura Económica: corregía tanto exámenes, pruebas, textos de artículos y conferencias, como corregía proyectos de planes de estudio y de organización de nuevas colecciones y antologías. Fue así exiliado no sólo entre países sino entre trabajos, y se movía entre uno y otro a un ritmo y un nivel de exigencia que lo llevaron finalmente a una temprana y súbita muerte. Pero fue al mismo tiempo uno de los más destacados militantes de la causa de la Revolución Mexicana si por tal entendemos a un defensor a ultranza de una de las mejores enseñanzas que dejó este movimiento social y que supo él ver como pocos —en cierto sentido coincidente con Vasconcelos, Reyes y Cosío Villegas—: sensible a los reclamos de las mayorías, supo pensar en nuevas formas de relación con los sectores de la inteligencia que convirtieran a esta última en *representativa* de los reclamos generales. Demostró

que luchar por la causa del libro era una de las mejores formas de luchar por la educación popular: hacer legible nuestra tradición cultural fue su forma de hacer legible el legado de la Revolución.

## BIBLIOGRAFÍA

- Caso, Antonio *et al.*, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Filosóficos, 1962.
- Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Estudios mexicanos*, ed. de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1984 (Colección Lecturas Mexicanas).
- *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.
- *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. del inglés de Enrique Díez Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- *La utopía de América*, La Plata, Editorial Estudiantina, 1925.
- *Obra crítica*, ed., bibl. e índice onomástico de Emma Susana Speratti Piñero y pról. de Jorge Luis Borges, México, Fondo de Cultura Económica, 1960 (Biblioteca Americana).
- *Obra dominicana*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1988.
- "Palabras pronunciadas en el acto inaugural del primer congreso gremial de escritores", *Sur*, Buenos Aires, núm. 26, noviembre de 1936, pp. 140-141.
- Mateo, Andrés L., *Pedro Henríquez Ureña. Errancia y creación*, Bogotá, Taurus-Santillana, 2001.
- Quintanilla, Susana, "Nosotros". *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México, Tusquets, 2008.

- Reyes, Alfonso / Henríquez Ureña, Pedro, *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Roggiano, Alfredo, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Facultad de Filosofía y Letras, 1989.
- Weinberg, Gregorio, *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- *"Ilustración" y educación superior en Hispanoamérica. Siglo xviii*, Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, 1997.



## **II. Configuraciones emergentes**





### 3. PRENSA, PROPAGANDA Y DIPLOMACIA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA *The Mexican Review* (1916-1917)

Jaime Vélez Storey<sup>1</sup>

*Para Sonia*

#### *La dedicatoria de Fabela*

A mediados de 1995, mientras revisaba las colecciones fotográficas de varios acontecimientos y personajes de la vida diplomática de la Revolución Mexicana en el archivo histórico de la embajada de México en Washington, encontré una imagen que llamó mi atención. Era un retrato ecuestre de Isidro Fabela, el abogado y diplomático constitucionalista, vestido de traje formal pero ataviado con botas de montar y una gorra de visera estilo *London fog*, sobre un caballo de buena alzada y porte arabesco.

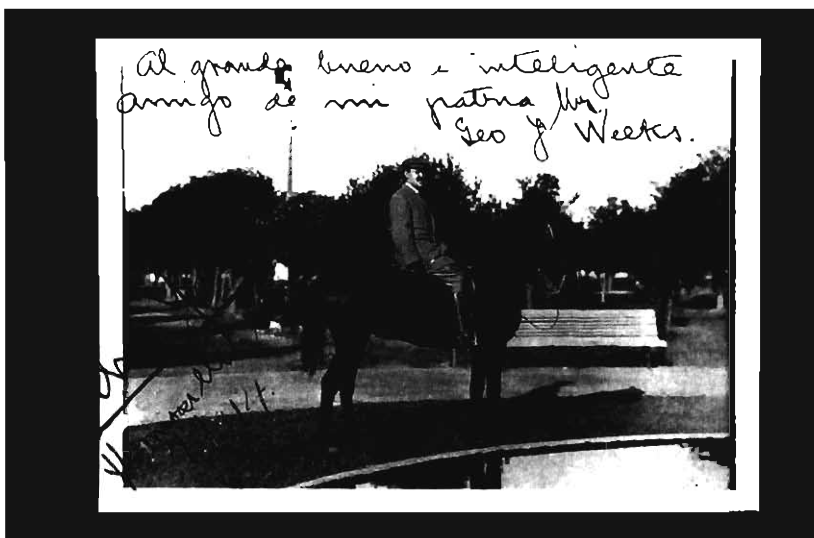
Fechaado a principios de 1914, en plena rebelión contra Victoriano Huerta, cuando Fabela contaba con 32 años de edad y era el oficial mayor encargado del despacho de Relaciones Exteriores en el primer gabinete de Venustiano Carranza, el retrato presentaba un detalle singular: en la parte superior de la imagen –una vista al aire libre con el adusto jinete posando de perfil al sol, los árboles de fondo y en primer plano la fuente de un parque de la ciudad de

---

<sup>1</sup> Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.

Hermosillo— se leía una dedicatoria manuscrita: “Al grande, bueno e inteligente amigo de mi patria Mr. Geo. F. Weeks”. En el ángulo inferior izquierdo, en diagonal hacia la imagen, se apreciaban la firma y la fecha: “Isidro Fabela, Hermosillo, Enero 7/1914” .

Fue aquella dedicatoria la que me llevó al descubrimiento de *The Mexican Review*. Porque más allá de la curiosa alegoría fotográfica, es decir, la típica imagen ecuestre de un abogado de la Revolución; más allá del diplomático en ciernes que deseaba proyectar una imagen napoleónica hacia el exterior, la dedicatoria de Fabela propició las interrogantes iniciales respecto a la identidad del personaje: ¿Quién era Geo. F. Weeks? ¿Por qué la pleitesía rendida a su persona? ¿Quién era aquel “amigo de mi patria... grande, bueno e inteligente”? ¿Llegó la fotografía a manos de Weeks?, etcétera.



Isidro Fabela en Hermosillo, Sonora, 1914.<sup>2</sup>

El curso de mi investigación reveló que George F. Weeks era un veterano del periodismo estadounidense de fines del siglo XIX, amigo

<sup>2</sup> Jaime Vélez Storey, coord., *De cara al mundo...*, p. 50.

personal de Venustiano Carranza en su pueblo de Cuatro Ciénegas, Coahuila; era el mismo Weeks que entre 1914 y 1915 formaría parte del Mexican Bureau of Information, del Pan-American News Service y del Mexican News Bureau, las agencias de la prensa constitucionalista en la Unión Americana, hasta que en octubre de 1916 –el año del ataque de Pancho Villa a Columbus, de la reelección de Woodrow Wilson y de la convocatoria al Congreso Constituyente que redactaría la Constitución de 1917– asumió el cargo de director fundador de *The Mexican Review*, el órgano de la propaganda carrancista en los Estados Unidos. En efecto, *The Mexican Review* fue una especie de escaparate periodístico dirigido a seducir tanto a la opinión pública estadounidense como, sobre todo, a los inversionistas de Wall Street, cuya existencia editorial se prolongaría hasta finales de 1921.

La fotografía de Isidro Fabela, por cierto, sí llegó a manos de Weeks, pero el *Gringo*, como le decían los “constitos”, no deseaba una foto con dedicatoria, sino la imagen “oficial” del canciller en ciernes para fines de divulgación y propaganda.

Las siguientes líneas contienen una descripción de las circunstancias políticas internas y el contexto de las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos en las que Carranza decidió publicar *The Mexican Review*, así como también de algunos temas incluidos en los primeros 12 números del *magazine*. Este artículo concluye con un breve comentario sobre la propaganda externa desarrollada por el movimiento constitucionalista durante la Revolución y la Primera Guerra Mundial.

### *La carta de Eliseo Arredondo*

Cuando el 19 de octubre de 1915 el secretario de Estado de los Estados Unidos, Robert Lansing, informó al entonces agente confidencial de Venustiano Carranza en Washington, Eliseo Arredondo, sobre la decisión del presidente Woodrow Wilson de otorgar el reconocimiento *de facto* al gobierno de la facción constitucionalista, los primeros que felicitaron al agente carrancista fueron Luis

D'Antín, Óscar Duplan, Luis A. Peredo y Ricardo L. Vázquez, consejeros de la embajada.

Eliseo Arredondo había asumido el cargo exactamente un año antes, en septiembre de 1914, en sustitución de Rafael Zubarán Capmany, y a él se atribuyó el mérito del reconocimiento. Al paso de los años, uno de aquellos colaboradores, convertido en escritor de biografías, épica histórica y ficción, al recordar el nombramiento y la misión diplomática de Arredondo en Washington, describió en un párrafo la percepción que se tenía en la embajada mexicana respecto de la formación de la opinión pública estadounidense, relacionada con el ejercicio periodístico con fines propagandísticos:

El pueblo americano gusta mucho de la lectura de la prensa y podría decirse que en ésta estriba su cultura, pues, por su gran capacidad y dedicación al trabajo físico, poco tiempo destina para estudios profundos. A excepción de la élite intelectual, formada por el profesorado de las grandes universidades, la mayoría de los ciudadanos de los Estados Unidos [...] tiene conocimientos adquiridos a través de periódicos y revistas, así es que, *la mejor propaganda periodística consigue los mejores resultados*, y lo mismo podemos decir de la gran mayoría de diputados y senadores.<sup>3</sup>

El comentario de Ricardo L. Vázquez resultaba perceptivo de la situación imperante porque a finales de 1915, en efecto, la lectura de los diarios entre la población de los Estados Unidos era un hábito de masas y una gran cantidad de periódicos locales y nacionales, casi siempre vinculados a determinados intereses económicos, ejercía su influencia en las tendencias sociales y políticas de la ciudadanía. Además, la crisis económica asociada a la guerra en Europa favorecía a su vez la formación de grandes monopolios periodísticos por medio de la fusión, la eliminación de competidores o la formación de cadenas editoriales, lo que significaba no sólo un control más acotado de los circuitos noticiosos e informativos, sino también de las influencias ideológicas que afectaban el conociemien-

---

<sup>3</sup> Ricardo L. Vázquez, *Eliseo Arredondo*, pp. 75-76. [Cursivas de J. V.]

to y la cultura política de los lectores. Por lo tanto, la competencia bélica y comercial convertía a la prensa en el medio de propaganda por excelencia.<sup>4</sup>

Con aquellas tendencias en los periódicos, para un dirigente como Carranza, en un país que resentía los efectos de una revolución nacional dividida en facciones, bajo el influjo de la Primera Guerra Mundial, impedir una posible intervención estadounidense resultaba prioritario respecto de su vehemente nacionalismo y sus ambiciones de hegemonía en el liderazgo revolucionario. Así, la propaganda externa resultó un componente fundamental de su estrategia diplomática frente al país del norte. Es decir, una estrategia concebida en función de sus dividendos políticos internos, relacionados con la eliminación de adversarios tan carismáticos como Pancho Villa. Además, la postura de Carranza respecto de la hostilidad de la prensa estadounidense en contra de su facción y su calidad de Primer Jefe se hizo evidente cuando los corresponsales extranjeros le pidieron su opinión sobre el reconocimiento de Wilson, a lo que respondió:

La noticia del reconocimiento pone coto a todos los esfuerzos hechos por nuestros enemigos para *provocar una intervención extranjera*. Continúan con sus intrigas y sus ataques en los *periódicos*, pero naturalmente el reconocimiento [al] Gobierno constitucionalista les quitará el fruto de sus esfuerzos.<sup>5</sup>

El de 1915 había sido un buen año para Carranza: fue el año de la ofensiva y el triunfo militar sobre sus adversarios –sobre Villa, derrotado por Obregón en el Bajío, entre abril y junio; sobre el gobierno de la Convención Revolucionaria y Emiliano Zapata, que iniciaron su repliegue–; fue el año de sus primeras reformas

<sup>4</sup> “Los años de 1910 a 1914 señalan el punto culminante del número de periódicos publicados en los Estados Unidos. El censo de 1910 señalaba la existencia de 2 600 diarios de todas clases, de los cuales 2 200 eran periódicos de circulación general en idioma inglés. Los periódicos semanales de circulación general llegaban aproximadamente a 14 000. [...] Entre 1914 y 1918 un total de 112 periódicos y 1 800 semanarios salieron de circulación por problemas económicos.” Edwin Emery, *El periodismo en los Estados Unidos*, pp. 508-516.

<sup>5</sup> Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, tomo II, p. 172. [Cursivas de J. V.]



Eliseo Arredondo con los asesores en la embajada en Washington. De pie, de izquierda a derecha, Ricardo L. Vázquez, Luis D' Antín, Óscar Duplan y el Dr. Peredo. Sentados, Luis Peredo, Eliseo Arredondo y José Ma. Arredondo. Fotografía de 1916. *The Mexican Review*, febrero, 1917.

políticas y legislativas (como la Ley del 6 de enero sobre reparto agrario); el de la recuperación de Veracruz, Tampico y el este de la frontera norte; el de la iniciativa diplomática para rehacerse de los principales consulados en los Estados Unidos, que culminaron precisamente con el reconocimiento de la Casa Blanca, etc.<sup>6</sup> Sin embargo, Carranza sabía que el reconocimiento era sólo un primer paso, un triunfo de sus agentes confidenciales en pro de la aquiescencia de Wilson, y la confirmación de que la propaganda externa había sido estratégica desde mediados de 1914, cuando tuvo lugar la ruptura con Pancho Villa. Una ruptura que significó el cisma de la Revolución Mexicana: convencionistas *versus* constitucionalistas.

En ese verano caliente, Eliseo Arredondo, entonces agente confidencial en El Paso, Texas, se destacó como el principal instigador de la propaganda carrancista en los Estados Unidos. De hecho, el 21 de junio de 1914, en una extensa carta en la que informó a Carranza lo que se rumoraba en la frontera sobre su diferendo con Villa, Arredondo le aseguró que en realidad el conflicto era parte de la traición premeditada de un grupo de villistas que, junto con

<sup>6</sup> Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana...*, pp. 145-197.

varios agentes gringos, se valían de la prensa para obtener el reconocimiento de Wilson. Por lo que advierte:

[...] Son los directores de ese infame proyecto: [Felipe] Ángeles, en primera línea, los González Garza (Roque especialmente), los Aguirre Benavides, los Farías (el ingeniero Andrés, en particular), [Félix A.] Somerfield [*sic* por Sommerfeld], *que está en Nueva York en la prensa trabajando a favor de Ángeles y del villismo*, Raúl, Emilio y otros de la familia Madero. Cástula Brito, Maytorena y los suyos con el Dr. Ramón Puente y Malvárez de corredores entre Chihuahua y Sonora. A propósito de Maytorena ya habrás visto en *El Correo del Bravo que se publica aquí y él sostiene*, donde se te injuria e insulta de una manera soez y repugnante.<sup>7</sup>

Además, Arredondo le asegura al Primer Jefe del constitucionalismo que los intrigantes en ambos lados de la línea divisoria alentaban el avance de Villa sobre la ciudad de México, la ocupación de la Presidencia de la República, el que éste desconociera la autoridad de Carranza y el darle un golpe de timón a la Revolución. De manera explícita subraya la complicidad de los "traidores" con Lázaro de la Garza —el *broker* de Villa en El Paso—, y de éste con varios agentes y traficantes vinculados al Departamento de Estado de los Estados Unidos:

[...] por conducto de Lázaro de la Garza (esto me consta personalmente), trabaja también, y activamente, ante el gobierno americano, especialmente ante [William Jennings] Bryan, el cónsul y agente especial Jorge C. Carothers, cuyos antecedentes de inmoralidad, los más repugnantes, conosco [*sic*] hace mucho tiempo. A este le paga, viste, equipa y da de comer, y aun lujos, Lázaro de la Garza. Últimamente le regaló un automóvil de dos o tres mil dólares. [...]

Se dice entre estos, aunque vagamente y sin concretar hechos, que cuentan con el apoyo del Secretario de Estado de los Estados

<sup>7</sup> Arredondo a Carranza, 21 de junio de 1914, Centro Cultural Isidro Fabela, Archivo Isidro Fabela (en lo sucesivo Archivo Fabela), Exp. RM/II.1-010, "Correspondencia de Eliseo Arredondo". [Cursivas de J. V.]

Unidos, Mr. Bryan. [Que Sherbourne G.] Hopkins está también en el proyecto y obra de acuerdo e inteligencia completa con Somerfield [*sic*].

Con la confianza que le otorgaba la familiaridad –Arredondo se dirigía a Carranza como *primo*–, aquél le confiesa a éste que los consejeros de Villa lo califican como “todo un dictador y un déspota que no oye ni consulta a nadie, más que a su capricho, y por eso retardas intencionalmente –agrega– la formación del gabinete”. Le advierte que los villistas acusaban a tres de sus consejeros, Jacinto B. Treviño, Alfredo Breceda e Isidro-Fabela, de ser los instigadores de la animadversión hacia Villa, de alentar el ambiente de desconfianza que reinaba en torno a la primera jefatura, de “faltos de juicio o criterio alguno, vacíos, bajos y aduladores torpes”.

Al describir la percepción que tenían los villistas sobre la personalidad de Carranza, Arredondo le dice con toda franqueza:

[dicen] que te falta tacto para tratar a las personas que se te acercan a hablarte de algún asunto lo mismo que para despachar los negocios referentes a la revolución, porque los quieres resolver siempre en forma demasiado oficiosa, y con la autoridad imperativa, sin considerar que las revoluciones se hacen con hombres ignorantes, y no con soldados instruidos y disciplinados, amoldados ya a los rigores de la ordenanza militar, y por último, *que debido a tu falta de diplomacia y de tino, no has aprovechado las facilidades y grandes ventajas que graciosamente han ofrecido los Estados Unidos.*

Así, en el escenario de una coyuntura en la que estaban en juego la autoridad del Primer Jefe, la unidad de la Revolución y el reconocimiento de los Estados Unidos a los rebeldes, cuando era evidente que la División del Norte avanzaría sobre la ciudad de México, Arredondo aconseja a Carranza que gestione una entrevista privada con Villa en un esfuerzo por evitar una ruptura que sólo favorecería una mayor injerencia de las potencias en el país, sobre todo de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, Arredondo ofrece ocuparse en tratar de nulificar a los “pícaros por todos los medios [...] *princi-*



*palmente por la prensa*"; de manera explícita le sugiere que no escatime en gastos de prensa, "pues aquí en Chihuahua [los villistas] han cometido tantos y tales abusos que nos proporcionan abundante y precioso material *para sostener largo tiempo un periódico*". Por último, califica al ejército de Villa como "ejército de horda, no de soldados", y conmina a Carranza a emprender una contraofensiva propagandística: "Esperamos nos informes y comuniqués tu política y resolución del proceder en el actual conflicto –concluye– para *trabajar en la prensa* y por cuanto medio sea posible".<sup>8</sup>

Esta carta de Eliseo Arredondo representa el antecedente inmediato de su nombramiento y transferencia como agente confidencial, apenas tres meses más tarde, en septiembre de 1914, a la ciudad de Washington, D. C., a donde llegaría con la misión expresa de socavar la fama de Villa –el "Napoleón mexicano"– y lograr el reconocimiento de la Casa Blanca para Carranza.



Residencia de la Embajada de México en Washington. *The Mexican Review*, agosto, 1917.

### *Los hombres del Jefe*

Entre 1913 y 1914, antes del nombramiento de Eliseo Arredondo, varios agentes con formación intelectual habían sido enviados a la Unión Americana como agentes confidenciales de Venustiano Carranza. Entre otros, hombres como Roberto V. Pesqueira, Rafael Zubarán Capmany, Alberto J. Pani, Modesto Rolland, Luis Cabrera, Juan F. Urquidi, Ignacio Bonillas y José Vasconcelos.

<sup>8</sup> Sobre el agente de Villa en El Paso y su relación con los estadounidenses, véase Friedrich Katz, *Pancho Villa*, tomo 1, p. 364.



Agentes carrancistas en Estados Unidos. De pie, de izquierda a derecha: Luis Peredo, secretario privado de Zubarán; Rafael Zubarán Capmany, agente especial; José Vasconcelos, agente especial. Sentados, Luis Cabrera, agente especial, y Juan F. Urquidi, secretario de la Agencia Confidencial en Washington, D. C. (El rostro de este último fue cubierto por motivos y en circunstancias desconocidos; así figura en el expediente).<sup>9</sup>

Estos agentes tenían a su cargo establecer agencias comerciales, confidenciales y de información; entre estas últimas, cabe señalar agencias de prensa como el Mexican Bureau of Information, el Pan-American News Service (PANS) y el Mexican News Bureau, ocupadas en procesar y difundir toda clase de panfletos, noticias y boletines informativos –como el *Mexican Letter*–; fundar, comprar y subsidiar periódicos y revistas –entre ellas la *Mexican Review of Reviews* y la *Pan American Review*–, en un despliegue permanente y sistemático de propaganda política externa dirigida a contrarrestar los ataques de la prensa norteamericana.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> J. Vélez Storey, *op. cit.*, p. 51.

<sup>10</sup> Michael Smith, "Carrancista Propaganda and the Print Media in the United States: An Overview of Institutions", pp. 160-162.

Con todo, fue a partir de 1915, cuando la lucha de facciones deviene en guerra civil, que el espionaje y la propaganda política interna e internacional se intensifican de manera significativa. Entonces, varios agentes extranjeros o de origen mixto fueron incorporados al espionaje constitucionalista en los Estados Unidos. Se trata de informantes confidenciales, periodistas, publicistas y *lobystas* que, al “comulgar” con el programa de Carranza, se incorporaron como agentes de propaganda para obtener algún beneficio económico. Entre esos personajes destacan Carlos di Fornaro, Daniel Dillon, Luis Bossero, Joseph Branyas, George L. Edmund, Timothy G. Turner y el mismo George F. Weeks. Su principal actividad consistía en proveer de información y noticias “frescas”, siempre sesgadas, a las agencias y periódicos norteamericanos, ya fuera a manera de notas o reseñas biográficas sobre los dirigentes político-militares del constitucionalismo, ya con informes estadísticos y comerciales sobre la recuperación de la economía mexicana, ya con circulares, decretos, proclamas y programas oficiales, o bien con fotografías y toda clase de datos optimistas respecto de los avances del constitucionalismo y el “venturoso” futuro de México bajo el gobierno de Carranza. Estas actividades incluían el subsidio a periódicos y periodistas vía los consulados bajo el control de los agentes referidos, sobre todo en ciudades como El Paso, San Antonio, Nueva Orleans, San Francisco, Washington, Nueva York y Los Angeles, entre otras importantes.<sup>11</sup>

Así, apenas a los dos meses del nombramiento de Eliseo Arredondo en Washington, en noviembre de 1914, uno de aquellos agentes, el amigo Weeks, quien también se encontraba en El Paso, le escribió a Carranza para decirle que acababa de lograr un inesperado “refuerzo” de sus contactos políticos y periodísticos en Washington y Nueva York, por lo que le ofrecía sus servicios como agente de publicidad y propaganda en el medio periodístico de la capital para aprovechar sus “amplios contactos entre los congresistas” y con un alto funcionario del gabinete de Wilson.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 155-174.

<sup>12</sup> Weeks a Carranza, 4 de noviembre de 1914, Archivo Histórico de la Secretaría de la De-

Carranza recibió la nota de Weeks en Puebla, camino a Orizaba, cuando se dirigía al puerto de Veracruz –despejado ya por los *marines*–, mientras la ciudad de México era ocupada por las fuerzas de la Convención. En principio, a Carranza le interesó la oferta, no sin antes convocar a Weeks a conferenciar con él. El 2 de diciembre de 1914, Weeks presentó a Carranza su primera sugerencia de propaganda externa: publicar un libro en inglés, dirigido a los lectores estadounidenses, que relatara de manera “imparcial y fidedigna” el origen, programa y avance triunfal del “patriótico” movimiento constitucionalista, para difundirlo “tan lejos como fuera posible en el mundo”.<sup>13</sup> La sugerencia, sin embargo, no recibió la aprobación de Carranza, quien ni estaba en condiciones de jactarse de nada ni se consideró capaz de ofrecer una versión imparcial y convincente sobre una revolución compleja y fragmentada; mucho menos una versión dirigida a convencer a un vecino arrogante e intervencionista. Además, a fines de 1914, con menos de dos años de revolución, lejos de cantar victoria, su estrategia geopolítica y militar apuntaba a la ofensiva que le permitiera recuperar la ciudad de México.

Ante las prioridades de Carranza, Weeks, de 62 años, afectado por la tuberculosis desde los 23 (secuela de su trabajo en los talleres tipográficos de Nueva York durante el decenio de 1870), al resentir la humedad del puerto de Veracruz abordó el primer vapor rumbo a Galveston, Texas, en donde estableció una red consular de acopio y distribución de noticias que incluía a San Antonio y El Paso. Con la fachada del Pan-American News Service, desde Galveston enviaba a Veracruz los principales periódicos de los Estados Unidos y otros países a la vez que agilizaba la comunicación entre los dos puertos y Washington, vía la frontera. Estas actividades resultaron de gran utilidad durante la primera mitad de 1915, hasta que en el verano, con el panorama nacional a su favor, Carranza lo llamó a su lado para nombrarlo su corresponsal de cabecera ante la prensa

---

fensa Nacional, Exp. xi /481. 5/96, f. 1202.

<sup>13</sup> Weeks a Carranza, 2 de diciembre de 1914, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, Archivo del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Exp. 2176.

norteamericana. La nueva tarea de Weeks consistía en redactar en inglés los despachos orientados a desmentir los informes amarillistas que sobre la Revolución y la situación social, económica y política de México se publicaban en los Estados Unidos. Casi todos estos informes eran enviados por los corresponsales acreditados en el país. Los escritos de Weeks desmentían especialmente los despachos “falsos” o “tendenciosos”, los chismes, rumores e incluso las verdades incómodas relacionadas con la figura de Carranza. Además, Weeks ayudaba a traducir al inglés las proclamas y decretos emitidos por el gobierno constitucionalista. De hecho, Weeks se coordinaba en el puerto con la Oficina Central de Información y Propaganda Revolucionaria de la Secretaría de Gobernación, que aglutinaba las actividades de la Confederación de Jóvenes Revolucionarios, del Sindicato de Obreros de las Artes Gráficas, la Casa del Obrero Mundial, la Confederación Revolucionaria y el Comité Femenil de Propaganda, a cargo de organizar conferencias, imprimir boletines y editar periódicos.<sup>14</sup>

Pero, ¿quién era George F. Weeks, apodado en los círculos carrancistas como el *Gringo*? Era un veterano periodista estadounidense, nacido en Whaterley, Massachusetts, en 1852, criado en Nueva York con el oficio de tipógrafo, de donde en 1876, por razones de salud, emigró a San Francisco, California, para incorporarse al *San Francisco Chronicle* y luego como editor del semanario *Chronicle's Sunday Magazine*. Nuestro personaje combinó estas actividades con algunas colaboraciones en periódicos de la costa atlántica como el *New York World*, hasta que en 1890 logró publicar el *Bakersfield Daily Californian*, y poco después el *Alameda Daily Encinal*. Esta actividad se interrumpió cuando en 1906, abatido por la muerte de su hijo, decidió viajar al norte de Coahuila para incorporarse a una compañía constructora de puentes ferroviarios, y poco después a la Continental Mexican Rubber Company, que procesaba caucho del guayule, la abundante cactácea de los alrededores de Cuatro Ciénegas. En el pueblo de Carranza, el *Gringo* fue sorprendido por el movimiento maderista y luego por la rebelión contra Victoriano

<sup>14</sup> Berta Ulloa, *Veraacruz, capital de la nación, 1914-1915*, p. 57.

Huerta, por lo que se reincorporó al periodismo como reportero del *New York Herald*, de afamados y audaces corresponsales.<sup>15</sup>

En septiembre de 1913, cuando la situación de Carranza en Coahuila resultó insostenible, Weeks lo acompañó a Sonora a través de la Sierra Madre Occidental, convirtiéndose así en el único periodista extranjero en la comitiva. Una vez en Hermosillo, al recibir las advertencias del secretario de Estado William J. Bryan mediante las cuales, bajo amenazas de intervención, éste exigió garantías a la integridad física y las propiedades de los ciudadanos estadounidenses en México, Carranza envió a Weeks a Nogales, Arizona, como su corresponsal ante la prensa norteamericana. A partir de entonces, Weeks se integraría a las actividades de las agencias de prensa constitucionalistas en los Estados Unidos. En consecuencia, en el transcurso de los siguientes tres años, entre 1914 y 1916, después de desempeñar actividades en Nogales, El Paso, Galveston, Veracruz, la ciudad de México, Washington y Nueva York, Weeks se convirtió en uno de los hombres más cercanos a Carranza.

Como se sabe, el Primer Jefe mantuvo su gobierno en Veracruz hasta finales de 1915, y después de una gira por el norte y el occidente del país regresó a la ciudad de México en abril de 1916, al mes siguiente del ataque de Villa a Columbus. Fue entonces que Weeks decidió sacar el as bajo la manga, ya que el “amigo y alto funcionario en el gabinete de Wilson” que le había mencionado a Carranza era nada menos que Franklin K. Lane, secretario



George F. Weeks

<sup>15</sup> Los datos sobre Weeks en Michael Smith, “Gringo Propagandianist: George F. Weeks and the Mexican Revolution”, pp. 2-11.

del Interior, su viejo colega en el periodismo de California. A partir de entonces, pero sobre todo cuando el gobierno de Wilson decidió declararse en guerra contra Alemania, Weeks se convirtió en agente doble, pues formó parte del Comité de Información Pública de los Estados Unidos, la unidad a cargo del espionaje y la propaganda durante la Primera Guerra Mundial.<sup>16</sup>

### *“Iluminar al pueblo americano”*

En el verano de 1916, seis meses después de que el 9 de marzo las fuerzas residuales de Pancho Villa cruzaran la frontera norte para atacar el pueblo de Columbus, Nuevo México –ataque que dio lugar a la expedición punitiva del ejército de los Estados Unidos en Chihuahua–, Carranza decidió emprender su más ambiciosa campaña de propaganda externa dirigida al corazón mismo de la Unión Americana, la ciudad de Washington, D. C. Se trataba de una especie de cruzada informativa cuya misión consistiría en “iluminar” a la opinión pública estadounidense respecto de los ideales, los alcances programáticos y las reformas económicas, sociales y políticas que inspiraban al movimiento constitucionalista.

El ariete de aquella empresa sería la publicación de la revista titulada *The Mexican Review*, concebida para asegurar la incidencia informativa de la facción carrancista en las noticias que sobre la Revolución y el movimiento constitucionalista se publicaban en la prensa norteamericana. Esta publicación también fue concebida como un escaparate para promover los atractivos recursos naturales y las “benéficas oportunidades” de inversión que México ofrecía al capital norteamericano. Estos objetivos se dieron a conocer desde su primer número, el de octubre de 1916, cuyo frontispicio anunció la misión editorial y el espíritu amigable que dictaría el contenido de sus páginas: *A Journal Devoted to the Enlightenment of the American People*

---

<sup>16</sup> Dos referencias a Weeks sobre estas actividades en George Creel, *How We Advertised America*, p. 311; y en James R. Mock y Cedric Larson, *Words That Won the War...*, pp. 329-330.

*in Respect to the Hopes, Ambitions, Beneficent Intentions and Accomplishments of the Constitutionalist Government of the Republic of Mexico.*<sup>17</sup>

Por decisión de Carranza, la dirección de la revista quedó en manos de su amigo George F. Weeks, cuya primera tarea consistió en reorganizar las oficinas de la llamada Agencia Constitucionalista de Información y del Mexican News Bureau en Washington; oficinas que, a partir de la segunda mitad de 1916, sirvieron de sede y fachada para *The Mexican Review*: un *magazine* mensual, con un moderno formato tabloide, en inglés, dirigido principalmente a funcionarios, políticos y congresistas; a los líderes de opinión, intelectuales y académicos; a corresponsales, agencias de prensa, periódicos y periodistas establecidos en Washington; a banqueros, empresarios, comerciantes y todo potencial inversionista; a las principales bibliotecas y universidades del país; a los sindicatos, iglesias, asociaciones pacifistas; a las colonias de inmigrantes mexicanos; hasta los lectores de a pie.

Entre 1914 y 1916, cuando el panorama de revolución y guerra civil se había tornado políticamente confuso por la maraña del espionaje internacional y la intervención estadounidense, el enfrentamiento entre facciones militares, regionales y personales, cada una con sus propias campañas de propaganda y desprestigio mutuo; entre 1914 y 1916, repetimos, en cuanto la balanza se inclinó a su favor, Carranza reforzó el frente norteamericano en Washington y Wall Street. En consecuencia, si bien desde el inicio de la campaña contra Victoriano Huerta el Primer Jefe del constitucionalismo había otorgado prioridad a la creación de sus propias agencias de noticias en los Estados Unidos, la decisión de publicar *The Mexican Review* fue parte de un esfuerzo consciente, dirigido y sistemático, orientado a seducir a la opinión pública estadounidense.

Además, si en el contexto y la coyuntura política que animaron a Carranza a publicar su revista fueron determinantes el reconocimiento de la Casa Blanca y el ataque de Villa a Columbus, otro factor que gravitó sobre la iniciativa fue la reñida contienda presi-

---

<sup>17</sup> "Una publicación consagrada a iluminar al pueblo americano respecto a las esperanzas, ambiciones, intenciones benéficas y realizaciones del gobierno constitucionalista de la República de México." *The Mexican Review*, octubre de 1916. [Traducción de J. V.]



dencial de 1916 en los Estados Unidos. En este sentido, a mediados de septiembre, por ejemplo, Weeks le informó a Carranza desde Washington sobre la derrota de Woodrow Wilson en el estado de Maine, antiguo bastión demócrata, como presagio de la posible victoria del republicano Charles Evans Hughes (quien ganó en Nueva York, Nueva Jersey e Indiana), y le advirtió que la derrota de Wilson significaría “un cambio de política después del 4 de marzo” de 1917. Por lo tanto, Weeks sugirió activar la integración del Congreso Constituyente y las elecciones presidenciales, así como su presencia ante la prensa de los Estados Unidos, e incluso establecer contactos secretos con Hughes.<sup>18</sup> A este panorama se agregaba la inminente participación de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, la gran oportunidad para seducir a los capitalistas norteamericanos. En ese contexto, Carranza concibió una revista-escaparate que le permitiera promover sus aspiraciones presidenciales y la imagen de un gobierno nacional fuerte y centralizado, así como las elecciones internas, su candidatura presidencial en 1917 y, de este modo, legitimar sus aspiraciones autocráticas.

### **The Mexican Review, 1916-1917**

La publicación de *The Mexican Review* tuvo una secuencia mensual casi ininterrumpida desde octubre de 1916 hasta diciembre de 1921, excepto por dos interrupciones: la primera entre noviembre de 1918 y marzo de 1919, cuando al finalizar la Primera Guerra Mundial sus oficinas se trasladaron nominalmente a la ciudad de México; la segunda entre mayo y agosto de 1920, los cuatro meses que siguieron al derrocamiento y asesinato de Venustiano Carranza por el movimiento de Agua Prieta.

El primer ejemplar apareció con las fotografías de Carranza y Woodrow Wilson en portada, y el artículo principal dedicado a las reuniones de la Comisión Mexicana-Americana que negociaba la salida de la expedición punitiva del norte de México.

---

<sup>18</sup> Weeks a Carranza, 15 de septiembre de 1916, Archivo Isidro Fabela, Exp. RM/II.4-004.

El ejemplar incluía un extenso catálogo sobre los compromisos políticos y sociales del constitucionalismo, “el camino hacia la redención de México” –decía– integrado con los siguientes objetivos:

- 1) reforma agraria y restitución a las comunidades ilegalmente despojadas;
- 2) equitativa ley de impuestos;
- 3) mejoras a las condiciones de la clase trabajadora;
- 4) libertad municipal;
- 5) reorganización del ejército;
- 6) leyes electorales equitativas;
- 7) leyes relativas al matrimonio y al divorcio; a este último respecto, modernización del consentimiento mutuo;
- 8) fortalecimiento de las Leyes de Reforma;
- 9) revisión de los códigos civiles, penales y comerciales;
- 10) enmienda de los procedimientos judiciales que aseguren el discernimiento expedito de los casos;
- 11) revisión de las leyes de aguas, bosques, minas, petróleo, etcétera, para prevenir los casos de monopolios;
- 12) leyes para la verdadera aplicación de la Constitución y la salvaguarda de los derechos de todos con el fin de asegurar la igualdad ante la ley;
- 13) garantías de libertad religiosa;
- 14) garantías a la vida y la propiedad de los extranjeros y pago de indemnizaciones justas;
- 15) amnistía para todos a su debido tiempo;
- 16) no confiscación de propiedades;
- 17) resguardo de los legítimos derechos de propiedad;
- 18) eliminación de privilegios especiales; todos deberán pagar impuestos en igualdad de condiciones; y
- 19) educación para todos.

A este ideario político se agregaban comentarios sobre la regulación de privilegios a ciudadanos extranjeros, el trabajo infantil, la venta de opio, etc. Entre aquellas buenas intenciones, sin embargo, una nota anunciaba la “búsqueda” de mercados para el petróleo mexicano, el

qual contaba con un supuesto potencial de productividad calculado en un millón de barriles diarios, de los que únicamente se vendía el seis por ciento. Anuncios como éste serían el distintivo de la revista.

A partir de diciembre de 1916, el mes correspondiente al tercer número, y hasta marzo de 1917, cuando *The Mexican Review* cumplió medio año de existencia, una vez promulgada la Constitución, sus páginas se dedicaron a promover temas como los derechos "inherentes" de Venustiano Carranza a la candidatura presidencial, avalados desde luego por los generales Álvaro Obregón, Benjamín Hill, Pablo González y Eduardo Hay. Otros cables o artículos se ocuparon de la reelección de Woodrow Wilson a finales de 1916, que incluía la reseña de una entrevista concedida al *Everybody's Magazine*, "amistosa y comprensiva" hacia México.

Asimismo, se destacaron los éxitos del Congreso Constituyente de Querétaro y se editó un suplemento especial sobre las reformas constitucionales sugeridas por Carranza, junto con un extenso artículo sobre el "progresista" estado de Coahuila, gobernado por Gustavo Espinosa Mireles, ex secretario particular del Primer Jefe, un texto sobre la reapertura de las iglesias y la libertad religiosa en México y

una semblanza del "patriótico" secretario de Relaciones Exteriores, general Cándido Aguilar, yerno de Carranza.

La fase inicial de esta publicación comprende seis números coronados con el ejemplar de marzo de 1917, dedicado totalmente a la versión en inglés de la nueva Constitución, traducida para *The Mexican Review* por H. N. Branco, con un lema en portada dirigido a los lectores estadounidenses: *Equal Rights for All! Special Privileges for None!*



Portada del primer ejemplar de *The Mexican Review*, octubre de 1916.

## Escarceos por la Constitución

El año de 1917 había comenzado con algunos de los más importantes logros políticos y diplomáticos de Venustiano Carranza, todos ocurridos entre enero y marzo: la salida de la expedición punitiva del territorio nacional; la decisión de Wilson de nombrar a Henry P. Fletcher como su embajador en México; la promulgación de la Constitución en febrero y, con ésta, la legitimación del Primer Jefe como presidente de la República. Sin embargo, paradójicamente, sería la Constitución nacionalista el principal obstáculo para la normalización de las relaciones con Washington.

En el mes de abril, *The Mexican Review* de nuevo ilustró su portada con dos fotografías centrales de Carranza y Wilson, enmarcados entre viñetas y los retratos de los agentes mexicanos que habían representado al Primer Jefe en Washington: Roberto V. Pesqueira, Rafael Zubarán y Juan N. Amador, agentes confidenciales; Eliseo Arredondo, embajador no oficial entre noviembre de 1914 y febrero de 1916; Ramón P. de Negri, encargado de negocios desde diciembre de 1916;

Cándido Aguilar, secretario de Relaciones Exteriores y, en medio de los dos presidentes, la imagen del nuevo embajador de México en Washington, Ignacio Bonillas. Éstos eran los personajes a quienes se atribuía el mérito de haber logrado el reconocimiento de la facción constitucionalista; reconocimiento al que subyacen los pragmáticos intereses económicos y políticos estimulados por el conflicto bélico mundial.



La Justicia sin venda en los ojos, marzo de 1917.



El nuevo embajador de los Estados Unidos, Henry P. Fletcher, al centro y con bastón, llega a la ciudad de México en febrero de 1917.<sup>19</sup>

En las páginas iniciales se despliega el beneplácito por la llegada a México del embajador Fletcher, descrito en interiores como “una eminencia para hacer y estrechar amistades”, en alusión a que su llegada presagiaba el anhelado reconocimiento *de jure*, mismo que se aplazó hasta septiembre porque Fletcher impuso condiciones. De hecho, al ser recibido por Cándido Aguilar, pues Carranza se encontraba en Guadalajara, Fletcher decidió viajar personalmente a la capital de Jalisco para entrevistarse con el Primer Jefe y explicarle su misión inmediata respecto de la postura de México ante Alemania y el telegrama Zimmermann.

Por su parte, la sección editorial respondía a los “diversos lectores” que habían preguntado por qué la imagen de la Justicia representada en la portada de marzo no tenía el acostumbrado vendaje en los ojos. A lo que los editores, en un alarde de retórica, explicaron que la respuesta era muy simple:

<sup>19</sup> J. Vélez Storey, *op. cit.*, p. 62

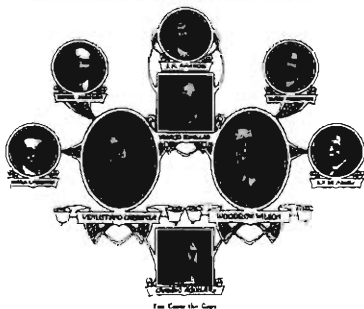
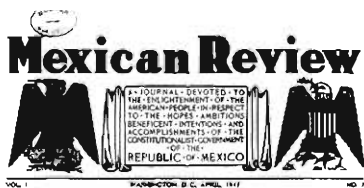
[...] porque una diosa que supuestamente sostiene la escala de la igualdad sin observar cuando aquélla cae en manos de quienes favorecen la opresión de los hombres y atentan contra los derechos de los pueblos, en lo que concierne a México, es cosa del pasado. Ahora tiene los ojos abiertos y rehúsa estar a ciegas.<sup>20</sup>

En otros artículos se anuncia la participación de la mujer en la Cámara de Diputados, la aplicación de nuevos decretos a los bancos, la interpretación del artículo 33 constitucional sobre la expulsión de “extranjeros perniciosos” (más avanzado que el correspondiente en la Constitución de 1857), un desmentido a la supuesta “nacionalización” de los recursos minerales, los hallazgos arqueológicos en el Valle de México, las cifras sobre el intercambio mercantil, etc., todo para proyectar la imagen de México como la de un país que vivía en la “normalidad”. Sin embargo, entre las últimas notas informativas la revista deslizó una artimaña que insinuaba un escenario nacional mucho más complejo: “en Puebla –dice la nota– se rumora que Manuel Palafox y Antonio Díaz Soto y

Gama habían sido ejecutados por órdenes de Zapata”.

### *La exigencia de Fletcher*

En mayo de 1917, la portada de *The Mexican Review* publicaba un retrato a lápiz del nuevo embajador de Carranza en Washington, Ignacio Bonillas, cortesía del *Christian Science Monitor*, y en interiores la reseña de su presentación de cartas credenciales en la Casa Blanca. En abril se habían normalizado las rela-



Portada de *The Mexican Review*, abril de 1917.

<sup>20</sup> *The Mexican Review*, abril de 1917, p. 8.

ciones diplomáticas y el recibimiento anunciaba la "remoción de malos entendidos y el restablecimiento de efectivas y recíprocas condiciones de amistad". La nota reproduce el discurso de bienvenida de Wilson, quien insiste en exigir garantías de protección a los ciudadanos y propiedades estadounidenses, la misma e imparcial administración de justicia aplicada a mexicanos y ciudadanos de otros países: "Los Estados Unidos no pide más y no puede, por supuesto, aceptar menos", dijo Wilson.

A lo anterior se agregan los datos biográficos de Ignacio Bonillas, entre los que se destacan su origen sonorenses y su calidad de ingeniero en minas egresado del Massachusetts Institute of Technology (MIT), generación 1884, pero sin ninguna alusión a su cercanía "profesional" con los intereses mineros del suroeste de los Estados Unidos y el norte de México. Por coincidencia, el reportaje central del número se dedicó al estado de San Luis Potosí para enfatizar que "desde la Revolución" el progreso había llegado a una de las entidades líderes en la minería nacional. El reportaje fue ilustrado con fotografías del Instituto Científico y Literario, la "Escuela Modelo", la Oficina de Telégrafos y el Teatro "La Paz", símbolos del progreso en la capital potosina.

Con todo, el texto más significativo en cuanto a las relaciones con los Estados Unidos era un artículo sin firma titulado "Mexico and Germany. Unfounded character of the many damaging allegations in circulation", en el que se intenta definir la postura del gobierno carrancista respecto del telegrama Zimmermann, dado a conocer en marzo. Nos referimos al telegrama con el que, a mediados de enero, el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, Arthur



Portada de *The Mexican Review*, mayo de 1917.

Zimmermann, intentaría involucrar a Carranza en una alianza militar contra los Estados Unidos, con el incentivo de que México podría recuperar Texas, Nuevo México y Arizona. Como el telegrama fue interceptado por los servicios de espionaje británicos y estadounidenses, y se dio a conocer en marzo de 1917 para exigir un pronunciamiento del gobierno mexicano, la tarea prioritaria de Fletcher consistió en obtener aquella declaración. Fue por ello que al no encontrar a Carranza en la ciudad de México se trasladó a Guadalajara para solicitar una declaración “que no dejara lugar a dudas” respecto de su posición ante la inminente confrontación entre Alemania y los Estados Unidos. Carranza respondió que no había recibido telegrama alguno, por lo que simplemente permanecería neutral.<sup>21</sup>

A este respecto, la nota de *The Mexican Review* replicó que desde hacía varios meses había sido notoria una tenaz y persistente tendencia, en cierta parte de la prensa estadounidense, orientada a involucrar a México en un conflicto con los Estados Unidos bajo el pretexto de una supuesta alianza entre Alemania y el gobierno constitucionalista, y que el centro de dicha actividad era la ciudad de El Paso, Texas, en donde, “en descrédito a la inteligencia de sus habitantes y al origen de la ciudad misma”, a diario se difundía que miles y miles de alemanes estaban cruzando la frontera hacia México. La revista asentaba que estos hechos habían provocado que la relación entre los dos países llegara a los límites críticos de la hostilidad. El editorial informaba también que sólo un máximo de 150 o 170 ciudadanos alemanes había cruzado la línea divisoria, que en Tampico vivían apenas 30 nuevos ciudadanos de origen germano, y que el secretario de Guerra y Marina, general Álvaro Obregón, había prohibido estrictamente la incorporación de reclutas extranjeros en el ejército nacional. Entre otros datos, la publicación periódica citaba las declaraciones de un “alto funcionario” mexicano, sin mencionar ni su nombre ni su cargo, que supuestamente había declarado estas frases:

---

<sup>21</sup> Mark T. Gilderhus, *Diplomacia y revolución...*, 1993, pp. 108-111.



¿Cómo puede el pueblo de los Estados Unidos pensar por un momento que México sería tan tonto? ¿No entienden que nosotros creemos plenamente que sería un suicidio nacional el aliarnos con cualquier nación de otro continente en contra de los Estados Unidos? México sabe que el único camino a seguir, por todos los países latinoamericanos, es el de la amistad con los Estados Unidos, y el de la franca oposición, siempre que sea necesario, contra las agresiones de cualquier nación extranjera, sea cual sea.<sup>22</sup>

Pero en los Estados Unidos no creían que Carranza fuera un tonto, sino que se pasaba de listo, o de ambiguo, pues declararse neutral, en aquel momento, era muy poco amigable a los ojos del Departamento de Estado.

### *Carranza presidente constitucional*

En junio de 1917 la revista exalta a Venustiano Carranza como presidente de la República. En la fotografía de portada aparece Carranza con la banda presidencial y en compañía de su gabinete, flanqueado a su derecha por Álvaro Obregón y, a su izquierda, por Luis Cabrera, con el siguiente pie de foto: "President Carranza and his official family".

El artículo inicial de este número, sin firma pero con el estilo de Weeks, se refiere a la fiesta del primero de mayo de 1917, fecha de la elevación de Carranza a la presidencia constitucional, como "el día más notable en toda la historia de la República de México", como la hora de la restauración de un gobierno legítimo desde que cuatro años antes Victoriano Huerta derrocara a Madero, como "el día en que el movimiento constitucionalista se erigía –dice– entre los más avanzados de la humanidad pues la nueva Constitución no sólo era un gran paso para México, sino para la raza humana"; en suma, como la culminación de los años de guerra y la inauguración de una "era de paz permanente y creciente prosperidad [...] aseguradas por el liderazgo del ahora presidente Carranza".

---

<sup>22</sup> *The Mexican Review*, mayo de 1917, p. 7. [traducción de J. V.]

El artículo describe el fastuoso desfile militar que antecedió a la toma de posesión de Carranza, iniciado con veintiún cañonazos y el repicar de las campanas de las iglesias aledañas al Zócalo, y los edificios públicos adornados con banderas mientras cientos de escolares acompañaban a la tropa al paso de revista frente al balcón central de Palacio Nacional, ocupado por Carranza, su gabinete y el cuerpo diplomático acreditado en México. Así fue el preámbulo a la ceremonia de toma de posesión en la Cámara de Diputados, luego de la cual cientos de palomas fueron lanzadas al vuelo.

Acompaña a esta nota una columna en la que se reproduce un comunicado de prensa del embajador Fletcher, en el que éste ratifica que las relaciones entre México y los Estados Unidos son cada vez más cordiales, pese a los malos entendidos provocados por sus enemigos. "Yo no espero ninguna dificultad entre el gobierno de los Estados Unidos y México por la entrada de mi país a la gran guerra",



Venustiano Carranza como presidente de México, *The Mexican Review*, julio de 1917.

expresa Fletcher, al tiempo que se dice "satisfecho" por la declaración de neutralidad de Carranza, lo que considera una muestra de soberanía y dignidad del pueblo de México. Aclara que no habrá presión alguna de su gobierno para que México o algún otro país ingresen a la guerra del lado de los Estados Unidos, y se refiere a la cercanía y el entendimiento mutuo: "La geografía nos hizo vecinos; los propósitos comunes, las aspiraciones y sentimientos comunes deberán hacernos amigos", declaró Fletcher, quien concluye su despacho periodístico deseando toda clase de parabienes al gobierno constitucionalista.

El efecto mutuamente benéfico de la nueva relación entre Carranza y el gobierno de Wilson se descubre unas páginas más adelante, pues en un artículo titulado "Foreigners in Mexico", la revista anuncia que el Departamento de Fomento, a cargo de Pastor Rouaix, había dado a conocer las bases para que los extranjeros pudieran adquirir minas, petróleo, bosques privilegiados y tierras en general. A cambio, en la página siguiente, otro artículo bajo el encabezado "Will end international plots", anunciaba que en lo sucesivo el gobierno de los Estados Unidos castigaría a quienes conspiraran en contra de México desde su territorio. Esta medida incluía a los agentes extranjeros acreditados, a conspiradores, espías, juntas, expedicionarios (filibusteros que planeaban atacar a naciones amigas) y, por supuesto, a los contrarrevolucionarios o anticarrancistas mexicanos establecidos en aquel país. En particular se menciona que las maniobras de los científicos y otros exiliados en ciudades como Nueva York, San Antonio, El Paso y otras no eran ningún secreto para nadie.

### *Un escaparate para el petróleo*

En julio de 1917, la revista se inició con un texto en el que Carranza, presidente de la República, refutaba las declaraciones del Senador y ex secretario de Estado Philander C. Knox, de Pennsylvania, publicadas en el *Dispatch* de Filadelfia el 2 de mayo de 1917. Estas



Así se anunció el recibimiento del embajador Fletcher en abril de 1917.

aseveraciones afirmaban que Carranza había mentido al congreso mexicano el 15 de abril de 1917 respecto de su desconocimiento del usurpador Victoriano Huerta. En su entrega, Knox refería que Carranza sí estuvo dispuesto a reconocer a Huerta y ofrecía como prueba un telegrama que el cónsul estadounidense en Saltillo, de apellido Holland, había enviado el día 21 de febrero de 1913 al Departamento de Estado para informar que el gobernador del estado, Venustiano Carranza, había expresado oficialmente su conformidad con el gobierno golpista. *The Mexican Review* reprodujo el artículo de Knox en Pennsylvania, junto con una nota que envió a Robert Lansing, secretario de Estado, el 18 de abril de 1917, y la respuesta de Carranza, quien afirmaba que no había prueba alguna de su declaración y aseguraba que el telegrama de Holland había sido una “artimaña” para que los Estados Unidos reconocieran al gobierno usurpador.

El ejemplar incluye tres artículos dedicados al tema del petróleo mexicano, en los que se aclaran los “malos entendidos” sobre los impuestos aplicados a su explotación y exportación y se explican los verdaderos alcances y fundamentos de las nuevas leyes en la materia, en un intento por convencer a los lectores de que los nuevos gravámenes no resultaban “onerosos” para los inversionistas.

En una breve nota editorial se insinuaba que el general Emiliano Zapata había entrado en pláticas para rendirse y abandonar su oposición al gobierno, pues carecía ya de “causa” alguna: una burda “artimaña” para vender una imagen de “estabilidad”. Otro artículo explicaba y justificaba mediante un derroche de principios universales por qué la política de estricta neutralidad de Carranza frente a la guerra en Europa era “la más lógica y apropiada a seguir”.

En agosto, *The Mexican Review* reprodujo un informe de Carranza titulado “El costo de la Revolución” con el propósito de dar a conocer el estado de las finanzas de su gobierno al “concluir” la lucha armada –contra Huerta y Villa–, y explicar por qué, desde su levantamiento en Coahuila en 1913 hasta el final del gobierno provisional en Veracruz, había ordenado la emisión de un total de 670 millones de pesos en papel moneda, en buena parte destinados al ejército constitucionalista. En este informe, Carranza admite que su

administración arrastraba un déficit de 60 millones anuales, lo que explica quizá el interés en promover el petróleo, a la vez que ofrecer un "corte de caja" de una revolución que se daba por terminada.

El informe de Carranza se publicó junto al artículo "The Building of a New Mexico", firmado por Junius B. Wood, corresponsal del *Chicago Daily News*, en cuyas páginas este periodista vislumbraba la "edificación de un nuevo México" en virtud del colapso definitivo de las "viejas formas de dominación", las dictatoriales. Sin embargo, el reportaje central del número, dedicado al Territorio Norte de la Baja California, elogiaba la administración del coronel Esteban Cantú, ratificado por Carranza después de siete años de gobernar al más viejo estilo autocrático.

Al cumplir su primer año en septiembre de 1917, la revista dedicó su portada a las señoritas Matilde Medina y Clementina Maurel, de Jalisco y la ciudad de México, ganadoras de un certamen de belleza, y de nuevo encabezó su contenido con un texto en el que Rafael Nieto, subsecretario de Hacienda, explicaba por qué el nuevo sistema de tasación de impuestos al petróleo no era gravoso para los capitalistas; por su parte, el reportaje principal, "Along the Mexican Border", también firmado por Junius B. Wood, trataba de exponer, "con hechos sencillos", el método seguido en torno a la solución de los problemas entre las dos naciones casi siempre provocados por los bandidos que asolaban la región de Brownsville-Matamoros. En su reportaje, Wood escribía que la idea de que la muerte de uno o varios mexicanos en la frontera significaba el sacrificio necesario para "hacer que la historia se echara a andar" al provocarse una guerra fronteriza era frecuentemente asumida con suspicacia. Al referir que los mexicanos estaban siendo aterrozados en Texas con el pretexto de los bandidos, al grado de que muchas familias abandonaban sus ranchos para emigrar al lado mexicano, Wood afirmaba que "existían planes del gobierno estadounidense para abatir los problemas interétnicos de la región".

Pero, ¿qué no dicen los contenidos de *The Mexican Review* durante su primer año respecto de la intención de la propaganda carrancista en los Estados Unidos?

## Conclusiones

Desde que se inició su publicación, en octubre de 1916, el prefacio de la revista anunció una sola política hacia los Estados Unidos: la *buena vecindad*.

La ausencia de buena vecindad es mucho más responsable que las diferencias de razas, credos o idiomas, del desarrollo del espíritu de guerra y desacuerdo que ha caracterizado las relaciones México–Americanas en los recientes años.

[...] *The Mexican Review* no tendrá fines políticos ni sectarios. Las relaciones entre México y los Estados Unidos tienen su base en la geografía física, y la geografía física no es una ciencia de partidos.

Aquella fue la divisa editorial de la política de *next-door neighbor*. Los valores contenidos en las páginas de la revista en el contexto de una coyuntura política de crisis nacional revolucionaria, con un poderoso vecino involucrado en la Primera Guerra Mundial y con la frontera bajo la influencia de dos guerras, coincidían con la propaganda externa de Carranza sustentada en mensajes que indujeran el “respeto mutuo”. Por este motivo, el gobierno de Carranza difundió mensajes de tiempos de paz y de tiempos de guerra, orientados a justificar los fines, juicios, conductas y argumentos que otorgaban legitimidad y reconocimiento a su facción. Es decir, lo mismo intentó difundir valores diplomáticos políticamente *deseables*, como el reconocimiento, el respeto a la soberanía y seguridad fronteriza, la neutralidad y buena vecindad, etc., que aquellos que condujeran a garantizar su propia legitimidad como facción y contendiente de una guerra interna. La efectividad de su mensaje dependería no sólo de la reubicación misma de los valores que intentaba inducir, sino de *la cantidad y calidad de los medios y recursos utilizados* para tal efecto.

La estrategia informativa y propagandística de Venustiano Carranza suponía que el vecino del norte era el socio potencial de un apoyo económico y militar necesario, a la vez que un enemigo de consecuencias críticas para los intereses de México. Además, el te-

rritorio de los Estados Unidos era el lugar de trabajo y de refugio de decenas de miles de inmigrantes mexicanos cuya opinión colectiva oscilaba entre actitudes amistosas, opositoras y neutrales, campo fértil para la proyección de valores simbólico-nacionalistas que le permitieran a Carranza extender su aceptación allende el Bravo. En este escenario, la propaganda constitucionalista era el vehículo del nacionalismo defensivo y discursivo del Primer Jefe, lo mismo que el instrumento político y diplomático de su hegemonía, siempre con la suficiente libertad de ofrecer los recursos naturales y las materias primas del país como garantía para empréstitos de “buena voluntad” concedidos por un vecino industrial y progresista (en la acepción decimonónica de estos adjetivos).

En este sentido, observamos que la estrategia de propaganda carrancista procuraba no sólo anticipar, diseminar y promover su *ideario político*, lo que le exigía un diagnóstico de la situación nacional tanto bilateral como internacional, sino transmitir mensajes de *divulgación* ideológica relativos al “prestigio” político de su facción sustentados en su poder militar, al grado que sus doctrinas, ideas y principios podían ocupar un lugar secundario. Esta política de comunicación determinó que la propaganda de Carranza se hiciera institucional al explotar emblemas gubernamentales, rangos (Primer Jefe), banderas, cargos públicos, triunfos militares, etc., como sinónimos de autoridad ante enemigos internos que gozaban de un gran liderazgo o detentaban un gran carisma personal, como Villa y Zapata.

Así, los valores utilizados en la propaganda externa de Carranza procuraban no tanto denostar a sus enemigos, sino crear una imagen positiva de sí mismo en aras de conseguir la proyección internacional de su propio prestigio político. Este objetivo explica que los contenidos simbólicos plasmados en la retórica y las imágenes de *The Mexican Review* se tradujeran en un intento deliberado y sistemático de construir el “respeto” y la autoridad institucional del presidente Carranza.

Al tratarse de un órgano periódico que combinó la propaganda externa e interna en pro del reconocimiento diplomático del gobierno de Carranza como propósito vital de su hegemonía, los mensa-

jes internacionales de *The Mexican Review* dirigidos a lectores de sensibilidad diferente a la mexicana no eran *propaganda de actos* ni, mucho menos, de amenazas, sino mensajes con “la verdad”. Esta condición retórica significaba contrarrestar “las mentiras” del enemigo sin necesidad de utilizar mensajes educativos o de información, mucho menos deliberativos, sin necesidad de admitir errores o afrontar la explicación de los mismos, sino por el recurso de la omisión: negar el derecho de interlocución a los detractores.

La propaganda externa de Carranza se limitaba a un grupo restringido de valores alusivos al respeto y la mutua aceptación entre su facción y la del gobierno de Wilson. Entre esos valores destacaba el control militar de una frontera sensibilizada por la guerra como garante de tranquilidad cívica y del libre flujo de capitales. Este control redundaría en una óptima y anhelada “frontera psicológica”. Además, al inducir en el vecino del norte valores en torno a la amistad, el respeto y la soberanía nacional, la retórica propagandística se acompañaba de imágenes que exaltaban los símbolos políticos y culturales de México como referente visual y escudo histórico de la integridad patria.

## ARCHIVOS

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Archivo Isidro Fabela. Centro Cultural Isidro Fabela.

Archivo del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Centro de Estudios de Historia de México Condumex.

## BIBLIOGRAFÍA

Creel, George, *How We Advertised America*, Nueva York, Harper & Brothers Publishers, 1920.

Cumberland, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.



- Emery, Edwin, *El periodismo en los Estados Unidos*, México, Trillas, 1966.
- Fabela, Isidro, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, tomo II, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.
- Gilderhus, Mark T., *Diplomacia y revolución. Las relaciones México-Estados Unidos con Wilson y Carranza*, México, Cámara de Diputados/Secretaría de Relaciones Exteriores, 1993.
- Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, tomo 1, México, Ediciones Era, 2003.
- Mock, James R. y Cedric Larson, *Words That Won the War. The Story of The Committee on Public Information, 1917-1919*, Princeton, Princeton University Press, 1939.
- Smith, Michael, "Carrancista Propaganda and the Print Media in the United States: An Overview of Institutions", *The Americas* (52:2), octubre, 1995, pp. 160-162.
- , "Gringo Propagandanist: George F. Weeks and the Mexican Revolution", *Journalism History* (29:1), Primavera de 2003, pp. 2-11.
- Ulloa, Bertha, *Veracruz, capital de la nación, 1914-1915*, México, El Colegio de México/Gobierno del estado de Veracruz, 1986.
- Vázquez, Ricardo L., *Eliseo Arredondo*, México, Ediciones Botas, 1945.
- Vélez Storey, Jaime (coord.), *De cara al mundo. Imágenes de la diplomacia mexicana, 1910-1930*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1995.

#### 4. LA NOCHE MEXICANA. HACIA LA INVENCIÓN DE LO “GENUINAMENTE NACIONAL”: UN MÉXICO DE INDITOS, TEHUANAS, CHINAS Y CHARROS. 1920-1921

Ricardo Pérez Montfort<sup>1</sup>

El 29 de septiembre de 1921, el periódico *El Universal* de la ciudad de México publicó una crónica particularmente entusiasta de lo que se llegó a calificar, un par de noches antes, como una “verdadera Noche Mexicana”, celebrada en el “bosque milenario de Chapultepec”.<sup>2</sup> En sentido estricto, se trataba de la fiesta con la que habían culminado los festejos del Centenario de la Consumación de la Independencia, organizados por una comisión pluripartita que llevaba el previsible nombre de Comité Ejecutivo de Festejos del Centenario.

La fiesta se llevó a cabo en las calles aledañas, los setos, las fuentes y las riberas del lago de Chapultepec. Desde hacía un par de meses el citado comité había convocado a artistas, músicos, bailarines y pirotécnicos a que, junto con “damas de nuestra mejor sociedad y pertenecientes a las Cruces Roja y Blanca y demás asociaciones benéficas”,<sup>3</sup> presentaran un espectáculo que fuera una “fiesta genuinamente nacional” y, para ello, arreglaran aquel escenario natural con toda clase de referencias que mostraran el orgullo con que México podía presentarse ante los ojos del mundo como

---

<sup>1</sup> Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/México.

<sup>2</sup> “Otro éxito fue ayer la Noche Mexicana”, en *El Universal*, 29 de septiembre de 1921, segunda sección, p. 1.

<sup>3</sup> “La Noche Mexicana en el Bosque de Chapultepec”, en *El Universal*, 6 de septiembre de 1921, p. 6.

una nación con características propias y típicas. Tal parecía que la imagen guerrera y destructiva de la Revolución Mexicana quería dejarse atrás. La idea central del festejo era presentar un país creativo, con milenarias tradiciones, capaz de mirar hacia adelante con propuestas estéticas y pacíficas.

Originalmente, el comité había convocado a que sus participantes colaboraran con los artistas

para que nada falte a lo típico de esta fiesta, y que las damas encargadas de los puestos vayan ataviadas no sólo del clásico traje de china poblana, sino también del de tehuana, ranchera, norteañas, mestizas, que tendrán como marco los puestos decorados con sarapes, tapetes de tule, rebozos, banderas y todos aquellos objetos de arte típicamente nacionales.

La escenografía estaría complementada con elementos imprescindibles de lo que después sería una clásica referencia a las llamadas genéricamente "Fiestas mexicanas".

En los puestos habrá vendimias, entre otras cosas de agua fresca, la que estará depositada en las clásicas ollas tapatías y será servida en jícaras bellamente decoradas por los indios de Pátzcuaro... No faltarán los puestos de platillos mexicanos, como de asados de pollo, enchiladas, tamales, atole y buñuelos servidos en la loza de Guadalajara y Texcoco.<sup>4</sup>

Pero además de los atuendos y el énfasis en la muestra de artesanías lo que no podía faltar eran los bailes típicos que ya desde entonces tenían la connotación de nacionales<sup>5</sup> y que convocaban a las figuras relevantes del quehacer coreográfico y musical del momento. La nota periodística que anunciaba lo que sería aquel acontecimiento continuaba de esta manera:

---

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> Moreno Rivas, *Rostros...*, p. 17.

Además, contribuirán a la brillantez de la NOCHE MEXICANA el ballet nacional, en el que figuran como partes principales la señorita María Cristina Pereda, el señor Armando Pereda, y cincuenta bailarinas que deleitarán al público con los bailes mexicanos estilizados por el compositor Manuel Castro Padilla y que ejecutará la Orquesta Típica del Centenario bajo la dirección del maestro Miguel Lerdo de Tejada.

El complemento de esta fiesta será el juego de piezas pirotécnicas que iluminarán constantemente con su bella combinación de colores, todo el Bosque de Chapultepec.<sup>6</sup>

Y, en efecto, a pesar de que la crónica lamentó que durante la celebración de aquel festejo el cielo no se comportara como era debido, ya que había llovido copiosamente,<sup>7</sup> el lucimiento de los cuadros "típicos" pudo llevarse a cabo, sobre todo porque fueron acompañados por una pirotecnia digna de "los carnavales nocturnos de Venecia". El exaltado cronista remató su exposición con los siguientes párrafos:

Fue un espectáculo en verdad, sorprendente, fantástico, único, que puso un gesto de asombro a la vez que de una enorme satisfacción en todos los semblantes. Fue una serie de juegos que puso también muy alto el prestigio de nuestros ignorados pirotécnicos, como artistas notables.

Momentos más tarde, en el escenario levantado en la mitad del lago, un escenario *sui generis* iluminado exóticamente y con profusión, un grupo de artistas de ballet, dirigidas por la gentilísima artista Cristina Pereda, y ataviadas con ricos trajes tehuanos, bailaron una danza regional que fue objeto de una ovación ruidosa y prolongada.

A un lado de la fuente monumental, precisamente sobre las grutas artificiales situadas al oriente del lago, un Popocatepetl gigantesco, admirablemente representado por los artistas simuló después una formidable erupción, imitando maravillosamente las cataratas de lava hirviente y los manantiales de fuego. Este espectáculo, que tenía en las aguas del lago un espejo maravilloso, adquiría relieves asombrosos, y tenía toda la apariencia de un sueño.

<sup>6</sup> "La Noche Mexicana en el Bosque de Chapultepec", en *El Universal*, 6 de septiembre de 1921, p. 6.

<sup>7</sup> Salvador Betancourt, *Álbum histórico mexicano*, p. 76.

Después un grupo de chinas y charros bailó un jarabe, y luego se efectuó un desfile de antorchas por todo el bosque y sobre las aguas del lago, en lanchas adornadas.<sup>8</sup>

Tal vez la nota singular de esta "Noche Mexicana" fue que se trató de una de las primeras veces en que un mundo popular interpretado por la élite intelectual y artística del momento apareció con toda legitimidad gracias a una corriente de pensamiento que poco a poco se había ido consolidando en los últimos años de la Revolución Mexicana.

Lo que se identificaba como "lo popular" se fue entrelazando en la urdimbre de las representaciones de "lo nacional" y "lo mexicano" con un afán muy claro de diferenciación frente a las manifestaciones artísticas cultas que habían caracterizado al México del régimen porfiriano.<sup>9</sup> Poco a poco un reconocimiento de la creatividad popular pareció otorgarle legitimidad a los ambientes y discursos oficiales.

Daniel Cosío Villegas contaba en sus *Memorias*, por ejemplo, que a partir de que el general Álvaro Obregón había asumido el poder a finales de 1920:

De la noche a la mañana, como se produce una aparición milagrosa, se pusieron de moda las canciones y los bailes nacionales, así como todas las artesanías populares... Y no hubo casa en que no apareciera una jícara de Olinalá, una olla de Oaxaca o un quexqueme chiapaneco. En suma, el mexicano había descubierto a su país y, más importante, creía en él.<sup>10</sup>

El mundo intelectual y artístico se nutrió de referencias nacionalistas y éstas necesariamente remitían al mundo de las expresiones culturales de carácter popular. Así, un proceso de "popularización", es decir: de énfasis en la condición nacional, popular y tradicional de

<sup>8</sup> *El Universal*, 29 de septiembre de 1921, segunda sección, p. 1.

<sup>9</sup> Irene Vázquez Valle, *La cultura popular...*, pp. 2-14.

<sup>10</sup> Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, p. 92.

dichas expresiones, permeó el ambiente y se empezó a hablar de “lo mexicano” o de “el mexicano” con un tono un tanto esencialista que inmediatamente remitía a la historia y a la cultura de los espacios y grupos hasta entonces marginales, y que en aquel momento emergían como los sujetos principales del proyecto revolucionario.<sup>11</sup>

Las valoraciones puntuales, y a veces exageradas, de dichas expresiones culturales populares, tales como las artesanías, los corridos y las canciones románticas, los atuendos y los bailes regionales, incluso las diversas comidas locales,<sup>12</sup> fueron referencias obligatorias en el discurso oficial y no tardaron en incorporarse al medio educativo, o para decirlo un tanto pomposamente, fueron velozmente asumidas por los procesos de reproducción ideológica de la Revolución Mexicana.

Un antecedente de primera importancia relativo a la discusión sobre los contenidos que deberían incluirse en los programas educativos posrevolucionarios se publicó bajo el título de *Una encuesta sobre educación popular*. Su compilador fue nada menos que Alberto J. Pani. Si bien en este texto se reunieron los resultados de una colección de opiniones emitidas en 1912, todavía durante el régimen maderista, a partir de una propuesta sobre la modificación de la ley de Instrucción Pública, cuando Pani fungía como subsecretario del ramo, la validez de dicha discusión se reafirmó al momento en que el Poder Ejecutivo Federal, encabezado por Venustiano Carranza, editó esta encuesta en 1918. En ésta participaron diversas personalidades relacionadas con la educación, que iban desde Ezequiel A. Chávez hasta Manuel Puig Cassauranc, pasando por el dramaturgo Marcelino Dávalos, el antropólogo Nicolás León, el periodista Félix Palavicini y el folklorista y músico Rubén M. Campos, la mayoría miembros destacados de la élite intelectual que pretendía sumarse a la Revolución.

En la propuesta de Pani llamaba la atención la reivindicación de las industrias “típicas” por parte de las élites y la aplicación de su “saber hacer” en materia de orientación tecnológica y comercial

---

<sup>11</sup> Elisa García Barragán, “El imaginario...”, p. 1227; Víctor Díaz Arciniega, *Querrela...*, p. 129.

<sup>12</sup> Jeffrey Pilcher, *¡Que vivan los tamales!...*, p. 200.

como vía para el mejoramiento económico de los sectores populares del país. En su exposición, Pani mostraba cómo la diversidad era parte de la riqueza del país y competía a las autoridades educativas del momento convertirlas en un factor de progreso y unidad nacional. Decía textualmente:

Piénsese en la influencia que ejercerían una mayor habilidad manual y un sentimiento estético más desenvuelto –resultados ambos del plan de instrucción que se propone– sobre algunas de las industrias de nuestros indígenas, tales como la alfarería y cerámica de Guadalajara, Oaxaca y de Cuernavaca; las jícaras y baúles decorados con dibujos originalísimos mediante una pintura parecida al mejor esmalte japonés –de Olinalá (Guerrero) y Uruapan (Michoacán)–, los deshilados de Aguascalientes; los rebozos de Santa María (San Luis Potosí) y de Tenancingo (México)... y se llegará al convencimiento de que el pueblo, por ese camino, a la par que se instruyera, adquiriría los medios de mejoramiento económico que tanto necesita y que contribuiría tan poderosamente al desarrollo de la riqueza y prosperidad nacionales.<sup>13</sup>

Resultaba un tanto extraño que quien ponía en duda esta diversidad del país, que por cierto ya se pretendía paliar con “la unificación de la lengua en toda la República –uno de los factores más poderosos del patriotismo–”, fuera el etnólogo, lingüista, arqueólogo, médico y folklorista Nicolás León. El Dr. León planteó de entrada que “la falta de homogeneidad es más fantástica que real. Pues se ha exagerado la pluralidad de idiomas y dialectos y que este solo dato étnico se ha querido convertir en diferencia racial”.<sup>14</sup>

Para aquel entonces, quizá no era tan conocido que en México existían por lo menos 42 lenguas indígenas, dato que había arrojado el censo de 1910, pero publicado enteramente hasta los años de 1918 a 1920.<sup>15</sup> El Dr. León, sin embargo, abogó por la incorporación a la “civilización” de los grupos marginales del país por medio de mé-

<sup>13</sup> Alberto J. Pani, *Una encuesta...*, 1918.

<sup>14</sup> *Loc. cit.*

<sup>15</sup> Dirección General de Estadística, *Tercer Censo...*, 1918-1920.

todos que recordaban a los ideólogos decimonónicos. Enfocaba el problema en términos legales y de un supuesto conocimiento científico. Si bien estaba de acuerdo con que “la enseñanza rudimentaria debe ser empleada en la enseñanza de trabajos manuales”, para él la unificación estaba por encima de los intereses mismos y los múltiples estilos de vida de las comunidades rurales existentes en el territorio nacional.

Las nociones científicas –decía don Nicolás– liberrarían al indio de la esclavitud que le impone la naturaleza de su ignorancia; pero el conocimiento de sus deberes y derechos como ciudadano lo libertará de la esclavitud que le imponen los otros hombres.<sup>16</sup>

Si bien dejaba entrever una fe particular en la ciencia, la segunda parte de este planteamiento se insertaba en el estilo revolucionario del momento, y por lo tanto la visión destilaba más un *deber ser* que una preocupación por los requerimientos y las aportaciones concretas y específicas de quienes recibirían “los beneficios” del proyecto educativo estatal.

Desde finales del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, una característica central de lo que se intentó definir como “lo indio” evidenciaba una doble dimensión, aparentemente contradictoria: por un lado, se le veía como algo extraño y distante, herencia de la visión entre colonial y liberal; pero, por otro, se le identificaba como una raíz “de nuestra más auténtica especificidad”.<sup>17</sup>

Retomando el “exotismo” –consistente en afirmar la condición de entidad social separada y ajena pero a la vez atractiva– con el que se miraba lo indígena durante los años previos a la Revolución, y reconociendo la necesidad de incorporarlo como elemento propio de la “mexicanidad”, quienes enarbolaban la existencia positiva de “lo indígena” insistían en los múltiples valores con que las culturas mesoamericanas contribuyeron a la formación de la nacionalidad

<sup>16</sup> A. J. Pani, *op cit.* s/p.

<sup>17</sup> Luis Villoro, *Los grandes momentos...*, p. 196.



mexicana, aunque no siempre los habían reconocido. Los regímenes posrevolucionarios fueron identificando poco a poco a los diversos grupos indígenas como miembros del "pueblo mexicano" y enfilaron muchos argumentos a favor de incorporarlos al proyecto nacional –la mayoría de las veces sin mucho respeto hacia sus propias tradiciones y formas de vida–. La manera en que esta incorporación debía hacerse causó múltiples polémicas. En éstas se perfilaban los diversos matices que cabían entre los dos argumentos extremos: por un lado, "la occidentalización definitiva de los indios" y, por el otro, la "indianización de nuestra cultura". Al inicio de la década de los años veinte todavía la contradicción entre ambas posiciones no era del todo irreductible, y cierta conciencia renovada sobre qué hacer con las etnias indígenas que poblaban el territorio mexicano se dejó sentir.

La necesidad de "incorporarlas" al desarrollo del país era inminente, aunque no parecía haber acuerdo sobre cómo hacerlo. Una buena cantidad de intelectuales y artistas planteaba la necesidad de "recuperar" lo indígena para el bien de la cultura mexicana. Y recuperar implicaba reconocer, revalorar y reinterpretar las contribuciones de los diversos grupos indígenas a la llamada "idiosincrasia nacional".<sup>18</sup> Y esto desde luego tuvo un intenso reflejo en la cultura popular de la época. El indio, o el "indito" como personaje en el teatro de género chico, en las referencias periodísticas y en las caricaturas, en la música popular, o en el cine, pronto se convirtió en un estereotipo más, capaz de identificar algunos factores definitorios de la "mexicanidad".<sup>19</sup>

El lenguaje, el vestido, los accesorios, la forma de andar, algunos rasgos de comportamiento y ciertos argumentos "típicos" formaron parte de la imagen popular que las élites promovieron más del "indito" que del indígena propiamente.

Quizá uno de los mejores ejemplos de recreación de un estereotipo del "indito" de los primeros años veinte fue el concurso de la "India Bonita", celebrado en la ciudad de México en aquel mismo año de 1921 y coincidente con las Fiestas del Centenario de

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 199-223.

<sup>19</sup> Ricardo Pérez Montfort, "Indigenismo...", p. 357.

la Consumación de la Independencia.<sup>20</sup> Gracias a la combinación de la doble connotación de lo “exótico” y el sentimiento nacionalista, este concurso dio lugar a una gran cantidad de reacciones de parte de la población urbana. Tanto las élites intelectuales y políticas como los medios periodísticos, los carperos y el incipiente cine tomaron en cuenta el asunto mostrando un impacto muy extenso de lo que era la imagen del “indito” en dichos ambientes.

Después de lanzar la convocatoria, a fines de julio de aquel año, el periódico *El Universal* –propiedad de Félix F. Palavicini– patrocinó el concurso de la “India Bonita” y reunió a diez muchachas oriundas de diversas comunidades indígenas del país. La ganadora fue María Bibiana Uribe, quien fue descrita por aquel periódico así:

Ha llegado a nosotros acompañada de su abuela, una india pura de raza “meschica” que no habla español. Viene de la Sierra, donde nació y vivió y aún trae un “huipil” atado a la cintura. Hoy posee tres mil pesos y una enorme cantidad de obsequios y al verse rodeada de tanta gente desconocida piensa en la leyenda del bello príncipe Tonatiuh que unió sus destinos a los de una plebeya que tenía nombre de flor. Se llama María Bibiana Uribe y tiene 18 años.<sup>21</sup>

El asunto de la India Bonita mostró la confusa y múltiple dimensión de la representación de “lo indio” en aquel momento. Por una parte, María Bibiana Uribe ingresó al mundo del comercio anunciando, en ciertas portadas de revistas, el “Jabón Flores del Campo” o los huaraches con “Suelas Viosca”; y, por otra, recibió el beneplácito demagógico de los gobernantes –particularmente del para entonces secretario de Relaciones Exteriores, Alberto J. Pani, y del mismo presidente, el general Álvaro Obregón–. La crónica de *El Universal* contó que al llegar a México la India Bonita “fue inmediatamente conducida a un aristocrático palacio, donde delicadas manos le sirvieron té en porcelanas de Sèvres”. Las imágenes de aquel reportaje mostraban la visita que María Bibiana había hecho

<sup>20</sup> Apen Ruiz Martínez, “Nación y género...”, pp. 55-86.

<sup>21</sup> *El Universal Ilustrado*, año V., núm. 222, 4 de agosto de 1921.

a la mansión de los Pani. Como pie de foto, aparecía el siguiente comentario entre irónico y crítico: "Héla aquí en compañía de los señores Pani y Palavicini después de asistir al 'five o'clock tea' que los esposos Pani dieron en su honor".<sup>22</sup>

Sin embargo, el asunto dio para bastante más. Manuel Gamio, entonces ya conocido indigenista y autoridad en cuestiones arqueológicas y antropológicas mexicanas, escribió en *El Universal Ilustrado* una gran justificación de aquel concurso, que tituló "La Venus India". Su argumentación atacaba la "tiranía estética" de egipcios, griegos y romanos que permeaba los "concursos de belleza blancos", y terminaba con estas palabras:

[...] el triunfo de la "India Bonita" ha emocionado a todos, a las minorías blancas por lo original de su caso y por cierta piadosa simpatía hacia la raza doliente; esta última a su vez ha vibrado entusiasta e intensamente al mirar enaltecida a la virgen morena, a quien las multitudes indígenas sienten que alienta su alma ancestral y palpita transfigurada y florida, su pobre carne de parias.<sup>23</sup>

En otras publicaciones apareció también una buena cantidad de textos dedicados a la India Bonita que tocaban el tema con el fin de reivindicar la belleza indígena con un énfasis particular en su carácter exótico. Se reprodujeron también algunas "leyendas antiguas" como las de la reina Xóchitl y la Malinche, o la de la princesa tarasca "Pisperama", también conocida como "Flor de Maravilla", que la actriz María Conesa había encarnado para llevarla con éxito a los escenarios capitalinos. También se hicieron comentarios sobre la leyenda de Atzimba, que había inspirado una opereta al compositor Ricardo Castro allá por los años de 1900.<sup>24</sup> En la mayoría de las notas periodísticas el nacionalismo reivindicador de "lo indígena" como esencia de la mexicanidad afluía a la menor provocación.

---

<sup>22</sup> *El Universal Ilustrado*, año V., núm. 223, 11 de agosto de 1921.

<sup>23</sup> *El Universal Ilustrado*, año V., núm. 224, 17 agosto de 1921.

<sup>24</sup> *Ibid.*

Dos acontecimientos escénicos dieron al asunto de la India Bonita una presencia de mayor arrastre popular. El primero se llevó a cabo en el Teatro Principal y fue un homenaje a la ganadora del concurso. Ella misma participó en la pieza teatral, pero como parte de la escenografía. El homenaje consistió en la recitación de un monólogo de Aurelio González Carrasco titulado "Homenaje a la raza doliente". Después de describir la Sierra de Puebla, "donde una vez pasó de choza en choza, mi general Zaragoza, 'onde' no pudo entrar nunca el franchute", el actor se refería a la homenajeadora como "la gorrioncita traviesa [...] Bibiana, la indita de ojos de obsidiana".<sup>25</sup> Las entonaciones y el lenguaje mismo, así como la vestimenta –el calzón blanco, los huaraches, el sombrero de palma y la peluca de fibra negra rebelde– apuntaban los elementos que distinguirían al estereotipo popular de quien sería identificado poco a poco como "el indito mexicano".

Por su parte, y para su presentación en el Teatro Lírico, durante los primeros días de agosto de 1921, Pablo Prida y Carlos M. Ortega escribieron una pieza titulada "El indio bonito" que estelarizaron los actores populares Lupe Rivas Cacho y Anastasio "Tacho" Otero. El mentado concurso fue tomado a chunga al representar a una pareja de "inditos" –claramente estereotípicos– que se encontraba en la ciudad de México pretendiendo inscribirse a la competencia organizada por el periódico de Palavicini. Los dos personajes se enamoraban, y en medio de constantes críticas al gobierno, hacían planes para juntarse una vez que ganaran el certamen. Ante la insistencia amorosa de Anastasio Otero, "la indita" Lupe Rivas Cacho le decía para concluir: "pos qué cree asté que le voy a decir que sí luego luego como esas catrinas de la capital que andan en los cines mirando a ver quién las guacamolea", y condicionaba su aceptación al "indito" Tacho "sólo si el señor Palavicini le da otros tres mil pesos. ¡Si no pa' qué eres el indio bonito!"<sup>26</sup>

Esta imagen de los indios estereotípicos se debilitaría durante los meses siguientes, cuando el gobierno del general Obregón

---

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*

festejó el Centenario de la Consumación de la Independencia. Los "indios bonitos o feos" no parecieron formar parte integral de dichas fiestas, a no ser por el mentado concurso y la incorporación de algunas artesanías indígenas que los organizadores se encargaron de presentar como productos genuinamente mexicanos. Como ya se verá, la exposición de arte popular, organizada expresamente durante aquellos festejos y a cargo del pintor Gerardo Murillo, el Dr. Atl, presentó una gran cantidad de objetos artesanales de los que se enfatizó su origen indígena.<sup>27</sup>

Sin embargo, a lo largo de estos primeros años veinte, la discusión sobre los orígenes indígenas o hispanos de la nacionalidad mexicana retomó algunos tintes más radicales que el país conocía desde finales del siglo XIX.<sup>28</sup> La revaloración y mitificación del pasado prehispánico estuvieron estrechamente ligadas a los principios indigenistas. El indio contemporáneo, por su parte, se convirtió en símbolo "de injusticia social a la que debía ponerse fin a través de su incorporación al progreso", pero también fue referencia fundamental en los intentos de definir "la mexicanidad". Para poder entenderla, "lo indio" se *debía* considerar como un elemento central en la conformación de *lo* mexicano.

Este *deber ser*, sin embargo, daría mucho de qué hablar a las élites intelectuales y artísticas que no tardaron en armar los moldes a partir de sus propias concepciones, muy pocas veces dinámicas y sí muchas veces bastante estrechas, de cómo *debía* comportarse y vestirse, qué *debía* cantar y bailar, y hasta qué tenía que comer el pueblo para recibir ese honroso y nacionalista adjetivo de "mexicano". Y esto no sólo se estableció para los indígenas, sino en general para quienes eran identificados como los "más típicos mexicanos": los mestizos.

Dos textos imprescindibles de finales del Porfiriato habían argumentado de manera fehaciente que el signo distintivo de México en términos raciales, culturales, económicos y sociales era el mestizaje.

---

<sup>27</sup> Gerardo Murillo, Dr. Atl, *Las artes...*, *passim*.

<sup>28</sup> Manuel Gamio, "Nacionalismo e internacionalismo", p. 17; Pedro Serrano, *Hispanistas mexicanos*, 1920.

Andrés Molina Enríquez y Julio Guerrero, dos autores con intereses muy disímolos, mostraron al público lector que la condición "mexicana" estaba claramente asociada con el mestizaje: mientras el primero lo enfocaba desde una perspectiva socioeconómica, el segundo pretendió caracterizarlo desde una lógica criminalística.<sup>29</sup> Dicho de una manera un tanto simplista, ambos contribuyeron a la formación de una idea mestiza de "el mexicano" que no tardaría en convertirse en un tipo específico o, si se quiere, en un estereotipo.<sup>30</sup> No es aquí donde se discutirán las aportaciones de estos dos intelectuales al mundo de la identidad mexicana. Sin embargo, las reflexiones de Guerrero darán pie a la presentación de otra figura estereotípica mexicana.

Julio Guerrero se preocupó en alguna de sus múltiples referencias sobre los mexicanos y las mexicanas por la sensualidad de los mismos, a quienes, dicho sea de paso, les atribuyó muy poco romanticismo y sí mucho de animalidad.<sup>31</sup> Una mujer mestiza que sin duda fue vista como símbolo de erotismo y sensualidad desde por lo menos la segunda mitad del siglo XIX fue la tehuana. Reconocida como modelo de mujer hermosa e independiente por diversos cronistas, literatos y pintores decimonónicos y de principios del siglo XX, entre los que destacaron el Abate Bresseur de Bourbourg, Alejandro Prieto, Gustavo Zahn o Saturnino Herrán —quien tuvo el acierto de pintar a su mujer vestida de tehuana en 1914—, la tehuana tenía algunos elementos fundamentales para convertirse en figura predilecta del mundo intelectual revolucionario.<sup>32</sup>

Además de símbolo de la belleza tropical aborigen, la istmeña podría identificarse como la representación mexicana de un matriarcado de carácter sensual y exótico, además de que su atuendo colorido y su velo en forma de girasol blanco alrededor de la cabeza la hacían ver como un ser único en el medio particularmente agreste de los tipos nacionales. Esto último fue explotado ampliamente por el mundo artístico y popular tanto nacional como extranjero; desde

---

<sup>29</sup> Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas de México*, pp. 25-35; Julio Guerrero, *La génesis...*, p. 237.

<sup>30</sup> R. Pérez Montfort, *Expresiones...*, pp. 7-10.

<sup>31</sup> J. Guerrero, *op. cit.*, p. 236.

<sup>32</sup> Luis Martín Lozano, *Del Istmo...*, *passim*.

aquellas legendarias Petrona Esteva y Juana Cata, amantes y amigas de Porfirio Díaz, cuyo poder favoreció toda clase de generalizaciones sobre las mujeres del istmo,<sup>33</sup> hasta la visión idílica que apareciera en las diversas versiones pictóricas y fotográficas, académicas y populares de los años veinte. La presencia de las tehuanas en el teatro popular y, particularmente, el uso de su atuendo blanco de encajes por parte de las artistas María Conesa y Celia Montalván, generó suficiente discusión como para poner al personaje en la marquesina y convertirlo en referencia obligada a la hora de hablar de lo "típico mexicano". Un periodista en aquel año de 1921 se refería a las tehuanas bailando en el teatro Arbeau de la siguiente manera:

El bailable de las tehuanas [...] obedece al propósito de dar una síntesis del paisaje de Tehuantepec. Es –¿cabría decirse así?– un bailable pictórico. ¿Recuerdan ustedes cómo es aquella región? Toda suntuosidad de selvas, imponentes y majestuosas como catedrales de verdura; claras reverberaciones solares que pulen y abrillantan el cielo y llenan de espejos rabiosos la tierra; infinitas gradaciones de lo verde, hasta convertir los flancos de las montañas en paletas gigantescas; fuerza, calidez y pasión.

Sobre este cuadro, las mujeres tienen un aspecto hierático, de soñadora sensualidad. Surgen entre la locura policroma de las flores y de los follajes, con elásticos perfiles de figuras griegas. Envueltas en flotantes vestiduras de delgadas telas, el busto recto y firme, la cabeza erguida y los brazos despegados del cuerpo, caminan ondulando. Y hay un bello contraste entre la quietud estatuaría del busto, cuya firmeza se adivina bajo el tejido que cubre el brioso desafío de los senos, y la viperina movilidad del cuerpo, a partir de la cintura [...].

Y todo en Tehuantepec obedece al mismo ritmo. La vida está llena de una fuerte, una clara, de una melódica serenidad, que refleja la música, apasionada, graciosa y lánguida.<sup>34</sup>

Para colmo, el regionalismo de algunas figuras relevantes en la intelectualidad del momento, como el propio José Vasconcelos o

<sup>33</sup> Carleton Beals, *Porfirio Díaz...*, p. 276.

<sup>34</sup> *El Universal Ilustrado*, 20 de octubre de 1921, pp. 32-33.

Enrique Ramírez de Aguilar –los dos de origen oaxaqueño–, llamó la atención de muchos interesados en el exotismo femenino mexicano, en el cual destacaba particularmente la tehuana, como se seguirá viendo más adelante.

El mismo don Nicolás León contribuyó de manera fehaciente a la consolidación de otro de los estereotipos mestizos femeninos más consentidos del momento: la china poblana. Ciertamente que conoció muy de cerca la problemática de algunas poblaciones rurales de Michoacán y Oaxaca;<sup>35</sup> sin embargo, también tuvo mucho que decir a la hora de darle sustento “científico” a este clásico recurso identitario popular manipulado por la cultura del nacionalismo oficial. Don Nicolás dedicó varios de sus estudios a la figura de la china poblana, misma que se encontraba en pleno proceso de conversión en “mujer típica” y embajadora internacional de lo que entonces también fue identificado como el “México pintoresco”.<sup>36</sup>

Justo es decir que la china poblana fue consolidándose como representante de la mujer mexicana desde la segunda mitad del siglo XIX. Varios autores remitieron a sus orígenes legendarios en la Colonia, pero también los hubo que la identificaron como figura emergente de los sectores populares, asociando la palabra “china” no tanto con su origen geográfico oriental sino más bien con su calidad de mujer sin ataduras y sin mayores compromisos.<sup>37</sup> Basándose en descripciones costumbristas y románticas del siglo XIX para autenticar la condición mexicana de aquel personaje femenino, dichos autores insistieron en que lo que identificaba a la china poblana eran sobre todo sus características anímicas y su forma de vestir. La gallardía, el salero, la coquetería y, desde luego, el atuendo eran las mejores pruebas de la “mexicanidad” de aquella “china” libre, mujer independiente y desprejuiciada. Para apoyar sus asertos no había mejores referencias que literatos y cronistas de la talla de Niceto de Zamacois, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Munguía y Madame Calderón

<sup>35</sup> Nicolás León, *Los tarascos...*, 1904.

<sup>36</sup> N. León, “Catalina ...”, 1922; y “México Pintoresco...”, 1924.

<sup>37</sup> R. Pérez Montfort, *Expresiones...*, pp. 119-145.



de la Barca, todos autores que contribuyeron a armar esa serie de cuadros "típicos" entre los que destacaba el famoso *Los mexicanos pintados por sí mismos* publicado en 1855 por José María Rivera.<sup>38</sup>

Un claro representante de esta vertiente recuperadora del costumbrismo decimonónico fue el escritor e historiador José de Jesús Núñez y Domínguez, quien en un trabajo erudito sobre el rebozo, publicado en 1917, comparó a varios "tipos" de mujeres mexicanas, ya entonces consideradas como tales por su identificación con los sectores que le daban sentido al Estado-nación que se estaba construyendo desde mediados del siglo XIX. Se trataba de sectores mestizos populares cuya presencia era cada vez más notoria en aquella literatura costumbrista y que, de paso, se ubicaban en el centro del nacionalismo liberal decimonónico. Don José de Jesús se apoyó en los autores antes mencionados y logró armar un retrato bastante convincente y afirmativo del tipo popular femenino que respondía al nombre de "la china":

Era ella la quintaesencia de la picardía y el salero popular, la que llevaba, arrancando a la lira democrática de Prieto los jubilosos versos que repetían risoterios labios de guinda y bocas breves de eglantina:

... encarnado zagalejo,  
banda con fleco de plata,  
cintura delgada, chata,  
y ojos de ofender a Dios;

la que en su accesorio de la Palma o de San Sebastián, guardaba "a un lado de la cama... sobre el suelo, una caja blanca... En ella tenía depositados su rebozo de bolita, la mejor de sus bandas, sus enaguas de mascadas, su castor de cortes amarillos, lentejuela y camarones". Era ella la gala más preciada del paseo de La Viga, el ornato más vistoso de chalupas y puestos de amapolas de múrice; era ella la que iba al lado del hombre, "porque el mexicano –decía Florencio M. del Castillo en sus "Trajes Mexicanos"– es como los caballeros andantes que tienen su dios y su dama, con la enagua

<sup>38</sup> José María Rivera, *Los mexicanos...*, pp. 90-98.

de seda bordada, luciendo el piececito calzado de raso y cubierta la cabeza con el rebozo de bolita”.<sup>39</sup>

Pero además de sus características anímicas, “la china” concebida a partir de las referencias literarias decimonónicas reinterpretadas a principios del siglo xx se debió sobre todo a su vestimenta. Y fueron éstas, “las características de ánimo y vestido”, las que tendieron a distinguirla como una “verdadera mujer mexicana”.

Había, sin embargo, un pequeño dilema. En varias referencias, particularmente en las crónicas de Madame Calderón de la Barca, el atuendo de “la china” parecía identificarse con el de las “mujeres galantes” o con el de “las criadas”. José Ramón Ballesteros, célebre especialista en asuntos de charrería, incluso usó este argumento para dudar del origen asiático y noble de la mismísima “china poblana”. En un ensayo sobre su traje, anotaba:

Dicha princesa “según la leyenda” usaba trajes muy vistosos y, entre ellos, alguno que se asemejaba al que nos ocupa, y que, por lo mismo, ése fue su origen.

Ahora bien; si hubiera sido una princesa –china o no– la que creó ese traje, todas las damas linajudas de aquella época hubieran usado esas prendas, con satisfacción y orgullo; pero es el caso que, por el contrario, lo repudiaban, como puede comprobarse fácilmente, leyendo *La vida en México*, de la Marquesa Calderón de la Barca, quien en una ocasión vistió el tantas veces mencionado traje y la sociedad de aquella época lanzó duras críticas contra la señora Marquesa, por haberse puesto el atuendo de la mujer del pueblo, además de usarlo algunas mujeres galantes.<sup>40</sup>

El dilema, sin embargo, pareció pasarse por alto y más bien se justificó la condición popular del personaje citado. Para finales del Porfiriato, el atuendo de la china poblana ya era usado por algunos artistas con el fin de representar ciertos elementos mexicanos en

<sup>39</sup> José de Jesús Núñez y Domínguez, *El rebozo*, pp. 113-115.

<sup>40</sup> José Ramón Ballesteros, *Origen...*, p.122.

sus presentaciones en el extranjero.<sup>41</sup> Pero fue sobre todo después de 1918 cuando dicho atuendo se reafirmó como una vestimenta de mujer mexicana a partir de los impulsos posrevolucionarios que se resolvieron a favor de la dimensión "típica" del mismo, más que del galante o el aristocrático. Como se verá más adelante, mucho tuvo que ver el que una bailarina profesional extranjera, Anna Pavlova, se presentara vestida de china poblana interpretando bailes nacionales frente a propios y extraños, y que ella misma los aprendiera de una "partiquina", que era como se llamaba entonces a las bailarinas populares. Ya los aires decimonónicos habían identificado el cuadro de la china bailando los clásicos *jarabes* como una representación mexicana por excelencia, y para principios del siglo xx esta imagen sólo esperaba su consolidación oficial.<sup>42</sup>

El rebozo, prenda fundamental de la china, fue reconocido también como una de las pruebas de su condición popular. Durante los festejos del Centenario de la Consumación de la Independencia se promovió, como ya se mencionó, la que sería tal vez la primera exposición de arte popular mexicano, misma que corrió a cargo del pintor Gerardo Murillo, el Dr. Atl. En su catálogo, publicado al año siguiente, el curador de dicha exposición se refirió a los rebozos de la siguiente manera: "El rebozo es la prenda con que se cubren las mujeres del pueblo, la que orna los cuerpos gentiles de las muchachas en los días de campo, la que caracteriza el modo de taparse de la mujer en México".<sup>43</sup>

Muy en el estilo de la búsqueda de los elementos definitorios de la mexicanidad posrevolucionaria, el Dr. Atl asociaba el mundo popular directamente con aquella prenda que podría considerarse como genuina representante de la "esencia" mexicana.

Y el poeta Ramón López Velarde no dejó de calificarlo como tal en los siguientes versos, también de principios de los años veinte:

---

<sup>41</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna...*, pp. 219-239.

<sup>42</sup> R. Pérez Montfort, *Estampas...*, pp. 178-190.

<sup>43</sup> G. Murillo, Dr. Atl, *Las artes...*, p. 219.

[...] rebozo de hilo o de seda  
rojo como la flor del organillo  
que pasas por el hueco de un anillo  
rebozo mexicano cuya punta,  
a las caderas se unta  
como a las aras de un altar, querido [...].<sup>44</sup>

El afán reivindicador de “lo mexicano” frente a lo ajeno se vio así ampliamente favorecido por las corrientes nacionalistas y autocognoscitivas que permearon el pensamiento de las élites revolucionarias. Si bien existía, como ya se ha esbozado, cierto debate acerca de qué era lo propiamente mexicano,<sup>45</sup> no cabe duda de que había una especie de acuerdo en que “el pueblo” habitante del territorio nacional era quien podía definir el contenido de tal adjetivo. Como ya lo habían expresado figuras de la talla de Martín Luis Guzmán o José Vasconcelos, era el mundo popular el que aparecía a la hora de buscar un sujeto a quien calificar como “mexicano”. Guzmán escribió hacia finales de 1920 lo siguiente:

Cuando pienso en las semejanzas y contrastes que hacen una la vida mexicana, no es lo típico mexicano [...] lo que viene a mi imaginación. Queda entonces en la sombra nuestra masa indígena en bruto, desnuda, miserable, taciturna [...]. Tampoco vuelvo entonces la vista hacia otro aspecto, elocuente en nuestras grandes ciudades: espectáculo de hermosos edificios contemporáneos, grandes empresas, máquinas de la última hora y, en fin, todo cuanto nuestros ingenuos *snoobs* querían poner siempre ante la cámara fotográfica de los turistas, en vez de lo que a éstos más atrae: nuestros charros cubiertos con enormes y picudos sombreros de palma o de fieltro; nuestros hombres embozados en mantas multicolores; nuestros niños color de tierra, con desnudos vientrecitos combos y lustrosos; nuestros tianguis y campamentos eternamente improvisados, donde las inmundicias y los manjares se confunden [...].

Pero el verdadero México no está en tales extremos, sino en el contraste y la armonía de sus tintas medias, en el escenario modesto donde, a la luz del sol o bajo las sombras, se renuevan día a

<sup>44</sup> Ramón López Velarde, *Poemas escogidos*, p. 56.

<sup>45</sup> V. Díaz Arciniega, *Querrela...*, p. 126.

día los atributos de dos razas, de dos culturas, de dos atavismos fundidos ahora en un solo nuevo modo de ser, peculiar e incongruente: en la vida de nuestras poblaciones chicas.<sup>46</sup>

Y Vasconcelos, recién nombrado rector de la Universidad Nacional, lanzó una convocatoria para sellar “un pacto de alianza con la Revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber [...] a condición de que el saber y el arte sirvan para mejorar las condiciones de los hombres”.

“El arte es la única salvación de México [...] –planteaba– [...] y si los mexicanos aprenden a vivir de acuerdo con el ideal humanista, habrán conjurado el desastre, se habrán inmunizado contra los peligros del exterior.”<sup>47</sup> De esta manera el nacionalismo posrevolucionario reivindicaba la condición eminentemente artística del pueblo mexicano.<sup>48</sup> El “mexicano”, pues, recurriría al arte, a la tradición y a sí mismo para salir adelante. La educación tenía que ser por lo tanto eminentemente humanística, pero sobre todo artística y nacionalista.

Por su parte, en el Congreso Nacional de Maestros de 1920, los jóvenes mentores Higinio Vázquez Santa Ana y Juan Antonio Granados criticaron acremente la orientación extranjerizante que había caracterizado a la educación prerrevolucionaria. Afirmaron que “este modernismo, tan dispendioso para nuestra instrucción ha trastornado toda nuestra enseñanza, porque hemos querido innovar una escuela *sin consultar la ley natural de nuestra vida etnológica* [...], la enseñanza –decían– debe tener expresión propia, modelación regional”.<sup>49</sup> Higinio Vázquez Santa Ana también se convertiría en un contribuyente muy profuso a la construcción y consolidación de los estereotipos nacionales. Sus crónicas, estudios y piezas literarias sobre las fiestas regionales, así como sus apologías a la charrería y al quehacer lírico popular, serían referencias fundamentales para el folklorismo de los años subsiguientes.<sup>50</sup>

<sup>46</sup> Martín Luis Guzmán, *Otras páginas*, p. 173.

<sup>47</sup> Citado en E. García Barragán, “El imaginario...”, p. 1229.

<sup>48</sup> Alicia Azuela de la Cueva, *Arte y poder...*, *passim*.

<sup>49</sup> Higinio Vázquez Santa Ana, *Estudio del tema...*, 1920. (El subrayado se encuentra en el original).

<sup>50</sup> R. Pérez Montfort, “Historia, literatura y folklore...”, pp. 87-103.

Pero independientemente de las trayectorias de Vázquez Santa Ana y de Granados llama la atención que las propuestas de identificar “lo natural” con “lo nacional”, y esto a su vez con “lo propiamente nuestro”, se mantuvieran a lo largo de prácticamente toda la elaboración del discurso nacionalista posrevolucionario, emparentándolo directamente con algunas vertientes ideológicas y culturales decimonónicas claramente identificables en el costumbrismo de escritores e ideólogos como los ya mencionados Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno, Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez.<sup>51</sup> En la pintura sucedió algo parecido, pues sobre todo hacia fines del Porfiriato algunos pintores académicos como Germán Gedovius, Alberto Garduño, Saturnino Herrán o Ignacio Rosas se habían interesado por algunas temáticas populares, y sus propuestas habían encontrado cierto eco en el medio. Sin duda, Saturnino Herrán, quien pintando “criollas, tehuanas, chinampas llenas de flores, (fue) preanunciando la dimensión épica que no mucho después daría a esos temas la pintura mexicana”.<sup>52</sup> Sin embargo, a partir de 1915 –justo en pleno movimiento revolucionario– se dio el ya mencionado proceso de introspección nacional que fomentó la capilaridad entre la cultura académica y la popular con el fin de reconocer, en las expresiones artísticas de los sectores mayoritarios, rurales y pobres, aquello que sería la representación de la cultura mexicana por excelencia.<sup>53</sup>

La continuidad de la relación entre “lo natural” y “lo nacional” y su estrecho vínculo con “lo propio” indicaban la permanencia de un pensamiento que parecía buscar una “esencia mexicana” identificable en los procesos histórico-culturales reconocidos en la academia y el pensamiento mexicanos hasta ese momento. Sin duda, se trataba de una preocupación ligada a la renovación planteada por los tiempos de reconstrucción posrevolucionaria; sin embargo, no dejaba de encajar en el proceso general de construcción de una cul-

<sup>51</sup> Sara Sefchovich, *México...*, pp. 132-135.

<sup>52</sup> Alberto Manrique, “El proceso...”, p. 292.

<sup>53</sup> La idea de capilaridad entre la cultura de élite y la popular es explorada magníficamente por Irene Vázquez Valle en su libro *La cultura popular vista por las élites*. Esta misma idea la retomo en mi libro *Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX*.

tura propia, bien diferenciada, capaz de fomentar el orgullo –genuino o simulado– de la autenticidad y la independencia mexicanas.

Tal vez uno de los resultados más representativos del vínculo de la preocupación de lo popular con los afanes de instrucción artística fue la aplicación de un programa de enseñanza del arte que el pintor Adolfo Best Maugard realizara a partir de 1918, cuyo contenido apareció unos años después en forma de libro bajo el título *Método de dibujo: tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*. Al presentar una serie de “leyes universales” de dibujo y mediante la reducción de las “formas de la naturaleza” a siete líneas primarias, Best Maugard siguió uno de sus postulados de simplificación según el cual, de forma un tanto arrogante aunque tal vez con muy buenas intenciones, se pretendía enseñarle al pueblo a hacer arte popular.<sup>54</sup> Había, pues, una pretensión muy clara de mostrarle al pueblo por medio de la enseñanza artística y del espectáculo público promovido por los gobiernos revolucionarios cuáles eran los valores que debía atesorar y expresar con el fin de mostrar su autenticidad y su “verdadero ser”.

Así, el argumento de valoración de la “mexicanidad” basada en “lo típico nuestro” fue pieza clave de los principios autoritarios del discurso nacionalista ya que asociaba directamente “lo natural”, es decir “lo propio del pueblo”, con el ya mencionado *deber ser* prejuicioso que dio la nota determinante a los acercamientos elitistas con los fenómenos populares.

Otro ejemplo puntual de este proceso en el que también apareció la mano de Adolfo Best Maugard, y que ya se comentaba en párrafos anteriores, fue la puesta en escena de *Mexican Dances*, estelarizada por la célebre bailarina rusa Anna Pavlova en 1919. Después de aprenderse algunos pasos del “Jarabe Tapatío” –considerado como el baile vernáculo y popular mexicano por excelencia desde mediados del siglo XIX– a partir de las enseñanzas de la bailarina mexicana Eva Pérez, la Pavlova presentó esta coreografía en el Toreo de la Condesa en México por lo cual recibió una “respuesta apoteótica” que el mismo presidente Venustiano Carranza alabó sobremane-

---

<sup>54</sup> Adolfo Best Maugard, *Método de dibujo...*, pp. 4-11.

ra.<sup>55</sup> La Pavlova llevó estas danzas, armadas con una producción que contó con el apoyo del pintor Best Maugard, el músico Manuel Castro Padilla y el libretista Jaime Martínez del Río, a la mayoría de sus giras internacionales a partir de entonces. El programa de una de sus presentaciones a principios de los años veinte en Nueva York se refería a sus coreografías mexicanistas de la siguiente manera:

El grupo de tres danzas "China Poblana", "Jarabe Tapatío" y "Diana Mexicana" tuvo un gran éxito en la ciudad de México, cuando la temporada de la Pavlova fue puesta a prueba en el teatro y durante todas sus presentaciones. Estos bailes, sin embargo, también se presentaron en la Plaza de Toros ante veinticinco mil asistentes como evento cumbre de la temporada. Era de esperarse el éxito de esta serie de danzas en México, pero la recepción que ha recibido en otros países ha sido una verdadera sorpresa, sobre todo en París y en Londres donde se ha puesto de moda y ha dado inicio a un interés creciente en las artes y las hechuras mexicanas.<sup>56</sup>

Y en efecto, como ya se afirmaba, la presencia de las expresiones populares dancísticas mexicanas empezó a tener un rápido ascenso tanto en la escena nacional como en la internacional a partir de entonces. No en vano este mismo equipo, ya sin la Pavlova, pero ahora con la bailarina Cristina Pereda y su "ballet", sería el encargado de llevar a cabo el espectáculo coreográfico en la "Noche Mexicana" celebrada en Chapultepec en septiembre de 1921.

Pero habría que volver a la historia de la continuidad y la reconstrucción de estos principios nacionalistas. Una vez que la instrucción pública de todo el país fue encargada al rector de la

---

<sup>55</sup> Alberto Dallal, *La danza en México*, p. 69.

<sup>56</sup> Textualmente, el programa dice: "The group of three dances, 'China Poblana', 'Jarabe Tapatío' and 'Diana Mexicana' made a tremendous hit in Mexico City where after the Pavlova season tested the capacity of the theater at all performances, these dances were performed in the Bull Ring before twenty-five thousand people, as a climax to the series. The success of this suite of dances in Mexico might be expected, but its receptions in other countries have been truly surprising, particularly in Paris and London, where it achieved great vogue and started a growing interest in Mexican arts and fabrics", "Pavlova", *Program and Program*, p. 21.



Universidad Nacional, José Vasconcelos, la antigua propuesta de Pani adquirió ciertos visos de concreción. En marzo de 1921, Vasconcelos, con una comitiva muy ilustre, realizó una gira de reconocimiento por el Bajío. Lo acompañaron por Colima, Aguascalientes, Jalisco y Zacatecas nada menos que Manuel M. Ponce, Pedro de Alba, Enrique y Gabriel Fernández Ledesma y Ramón López Velarde.<sup>57</sup> Todos ellos tendrían mucho que decir en la construcción de las imágenes estereotípicas nacionalistas del habitante común de la famosa "Suave Patria", que poco a poco se irían incorporando en los programas educativos por medio de la música, la poesía y las actividades creativas. Sobre este viaje, Vasconcelos escribiría:

También fueron conmigo los pintores Roberto Montenegro, don Jorge Enciso y don Enrique Fernández Ledesma que tomaron notas sobre las industrias locales, pues hay el propósito de mandar artistas cultos a las distintas regiones del país, para que perfeccionen a los artistas en sus procedimientos y en su técnica.<sup>58</sup>

Como nota curiosa, en varias de las muchas fiestas que se suscitaron en las primeras giras de Vasconcelos y su comitiva, el señor Ezequiel Salcedo, entonces director de los Talleres Gráficos de la Nación, no perdió la oportunidad de bailar unos cuantos "jarabes tapatíos" con las alumnas o maestras de los planteles que los integrantes del grupo iban visitando.<sup>59</sup> El espíritu nacionalista que se había incorporado plenamente a la actividad cotidiana se propagaba por todos los medios, incluso aquellos que hacían a un lado lo expresamente pedagógico para dar lugar a lo definitivamente lúdico. El jarabe tapatío era un baile que, según el discurso, había sido creado por "el pueblo mexicano" y debía regresar a él reinterpretado por sus líderes artísticos e intelectuales.<sup>60</sup>

Pero, independientemente de este caso concreto, ya para mediados y finales de 1921 la solicitud de un compromiso por parte

<sup>57</sup> Edgar Llinás, *Revolución, educación y mexicanidad...*, 1985.

<sup>58</sup> [José Vasconcelos], *El movimiento...*, p. 26.

<sup>59</sup> *Loc. cit.*

<sup>60</sup> R. Pérez Montfort, *Expresiones...*, pp. 20-32.

de las instancias oficiales a que las élites intelectuales participaran en la educación masiva era un hecho. En la contraportada de la revista *El Maestro*, órgano oficial de la Secretaría de Educación Pública, por ejemplo, se insistía en que “los espíritus cultos [...] están obligados más que nadie a contribuir con su exquisita penetración a la educación popular, ayudando a los más a entender y sentir lo que ha sido exclusiva ventaja de unos cuantos”.<sup>61</sup> Y para principios de 1922, la propia Secretaría de Educación Pública reconocía oficialmente que era “mucho más cuidadosa de la cultura popular que de los altos estudios”.<sup>62</sup>

Dicho sea de paso que al hacer mención de la cultura popular las autoridades educativas mostraban una clara preferencia por las expresiones de determinadas regiones de la República. Las manifestaciones populares del Bajío, los valles poblanos, la meseta Tarasca, Oaxaca y, particularmente, el Istmo de Tehuantepec, generaron un rápido consenso como las comarcas más apropiadas para representar lo “típico mexicano”. En la Secretaría de Educación Pública, varias personalidades insistieron en que tanto el charro, la china poblana, la tehuana y el indio –sobre todo el tarasco o el oaxaqueño– eran los clásicos representantes de lo que ya para entonces recibía el nombre genérico de “mexicanidad”. Entre estas personalidades destacaban los tapatíos Gerardo Murillo, Jorge Enciso y Roberto Montenegro, el chilango Adolfo Best Maugard, los hidrocálidos hermanos Gabriel y Enrique Fernández Ledesma y los oaxaqueños Fernando Ramírez de Aguilar, alias Jacobo Dalevuelta, y el propio José Vasconcelos, todos ellos con un conocimiento particular de la cultura del occidente y del centro del país que poco a poco fue ganando terreno hasta convertirse en la representante de la cultura nacional. A esta tendencia habría que sumar la labor de periodistas, literatos y estudiosos, no necesariamente tapatíos, como José de Jesús Núñez y Domínguez, Rubén M. Campos, el ya mencionado Higinio Vázquez Santa Ana, Carlos Santa Cruz, Federico Gamboa, Carlos Rincón Gallardo, Mario Luis

---

<sup>61</sup> *El Maestro*, s/p.

<sup>62</sup> [J. Vasconcelos], *La educación pública...*, p. 31.

de la Torre Otero y muchos más. Cada uno tuvo algo que decir sobre las chinas o el jarabe, las tehuanas y las velas, las charrerías o las tradiciones indígenas, gracias a lo que sabía o se le ocurría desde un espacio claramente ubicado en el centro urbano del país. Fue aquí, curiosamente, donde se discutió sobre tales asuntos y donde, eventualmente, pareció llegarse a un acuerdo en que estas representaciones serían las dominantes del México "típico".<sup>63</sup>

El charro, ya para finales de la década revolucionaria era sin duda la figura masculina estereotípica mexicana. Si bien varios personajes claramente opuestos a quienes ahora gobernaban el país habían utilizado el atuendo de charro para presentarse públicamente —desde el líder del campesinado indígena y agrarista Emiliano Zapata hasta el hacendado, jefe de rurales del odiado régimen de Victoriano Huerta, Carlos Rincón Gallardo, quien por cierto seguía ostentando su título de Marqués de Guadalupe—, la necesidad de reconstruir cierta unidad nacional, no sólo en materia económica y política, sino también cultural, pasó por alto estas diferencias y se aceptó tácitamente que quien representaba al mexicano "típico" era el charro. De manera semejante al caso de la china, la legitimidad del charro se establecía a partir de referencias costumbristas y literarias del México decimonónico y llegaba a la década revolucionaria con una gran cantidad de justificaciones: desde la popularidad de los rurales a caballo en los desfiles del 16 de septiembre<sup>64</sup> hasta la identidad del torero mexicano por excelencia durante el Porfiriato, Ponciano Díaz, alias "el charro" Ponciano.<sup>65</sup>

Esto implicaba una especie de reconciliación entre sectores que habían contendido entre sí durante el proceso revolucionario y que buscaban algún tipo de identificación común. Muchos viejos terratenientes y no pocos pobladores de los sectores medios campesinos del interior del país se habían refugiado en las ciudades y, a la hora en que anhelaban su pasado idealizado, recurrieron a cierta nostalgia de un campo lleno de artes de charrería, de bailes de tarima

---

<sup>63</sup> R. Pérez Montfort, *Estampas...*

<sup>64</sup> Paul Vanderwood, *Los rurales mexicanos*, pp. 13-25.

<sup>65</sup> Alejandro Arriola Ortiz, *Recordando otros tiempos*, p. 234.

y canciones románticas, por lo menos para salvar los recuerdos de su antigua vida en el medio rural. De ahí que una mistificación de los quehaceres del campo se convirtiera en el escenario natural del estereotipo que, como ya se mencionaba, existió durante el Porfiriato en forma de policía rural y hombre-autoridad de campo, más conforme a la imagen del terrateniente o del caporal que del trabajador de la tierra. De ahí también que el charro estuviera muy marcado por una ideología profundamente conservadora, con ciertos toques de fanfarronería y machismo, como posteriormente lo presentaría la industria cinematográfica de México.<sup>66</sup>

Por otro lado y como ya se ha referido en este artículo, a diferencia de lo que sucedió en materia política, muchos de los protagonistas del ambiente cultural imperante en estos años provenían de los altiplanos centrales y del occidente de México, factor que también contribuyó a que las características particulares de dichas regiones fueran las que paulatinamente se impusieran sobre los de otros espacios de la República. Esto fue curiosamente cierto a la hora de registrar el origen de la mayoría de los estudiosos y propagandistas del folklore mexicano. El protagonismo del hombre a caballo, armado y bravucón, encontró en el charro una suerte de armadura que le sirvió para presentarse como adalid del nacionalismo que emergía de la Revolución.<sup>67</sup>

Mientras los charros y las chinas se consolidaron como los estereotipos capaces de identificar a todo el país, es decir, se convirtieron en estereotipos nacionales; por su parte, las tehuanas y los indios apelaron a la cultura popular de localidades un tanto más limitadas, por lo que podrían ser considerados como estereotipos regionales. Sin embargo, todos eran capaces de integrarse como elementos centrales del "alma nacional" ya que representaban al actor fundamental de la obra del nacionalismo cultural: "el pueblo".

Esta suerte de síntesis de lo popular mexicano pudo apreciarse con gran nitidez durante aquellas fiestas del Centenario de la

---

<sup>66</sup> Aurelio de los Reyes, "El nacionalismo en el cine...", p. 274.

<sup>67</sup> *Ibid.*, pp. 273-292; Alfredo Cuéllar, *Charrerías*, p. 26; Carlos Rincón Gallardo, *El charro mexicano*, p. 125; José Valero Silva, *El libro de la charrería*, p. 212.

Consumación de la Independencia en septiembre de 1921. Con la colaboración de muchos de los artistas e instructores antes mencionados, tanto la Secretaría de Gobernación como la Secretaría de Educación Pública participaron en la organización y los contenidos de dichas fiestas. Su máxima expresión pudo lograrse durante la ya mencionada "Noche Mexicana" celebrada el 26 de septiembre. Como "glorificación del arte nacional mexicano", el programa de aquella noche identificó a este acontecimiento como un "resumen de toda suerte de manifestaciones artísticas populares, porque en ella el pueblo de México se mirará a sí mismo, como un espejo prodigioso, con una fisonomía que hasta ahora él mismo casi desconoce".<sup>68</sup> Y tal resumen consistió en la presentación de los fuegos artificiales y dos cuadros bailables compuestos por tehuanas, charros y chinas poblanas.

Aun cuando se insistía en la ponderación de lo auténtico, un aire de clasicismo muy al gusto del entonces poderoso José Vasconcelos, capaz de incorporar tanto la cultura grecolatina como las enseñanzas orientales, se dejó sentir en las notas del programa de mano de aquella "Noche Mexicana". En las explicaciones relativas al cuadro bailable de la Tehuana se podía leer por ejemplo:

Si hay en alguna parte de México resurrecciones instintivas de la equilibrada gracia helénica, es en Tehuantepec. Cuando miramos, amodorrados por la furia solar, el paso de una tehuana con busto firme y recto, los brazos ondulantes y un largo y lánguido vaivén de las anchas faldas agitadas por el viento, se nos figura asistir, como en sueño, a una evocación de la Grecia artística y heroica.<sup>69</sup>

A la hora de hablar de la china poblana, la referencia a su legendario origen oriental fue también obligada, en obediencia de los cánones del exotismo impuesto por quienes querían hacerse pasar por vasconcelistas. Mediante el uso de lugares comunes semipoéticos, la presentación oficial afirmaba que esta mujer:

---

<sup>68</sup> *Noche Mexicana*, programa de mano, 26 de septiembre de 1921.

<sup>69</sup> *Loc. cit.*

Sólo conservó de su lejana patria, el amor a las sedas, a los ornamentos raros, complicados y fastuosos; a la profusión de oros y colores metálicos, que ornaron ampliamente las maravillosas vestiduras con que iba por la calle... Y he ahí cómo, en la tierra sañuda y árida de la mesa central, desplegó su raro lujo una flor de milagro traída de oriente.<sup>70</sup>

Pero el afán estereotípico, es decir, la búsqueda de una síntesis válida para todas las mujeres mexicanas, llegaba a uno de sus extremos con la pretensión de fundir a tehuanas con chinas y lograr un ente armónico y gracioso. El programa de la fiesta oficial concluía de la siguiente manera:

Y para finalizar esta noche, de la que ha querido hacerse una expresión sintética del arte autóctono, las figuras se desvanecerán; habrá una simplificación de envolturas y vestiduras; la china poblana y la tehuana esfumarán sus aspectos superficiales, para fundirse en la mujer de México plena de gracia y de discreta armonía.<sup>71</sup>

Todo parece indicar que la puesta en escena de dichos bailables pasó por un momento un poco complicado debido a que, según el periodista José Luis Velasco, "la primer Noche Mexicana en el Bosque de Chapultepec tuvo el aspecto de un inmenso rebaño congregado sobre un suelo invadido por el lodo", gracias al gran chubasco que se precipitó sobre los concurrentes.<sup>72</sup> Sin embargo, otros periodistas aseguraron que el final de la fiesta no tuvo mayores contratiempos y concluyó con:

Una multitud que discurría en aquellos momentos por las calzadas iluminadas del bosque; y había entre ella gentiles chinas, tehuanas hermosísimas, y charros apuestos, que daban la nota principal de color y de alegría en medio del general entusiasmo de los visitantes nocturnos al fantástico espectáculo.<sup>73</sup>

---

<sup>70</sup> *Loc. cit.*

<sup>71</sup> *Loc. cit.*

<sup>72</sup> S. Betancourt, *Album histórico mexicano*, p. 76.

<sup>73</sup> *El Universal*, 29 de septiembre de 1921, segunda sección, p. 1.

Los "inditos" quedaron fuera de lugar en este festejo, pero no dejarían de incorporarse a la menor provocación a la hora de representar a este México escenográfico y nacionalista que tanto gustó a intelectuales y artistas tan necesitados de legitimación y público fácil.

Las coreografías de aquella "Noche mexicana" del bosque de Chapultepec se presentaron un par de semanas después en el teatro Arbeu, con el título de "El Ballet Mexicano" de Cristina Pereda y su compañía. Si bien algunos críticos les hicieron el feo afirmando que "¡Era una lata!", otros reivindicaron su carácter popular y su propuesta innovadora. Un periodista se refirió ampliamente a esta presentación y comentó, para empezar, la siguiente justificación cargada de elementos que no tardarían en convertirse en recursos clásicos del nacionalismo cultural:

Hay aquí, pues, un germen de expresión artística, muy capaz de ser desarrollado y refinado por hombres de talento hasta tornarlo apto para servir de intérprete fiel a los sentimientos y a los pensamientos del alma popular de México [...].

Sólo yendo a buscar ahí nuevas inspiraciones, los artistas pueden encontrar nuevos modos, y sobre todo, aquellos que refieren el temperamento particular de su nación. Tal fue el origen de la moderna música rusa, y tal es la labor de los músicos de España, que están creando la modernísima música española.

En México, casi toda la obra está por hacerse.<sup>74</sup>

A la hora de describir aquel "ballet", el espíritu nacionalista impregnó la prosa de este periodista quien, con particular entusiasmo, describió el cierre del espectáculo que consistió en un clásico jarabe bailado por un par de parejas formadas por charros y chinas poblanas:

Los amores se complican con las rivalidades y los celos. Los hombres se calientan artificialmente la sangre y viven idilios y tragedias violentas.

El bailable de las chinas y de los charros se ajusta a este nuevo ritmo. Se desarrolla en una trama minúscula, el eterno episodio

---

<sup>74</sup> *El Universal Ilustrado*, 20 de octubre de 1921, pp. 32-33.

de la mujer que lanza a los rivales, el uno contra el otro. Salta la música, en un atropellamiento de melodías encrespadas. Hay choque de pasiones, de sonidos, de colores y de conjuntos.

Ciertamente, los pasos del baile no son siempre de un mexicanismo escrupuloso; pero en general el medio está bien logrado. La alegría de las fiestas populares tienen en este bailable una hábil interpretación. Y sobre todo, los prestigios del jarabe se imponen al entusiasmo del público.

Porque el público metropolitano, aun haciendo un gesto *snob* de incredulidad cuando se le dice que aquello es "ballet", se rinde a la seducción del baile, popular como ninguno entre nosotros, y olvida por un momento que los bailarines no se sostienen en la punta de los pies, que no visten a la rusa, a la húngara o a la griega; que aquello es cosa nuestra, estilizada, "elegantizada", refinada todo lo posible, para que pueda exhibirse, decorosamente, en el escenario en que se balanceó, admirablemente, por cierto, la señora Pavlova.

Pero –repitémoslo– esto es sólo una muestra de lo que se puede hacer, con elementos de arte popular mexicano, para expresar estéticamente, sentimientos y pensamientos mexicanos. Es un esfuerzo para crear arte nuestro, que esté libre de prejuicios ajenos, y que sea la lengua simbólica en que diga su sentir, propio y original, el alma de México.<sup>75</sup>

A partir de esta celebración, las "noches mexicanas" en las que podía testimoniarse la exaltación de la mexicanidad como expresión del "alma del pueblo", fueron vistas como un buen recurso para afirmar los valores nacionales en múltiples ámbitos, desde los oficiales hasta los escolares, desde los espacios públicos hasta las fiestas privadas. Algo se removió en "el alma" de sus organizadores y participantes, porque hasta hoy son pocos los actos cívicos, las ceremonias conmemorativas, los festivales infantiles y juveniles, y hasta los ballets folclóricos, en que la nota típica no sea protagonizada por atuendos y bailes de chinas, charros, tehuanas e inditos. Pareciera que aquella "noche mexicana" de septiembre de 1921 inauguraba un capítulo central en el repertorio de rituales nacionalistas de este país, entonces como hoy, tan abundante en materia de representaciones populares.

---

<sup>75</sup> *Loc. cit.*



## BIBLIOGRAFÍA

- Arriola Ortiz, Alejandro, *Recordando otros tiempos*, México, s/e, 1944.
- Azueta de la Cueva, Alicia, *Arte y poder. Renacimiento artístico y revolución social. México, 1910-1945*, El Colegio de Michoacán-Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- Ballesteros, José Ramón, *Origen y evolución del charro mexicano*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1962.
- Beals, Carleton, *Porfirio Díaz. Dictator of Mexico*, Filadelfia y Londres, J. B. Lippincott Co., 1932.
- Best Maugard, Adolfo, *Método de dibujo: tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*, México, Departamento Editorial de la Secretaría de Educación, Talleres Gráficos de la Nación, 1923.
- Betancourt, Salvador e Ignacio Betancourt, *Álbum Histórico Mexicano*, México, Editores de México, 1923.
- Blancarte, Roberto (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Carrasco Puente, Rafael *Antolobibliografía del rebozo mexicano*, Puebla, Ediciones del Centro de Estudios Históricos de Puebla, A.C., 1968.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976.
- Cuéllar, Alfredo B., *Charrerías*, México, Imprenta Azteca, 1928.
- Dallal, Alberto, *La danza en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- De los Reyes, Aurelio, "El nacionalismo en el cine. 1920-1930: Búsqueda de una nueva simbología", *El Nacionalismo y el arte mexicano (IX Coloquio de Historia del Arte)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 273-292.
- Díaz Arciniega, Víctor, *Querrela por la cultura "revolucionaria" (1925)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Dirección General de Estadística, *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos*, 3 vols., México, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda-Departamento de Talleres Gráficos del Gobierno

- Nacional del Poder Ejecutivo Federal, 1918-1920.
- García Barragán, Elisa, "El imaginario de la Revolución Mexicana. Punto de partida de una iconografía nacionalista", en Francisco Colom González, (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Iberoamericana-Veruert, 2005, pp. 1227-2143.
- Guerrero, Julio, *La génesis del crimen en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (Col. Cien de México).
- Guzmán, Martín Luis, *Otras páginas*, México, Compañía General de Ediciones, 1958.
- Léon, Nicolás, *Los tarascos; notas históricas, étnicas y antropológicas, comprendiendo desde los tiempos precolombinos hasta los actuales, coleccionadas de escritores antiguos y modernos, documentos inéditos y observaciones personales*, México, Museo Nacional, 1904.
- López Velarde, Ramón, *Poemas escogidos*, pról. de Xavier Villaurrutia, México, Cvltvra, 1940.
- Lozano, Luis Martín, et al., *Del Istmo y sus mujeres. Tehuanas en el arte mexicano*, México, Museo Nacional de Arte, 1992.
- Llinás, Edgar, *Revolución, educación y mexicanidad. La búsqueda de la identidad nacional en el pensamiento educativo mexicano*, México, Compañía Editorial Continental, 1985.
- Manrique, Jorge Alberto, "El proceso de las artes 1910-1970", en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1976.
- Molina Enríquez, Andrés, *Los grandes problemas de México*, pról. de Arnaldo Córdova, México, Ediciones Era, 1995.
- Moreno Rivas, Yolanda, *Rostros del nacionalismo en la música mexicana. Un ensayo de interpretación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Murillo, Gerardo, Dr. Atl, *Las artes populares en México*, México, Publicaciones de la Secretaría de Industria y Comercio, Ed. Cultura, 1922.
- Núñez y Domínguez, José de Jesús, *El rebozo*, México, Departamento Editorial de la Dirección de Bellas Artes, 1917.
- Pani, Alberto J., *Una encuesta sobre educación popular*, México, Poder Ejecutivo Federal, 1918.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, México, Centro de Investiga-

- ciones y Estudios Superiores en Antropología Social-CIDEHM, 2002.
- , *Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX. 10 ensayos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2007.
- , "Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920 a 1940", en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 343-383.
- Pilcher, Jeffrey M., *¡Vivan los tamales! La comida y la construcción de la identidad mexicana*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Ediciones de la Reina Roja, 2001.
- Rincón Gallardo, Carlos, *El charro mexicano*, México, Porrúa, 1939.
- Rivera, José María, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, M. Murguía, 1855.
- Rodríguez Kuri, Ariel, "Julio Guerrero", en Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri, *Ciencia, filosofía y sociedad en cinco intelectuales del México liberal*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Miguel Ángel Porrúa, 2001.
- Sefchovich, Sara, *México: País de ideas, país de novelas*, México, Editorial Grijalbo, 1987.
- Serrano, Pedro, *Hispanistas Mexicanos*, vol. 1, México, 1920.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Valero Silva, José, *El libro de la Charrería*, México, Editorial Gaceta, 1987.
- Vanderwood, Paul, J., *Los rurales mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- [Vasconcelos, José], *El movimiento educativo en México*, México, Dirección de Talleres Gráficos, 1922.
- , *La educación pública en México*, México, Talleres Gráficos de la Nación dependientes de la Secretaría de Educación Pública, 1922.
- Vázquez Santa Ana, Higinio y Juan Antonio Granados, *Estudio del tema segundo propuesto en la convocatoria del 10 de noviembre de 1920*, México, Congreso Nacional de Maestros, Secretaría de Gobernación, Dirección de Talleres Gráficos, 1920.
- Vázquez Valle, Irene, *La cultura popular vista por las élites (Antología de ar-*

*títulos publicados entre 1920 y 1952*), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950.

## HEMEROGRAFÍA

Coignard, Jerónimo, "El valor efectivo del ballet mexicano", *El Universal Ilustrado*, México, año IV, núm. 233, 20 de octubre de 1921, pp. 32-33.

*El Maestro. Revista de Cultura Nacional*, México, núm. I, 1921.

Gamio, Manuel, "Nacionalismo e Internacionalismo", *Ethnos*, t. 1, núm. 2, 1923.

"La Noche Mexicana en el Bosque de Chapultepec", *El Universal*, México, 6 de septiembre de 1921, p. 6.

León, Nicolás, "Catalina de San Juan y la China Poblana", *Cosmos*, México, diciembre de 1921, enero y febrero de 1922.

———, "México Pintoresco. Lo que se sabe con certidumbre del traje de china poblana", *El Mundo Ilustrado*, México, 25 de junio de 1924.

*Noche Mexicana*, programa de mano, 26 de septiembre de 1921.

"Otro éxito fue ayer la Noche Mexicana", *El Universal*, México, 29 de septiembre de 1921, Segunda sección, p. 1.

"Pavlova" *Proem and Program*, Nueva York, The Wander Press, 1922.

Pérez Montfort, Ricardo, "Historia, literatura y folklore. El nacionalismo cultural de Rubén M. Campos, Fernando Ramírez de Aguilar e Higinio Vázquez Santa Ana", *Cuicuilco*, México, nueva época, vol. 1, núm. 2, septiembre-diciembre de 1994.

Ruiz Martínez, Apen, "Nación y género en el México revolucionario: La India Bonita y Manuel Gamio", *Signos Históricos*, núm. 5, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, enero-junio de 2001.

## 5. PRENSA Y LITERATURA PARA LA REVOLUCIÓN. LA NOVELA SEMANAL DE *EL UNIVERSAL ILUSTRADO*<sup>1</sup>

Yanna Hadatty Mora<sup>2</sup>

*Otras publicaciones periódicas han hecho y hacen algo  
[...] en favor de la cultura nacional, tan olvidada en los últimos años,  
años tremendos de lucha intestina y desorden; pero ninguna  
de esas publicaciones ha logrado lo que está logrando  
EL UNIVERSAL ILUSTRADO con su novela semanal.*

Román D. Racodama, *El Universal Ilustrado*, 1 de febrero de 1923.

Carlos Noriega Hope funda el 2 de noviembre de 1922 la colección "La Novela Semanal" dentro del semanario que también dirige. Como parte de la serie que aparece desde entonces hasta 1925, con alguna interrupción, se publican títulos tan heterogéneos como la primera reedición por entregas de *Los de abajo* de Mariano Azuela, o la *nouvelle* estridentista *La señorita etcétera* de Arqueles Vela.

El planteamiento general de Noriega Hope demuestra una apertura para brindar un espacio a la "narrativa inédita mexicana". En el segundo plano de las novelas vemos aparecer con frecuencia eventos que caracterizan a los aún convulsivos años posteriores a la lucha armada. Sobre todo, en lo que atañe a la ciudad de México

<sup>1</sup> El material de este artículo forma parte de un proyecto de investigación, registrado en 2008 por la autora en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México bajo el título "La Novela Semanal: México y Buenos Aires".

<sup>2</sup> Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas.

como escenario privilegiado: huelgas, emergencia sindical, corrupción de autoridades, desintegración familiar, combate de ideas dentro y fuera de las redacciones periodísticas.

Más de una centena de publicaciones cortas debieron aparecer entre principios de noviembre de 1922 y julio de 1925 bajo el membrete "La Novela Semanal", acompañando el semanario de los jueves: *El Universal Ilustrado*. Las obras corresponden a un amplio espectro que incluye lo mismo a escritores modernistas, posmodernistas, colonialistas, vanguardistas, así como a novelistas de la Revolución. Se enlistan en su catálogo obras de Francisco Monterde, Mariano Azuela, José Juan Tablada, Armando C. Amador, Arqueles Vela, Gilberto Owen, Marco Aurelio Galindo, Juan Bustillo Oro, Daniel Cosío Villegas, José María González de Mendoza, Xavier Icaza, Antonio Helú, Carlos Barrera, Gregorio López y Fuentes, Victoriano Salado Álvarez, José López Portillo y Rojas, Manuel Gamio, Eduardo Luquín, María Enriqueta, Carlos Noriega Hope; o Salvador Novo y Rafael Heliodoro Valle como antólogos, por citar a los más conocidos.

Este artículo busca problematizar la existencia y divulgación de este desatendido corpus, y propone que quizá se trata de otra literatura movilizada por los acontecimientos históricos recientes, más allá de la emergencia de estridentistas y Contemporáneos, y de la mayor visibilidad en la narrativa de la llamada novela de la Revolución.

### *La Novela Semanal, proyecto revolucionario*

*El Universal*, fundado el 1 de octubre de 1916 por Félix F. Palavicini –antes Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes de Venustiano Carranza, y Diputado Constituyente por el Distrito Federal– es considerado pionero de la prensa moderna mexicana por el uso de rotativas de altos tirajes –50,000 en una hora, afirma la primera edición– y el seguimiento del formato norteamericano del periodismo industrializado que implica la suscripción cablegráfica a agencias de noticias y de servicios fotográficos, corres-

pensalías en el extranjero, actualidad avalada en la tecnología de punta de su época.<sup>3</sup>

Por otra parte, el diario se maneja para entonces en todas las secciones y suplementos con una visión empresarial, al concebir al lector y al anunciante como clientes a complacer, en virtud de lo cual organiza con frecuencia encuestas y promociones para el público. En abril de 1923, Miguel Lanz Duret se convierte en el dueño de *El Universal*. Es importante recordar que México inicia para entonces un periodo de pacificación y consolidación del proyecto revolucionario después de la lucha armada a partir de la validación del constitucionalismo.<sup>4</sup>

El semanario tiene como directores, sucesivamente, a Carlos González Peña, Xavier Sorondo y María Luisa Ross en esta primera etapa; pero indudablemente alcanza su mayor auge cuando, de 1920 a 1934, la dirección se encomienda a Carlos Noriega Hope, un periodista de veinticuatro años que reúne junto a su juventud una serie de atributos del héroe moderno: de asistente de arqueólogo a *self-made man*, *reporter*, guionista y crítico de cine, con una estadía en Hollywood en que conoce el mundo del *star system* por dentro; editor, narrador, dramaturgo y crítico teatral.<sup>5</sup> Su ágil pluma adies-

<sup>3</sup> El otro diario con estas características era *Excélsior*. Aunque en algunas historias del periodismo mexicano moderno se ubica como referente inicial *El Imparcial* de Rafael Reyes Spindola, de fines del siglo XIX, al parecer se trata de un diario de transición. Éste resulta cercano a la nueva prensa en la medida en que la información se privilegia sobre el periodismo de opinión, pero sus recursos técnicos no alcanzan para una verdadera producción moderna. Su tiraje hacia 1905 decía ser de 65 000 ejemplares diarios. En cambio, para 1920 se puede encontrar un anuncio que afirma que *El Universal* es el diario más popular y más leído: "The Most Popular & Widely-Read Daily Circulating in Mexico. In the short space of three years *El Universal* (founded by Felix F. Palavicini, a Latin-American journalist of World-wide renown) has built up a circulation larger than any other daily in Mexico City or the Republic, and its circulation is still growing at a phenomenal rate. It also carries more advertising than any other Mexican daily. / Daily circulation over 80,000. / Sunday circulation over 140,000." *El Magazine de la Raza*, p. 4.

<sup>4</sup> A este respecto, así se pronuncia María Teresa Camarillo Carvajal en *El sindicato de periodistas...*, p. 51: "Al triunfo del movimiento constitucionalista se integra el Congreso Constituyente. Para informar sobre su marcha, Félix F. Palavicini funda *El Universal* el 1 de octubre de 1916. La concepción de este matutino es ya la de un periódico netamente industrial. El número de personas que en él intervienen aumenta considerablemente y la labor reporteril está claramente definida. Puede decirse que con su advenimiento y el del *Excélsior* —marzo de 1917— se entra de lleno a la etapa del periodismo industrial contemporáneo".

<sup>5</sup> Para una referencia detallada a la biografía de Noriega Hope, ver la tesis de licenciatura de Estela García Concilión, "Carlos Noriega Hope...", capítulo 1.

trada en Estados Unidos le da un carácter maleable para entrevistar personajes del deporte como boxeadores, o promover con sus columnas la filmación nacional. En 1922, Noriega Hope se lanza a la tarea de fundar la colección La Novela Semanal. Se trata de una de muchas campañas de avanzada periodística de Noriega Hope, calificada por Manuel Horta –quien llegaría a ser director de *Revista de Revistas*, el semanario de la competencia, de 1925 a 1929– como la revista que se encontraba “en el primer sitio de la república”.<sup>6</sup>

En el prólogo al primer número de La Novela Semanal de *El Universal Ilustrado*, su director anuncia: “Un verdadero esfuerzo significa [...] esta nueva sección. No se escapará a nuestros lectores que el hecho de conseguir cada semana una novela corta de autor mexicano representa por nuestra parte, un esfuerzo sencillamente colosal, ya que en México muy pocos cultivan con éxito este género literario”. Y al presentar en estas líneas además de la colección al primer novelista de la misma, Gustavo Martínez Nolasco con *La comedianta* (1922), el prologuista añade que el hecho de carecer el autor seleccionado hasta la fecha de una trayectoria literaria, lo hace más idóneo para publicarse allí, puesto que “la labor de esta Revista no es la de incensar a los consagrados, sino la de enaltecer a los humildes, a los desconocidos que principian a recorrer el sendero”.<sup>7</sup> Empresa que constituye una acción loable en sí, por tratarse de “esfuerzos sinceros en pro de la nueva literatura patria”.<sup>8</sup>

La postulación quizá desmesurada de hacer una labor patriótica con la edición de nuevos autores mexicanos aparece en varias ocasiones en Noriega Hope, entre veras y burlas, como cuando publica el polémico “La influencia de la Revolución en la literatura”, en donde afirma que “Los escritores de la Revolución no [son] los que estuvieron en la Revolución”.<sup>9</sup> A pesar de que el artículo –con-

<sup>6</sup> Manuel Horta, “¿Cómo se hizo usted periodista?”, p. 23.

<sup>7</sup> El riesgo de publicar a desconocidos que no sigan escribiendo más adelante es común en la relación prensa-literatura.

<sup>8</sup> Aunque carece de firma, se atribuye a Carlos Noriega Hope este “Prólogo”, en Gustavo Martínez Nolasco, *La comedianta*, p. 5. Este fragmento aparece citado también por Francisco Monterde en su “Prólogo” a *18 novelas de El Universal*, p. 9.

<sup>9</sup> Firmado bajo el seudónimo José Corral Rigán, que comparten Arqueles Vela, Febronio Ortega y Carlos Noriega Hope. *El Universal Ilustrado*, 20 de noviembre de 1924.



siderado uno de los textos iniciadores de la “querrela por una cultura revolucionaria” de 1925– habla de Diego Rivera como pintor de la Revolución, Manuel Maples Arce como su poeta, y Mariano Azuela como su futuro novelista cuando escriba sobre ella; se desprende una lectura posible de que son muchos los escritores de la Revolución y, en cierta medida, lo son ellos también a partir de la puesta en marcha del arriesgado proyecto editorial.

Otros colaboradores exhiben una actitud militante en la defensa de la colección. El artículo del que tomamos el epígrafe se cita extensamente a continuación por la relevancia de sus asertos:

#### Notas de crítica

##### “La Novela Semanal” de EL UNIVERSAL ILUSTRADO

No cabe dudar que el esfuerzo desarrollado por EL UNIVERSAL ILUSTRADO para ofrecer a sus lectores una novela corta de autor mexicano, semanariamente, es de lo más loable. En este país en el que la inquina ha sentado sus reales, del que la estulticia y el plomo han hecho su covacha, ya era tiempo de que surgiera algo así.

Otras publicaciones periódicas han hecho y hacen algo semejante, en favor de la cultura nacional, tan olvidada en los últimos años, años tremendos de lucha intestina y desorden; pero ninguna de esas publicaciones ha logrado lo que está logrando EL UNIVERSAL ILUSTRADO con su novela semanal. Y es que, mientras las demás se dedicaban a publicar traducciones –más o menos bien hechas–, selecciones –más o menos bien logradas– y una que otra producción mexicana, la publicación semanal de esta Revista se ha dedicado a “obsequiar” (verbo casi fuera de uso en estos tiempos) una novela corta de autor mexicano.

[...] ¿Qué significa en la literatura nacional, la publicación semanal de una novela corta mexicana? [...]

EL UNIVERSAL ILUSTRADO [...] empezó a suplementar su publicación con un folleto bien logrado, más o menos vistoso. Es un esfuerzo digno de alabanza, porque en esta tierra, rojinegra, pseudo-fachista, revolucionaria y petrolera, cualquier esfuerzo en pro del arte es planta exótica. Hecha la intentona, bien apreciada, quedaba por ver qué resultados prácticos aportaría en bien de la cultura general. Y eso no se ha hecho esperar.

Ahora sabemos que en México, además de Gamboa y López Portillo, hay quien escribe novelas: buenas, malas, mediocres, intolerables; pero hay quien las escribe. Y más: hay quien las hace magníficas, verdaderas novelas, que no sólo cumplen con los cánones de la literatura, sino que revelan un espíritu artístico innegable. [...] Esto ha hecho "La Novela Semanal" de EL UNIVERSAL ILUSTRADO.

Vamos a ver qué han hecho sus colaboradores.  
Román D. Racodama  
México, 1923.

De este pronunciamiento, a ratos más cercano al manifiesto que a la crítica, se desprende que –siendo el autor también una de las firmas de la colección–<sup>10</sup> existía al menos un programa detrás de la propuesta. La Novela Semanal encarna un ideario de relevo generacional para demostrar que existe narrativa en México más allá de Federico Gamboa y José López Portillo y Rojas, novelistas de éxito pero quizá sobre todo representantes del canon, en tanto directores entrante y saliente de la Academia Mexicana, respectivamente.<sup>11</sup>

Un texto que se puede mencionar en este sentido es *La novela. Breve ensayo*, discurso presentado por López Portillo y Rojas a principios del siglo al ingresar como miembro de número a la Academia en 1903 y publicado en 1906; a más de la propia obra del autor, a la que sin embargo la colección no se sustrae al ofrecer a la muerte del mismo un número antológico con "sus mejores cuentos".<sup>12</sup> Con una visión muy tradicional y aun frívola, el académico sostiene las bondades educativas de la novela, en defensa de quienes responsabilizan al género de los males sociales contemporáneos: "¿quién duda que la novela sea un medio educativo, social y artístico, de primer orden? Ella pone en contacto a los lectores con los buenos usos sociales, con las exquisiteces del lujo y con los primores del arte" (p. 58). Quizá por eso uno de los textos de Contemporáneos

<sup>10</sup> Seudónimo y anagrama de Armando C. Amador, autor de *Siphros (La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*, año I, núm. 2, 9 de noviembre de 1922). Cfr. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Catálogo...*, p. 15.

<sup>11</sup> Octavo y noveno directores; José López Portillo y Rojas dirige la Academia de 1916 a 1923; Federico Gamboa lo hace de 1923 a 1939.

<sup>12</sup> José López Portillo y Rojas, *Sor María Margarita...*, 1923, y *La novela...*, 1906.

también haga burla del autor como antagonista de la nueva literatura: “imaginemos la tragedia del pescador de frases en una novela del inmediato ayer: en una novela de don José López Portillo, por ejemplo. Tras de perder la paciencia, tendría que perder la vida”.<sup>13</sup>

La idea de la calidad desigual entre los escritos de la colección es asimismo clara para su director, quien en su momento afirma: “La novela semanal es un verdadero acontecimiento [...] una verdadera montaña de novelas cortas [...] Muchas son rematadamente malas. Algunas son buenas, y una que otra es magnífica”.<sup>14</sup>

Los novelistas propuestos en el mismo artículo como modelos de la nueva escritura, Anatole France, Eça de Queiroz, son los grandes autores de las colecciones de novela por entregas de la prensa mundial.<sup>15</sup>

\* \* \*

En otro sentido, lo “revolucionario” puede dimensionarse también desde la condición material de la serie: la filiación de los *magazines* semanales que publican estas precarias colecciones con los folletines decimonónicos es inmediata, en su condición de literatura económica y “plenamente urbana”, como reconoce Jesús Martín Barbero.<sup>16</sup> Es necesario plantearse de inicio que la ausencia de la colección completa

<sup>13</sup> “La pesca y la flecha”, *Ulises*, núm. 2, 2 de junio de 1927, edición facsimilar (*Revistas Literarias Mexicanas Modernas*), p. 75.

<sup>14</sup> C. Noriega Hope, “La ofensiva de La novela semanal”, p. 11.

<sup>15</sup> Para la semana santa del año 1923 se reproduce un fragmento de Eça en esta misma colección. Cfr. Eça de Queiroz, *La muerte de Jesús*, *La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*, año I, núm. 22, 29 de marzo de 1923. A la muerte de France (1924), varios textos se dedican a conmemorarlo en el suplemento.

<sup>16</sup> Dice además el estudioso: “Antes de significar novela popular publicada por episodios en un período, folletín señaló un lugar en el periódico: el ‘sótano’ de la primera página, a donde iban a parar las ‘variedades’, las críticas literarias, las reseñas teatrales del brazo de los anuncios y recetas culinarias, y no pocas veces de noticias que disfrazaban la política de la literatura. Lo que no se permitía en el cuerpo del diario podía sin embargo encontrarse en el folletín, y esa condición de origen, así como la mezcolanza de literatura con política, dejarán buena huella en el formato. [...] Poco tiempo después esos relatos ocupan ya todo el espacio del folletín y de ahí la absorción del nombre. Con ello se busca reorientar los periódicos hacia el ‘gran público’ abaratando los costos, y aprovechando las posibilidades abiertas por la ‘revolución tecnológica’ operada por la rotativa que aparece justamente en esos años, permitiendo pasar de 1 100 páginas impresas a 18 000 a la hora”. J. Martín Barbero, “La aparición del medio”, pp. 167-168.

como tal en fondos de bibliotecas o colecciones de publicaciones periódicas está determinada por una tácita sanción negativa hacia estas publicaciones. La ausencia de la encuadernación de origen puede haber obstado en lo material y en lo simbólico para la preservación del *corpus*. Como dice Martín Barbero, "Publicado en el periódico en folletos de entrega semanal, el folletín no tendrá nunca el estatuto cultural del libro, pues al no tenerse de pie, ni una bella carátula, su materialidad no podrá ser exhibida como exponente cultural, al contrario, una vez leído el folletín pasará a ser mero papel".<sup>17</sup>

Además, coadyuva a la posible descalificación el hecho de que la colección periódica se (auto) defina como una serie de obras escritas "sin retórica ni paciencia",<sup>18</sup> expresión que sin duda evoca como propio de la colección literaria el carácter determinante del acelerado ámbito laboral de la prensa moderna. Tomamos la frase del epígrafe de una de estas novelas "inéditas y mexicanas", *El caso vulgar de Pablo Duque* de Manuel Horta: "Apuntes rápidos, notas de carnet, observaciones frente a la llaga misma, forman esta narración corta. [...] La escribo al correr de la máquina, sin retórica ni paciencia, entre las exigencias de estas horas fugitivas y el ruido ensordecedor de las máquinas insaciables" (p. 3).

La producción del texto "de una sola vez", sin borradores, acorde a la premura exigida por la redacción de un periódico para el consumo semanal, donde parece importar más contar una historia que cuidar el estilo, es una fórmula común. Por lo menos, como parte del imaginario, en que por lo visto convergen escritores y críticos. No por casualidad coinciden en desempeñar el oficio de *reporter*, editor o impresor, los protagonistas del cuento de 1922 "Los espejos de la voz" de Arqueles Vela,<sup>19</sup> y de las novelas de 1923 *Dantón* de Francisco Monterde, *Carroña social* de Leoncio Espinosa, *El caso vulgar de Pablo Duque* de Manuel Horta; de 1924, *Pepe Vargas*

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 173.

<sup>18</sup> Una primera exploración del tema que ahonda en este motivo se presentó en las Jornadas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México en 2005, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM. Véase Y. Hadatty, "Sin retórica ni paciencia...", pp. 185-193.

<sup>19</sup> Cuento publicado al final del volumen en el cual aparece *La señorita etcétera* del mismo autor. Arqueles Vela, "Los espejos de la voz", pp. 29-32.

al teléfono de Antonio Helú; y de 1925, *Los cuatro príncipes* de Enrique América,<sup>20</sup> y el cuento "Anticipo" de Eugenio Heltai,<sup>21</sup> por citar narraciones de distintos años de la colección. Todas éstas tienen como protagonistas a sujetos cuya vida cotidiana da cuenta de la brega sin descanso que caracteriza la labor de la redacción del periódico y del oficio de la imprenta, o bien de las penurias de la supervivencia de los *reporter*. Resulta fácil entender que de ahí provenga también la idea de que muchos de estos escritos han sido producidos en condición del jornal cumplido, como otra tarea apuntada en el *block* o carnet, más que de inspirada obra de arte.

A continuación se comentarán algunas de estas obras que, al poner en el centro de la acción al personaje del editor, el impresor o el reportero, abordan la relación prensa y literatura en su momento histórico. Muchos de estos escritores son a su vez representantes de primera mano del reportero de tiempo completo y del escritor de ocasión. Esto no aparece desvinculado del enunciado general del título si pensamos que el primer artículo de Félix F. Palavicini cierra con la afirmación "El programa de *El Universal* es el programa de la Revolución";<sup>22</sup> en esta lectura es posible leer también al periodista como un héroe revolucionario.

### *El reporter, escritor y personaje*<sup>23</sup>

El *reporter*, personaje dilecto de la época, aparece como una representación generalmente joven; en ocasiones desata "la competencia laboral y el menosprecio de los antiguos redactores".<sup>24</sup> Surgido en lo literario con el Modernismo, encuentra un nuevo auge en los años 20 del pasado siglo, cuando según la historia de la prensa ganan

<sup>20</sup> Seudónimo de Edmundo Fernández Mendoza, *Diccionario de seudónimos*, p. 306.

<sup>21</sup> Cuentista húngaro de literatura de humor. Una colección de sus cuentos aparece en Calpe, 1922, bajo el título *La verdad a perra chica*.

<sup>22</sup> Félix F. Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, cap. xxiii, "Fundación de *El Universal*", p. 359.

<sup>23</sup> Una versión preliminar de este aspecto apareció, bajo el título "Prensa y literatura para la Revolución: el personaje del *reporter* en la Novela Semanal de *El Universal Ilustrado*", como parte de la publicación colectiva *Plumas y tintas de la prensa mexicana* (A. Pineda Soto, coordinadora).

<sup>24</sup> Laura Navarrete Maya, *Excélsior en la vida nacional...*, p. 77.

terreno el periodismo deportivo, de entretenimiento y cultural. El *reporter* se vuelve imprescindible dentro del oficio moderno por el predominio de la noticia sobre la opinión, que necesitaba contar con un verdadero equipo de reporteros para “recabar y redactar la información, y una mesa de redacción atenta a valorar los sucesos del momento y del entorno nacional e internacional”.<sup>25</sup>

El *reporter* diremos que es una figura que nos viene del periodismo noticioso norteamericano, donde surgió a mediados del XIX. Éste era un personaje con espíritu aventurero, observador y activo, que se aparecía como por arte de magia en el momento menos esperado. Para él su actividad cotidiana representaba y representa la posibilidad de transformar hechos sociales en noticias y de elaborar la nota informativa, la entrevista y el reportaje con un lenguaje atractivo e impactante.<sup>26</sup>

En la novela corta *El caso vulgar de Pablo Duque*, un narrador en primera persona, quien conoce al personaje que da título a la obra, hace su presentación como *reporter*:

El pobre diablo tenía un empleo de repórter ayudante de cierta publicación [...] se desvelaba mucho y comía poco [...] Desde las diez de la mañana, chancleaba por esas calles de Dios, husmeando la noticia roja o trabajando las órdenes que recibía de un viejo gruñón [...] Después, a la redacción, a doblarse sobre la máquina para encadenar la fantasía y escribir lugares comunes, a la tarea de galeote azotado por la pobreza y la cruel necesidad de vivir.<sup>27</sup>

Debemos a este protagonista la caracterización de sus colegas y coetáneos:

---

<sup>25</sup> M. T. Camarillo Carvajal, *El sindicato de periodistas...*, p. 121. Este mismo fenómeno es señalado por María Amparo del Alto Aguilar, en la tesis de licenciatura, “Revista de Revistas: el semanario más completo, variado e interesante de la República (1910-1930)”.

<sup>26</sup> L. Navarrete Maya, *Excelsior en la vida nacional...*, p. 75.

<sup>27</sup> Manuel Horta, *El caso vulgar de Pablo Duque*, p. 25. Manuel Horta es el director de *Revista de Revistas* de 1925 a 1929.

—Hay en el periodismo nacional —decía— colegas muy interesantes. Me entretengo a veces filosofando en los contrastes del oficio. En las antecámaras del Ministerio y en las puertas de las cantinas del centro, siempre tropiezo con “el periodista moderno”. Me otorga una palmadita piadosa y después de un saludo amable, me aconseja aseo personal, baños y audacia. Usted —continúa— tiene talento, ¿por qué no *reportea* con maña?... En cualquier parte se tienen favores y empleos fáciles. Ya ve cómo visto yo y cómo tengo puestos importantes en los diarios. Cierto que no escribo con gramática, pero eso es lo de menos...

Hay otros que tienen en lugar de columna vertebral un arco de goma. Hacen genuflexiones, detestan a sus compañeros con sentido común y suprimen en sus informaciones los nombres de las personas de talento. Son encantadores. Aseguran muy serios que un buen reportero vale más que un magnífico editorialista, y que el talento en el “periodismo moderno” consiste en ser oportuno y valiente. Los demás tipos de la redacción resultan vulgares insectos junto al monumento elástico de esos caballeros. Aconsejan higiene y jamás se bañan; ganan mucho dinero y viven en miserables zaquizamies, protestan contra las injusticias y vapulean al que pueden; levantan los puños crispados contra la inmoralidad y tienen cuatro mujeres llenas de hijos naturales... ¡Ah, el periodista oportuno!... ¡Oh, mi reportazgo sensacional!...

Y conozco también —habla Pablo Duque— a jovencitos sin pudor que firman artículos ajenos y pasan por los teatros con la arrogancia de un pavo casero de cola postiza. Dogmatizan, tienen frases aprendidas de memoria, se ríen de los viejos y hacen eternamente el ridículo... (pp. 10-11).

Pablo Duque pierde el trabajo que lo define porque, al debilitarse su salud, se queda una noche “dormido sobre la máquina de hacer noticias” (p. 13). Desciende en el escalafón del oficio al pasar a ser “corrector de noche de un famoso rotativo” (p. 14). La degradación sigue, ya que por no alabar al poderoso, “quedó como un mueble en el rincón de aquel periódico, obedeciendo a la rutina como cualquier máquina corriente” (p. 21).

La interpretación alegórica de la suerte individual de este reportero como imagen prototípica del *reporter* inmolado al oficio de manera inhumana es declaración explícita del narrador, quien, desde las primeras líneas, afirma: “Pablo Duque es casi un sím-

bolo en esta vida agitada e ingrata de la prensa” (p. 5). Ya no hay espacio para la prensa de autor, para la pluma de estilo, que caracterizara a los diarios mexicanos del siglo XIX, ahora se trata de contratar redactores para llenar páginas, lo mismo de los anuncios oportunos que de la crónica roja. No por casualidad coinciden con las palabras de Duque otras opiniones de la época, y éstas no pertenecen a la ficción:

Aquí ya no hay periodistas, ya no hay literatos, ya no hay poetas, no hay más que *reporters*. El escritor erudito, el polemista invencible, el redactor chispeante han desaparecido... para dejar su sitio al *reporter* analfabético [*sic*], que sin más elemento que sus piernas para correr todo México y sus narices para husmear todo chisme, es el rey actual del periodismo mexicano...<sup>28</sup>

Labor mecánica realizada sin creatividad, el carnet recoge la tarea de “reportazgo” que se asigna a cada peón de la empresa editorial. Esto se reproduce en las palabras con que Duque se queja con amargura de su oficio:

En estos trabajos del diarismo, se cotizan en forma muy original los valores mentales. La redacción de un telegrama insulso, significa una muestra definitiva de talento, mientras que la pobre fantasía se recoge con timidez en las notas de carnet ignorado. [...] Los dientes de acero de las rotativas son insaciables. Pero detestan la «literatura literaturizante» y se nutren ávidamente de cuartillas apelmazadas con detestables comentarios escritos en bárbaro (p. 6).

\* \* \*

El narrador personaje de “Los espejos de la voz” de Arqueles Vela explora un tono menos negro: el de la farsa. Otra vez, se trata de un

---

<sup>28</sup> “Agonía de la prensa y de las letras”, p. 2, citado en M. T. Camarillo Carvajal, *El sindicato de periodistas*, p. 22.



*reporter* en busca de la nota asignada, desesperado por la misión de obtener noticias originales:<sup>29</sup>

Sin las exigencias del periodismo moderno, yo no lo hubiera conocido, ni auscultado.

Una noche. Esa noche. El director de la revista, en donde ilustraba mi ocio consuetudinario, nos dijo [...] HAY QUE ENTREVISTAR AL HOMBRE DE LOS FANTOCHES...

Todos preguntamos al mismo tiempo:

-¿Quién es?...

-¿Dónde vive?...

-Yo no sé... Pero hay que entrevistarlo.

Ninguno quiso hacer la entrevista. Yo, como era el más incapaz de hacerla, insinué -con una voz parvulita-, yo... podría... sin embargo... hacer... algo... (pp. 29-30).

De inmediato se le encomienda la entrevista. La excepcional historia que ha presenciado al rastrear la noticia se convierte en el centro de su pesquisa: el hombre de los fanticos resulta ser una suerte de titiritero que, en su odio contra la humanidad y debido al éxito que sus muñecos reciben, quiere destruirlos. Esto provoca que se le insubordinen tanto el público como los propios muñecos. Ante la revuelta, sólo le queda eliminarse a sí mismo. Apresuradamente, luego de un renglón de puntos suspensivos, el brevísimo texto concluye:

Yo quería dejar en unas cuantas cuartillas toda una vida... Quise arrancar al silencio malo de mi entrevistado, el secreto de su existencia ficticia, de su afán de alejarse de la humanidad... Y viví con él una *tournee* de sensaciones. Sólo que cuando llevé a la redacción mi entrevista, ya no era tema de actualidad... (p. 31.)

Este final anticlimático habla, más allá del humor, del frenesí por la primicia de última hora como verdadero cometido del *reporter* más que de la historia bien investigada y bien contada. Vale la pena

---

<sup>29</sup> Cfr. L. Navarrete, *Excelsior en la vida...*, p. 74.

recordar que el cuento está dedicado a Carlos Noriega Hope,<sup>30</sup> periodista moderno, amigo de Vela y, sobre todo, director de la revista por antonomasia para este grupo, *El Universal Ilustrado*, en la que Vela se desempeña como *reporter*, columnista, corresponsal en Europa, jefe de redacción y subdirector, sucesivamente. Además, como se dijo, Noriega Hope es director fundador de la colección literaria en que aparece este cuento y autor de la misma. Se trata, probablemente, de una caricatura amistosa de la labor del mismo semanario, en el que Vela se enmascara en el protagonista, *reporter* sometido a las veleidades y presiones laborales de Noriega, aludido en el antagonista editor. En el otro texto del volumen, *La señorita etcétera*, la narración se dedica en cambio "A mis compañeros de cuartillas de *El Universal Ilustrado*". Aquí se presenta una convergencia entre campo periodístico y campo cultural, sin el aura premoderna de este último, pues la subsistencia vuelve común la dura brega cotidiana de todos. El escritor (Vela) es un compañero más, obrero de la prensa; Noriega es el director de la revista, que asigna tareas que pierden su validez rápidamente. Ambos desempeñan funciones laborales determinadas dentro de un modo capitalista de producción, que vuelve alienante el trabajo realizado a cambio de un salario; especialmente cuando la sensibilidad del artista se asfixia detrás del oficio periodístico.<sup>31</sup>

\* \* \*

El ámbito de la imprenta como empresa privada, microcosmos marcado por la diferencia de clases que a ratos parece de castas, es el tema central de la excepcional narración *Dantón* de Francisco Monterde. Por recorrer el espectro, ubicamos en el nivel más alto al casi ausente dueño de la imprenta. En el que sigue, el regente o administrador. A una jerarquía privilegiada, dentro del ámbito de

---

<sup>30</sup> Quien a su vez, como corresponsal cinematográfico de *El Universal* en Los Ángeles, había subtitulado una docena de artículos como "Apuntes de un repórter curioso". Véase E. García Concilión, "Carlos Noriega Hope...", p. 8.

<sup>31</sup> Un análisis distinto de este texto de Vela bastante desconocido es el que brinda Silvia Pappe en "(A)firmar el futuro: manifiestos de vanguardia para una historia quebradiza", capítulo 13 de Jorge Ruedas de la Serna (org.), *História e literatura*, pp. 329-355.

los trabajadores, pertenece la señorita Aurora, secretaria del regente. Al mismo nivel se encuentra Dantón, que es el responsable del funcionamiento de las prensas. Más abajo, el corrector de pruebas. Luego los obreros y operarios. En el escaño penúltimo se encuentran Miguelito el loco, que corta resmas, apila hojas o pega pliegos; y las dobladoras de papel. En el más bajo de todos, el muchacho que hace la limpieza, al que se presenta como indígena, tuberculoso, huérfano de madre, explotado por su propio padre.

A diferencia de las otras novelas comentadas, el esmero de Monterde por ocuparse en señalar y describir las actividades del ámbito laboral elegido para situar la acción de su historia dota de un carácter documental a este texto. Con igual detenimiento con el que se refieren las actividades de los cajistas, por ejemplo, se revisa el paso del texto formado al corrector y sus marcas. El primer fragmento está formado por la descripción no exenta de lirismo de la imprenta en su conjunto como un organismo natural, formada por las mesas de los cajistas, las maquinarias de prensa, los obreros anónimos:

A lo largo de las paredes blancas, hostiles, se apoyan los cajones simétricos, numerados con cifras de calendario, y encima de todos se reclina el cajón con casilleros desiguales en donde la mano derecha va y viene, picoteando, con la misma agilidad de una cabeza de ave.

Los dedos agudos, unidos, toman en cada movimiento un trocito de plomo, largo y angosto, que tiene una letra en relieve. Las letras se reúnen, unas seguidas de otras, en el ángulo de hierro que sostiene la mano izquierda. Hay trocitos de plomo que no tienen letras y dejan un blanco entre cada palabra al imprimirlas.

Mientras los ojos recorren el papel lleno de anotaciones y dobles, la mano recoge las letras, las agrupa, forma una línea, coloca encima una planchita de plomo, hace presión, afirma el tornillo y principia otra línea, agrupando las letras siempre con los mismos movimientos.

La mano que recoge las letras hace un ruido monótono, como de picoteo, y este ruido se suma al del hombre que está más allá, y al otro y al otro; pero todos confundidos se pierden en el rumor de marejada que hacen las prensas, las máquinas que están al fondo, en donde el

techo abovedado es más oscuro y sólo tiene un foco eléctrico, amarillento, como un ojo que vigila desde lo alto, en la sombra (p. 4).

Los cuchicheos de enamoramientos y aversiones de este personal enjaulado entre cuatro paredes “hostiles”, como dice el narrador, constituyen la única dimensión humana del mismo en tanto escapa de la ejecución mecánica del trabajo, junto con las actividades sindicales que se les permiten a estos trabajadores. En varias ocasiones se reitera la mala condición del espacio de trabajo en cuanto a hacinamiento, higiene, ventilación e iluminación. Son estos rumores, junto con la focalización del narrador hacia los distintos personajes, lo que constituye lo más relevante del texto:

Los hombres que trabajan de pie, tranquilizándose cuando el automóvil [del dueño de la imprenta] ha partido, murmuran en voz baja... Unos aseguran que Dantón es hijo del dueño de la imprenta, que no se atreve a reconocerlo...

Otros aseguran que el jefe tiene miedo a Dantón, porque es quien toma la voz en las reuniones de los sindicatos, pidiendo justicia para los que trabajan...

Otros más, los más antiguos en la casa, recuerdan un día en que Dantón fue a felicitar al dueño, con otros obreros, por su onomástico (p. 15).

La novela recibe su título del apodo del protagonista, líder obrero de la imprenta, que es denominado así por su capacidad de arengar y de conciliar, que recuerda al mítico líder de la Revolución Francesa.<sup>32</sup> Centrada en su figura gira la larga estampa que introduce,

---

<sup>32</sup> El asunto de las huelgas y la conformación de sindicatos es determinante en la lectura entrecruzada entre prensa y literatura que exige la colección. En lo que concierne a *El Universal*, hay que recordar que en 1922 se niega el derecho de asociación gremial en el diario, cuando los trabajadores se ponen en huelga por el despido de un sindicalizado: “Por lo que toca a *El Universal*, cuando la comisión se presentó ante su director –Félix F. Palavicini–, éste manifestó que ‘por ningún motivo podría reconocer a la Liga, ya que todos los redactores y obreros de *El Universal* tienen firmado un contrato individual de trabajo que les veda el derecho de sindicalizarse’”. “Está en pie el grave conflicto de *El Universal*. Historia del conflicto”, *El Demócrata*, 9 de septiembre de 1922, pp. 1, 3, citado en M. T. Camarillo Carvajal, p. 59. Palavicini cede ante las condiciones de la Unión Linotipo-

con breve pero firme trazo, la galería de personajes que conforman la imprenta. Más que una narración, es un relato descriptivo. La estupenda caracterización de este personaje que aparece en la novela de Francisco Monterde merece una larga cita:

Dantón ha vuelto a ser el Dantón dueño de la elocuencia fácil y arrebatadora. En las discusiones candentes, en que las manos golpean y se crispan y las bocas se abren como una O mayúscula, para gritar injurias y amenazas, Dantón logra con un ademán el silencio absoluto.

Entonces habla [...]

Dantón tiene el privilegio de troquelar en sus arengas las frases brillantes y sonoras como medallas, que después se encargan de poner en circulación los oradores triviales que lo escuchan y lo imitan.

Dantón juega con las masas, con las muchedumbres que vociferan sobre la redención de los humildes y la igualdad de todos, como una anticipación de la muerte.

Dantón fustiga y refrena, impulsa y detiene, azuza y ampara. Por eso le llaman Dantón (pp. 27-28).

Además, la buena fortuna del protagonista con las mujeres hace que se lo asuma como el más feliz trabajador de la imprenta. Esta

---

gráfica, la Liga de Redactores y la Unión de Obreros y Trabajadores de Periódicos Diarios; al concluir la huelga, señala que en tres días de conflicto, las pérdidas económicas del diario ascienden a cincuenta mil pesos. Un grupo de redactores se hace eco de la postura del diario y realizan un mitin ratificando que quieren trabajar sin sindicalizarse; entre sus integrantes se encuentra Carlos Noriega Hope.

Según Palavicini, el problema se debe a la injerencia en el conflicto de Luis N. Morones, su adversario político. Para contrarrestar a estas fuerzas antagónicas a su proyecto, Palavicini decide patrocinar la formación de un nuevo gremio, la Unión de Redactores, Empleados y Obreros de la Compañía Periodística Nacional. Esta nueva Unión, insiste Palavicini, representa a todos los empleados de *El Universal*, y quedan abolidos los contratos individuales.

De 1923 y 1929 data la fundación del que será el definitivo gremio de periodistas, el Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa, fundado por alguno de los autores de la colección que aquí se estudia: Fernando Ramírez de Aguilar (Jacobo Dalevuelta) es el secretario. A la opositora Liga de Redactores y Empleados de la Prensa del Distrito Federal pertenecen otros de los autores de la misma: Rafael F. Muñoz, Manuel Horta, Francisco Zamora, Arqueles Vela.

fama causa la envidia de los menos afortunados; hacia el final, se cierne un desenlace ominoso que no llegamos a presenciar porque el texto termina antes. Miguelito el loco ve salir a Dantón con la señorita Aurora, de la que él mismo está enamorado en secreto. Entonces rememora partes de un libro que leyó sobre la historia de Francia, asocia y discurre:

Miguelito el loco recuerda que Dantón murió en la guillotina...

Fuma y sonríe.

Él también maneja una guillotina que sólo ha servido para cortar papel, mucho papel; pero que puede servir para cortar una cabeza.

La cabeza de Dantón.

[...] Esta noche, al salir, detendrá a Dantón, con cualquier pretexto, junto a la máquina cortadora, junto a la guillotina vieja que está bajo el arco sombrío.

[...] Ve el largo salón, oscuro ya; el rincón de las prensas alumbrado por el foco amarillento, como un ojo iracundo; la guillotina vieja, rodeada de recortes de papel, muchos recortes, montañas de recortes que son blancos y que se verán rojos, cuando caiga la cabeza de Dantón (pp. 31-32).

De la rivalidad y el desinterés que priman entre colegas, más allá de los gremios, resultan las verdaderas tragedias de estas cuartillas, que exhiben una visión degradada del oficio de la imprenta: el maltrato al chico de la limpieza, la muerte del hijo de Dantón del que no se responsabiliza, las condiciones de vida de las dobladoras, la sobreexplotación de los obreros. Difícil imaginar un contexto menos prometedor, a pesar del heroísmo del protagonista y de la ágil prosa que lo narra.

\* \* \*

Por último, está la anécdota de la *nouvelle Pepe Vargas al teléfono* de Antonio Helú. La primera parte de esta narración se construye a partir del diálogo directo correspondiente a cinco conversaciones telefónicas. El protagonista que aparece nombrado en el título es un típico *reporter*: escritor de todos los géneros en un periódico, quien

se ocupa lo mismo de la crónica teatral que publica bajo su firma, que de hacer los editoriales o notas políticas sin rubricarlos. "Lo paradójico del asunto es que el *reporter*, la figura más sobresaliente en el organigrama del periodismo moderno, debió asumir las reglas al estilo estadounidense y pasar al anonimato. Según la tradición las notas debían aparecer sin firma y quien asumía la autoría y responsabilidad de las mismas, era la dirección."<sup>33</sup>

De la primera llamada sale el encuentro clandestino con la mujer de un teatrero que Pepe Vargas había criticado en su columna. De la segunda, un duelo con un diputado a quien rechaza un soborno para escribir contra la minoría parlamentaria que bloquea sus votaciones. En la tercera, su jefe lo conmina a escribir la nota como editorial, sin que medie ya dinero (se infiere que el director lo aceptó para sí). En la cuarta, un compañero del sindicato que lo ha nominado para ocupar la nueva directiva le avisa de la reunión. En la quinta, se entera de que su abuelo está enfermo y la madre quiere que ambos viajen a visitarlo al pueblo de origen. Todo coincidirá en pocas horas al día siguiente.

El carácter relajado en extremo del periodista –que quizá por la osadía exigida por la tarea cotidiana tiene templados nervios– hace que todo se resuelva sin mayor conflicto, y aun en tono de comedia: por una serie de soluciones casuales, no hay adulterio, ni duelo, ni soborno que a él lo impliquen. Sin embargo, la sonrisa tiene algo de mueca a causa del asco por la profesión que lo consume en las páginas finales:

Se sentía asqueado. Una artista que pretende defender a su marido y acaba por entregarse, en pensamiento ya que no de hecho, al mismo que ofendiera a su marido; un diputado que lanza un reto y, luego, faltando a todas las leyes del honor, elude el desafío; el director de un periódico que vende su criterio al mejor postor; y él, Pepe Vargas, aceptando ser el cómplice de todos: del director, de la actriz, del diputado... ¡Puf, qué asco!... Le causaban asco todos. Se causaba asco él mismo (p. 30).

---

<sup>33</sup> L. Navarrete, *Excelsior en la vida...*, p. 77.

Antes de viajar al pueblo para darse “una zambullida de alma en algo limpio”, y evitar “temporalmente a los paseos con amigos, a las conversaciones con artistas, al contacto con hipócritas, como con todas las gentes con quienes él, en su calidad de periodista, trabajaba a diario”, redacta el artículo contra la minoría parlamentaria (pp. 30-31).

### *La “cuestión social” posrevolucionaria*

Una compacta muchedumbre les impidió el paso; miles de huelguistas, enarbolando la bandera roja, cruzaban, gritando “muera” y pidiendo justicia. En un coche de punto iban hasta media docena de obreros, seguramente los líderes del movimiento. Paró el carruaje, y desde el pescante un orador comenzó a hablar. Su discurso no guardaba mucha ilación, ni su elocuencia era mucha; pero en el fondo de sus arrebatos había sobrada razón. Aquellos gritos eran la protesta amenazadora de millones de hombres que por toda la tierra viven, era el despertar de los sojuzgados, de los oprimidos, de los que toda clase de hambres experimentaron.

Enrique de Oria y Senties, *Premonición*

Otra recurrencia en las novelas semanales es que, cuando optan por el escenario urbano, los autores dejan en segundo plano de manera frecuente las anécdotas sentimentales o de aventuras para poner en primer término descripciones de ambientación. No únicamente calles y rumbos, sino, con alguna frecuencia, la idea de una sociedad convulsionada: huelgas, sindicalismo, manifestaciones obreras, marchas que emergen por las avenidas céntricas y constituyen eventualmente el elemento que resuelve el conflicto narrativo. Al parecer se suma a esta temática histórica específica la perspectiva de la llamada “cuestión social”, en auge a fines del siglo *xix* y principios del *xx*, en que visiones negativas del conglomerado urbano



—como la enfermedad, la insalubridad, el alcoholismo— se vuelven recurrentes, desde una perspectiva que denuncia a veces de una manera más romántica que ideológica la amenaza en ciernes y los posibles conflictos que la institución social entraña, y que pueden causar su destrucción. La “cuestión social”, que ha sido estudiada en otras latitudes en función de una colección homónima,<sup>34</sup> puede sintetizarse como “una aporía fundamental sobre la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura”.<sup>35</sup>

En Argentina, el sindicalismo revolucionario y el anarquismo son las principales causas ideológicas que guían la emergencia de esta temática en la colección homónima. Los estudios recientes han quitado de la colección el estereotipo de subliteratura o lectura de evasión, sin correlato histórico, para postular que a principios de 1919, por ejemplo, *La Novela Semanal* era uno de los espacios donde se exhiben “los resortes del aparato de represión y desinformación” acerca de una huelga acontecida en enero en Buenos Aires.<sup>36</sup>

En el caso mexicano, a pesar de haberse producido ya la revolución que otros países de América buscan evitar o acelerar, la solución de los conflictos al parecer ha resultado insatisfactoria para la mayoría del conglomerado, por tanto la verdadera transformación sigue pendiente, a juzgar por los titulares de los periódicos, o por la presentación novelística de los temas en esta colección. Por ello la temática de lo que podríamos llamar “la revolución traicionada” aparece reiteradas veces en las voces críticas de la época; por ejemplo, en los escritos de Ricardo Flores Magón, quien en sus páginas denuncia un aburguesamiento en la institucionalización del cambio, y la necesidad de que el proceso revolucionario radical se retome:

[...] la simpática Revolución que los políticos han tratado de aprovechar para los intereses de la burguesía, tentativa que, hasta el presente, ha sido hecha en vano, porque es tan poderosa el ansia

<sup>34</sup> Así se titula el prólogo de Armando Migunzzi al tomo 2 de *La Novela Semanal (1917-1926)*.

<sup>35</sup> Robert Castel, “La cuestión social”, Instituto Hannah Arendt, 2004.

<sup>36</sup> Cfr. Margarita Pierini, “Introducción”, *La Novela Semanal*, pp. 15-17.

popular por adquirir de nuevo sus tierras, es tan grande el odio que los proletarios sienten contra la burguesía ladrona, es tan intenso el rencor que los pobres abrigan contra la Autoridad, hay almacenada tanta hiel en los corazones de los humildes y es tan agudo el dolor con que los dientes del hambre atormentan los estómagos de los desheredados, que el movimiento, sobre tan firmes bases, con tan poderosas raíces, no puede morir ya: tiene que seguir adelante, arrollando todo lo que se oponga a su marcha [...].<sup>37</sup>

La voz emblemática del anarquismo se pronuncia aquí en contra del gobierno de Francisco I. Madero, pero representa sorprendentemente una total coincidencia con las visiones de mundo más usuales en los héroes de las novelas del semanario. Expropiar las fábricas, acabar con el sistema de salarios, promover huelgas que presionen al cambio del sistema político,<sup>38</sup> aparecen de manera explícita como ideario de los protagonistas, ante un estado de cosas que se exhibe inicuo e injusto. Se trata sobre todo de la ideología de personajes secundarios, masculinos, jóvenes, de clase media baja. La representación de una solución posible es, o bien el triunfo individual del amor y la prosperidad por encima de la inequidad, o bien un deseo confuso y sublimado de armonía colectiva, de ambigua concreción, que contrasta con la dureza de los acontecimientos narrativos determinantes:

Gonzalo, [...] por experiencia sabía de los dramas que la clase media sufre, de la miseria que los pobres pasan, y del despego con que los enriquecidos tratan al necesitado [...]. ¡Cuándo acabaría la desventura humana!

[...] Acabará la pelea y la unión reinará donde ahora triunfa la discordia, porque si en la vida orgánica la ley es la lucha, en la vida racional es la unión y el amor.

No pudo seguir su peroración; en aquel preciso instante se formó un revoltijo entre los manifestantes; los gritos arreciaron,

<sup>37</sup> Ricardo Flores Magón, "La cuestión social en México", *Regeneración*, 10 de febrero de 1912.

<sup>38</sup> Ricardo Flores Magón, "Las huelgas", *Regeneración*, 20 de enero de 1912.

los silbidos estridentes ensordecieron y sin explicarse el porqué, sonaron varias detonaciones. Apelotonados, trataron de evitar un estrujamiento y fueron a guarecerse tras las maderas que sostenían y formaban el andamiaje de una casa en construcción; a punto de conseguirlo, un nuevo tiroteo les hizo paralizar: Gonzalo Peralta acababa de caer al suelo...<sup>39</sup>

La resolución a partir de la “bala perdida” se repite. Pablo Duque, protagonista de la ya comentada novela,<sup>40</sup> muere a causa de esto en el contexto de la represión a una manifestación callejera por la mejora del abastecimiento de agua, en la que el *reporter* se enrola demencialmente por una “necesidad de pedir algo”: “Pedía todo, pedía amor, pedía comprensión, pedía fe” (p. 24). Un disparo de alguno de los sicarios que reprimen la marcha popular lo alcanza frente al Palacio del Ayuntamiento; su cuerpo termina entre un montón de cadáveres en la Cruz Roja.

Es justo señalar que también aparece en la colección la postura contraria, generalmente a cargo de una voz narrativa externa a la ficción, o bien de un personaje de diferente perfil que, maduro y ecuánime, ridiculiza al sindicalismo y sus huelgas como forma de lucha, o bien denuncia su presencia como obstáculo de la vida citadina. Comentamos ahora *La señorita etcétera* de Arqueles Vela: “Por un accidente inesperado, tuvimos que dejar un momento los vagones y asaltar la primera estación del itinerario. La ciudad estaba a oscuras. Los huelguistas habían soltado un tumulto de sombras y de angustias sobre la turbia ciudad sindicalista”.<sup>41</sup> La acción sucede en “una ciudad del Golfo de México” (p. 6), donde sucesivos desencuentros marcan la imposible relación entre el narrador y la señorita, ésta en continuas metamorfosis que le permiten encarnar en todas las mujeres que aquél encuentra en actividades urbanas. Así llega a este tópico, que se ironiza: “Ahora era otra. Había seguido las tendencias de las mujeres actuales. [...] Era sindicalista. Sus movimientos, sus ideas, sus caricias, estaban sindicalizadas...”

<sup>39</sup> Enrique de Oria y Senties, *Premonición*, p. 19.

<sup>40</sup> Cfr. M. Horta, *op. cit.*

<sup>41</sup> A. Vela, *op. cit.*, p. 5.

“Azuzaba la necesidad de que las mujeres se revelaran, se rebelaran... Quería convencerme de que nuestra vida es vulgar, como la de cualquiera, de que no éramos más que unos visionarios, de que era indispensable una revolución espiritual. Sanear las mentalidad de tanto romanticismo morboso.” La revolución por la cual milita la señorita resulta ser individual, interior; y sus alcances afectarían únicamente las relaciones interpersonales. Finalmente, el narrador la desoye, asumiendo que se trata de una feminista de peluquería cuya misión e ideario únicamente conducirían a transformarlo y convertirlo en un chico de los mandados, por lo que decide irse: “Sin embargo, cuando salí, yo sentía naufragar en el agua de los espejos sindicalistas sus miradas de *Un Jour Viendra*” (p. 24). El ideario a futuro, dicho en francés, parece simplemente un aroma de moda, quizá con un anuncio habitual en el mismo semanario.

### *Prensa, Revolución, literatura*

La colección La Novela Semanal se sitúa en el ambiguo espacio de la literatura efímera o el periodismo de colección; esto provoca que en ocasiones, y según el criterio, aparezca registrada en la revista *El Libro y el Pueblo*<sup>42</sup> o se la omita de las referencias editoriales. No se encuentra archivada en el acervo del periódico en el cual se publicó. Tampoco se conserva en bibliotecas.

<sup>42</sup> Copiamos una referencia a esta colección: “*El Universal Ilustrado* se ha dedicado al fomento de autores nuevos, con sus ediciones ‘adheridas’. Al grupo del *Ilustrado* pertenecen Carlos Noriega Hope, Fernando Ramírez de Aguilar, Armando C. Amador, Daniel Costo Villegas y Antonio Helú.”

<sup>43</sup> Carlos Noriega Hope publicó el año pasado un interesante libro de cuentos: *El honor del ridículo*. Tiene a su haber *Che Ferrati, inventor* y *La inútil curiosidad*. ¡*La vida canta!* de Jacobo Dalevuelta en *El Universal Ilustrado*, marzo de 1925. Arqueles Vela: *La señorita etcétera*; Fernando Ramírez de Aguilar: *La pillita*; Armando C. Amador: *Ciphros* [sic]; Costo Villegas: *Miniaturas mexicanas* y *Nuestro pobre amigo*; Antonio Helú: [*Pepe*] Vargas al teléfono.” Gilberto Loyo, “Notas sobre la novela...”, pp. 118-120.

Para pensar en la idea de literatura utilitaria y de aplicación inmediata, véase Manuel Gamio, “Los libros útiles para México”, pp. 14-17: “Hay pues, que editar, principalmente, libros de vulgarización para las masas lectoras comenzando por substituir con lenguaje sencillo, ideología sintáctica e ilustraciones objetivas, los tecnicismos alambicados, la sintaxis de giros forzados y la cansada aridez de las ediciones pretéritas”.

El repertorio de columnistas-escritores de narraciones breves habla de este carácter dual y democratizador del periodista de todos los días que ensaya ser escritor los jueves, quizá recuperando el rostro y la firma (o un seudónimo) que lo libere un poco de la rutina del *reporter*. Ciertos autores de posterior renombre –los ya citados Vela y Monterde, pero también Gilberto Owen– se inician en sus páginas y desarrollan posteriormente una importante producción literaria. Alguno de juvenil incursión definirá más adelante sus vertientes en otros géneros –Helú, en el teatro, el cine y el relato policial, en donde sus antihéroes recordarán a Pepe Vargas–. Otros –Palavicini, Espinosa– continuarán su derrotero más bien como periodistas o personajes públicos.

La *tematización* de lo que podemos aglutinar como “el drama de la labor del periodista” imprime a los personajes este carácter de héroes de la posrevolución. Plumas heroicas y plumas mercenarias; con firma, seudónimo o anónimas; periodistas que sobreviven ínfimamente y otros que medran de autoridades y empresarios, el *reporter* se convierte en un tópico recurrente en la noticia y la literatura. La mediación simbólica de lo literario presenta un campo especialmente provechoso para poner en acción y debate el perfil de este protagonista y escritor de los mismos textos.

A principios de los años veinte, *El Universal* brinda de manera privilegiada el escenario para esta *tematización* en sus diversas secciones, y sobre todo en el espacio de su semanario *El Universal Ilustrado*. Este último resulta el obligado territorio de convergencia para un conjunto estéticamente heterogéneo y socialmente afín que debate entre la ficción, la crónica, el editorial y el ensayo su propio papel en el momento histórico, con ánimo crítico, acidez y humor.

Finalmente, vale señalar que este decenio representa para México, además de una visible movilidad social, una interesante emergencia del campo periodístico en el literario: el moderno *reporter* escribe sus notas, generalmente sin firmar, mientras reivindica para sí un espacio dentro de la actividad literaria como autor de ocasión, sin necesidad de exhibir filiaciones literarias o cartas credenciales. Voces jóvenes y bisoñas, ajenas al campo intelectual, toman en sus manos la escritura de obras consideradas acaso sólo de entreteni-

miento; desprovistas de "aura" tanto a nivel simbólico como a nivel material, con sus apenas treinta y dos páginas de papel periódico y portada en *couchet* a tinta "azul acero".<sup>43</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

- Alto Aguilar, María Amparo del, "Revista de Revistas: el semanario más completo, variado e interesante de la República (1910-1930)", México, Universidad Nacional Autónoma de México (tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales), 2004.
- Álvarez, Jesús Timoteo y Ascensión Martínez Riaza, "Capítulo v. Consolidación del periodismo de masas (1910-1950)", *Historia de la prensa hispanoamericana*, Madrid, MAPFRE, 1992, pp. 179-244. Azuela, Mariano, *Los de abajo*, edición crítica de Jorge Ruffinelli, México, ALLCA, 1996 (Col. Archivos, 5).
- Borrás, Leopoldo, "El periodismo de la Revolución", en *Historia del periodismo mexicano. Del ocaso porfirista al derecho a la información*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección General de Información, 1983.
- Bourdieu, Pierre, "Campo intelectual, campo del poder y *habitus* de clase", en *Campo político y campo cultural*, Buenos Aires, Folios, 1983, pp. 9-35.
- , *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- Bringas, Guillermina y David Mascareño, "Capítulo III. La prensa obrera durante el dominio de la CROM", en *Esbozo histórico de la prensa obrera en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1988.
- Camarillo Carbajal, María Teresa, *El sindicato de periodistas, una utopía mexicana. Agrupaciones de periodistas en la ciudad de México (1872-1929)*,

---

<sup>43</sup> F. Monterde, "Prólogo", p. 9. Como marca de lo aprovechable del espacio, se puede destacar que la contraportada se destina de manera usual a una ilustración para ser coloreada por los niños, que se recorta y reenvía al diario para competir por un premio económico.

- México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1988.
- Castañeda García, Carmen, Luz Elena Galván Lafarga y Lucía Martínez Moctezuma (eds.), *Lecturas y lectores en la historia de México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2004.
- Castel, Robert, "La cuestión social", Instituto Hannah Arendt, 2004. <[http://www.institutoarendt.com.ar/salon/Cuestion\\_Social.pdf](http://www.institutoarendt.com.ar/salon/Cuestion_Social.pdf)> (Fecha de consulta: 29 de octubre de 2008.)
- De Oria y Sentfies, Enrique, *Premonición*, México, Publicaciones Literarias Exclusivas de *El Universal Ilustrado*, 1924.
- D. Racodama, Román, "La novela semanal de *El Universal Ilustrado*", *El Universal Ilustrado*, vi, 299, 1 de febrero de 1923.
- Flores Magón, Ricardo, "Las huelgas", *Regeneración*, 20 de enero de 1912. <[www.antorcha.net/biblioteca\\_virtual/politica/ap1912/4.html](http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/ap1912/4.html)> (Fecha de consulta: 29 de octubre de 2008.)
- , "A expropiar", *Regeneración*, 10 de febrero de 1912. <[www.antorcha.net/biblioteca\\_virtual/politica/ap1912/9.html](http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/ap1912/9.html)> (Fecha de consulta: 29 de octubre de 2008.)
- , "La cuestión social en México", *Regeneración*, 10 de febrero de 1912. <[http://www.antorcha.net/biblioteca\\_virtual/politica/ap1912/7.html](http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/ap1912/7.html)> (Fecha de consulta: 29 de octubre de 2008.)
- Gamio, Manuel, "Los libros útiles para México", *El libro y el pueblo*, iv-1, 13, (1-3).
- García Concilión, Estela, "Carlos Noriega Hope y su novela cinematográfica", México, Universidad Nacional Autónoma de México (tesina de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, Facultad de Filosofía y Letras), 2003.
- González de Mendoza, José María, "Carlos Noriega Hope y *El Universal Ilustrado*", en *Carlos Noriega Hope. 1896-1934*, México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Bellas Artes/Departamento de Literatura, 1959, pp. 31-48.
- Hadatty Mora, Yanna, "Sin retórica ni paciencia: aproximación a *La Novela Semanal* de *El Universal Ilustrado*", en Alejandra Viguera (coord.), *Jornadas Filológicas 2005*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007, pp. 185-193.

- , “Prensa y literatura para la Revolución: el personaje del *reporter* en *La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*”, en Adriana Pineda Soto, (coord.), *Plumas y tintas de la prensa mexicana*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008.
- Helú, Antonio, *Pepe Vargas al teléfono*, México, Publicaciones Literarias Exclusivas de *El Universal Ilustrado*, 1925.
- Horta, Manuel, “¿Cómo se hizo usted periodista?”, *El Universal Ilustrado*, vi, 300, 8 de febrero de 1923.
- , *El caso vulgar de Pablo Duque. La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*, año 1, núm. 20, México, Publicaciones Literarias de *El Universal Ilustrado*, 15 de marzo de 1923.
- López Portillo y Rojas, José, *La novela. Breve ensayo presentado a la Academia Mexicana*. México, Tip. Vizcaíno & Viamonte, 1906.
- , *Sor María Margarita y La horma de su zapato. Número dedicado a la memoria del novelista. Sus mejores “novelas cortas”*. Publicaciones Literarias de *El Universal Ilustrado*, 7 de junio de 1923. *La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*, año 1, núm. 32.
- Loyo, Engracia, “La lectura en México, 1920-1940”, en *Historia de la lectura en México*, 2ª ed., México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 2005, pp. 243-294.
- Loyo, Gilberto, “Notas sobre la novela en México”, *El libro y el pueblo*, vii, 10-12, octubre-diciembre de 1925.
- Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza, 2001.
- , “Arqueología del libro”, *Babelia, El País*, 3 de diciembre de 2005.
- Martín Barbero, Jesús, “Segunda parte. Matrices históricas de la massmediación” y “Tercera parte. De las masas a la masa”, en *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, 5ª ed., Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998, pp. 133-202.
- Martínez Nolasco, Gustavo, *La comedianta. La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*, año I, núm. 1, jueves 2 de noviembre de 1922.
- McAleer, Joseph, “Books are a Commodity: the Commercialization in Popular Fiction”, en *Popular Reading and Publishing in Britain (1914-1950)*, Oxford, Clarendon Press, 1992, pp. 42-70.
- Minguzzi, Armando, “La ‘cuestión social’ en la Novela Semanal”, *La Novela Semanal (1917-1926)*, tomo 2, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Página 12, 1999, pp. 5-9.



- Monterde, Francisco, "Prólogo", *18 novelas de El Universal Ilustrado. 1922-1925*, México, Bellas Artes, 1969.
- , *Dantón. Novela mexicana contemporánea. La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*, año 1, núm. 6, México, Publicaciones Literarias de *El Universal Ilustrado*, 7 de diciembre de 1922.
- Navarrete Maya, Laura, "Excélsior, sus primeros años", México, Universidad Nacional Autónoma de México (tesis de Maestría en Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales), 2001.
- , *Excélsior en la vida nacional (1917-1925)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007.
- Noriega Hope, Carlos, "La ofensiva de La novela semanal. Notas del Director", *El Universal Ilustrado*, VI, 310, 19 de abril de 1923.
- Ortiz Gaitán, Julieta, "Capítulo 3. Hacia una nueva modernidad (1914-1939)", en *Imágenes del deseo. Arte y Publicidad en la prensa ilustrada mexicana (1894-1939)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección General de Estudios de Posgrado, 2003, pp. 167-268.
- Palacio Montiel, Celia del, *Historia de la prensa iberoamericana*, Guadalajara, Alianza del Texto Universitario, 2000.
- Palavicini, Félix Fulgencio, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937.
- Pappe, Silvia, "(A)firmar el futuro: manifiestos de vanguardia para una historia quebradiza", en Jorge Ruedas de la Serna (org.), *História e literatura. Homenagem a Antonio Candido*, Campinas y São Paulo, Editora da Unicamp-Fundação Memorial de América Latina, Imprensa Oficial do Estado, 2003.
- Pierini, Margarita, Horacio R. Campodónico et al., *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004 (Col. Literatura Breve, 13).
- Rea Spell, Jefferson, "Mexican Literary Periodicals of the Twentieth Century", *Publications of the Modern Language Association of America*, vol. 54, núm. 3, septiembre de 1939, pp. 835-852.
- Reed Torres, Luis, "La prensa durante Obregón, Calles y Cárdenas (1917-1940)", en María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México: 500 años de historia*, México, EDAMEX-Lotería Nacional para la Asistencia Pública, 1998.

- Ruiz Castañeda, María del Carmen y Sergio Márquez Acevedo, *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- , *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000.
- Vela, Arqueles, “Los espejos de la voz”, *La señorita etcétera. La Novela Semanal de El Universal Ilustrado*, año I, núm. 7, México, Publicaciones Literarias de *El Universal Ilustrado*, 14 de diciembre de 1922.
- Voght, Wolfgang y Celia del Palacio, *Jalisco desde la revolución. Tomo VIII. Literatura y prensa 1910-1940*, México, Gobierno del estado de Jalisco-Universidad de Guadalajara, 1987.

### **III. Esquemas conceptuales**



## 6. DISCURSOS Y PROYECTOS CULTURALES DEL PORFIRIATO Y LA REVOLUCIÓN

Alejandro Ortiz Bullé Goyri<sup>1</sup>

*Los mestizos son el elemento étnico  
más interesante de  
nuestro compuesto social*

Andrés Molina Enríquez

### *Proyectos de transformación política y estética*

*El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa.<sup>2</sup>*

En este artículo estudiaremos de forma somera y vincularemos entre sí algunos momentos y ejemplos correspondientes a los proyectos culturales y artísticos más significativos surgidos durante el Porfiriato y consolidados durante la Revolución y la posrevolución mexicanas. Con base en esta revisión, pretendemos establecer algu-

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Departamento de Humanidades.

<sup>2</sup> Todas las citas puestas corresponden a un texto de Ramón López Velarde, "Novedad de la patria", publicado en 1921, en *El minuterero*, y antologado en la edición de sus *Obras* por José Luis Martínez en 1971. Ramón López Velarde, *Obras*, pp. 232-234.

nas pautas necesarias para reconocer las interacciones que ocurrieron entre las transformaciones suscitadas en los ámbitos político y social, y las que sucedieron en los dominios del arte y la cultura. A este respecto, partimos de la idea de que los antecedentes, los alcances y las consecuencias de la Revolución Mexicana pueden observarse de manera muy nítida no sólo en los proyectos políticos o en los planes promulgados por los caudillos y los próceres de la Revolución, o en las campañas militares que se emprendieron como parte de este movimiento social, sino también en los productos culturales que se forjaron a lo largo de los primeros 25 años del siglo xx en México.

Si bien a lo largo de 14 años (1906-1920) el panorama del país se cubrió de acontecimientos sangrientos y catastróficos, producto de un estallido social incontenible, también lo es que durante esos años la vida cultural y artística no se oscureció ni el pensamiento dejó de rendir frutos. Mucho de lo que ocurrió en ese lapso –en parte como consecuencia de la revuelta social y en parte como una cristalización natural de procesos generados años antes– fue consecuencia tanto de discursos artísticos y culturales que habían nacido durante el siglo xix como de la renovación artística europea que dio lugar al surgimiento de las vanguardias en el mundo entero durante los años veinte, y de las que México no sólo no estuvo apartado, sino que fue uno de los ejes de mayor agitación y efervescencia.

En efecto, el año de 1906 resulta crucial para el futuro de la vida política y social de México a lo largo del siglo xx y, desde luego, también para el panorama cultural de nuestro país. Casi podría decirse que el siglo xx mexicano comenzó en ese año. El estallido social que se inicia con Francisco I. Madero y su Plan de San Luis el 20 de noviembre de 1910 no es más que la extrema consecuencia de lo que cuatro años antes, por lo menos, había comenzado a gestarse en la nación.

En 1906, un grupo de jóvenes –muchos de ellos nacidos en el seno de familias allegadas a los políticos y los empresarios más encumbrados en el régimen de Porfirio Díaz– inicia una marcha contra la dictadura y su sustento ideológico: el positivismo. Estos jóvenes fundaron una “Sociedad de Conferencias y Conciertos”,

se hicieron llamar Ateneo de la Juventud y fundaron una revista: *Savia Moderna*. A veces de manera individual, a veces como grupos, durante las primeras dos décadas del siglo xx fueron surgiendo discursos renovadores y transformadores de la cultura, con concepciones divergentes en torno a ideas torales relativas a la identidad nacional. Algunos de esos discursos se transformaron en proyectos y estrategias culturales que incidieron de manera directa en planes políticos y en prácticas sociales, como fue el caso de la campaña presidencial de José Vasconcelos en 1929. A pesar de la gran importancia de sus consecuencias, esta empresa no fue ni remotamente la única experiencia ni el único proyecto de transformación social y cultural nacido durante el Porfiriato que cristalizaría durante el periodo revolucionario y posrevolucionario. Junto al proyecto ateneísta, podemos encontrar un cúmulo de experiencias que renovaron y transformaron la fisonomía cultural del país y, en cierto modo, configuraron una imagen del México del siglo xx.

Bajo esta perspectiva es que podemos asentar que 1906 fue, en muchos sentidos, un año crucial en el proceso de reconfiguración social y cultural del México del siglo xx; casi podría decirse que 1906 fue el *año cero* de todo el proceso revolucionario, como se puede observar y cotejar en los datos que reunimos con un propósito meramente indicativo en la siguiente cronología:

## **1906**

- 31 de mayo.- Bajo los auspicios del Partido Liberal Mexicano se declara la huelga en Cananea en la *Green Consolidated Cooper Company*; los obreros, encabezados por Manuel M. Diéguez y Esteban Baca Calderón, exigen igualar los salarios de los obreros mexicanos y norteamericanos. La represión es generalizada y participan fuerzas mexicanas y norteamericanas en este acto violento.
- 1 de julio.- Se declara en Saint Louis Missouri el Programa del Partido Liberal Mexicano y el Manifiesto a la Nación redactado por Ricardo Flores Magón, Antonio Villarreal, Rocalio Bustamante, Librado Rivera y Juan Sarabia.

- 25 de julio.- En Chihuahua estalla una huelga de 300 obreros de la Unión de Mecánicos Mexicanos que laboran en los talleres del Ferrocarril Central Mexicano, en demanda de la igualdad de los salarios que perciben los trabajadores nacionales y extranjeros.
- 3 de agosto.- El cuartel general del Partido Liberal en Arizona es invadido y las armas confiscadas.
- Septiembre.- Revuelta del Partido Liberal Mexicano en Jiménez, Coahuila, en Acayucan, Veracruz y en Camargo, Tamaulipas.
- Octubre.- Sarabia, Canales y de la Torre son arrestados en Ciudad Juárez; el cuartel general del Partido Liberal Mexicano en El Paso es descubierto.
- 3 de diciembre.- Estalla la huelga de Río Blanco, Veracruz, con 6 mil obreros. Los empresarios organizan un centro anti-huelguista.

Esta cronología previa al estallido armado bien nos marca una cascada de acontecimientos extraordinarios, a la vez que terribles y catastróficos; acontecimientos que marcan el inicio de la llamada Revolución Mexicana y que también establecerán las condiciones para dar cuenta de otros cambios y proyectos que enmarcan el surgimiento de un cambio generacional. Tal fue el caso de los jóvenes intelectuales que, sin romper necesariamente con el hábito modernista y decimonónico de la *Revista Moderna*, fundada en 1898, deciden emprender una nueva ruta hacia otros horizontes y, así, fundan la revista *Savia Moderna* en 1906.

Es claro, para nosotros, que sin el surgimiento de la *Revista Moderna*, primero, y sin la articulación del proyecto que los integrantes del Ateneo de la Juventud impulsaron, poco después, la faz de la cultura en México durante el siglo xx no tendría los rasgos fisonómicos que le conocemos y reconocemos.

[...] nuestro concepto de la patria es hoy hacia dentro. Las rectificaciones de la experiencia, contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanquis y franceses, y la ce-



lebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una patria, no histórica ni política, sino íntima.

La hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias, sin tregua, como la oración continua inventada por San Silvino.

La miramos hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra.

Por añadidura, a la par de estos acontecimientos sociales, el ateneísmo iniciaba su marcha de renovación cultural gracias a la fundación de la revista *Savia Moderna*, como hemos apuntado líneas antes; curiosamente, este año es el mismo en que Diego Rivera inicia de manera "oficial" su trayectoria de pintor de primer nivel al presentar 26 trabajos en la exposición anual de la Academia y participar, precisamente, en la exposición de pintura moderna organizada por la revista de los jóvenes ateneístas. Sin embargo, algunos años antes de su presentación oficial, Rivera despuntaba como un artista reconocido no tanto por los sectores radicales, sino por el mismo régimen de Díaz. A este respecto, en el año de 1905, el ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, le había otorgado a Rivera una beca-pensión con el propósito de que continuara sus estudios en Europa y llevara a cabo sus labores artísticas en las mejores condiciones posibles.

Muchas de las transformaciones que Rivera tuvo como artista durante los siguientes años estarán relacionadas con las que de manera paralela se van dando en el país como secuela de los hechos armados o de los vaivenes políticos y sociales que caracterizaron el orden público. Casi podría pensarse que la vida y la obra del pintor son el reflejo de los sacudimientos de la vida convulsionada del país en esos decenios, incluido su propio deceso que ocurre en el año de 1957, en pleno auge del México moderno de la posguerra. La relación de la trayectoria de este artista con el desarrollo de la vida nacional se corrobora en años clave como 1910, cuando Rivera participa en la exposición de pintura del Centenario y tiene su propia sala auspiciada por Carmelita Romero Rubio de Díaz. Algo similar puede afirmarse con respecto de su presencia protagónica en el mo-

vimiento muralista desarrollado en el México posrevolucionario a partir de 1922, cuando pinta el primer mural del movimiento, titulado "La Creación", en el Anfiteatro Simón Bolívar.

### *Prácticas sociales, prácticas discursivas y proyectos iconográficos de la Revolución Mexicana*

La Revolución Mexicana, como hecho histórico y con todas las consecuencias y las prolongaciones que tuvo no puede comprenderse como un acto único en el cual dos contrincantes, dos fuerzas sociales (el "pueblo" y la "dictadura") dirimieron sus diferencias mediante las armas. En primer lugar, podríamos observar que la llamada Revolución fue ante todo un estallido armado en virtud del cual se manifestó el descontento popular mediante un alzamiento en contra de las atrocidades y las injusticias de la dictadura del general Porfirio Díaz. En seguida, es preciso tomar en cuenta que dicha sublevación se imbricó con las aspiraciones democráticas de ciertos elementos de las clases acomodadas y con otros discursos provenientes de diversas formaciones sociales que aportaron proyectos de nación y de cultura y que, desde el mismo Porfiriato hasta nuestros días, han sido parte fundamental del entramado social y cultural de México. Las prácticas discursivas de este sustrato de la sociedad mexicana siempre han estado vinculadas a la práctica artística y cultural en virtud de que era necesario expresar sus propios valores estético-ideológicos por medio del teatro, re-presentar su propio espacio, su propia noción de realidad.

Hacia el término de la lucha de facciones y con la derrota militar del villismo, el zapatismo y el carrancismo, no sólo se planteó hacia 1920 la consolidación de una ruta político-militar y un proyecto de reivindicación social revolucionario bajo el mando férreo de un nuevo Estado nacional al mando de los generales triunfadores (callistas y obregonistas, principalmente); también se dio un fenómeno de vinculación de la práctica artística con la reivindicación de las luchas sociales; aunque esto sucedió de manera paulatina y, sobre todo, hacia los años treinta, cuando el Estado mexicano

posrevolucionario ejercía ya el poder bajo el manto de un partido único, el Partido Nacional Revolucionario en trance de convertirse en el Partido de la Revolución Mexicana. Surgieron así grupos de creadores artísticos que mantenían la mirada dirigida hacia el futuro: ¿qué proyecto de país queremos? ¿Hacia dónde va la Revolución Mexicana?, ¿hacia Moscú?, ¿hacia Washington?, ¿hacia los modelos fascistas que por entonces comenzaban a gestarse en Italia y Alemania?, ¿hacia Trotsky o hacia Stalin? En consecuencia, se generaron movimientos y acontecimientos artísticos que buscaban cerrar filas para defender sus respectivas ideologías y los derechos gremiales de quienes los conformaban, al mismo tiempo que proponían acciones de reivindicación social.

Tales son los casos del Primer Congreso Nacional de Artistas y Escritores; la creación en 1923 del Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores; el surgimiento en 1928 del grupo 30 30; el grupo Lucha Intelectual Proletaria de 1931; la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) de 1934; y el Taller de la Gráfica Popular de 1937. Pero estos ejemplos citados no fueron los únicos; todos ellos configuran uno de los rasgos característicos del arte mexicano del siglo xx que incluye también a quienes aparentemente no mantenían una filiación política o un compromiso social, como lo fue el grupo de Contemporáneos, cuya influencia como movimiento cultural fue crucial no sólo en la renovación de las artes –y no sólo la literatura–, sino en la conformación y consolidación de instituciones públicas como lo fue el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Pero es claro que el eje de toda la transformación artística del México del siglo xx lo constituye el movimiento muralista mexicano. El fenómeno fue generalizado y de largo alcance de modo que vale la pena preguntarse lo siguiente: ¿en dónde comienza la tradición del muralismo y en dónde culmina?, ¿en los murales de San Ildefonso en 1924?, ¿en Ciudad Universitaria en 1952? ¿Se inicia con Saturnino Herrán y su proyecto de murales para el teatro nacional en el Porfiriato? Creemos que, en todo caso, el muralismo puede concebirse como una práctica discursiva en los terrenos de la plástica que tuvo sus tendencias divergentes y convergentes, con un periodo de gestación, de desarrollo y de culminación. Una cues-

ción es clara: desde el Porfiriato, desde los últimos años del siglo xix y a lo largo de la gesta armada y los decenios que le sucedieron, se abrieron frentes de batalla –en todos los sentidos– en la búsqueda de una modernidad ansiada; desde nuestra perspectiva, esa búsqueda se vio reflejada en proyectos diversos de conformación de identidades y de sus consecuentes emblemas necesarios para elaborar una iconografía nacional.

Desde el proyecto de mural *Nuestros Dioses* de Saturnino Herrán destinado para el Teatro Nacional hasta el proyecto de Diego Rivera para decorar el Estadio Olímpico de la Universidad Nacional Autónoma de México,<sup>3</sup> podemos encontrar una diversidad enorme de proyectos iconográficos orientados a construir la imagen identitaria de la realidad del país, aunque el discurso dominante, como sabemos, quedó petrificado bajo la estética de la llamada Escuela Mexicana de Pintura al convertirse en la expresión legitimadora del Estado mexicano del siglo xx, en particular de los regímenes surgidos del seno del Partido Nacional Revolucionario, el Partido de la Revolución Mexicana y, a partir del alemanismo, el Partido Revolucionario Institucional. Pero también es necesario decir que dicho proyecto iconográfico se fue gestando además en campos un tanto ajenos al arte, como fue la publicidad en medios impresos, tanto en periódicos y revistas como en programas de mano y hasta en hojas volantes o carteles callejeros. En dichos medios, a pesar de la poderosa influencia norteamericana y francesa en la elaboración de modelos y clisés, se fueron utilizando algunos elementos icónicos y simbólicos evocadores tanto de aspectos relacionados con la estética mesoamericana como de referentes urbanos que el lector reconocía como propios.<sup>4</sup> Es evidente que quienes elaboraban esas imágenes con fines comerciales también formaban parte de algunas de las tendencias o escuelas artísticas en el México de entonces, tanto durante el Porfiriato como durante la Revolución y la posrevolución. Está por demás claro que artistas como Rober-

<sup>3</sup> No deja de ser significativo, por supuesto, que ambos proyectos que marcan cincuenta años de arte mexicano hayan quedado inconclusos.

<sup>4</sup> Véase para ello el importante estudio realizado por Julieta Ortiz Gaytán, "Arte, publicidad y consumo en la prensa del porfirismo a la posrevolución", pp. 411-435.

to Montenegro, Saturnino Herrán y Julio Ruelas realizaron labores creativas con fines publicitarios.

### *Estética nacional e identidad*

También es importante señalar que la iconografía nacionalista, o más bien identitaria,<sup>5</sup> alcanzó en un par de decenios una presencia reconocida por el ciudadano común, al grado de que esos modelos de expresión de la nacionalidad fueron llevados a la escena y parodiados y homenajeados de igual forma en diversas artes, así como también en varios espectáculos teatrales. Así, por ejemplo, el 14 de febrero de 1931 se estrenó la obra de teatro de revista *La musa morena*, de los autores Ortega, Prida y Ruiz, en la cual se presentaban cuadros escénicos de los que el público “esperaba más calidad, ya que fue anunciada con gran bombo, pues apenas se aplaudieron los cuadros denominados: ‘La pintura mexicana’, ‘Diego Rivera’, ‘Retablos’, ‘Montenegro y Saturnino Herrán’, ‘La poesía de Sor Juana Inés de la Cruz’, ‘La canción de los soldados’ y ‘El contraste de la canción’”.<sup>6</sup> Y en 1934 se estrenó otra revista titulada *El último fresco*, en la cual se realizaba una semblanza biográfica del propio Diego Rivera y en la que él mismo participó como escenógrafo.<sup>7</sup>

Tal vez los ejemplos más significativos en la conformación de un imaginario estético mexicano sean los pabellones de México que representaron al país en las Ferias Internacionales de Nueva Orleans de 1884 (Pabellón Morisco), y de París de 1889 (Pabellón Neoindigenista).<sup>8</sup> En ellos se revelaron los aspectos más significativos de las orientaciones artísticas –principalmente de la arquitec-

<sup>5</sup> Decimos *identitaria*, pues es claro que se trataba de crear ideológicamente un conjunto de imágenes y de lenguajes artísticos que estéticamente conformaran un universo de referencias de lo que se procuró constituir como “cultura nacional”, en una suerte de búsqueda de un discurso unívoco de mexicanidad.

<sup>6</sup> Armando de María y Campos, *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*, pp. 363-378.

<sup>7</sup> Alejandro Ortiz Bullé Goyri, “El teatro de revista mexicano, una forma de periodismo escénico”, pp. 91-110.

<sup>8</sup> Elisa García Barragán, “El arte efímero en el siglo XIX”, pp. 1678-1683.

tura— desde el Porfiriato hasta la Revolución; pero también, por lo que se exponía en el interior de estos pabellones, podían observarse aspectos básicos de las orientaciones culturales del México del siglo xx, como era el caso de la notoria y constante presencia de la arqueología mesoamericana y su influencia en todos los campos de la creación artística, así como también el reconocimiento y la valoración del llamado arte popular.

Desde el punto de vista estilístico, puede constatarse el fervor cosmopolita con el que se procuraba dar realce a la capacidad que se tenía en el país para asumir como propias corrientes arquitectónicas en boga, como lo fueron el llamado eclecticismo y la adecuación moderna del arte mudéjar, hasta llegar a la plena reivindicación de lo nacional, primero mediante los célebres paneles del escultor Jesús F. Contreras que ensalzaban los valores heroicos de los próceres y gobernantes mexicas, y después gracias al diseño mismo de un pabellón que evocaba en su fachada elementos ornamentales típicamente mayas.

¿Y qué decir de la construcción de las otras grandes edificaciones del Porfiriato destinadas a exaltar la firmeza y la modernidad de un régimen que había logrado “paz social”, “orden y progreso”?, como lo fueron el Museo del Chopo, construido con base en las innovaciones en el uso de estructuras de hierro, o el Museo de Geología, sin olvidar los proyectos y realizaciones del propio arquitecto Antonio Rivas Mercado, el constructor oficial del régimen. Y ya que de arquitectura y de su valor simbólico hablamos, valga reconocer que el ejemplo definitivo de la relación entre arte y expresiones identitarias se encuentra no sólo en el muralismo sino en el Palacio de Bellas Artes, diseñado en un principio como el nuevo Teatro Nacional del régimen de Porfirio Díaz y terminado de construir e inaugurado hasta 1934 en pleno régimen posrevolucionario.

Bellas Artes contiene, como una suerte de “caja de Pandora”, en su forma y en los objetos artísticos que resguarda en su interior, la presencia de los ideales oficiales de cultura de ambos regímenes: el de la dictadura porfiriana y el del México revolucionario y posrevolucionario. De tal forma que este palacio no mantiene en sí mismo un estilo definido, sino que es, como la Catedral Metropoli-

tana de la ciudad de México, una conjunción de estilos que iconográficamente dan muchas claves para entender la historia social y cultural de los periodos históricos en que ambos edificios fueron construidos.<sup>9</sup>

También es importante mencionar aquí dos ejemplos singulares y muy significativos de arte efímero, cuya finalidad fue precisamente la de establecer iconográficamente patrones ideológicos desde el Estado mismo: los festejos públicos con motivo del Centenario de la Independencia nacional en 1910 y de su consolidación en 1921. En ambos casos, la idea central de estos festejos la constituyó un programa legitimador de una estética que reflejara los ideales de cultura emanados del Estado mismo: en primer lugar, los del régimen de Díaz y, posteriormente, los del régimen triunfante de la Revolución Mexicana.

### *Derroteros de la creación artística y la transformación cultural de México*

Podemos establecer de modo un tanto sumario que los derroteros principales de la creación artística surgidos de la Revolución Mexicana fueron el criollismo, el indigenismo y el universalismo. Cada uno de éstos parte de un proyecto de cultura nacional y de práctica social. Así, por ejemplo, podemos reconocer la práctica y el proyecto que se genera en torno a las ideas del etnólogo Manuel Gamio, quien en 1916 publicó un libro fundamental en la discusión sobre la idea del país: *Forjando patria*. Esta obra promovió una reflexión sobre el carácter necesario que habría de tener una búsqueda de la identidad nacional y sobre la necesidad ingente –por aquellos años de 1916– de consolidar un proyecto de nación que pudiera superar los lastres del Porfiriato y recoger la simiente étnica y multirracial del país para proyectarlo al futuro.

---

<sup>9</sup> Vale decir que la Catedral inicia su construcción en el siglo xvi, y que no es sino hasta las vísperas de la Independencia nacional, en los albores del siglo xix, cuando se termina su edificación.

El interés de Gamio por impulsar una cultura nacional arraizada en la cultura autóctona fue tal que incluso llegó a escribir un argumento cinematográfico en el cual rememora las hazañas del guerrero tlaxcalteca de tiempos precortesianos *Tlahuicole*. Suponemos que este guión fue llevado a la escena en vez de ser filmado en 1925 por Carlos González con adaptación de Rubén M. Campos, en Teotihuacan.

Hay, pues, en este llamado a “forjar patria” una exacerbada propuesta nacionalista que no necesariamente hay que ver como un discurso patrioterico y demagógico, sino como un discurso que procura sustentarse tanto en la observación de una realidad nacional como en el vehículo en que las ciencias sociales (la sociología, la antropología, la historia, la etnología) se convertirían para consolidar y justificar un proyecto de cultura nacional que respondiera a la realidad social del país y no a modelos externos.

Vasconcelos concibe por su cuenta el arte criollo como una parte de su propuesta filosófica del “monismo estético”, una propuesta de arte como medio de redención nacional, sin que por ello se entienda la renuncia a las raíces autóctonas, pero tampoco, como parece ser el discurso de Gamio, a las influencias europeas o clásicas. He aquí una breve cita del ya clásico ensayo *El monismo estético* en cuyas páginas se plantean en líneas generales las ideas estéticas vasconcelianas:

Así comprendo el criollismo; un arte saturado de vigor primitivo, de asunto nuevo, combinando lo sutil con lo intenso, sacrificando la exquisitez a la grandeza, la perfección a la invención; libre para elegir los mejores elementos de todas las culturas; sintético y vigoroso en la obra, capaz de expresar el instante, pero rico asimismo en presagios del provenir de la raza y del espíritu individual.<sup>10</sup>

Tanto el discurso de Manuel Gamio como el discurso vasconcelista del “arte criollo” influyen y son el soporte estético-ideológico de buena parte de grupos, tendencias y movimientos del México pos-revolucionario.

---

<sup>10</sup> José Vasconcelos, “El monismo estético”, pp. 1-85.



Una de las figuras emblemáticas del arte mexicano posrevolucionario, el poeta Ramón López Velarde, apuntaba en un breve texto titulado "Novedad de la Patria"<sup>11</sup> una de las tendencias discursivas más determinantes en la búsqueda y conformación de esa "comunidad imaginada" que sería el proyecto cultural de la nación mexicana emanado de la Revolución.

La lucha armada, más allá de los discursos legitimadores, fue un estallido social que no encontró su cauce y sus consecuencias inmediatas en el triunfo de los ideales por los que se luchaba, a diferencia de otras revoluciones, como la francesa o la soviética, que los alcanzaron, si no de manera plena y total, sí de forma notoria. En cambio, la Revolución Mexicana no trajo al país ni sufragio efectivo como lo postulaba Francisco I. Madero en su Plan de San Luis, ni "Tierra y libertad" como se demandaba en el Plan de Ayala del zapatismo, más allá de lo que se observa en los alcances revolucionarios de la propia Constitución Política de 1917. Puede decirse que las consecuencias más notorias se dieron en campos no propiamente sociales y políticos, sino en ámbitos culturales y artísticos, como pueden ser la educación pública, el muralismo mexicano y la llamada Escuela Mexicana de Pintura, así como también el florecimiento de grupos, tendencias y movimientos artísticos y literarios que marcaron plenamente la fisonomía del México del siglo xx. Entre éstos, cabe destacar los casos ya referidos correspondientes al Ateneo de la Juventud, el grupo Ulises, los escritores y artistas asociados al nombre de Contemporáneos, o el movimiento Estridentista con su cauda de vanguardia demoledora; todos ellos permitieron al país respirar aires nuevos, establecer distancias, diferencias, similitudes y encuentros con expresiones artísticas y culturales no sólo correspondientes a otras vanguardias, sino de manera más amplia con el arte moderno que se gestaba en las grandes capitales del mundo y, en general, con las ideas estéticas más sobresalientes e influyentes en el periodo que nos atañe. Esta voluntad de diálogo cosmopolita no significa que en el país se hayan dejado de

---

<sup>11</sup> Véanse las citas del texto de Ramón López Velarde a lo largo del presente trabajo.

producir y plantear ideas nuevas desde la práctica intelectual y el arte que terminaron influyendo también en otras latitudes, como fueron el muralismo y la narrativa de la Revolución Mexicana.

Por otra parte, añadiendo de alguna manera algo más que lo planteado por Enrique Krauze en su libro *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, puede decirse que, entre el último tercio de la dictadura de Díaz (1900-1910) y el fin de la lucha armada e inicio del periodo posrevolucionario (1910-1921), se fueron planteando y desarrollando no sólo formaciones y prácticas discursivas en torno a determinados proyectos culturales, sino auténticos profetas de la cultura mexicana. Profetas que no sólo escribieron y plantearon el “deber ser” de la cultura nacional, sino que establecieron paradigmas que en sí mismos constituyen verdaderos manifiestos culturales de la Revolución Mexicana en virtud de su propia personalidad pública y de su accionar.

He aquí algunos nombres de estos profetas culturales: José Vasconcelos –en primerísima línea–, Ramón López Velarde, Manuel M. Ponce, Silvestre Revueltas, Alfonso Reyes, David Alfaró Siqueiros, Diego Rivera, Frida Kahlo y, sin ser la última de la lista desde luego, Antonieta Rivas Mercado, entre otros más. Todos ellos rodeados en la actualidad de una aureola de santos laicos, representan en el imaginario cultural del mexicano el paradigma del creador artístico o del forjador cultural.

### *Pluralidad de voces y búsqueda de raíces*

Cabe reconocer la labor extraordinaria de algunos de los creadores artísticos que, con su obra y con su labor de impulsores y promotores, dejaron una marca definitiva en la fisonomía cultural del México del siglo xx, como fue el caso de Manuel M. Ponce gracias a la recopilación y reinterpretación de la música vernácula, o Gerardo Murillo, el Doctor Atl, en virtud de su paciente trabajo de recuperación de piezas de artesanías y de arte popular mexicano.

Muchas de esas ideas visionarias quedaron plasmadas en las míticas revistas culturales y literarias de esos primeros cuarenta

años, herederas todas de la labor periodística y literaria de Manuel Gutiérrez Nájera y de dos revistas incontrovertibles en cuanto a su significación histórica y fundacional: *Azul* y la *Revista Moderna*. Pero también podemos ver el trabajo intelectual, no necesariamente literario, que abrió camino tanto a nuevas generaciones de mexicanos como a la creación de instituciones que se puede observar en la presencia y la huella perenne en el perfil del México del siglo xx de la “generación de los siete sabios” o “generación de 1915”, conformada por Vicente Lombardo Toledano, Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Jesús Moreno Baca y Teófilo Olea y Leyva. Todos ellos intelectuales mexicanos que con su labor y trayectoria forjaron la vida y las instituciones del México posrevolucionario, como también lo fue Narciso Bassols y otros pensadores y académicos más que fungieron como funcionarios o miembros de los gabinetes en los distintos gobiernos emanados de la Revolución.

Y aquí hay que señalar también las publicaciones periódicas, emblemáticas y legendarias, que fueron como correas de transmisión de las ideas estéticas, de la práctica artística y del accionar cultural de esos años. En primer lugar debe señalarse a *El Universal Ilustrado* junto con *El Maestro*, en virtud de su presencia, su influencia y su tiraje. Después, es inevitable señalar a otras más, como *Savia Moderna*, *La Falange*, *Ulises*, *Contemporáneos*, *La Antorcha*, *Frente a Frente*.

Bebiendo la atmósfera de su propio enigma, la nueva patria no cesa de solicitarnos con su voz ronca, pectoral. El descuido y la ira, los dos enemigos del amor, nada pueden ni intentan contra la pródiga. Únicamente quiere entusiasmo.

Admite de comensales a los sinceros, con un solo grado de sinceridad. En los modales con que llena nuestra copa, no varía tanto que parezca descastada, ni tampoco que fatigue; siempre estamos con ella en los preliminares, a cualquiera hora oficial o astronómica. No cometamos la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa.

Uno de los fenómenos que puede resultar más interesante desde la visión del historiador es la manera como la cultura que florece

con la Revolución Mexicana, el llamado “Renacimiento Mexicano”, tuvo ecos y resonancias en expresiones artísticas no convencionales y, al mismo tiempo, extremadamente populares en su tiempo, como fue el caso del teatro de revista, del cual ya hemos consignado un par de ejemplos. Militares y políticos, pero también músicos, literatos y pintores fueron objeto de burlas, parodias, homenajes a través de este medio de expresión escénica que en muchos sentidos fue el espacio de deliberación y de reconfiguración de las transformaciones sociales y culturales del país. El teatro de revista modelizó con mucho el sentir popular, tanto o más que el grabado, las revistas literarias, *magazines* o cualquier otro medio impreso. Así, por ejemplo, Manuel M. Ponce fue tomado como punto de partida en una de las obras de teatro de revista que consagraron al género titulada *Rayando el sol*, estrenada en el propio Palacio de Bellas Artes con la Compañía Mexicana de Revistas de Roberto Soto.

### *Notas breves para reflexionar*

Curiosa resulta la presencia de círculos culturales durante estos primeros años del siglo xx en México, que no necesariamente agitaban una bandera ideológica o determinadas premisas estéticas. El factor más importante de cohesión era su residencia en la ciudad de México y su lugar de origen. Sabemos, por ejemplo, que muchos de los creadores artísticos más sobresalientes provenían del centro-norte de la República, en particular de la región del Bajío, como Jalisco y Michoacán, o de los estados donde comienza el desierto y la llanura: San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas. Quizás no encontremos una relación directa entre la pintura de José Clemente Orozco y la literatura de Mariano Azuela; entre la música de Manuel M. Ponce y la poesía de Ramón López Velarde, como sí la hay por el contrario entre este último y el pintor Saturnino Herrán o el escultor Jesús F. Contreras; entre la labor escultórica de este último y la labor poética, periodística y dramática de José F. Elizondo. A este respecto, por algunos testimonios sabemos que entre estas personalidades había un trato constante, se visita-

ban, se impulsaban unos a otros, intercambiaban información y tejían redes. Esto puede significar que, a pesar de los estragos que la lucha armada iba causando en las ciudades y en la población, había un entramado social y cultural que permitió que, a pesar de la difícil situación a la que se vio sometido el país entero a lo largo de diez años (1910-1920), la producción artística y cultural no fuese diezmada, sino todo lo contrario. En el país se fue gestando una cauda inusitada de producción artística y cultural en las dos décadas subsecuentes (1920-1940) como no se ha dado en ningún otro momento histórico de la nación.

Desde 1878, una fecha muy temprana, en que el escultor Miguel Noreña realizó la célebre escultura de Cuauhtémoc, que permanece aún en el cruce de la avenida Insurgentes y Paseo de la Reforma en la ciudad de México y que curiosamente marca también el inicio del Porfiriato, hasta la publicación del último libro de Ramón López Velarde, *Zozobra*, en 1919, año en que la lucha armada declina para dar paso al México posrevolucionario, puede contemplarse una efervescencia y un crisol de tendencias artísticas que no sólo conformaron cultural y estéticamente al país, sino que finalmente desvelaron el rostro multiforme y contradictorio de México y sus habitantes. En ese encuentro no habría marcha atrás. Como si el país entero estuviera de acuerdo en estos versos de López Velarde pertenecientes al poema "El retorno maléfico", publicado justo en 1919:

Mejor será no regresar al pueblo,  
al edén subvertido que se calla  
en la mutilación de la metralla.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> R. López Velarde, *Zozobra*, pp. 184-186.

## BIBLIOGRAFÍA

- Azuela, Alicia, *Arte y poder: Renacimiento Artístico y Revolución Social México, 1910-1945*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, 377 pp.
- Burke, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001.
- Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- Fuentes Ibarra, Guillermina, "César Rubio y Usigli en la hoguera de la crítica", en *Rodolfo Usigli, ciudadano del teatro (memoria de los homenajes a Rodolfo Usigli 1990-1991)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes/Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli", 1992, pp. 98-115.
- García Barragán, Elisa, "El arte efímero en el siglo XIX", en Manrique, Jorge Alberto, (coord.), *El arte mexicano*, t. 11, [*El arte del siglo XIX III*], México, Secretaría de Educación Pública-Salvat, 1986, pp. 1678-1683.
- López Velarde, Ramón, *Obras*, ed. de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 865 pp.
- , Ramón, *Zozobra*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2004.
- Maria y Campos, Armando de, *El teatro de género dramático en la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1957, 439 pp.
- , *Crónicas del teatro de "Hoy"*, México, Editorial Botas, 1941, 249 pp.
- , *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956, 439 pp. [Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (Col. Cien de México), 485 pp.]
- Meyran, Daniel, "Discours culturel et codes idéologiques: une lecture de la revue *El Espectador* au Mexique, en 1930", *América, Cahiers du CRICCAL (Le discours culturel dans les revues Latino-Américaines de l'entre deux-guerres, 1919-1939)*, núm. 4/5, 1992, pp. 125-136.
- , *El discurso teatral de Rodolfo Usigli, del signo al discurso*, tr. de Manuel Menéndez, México, Instituto Nacional de Bellas Artes/Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli", 1993, 284 pp.

- , *Tres ensayos sobre teatro mexicano*, Milán, Ed. Bulzoni, 1996, 141 pp.
- y Alejandro Ortiz Bullé Goyri (eds.), *El teatro mexicano visto desde Europa (actes des 1res. journées internationales sur Théâtre Mexicain en France, 14, 15 et 16 juin, 1993, Université de Perpignan)*, Perpignan, Université de Perpignan-CRILAU, 1994, 316 pp.
- Ortiz Bullé Goyri, Alejandro, "Tres coronas para México, o el viaje de Usigli hacia la historia", en *Rodolfo Usigli, ciudadano del teatro (memoria de los homenajes a Rodolfo Usigli 1990-1991)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes/Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli", 1992, pp. 116-127.
- , "El teatro de revista mexicano, una forma de periodismo escénico", *Tema y Variaciones de Literatura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, núm. 19, 2002, pp. 91-110.
- , "Rodolfo Usigli ciudadano del teatro... y del ensayo...", en *Tema y Variaciones de Literatura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, núm. 24, 2005, pp. 187-198.
- , *Teatro y vanguardia en el México posrevolucionario (1920-1940)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2005, 285 pp.
- Ortiz Gaytán, Julieta, "Arte, Publicidad y Consumo en la prensa del porfiriato a la posrevolución", *Historia Mexicana*, núm. 2, 190, oct-dic, 1998, pp. 411-435.
- Madero, Francisco I., *La sucesión presidencial en 1910*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1996, 357 pp.
- Molina Enríquez, Andrés, *Los grandes problemas nacionales*, México, CREA-CEHAM, 1984, 342 pp.
- Ross, Stanley, R., *Fuentes para la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas*, México, El Colegio de México, 1965.
- Rivas Mercado, Antonieta, *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, ed. de Luis Mario Schneider, México, Secretaría de Educación Pública-Editorial Oasis, 1987 (Lecturas Mexicanas, 93, 2ª. Serie), 466 pp.
- , *87 cartas de amor y otros papeles*, ed. de Isaac Rojas Rosillo, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1984, 177 pp.
- Rodolfo Usigli, *ciudadano del teatro (memoria de los homenajes a Rodolfo Usigli 1990-1991)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes/Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli", 1992, 293 pp.

- Vasconcelos, José, "El monismo estético (ensayos)", *Obras completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1961 (Col. Laurel), pp. 1-85.
- V / A, *Momentos clave de nuestro siglo (episodios del siglo xx mexicano escritos por sus protagonistas)*, México, Grupo Editorial Planeta, 1999, 88 pp. + ilustr.

## PÁGINAS ELECTRÓNICAS CONSULTADAS

- <<http://www.diegorivera.com/bio/indexesp.php>> (Fecha de consulta: octubre de 2008.)
- Bernal Alanis, Tomás "Revolución y Cultura: Una búsqueda posrevolucionaria", *Tiempo y Escritura. Revista electrónica*, <<http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye11/index.htm>> (Fecha de consulta: 3 de septiembre de 2008.)
- Herrera, Arnulfo, "El rigor tímido y el legado: la Antología de los Contemporáneos", en *Imágenes, revista electrónica del Instituto de Investigaciones Estéticas*, [http://www.esteticas.unam.mx/revista\\_imagenes/rastros/ras\\_herrera02.html](http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/rastros/ras_herrera02.html), (Fecha de consulta: 4 de septiembre de 2008.)
- Ortiz Gaytán, Julieta, "The New York Fashion Bazar: Una joya de los magazines ilustrados", *Imágenes, revista electrónica del Instituto de Investigaciones Estéticas*, <[http://www.esteticas.unam.mx/revista\\_imagenes/index.html](http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/index.html)> (Fecha de consulta: 2 de agosto de 2007.)



## ANEXO

Cronología mínima de acontecimientos artísticos y culturales ocurridos desde el Porfiriato hasta el México posrevolucionario (1878-1920)

- 1878-87 Estatua de Cuauhtémoc de Miguel Noreña.
- 1880 Nacimiento de José F. Elizondo en Aguascalientes.
- 1881 Nacimiento de José Vasconcelos en Oaxaca.
- 1882 Vicente Riva Palacio funda el Ateneo Mexicano de Ciencias y Artes.  
Nacimiento de Manuel M. Ponce en Fresnillo, Zacatecas.
- 1883 Publicación de *Cuentos frágiles* de Manuel Gutiérrez Nájera.
- 1888 Nacimiento de Ramón López Velarde en Jerez, Zacatecas.  
Nacimiento de Saturnino Herrán en Aguascalientes, Aguascalientes.
- 1889 Se realiza el Segundo Congreso Mexicano de Instrucción Pública presidido por Justo Sierra.  
México es invitado a la exposición internacional de París y a la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América.  
Nacimiento de Alfonso Reyes.
- 1891 "El velorio", de José Jara.  
Julio Ruelas es enviado por su madre a estudiar a Europa, en la Escuela de Arte de la Universidad de Karlsruhe; recibe la influencia de Arnold Böcklin.
- 1892 "El suplicio de Cuauhtémoc", de Leandro Izaguirre.
- 1896 Muerte de Vicente Riva Palacio.
- 1898 Revista *El Centauro en agonía*.  
*Revista Moderna* (1898-1911) dirigida por Jesús E. Valenzuela.  
"El Tzomplantli", de Adrián Unzueta.  
Exposición en San Carlos de Julio Ruelas.

- 1899 Se inicia el alumbrado público de la ciudad de México. México gana premios en la exposición internacional de París.  
José Juan Tablada publica *El florilegio*.
- 1899 Publicación de *El Demócrata*, por Juan Sarabia en San Luis Potosí.
- 1900 *El Demócrata* es clausurado. Juan Sarabia publica *El Porvenir*.  
Se funda *Regeneración* en la ciudad de México, órgano de combate del Partido Liberal Mexicano.  
Pabellón mexicano en la Exposición Universal de París, con paneles de héroes indígenas de Jesús F. Contreras.
- 1901 Publicación de *El Diario del Hogar* en San Luis Potosí.  
*Regeneración* es clausurado en octubre.  
Salvador Díaz Mirón publica *Lascas*.
- 1902 Ricardo Flores Magón edita en julio *El Hijo del Ahuizote*.  
En septiembre todo el personal es encarcelado.  
En noviembre Juan Sarabia vuelve a editarlo.  
Manuel José Othón da a conocer *Poemas rústicos*.
- 1903 Fundación del Club Redención (antirreeleccionista) y de su periódico *Excelsior*.  
Rebelión en la Academia de San Carlos de Gerardo Murillo, el Dr. Atl, a favor del impresionismo y el postimpresionismo.  
La policía irrumpe en abril en las instalaciones de *El Hijo del Ahuizote*; Juan Sarabia, Librado Rivera y Ricardo y Enrique Flores Magón son encarcelados.  
Se clausura toda la prensa opositora.  
Enrique González Martínez publica *Preludios*.
- 1904 Se funda en la ciudad de México *El Colmillo Blanco*.  
Se reedita *Regeneración* en San Antonio, Texas.  
José Rolón estudia en París. Julio Ruelas viaja a París.
- 1905 Se reedita *Regeneración* en San Luis Missouri. Poco después los detectives Pinkerton irrumpen en las oficinas y Juan Sarabia y Ricardo Flores Magón son encarcelados.  
Se instala la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes; Justo Sierra es su titular.  
José Vaconcelos escribe *Teoría dinámica del derecho*.  
Manuel M. Ponce viaja a Europa y estudia con Césare D'Alorio y con Krauze.  
Pedro Henríquez Ureña escribe *Ensayos críticos*.

- 1906 Se reedita *Regeneración* en febrero, en Saint Louis Missouri; en septiembre, sus oficinas son invadidas por autoridades norteamericanas.  
Revista *Savia Moderna*.  
Exposición de pintura organizada por *Savia Moderna* en la cual exponen Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera.  
Exposición de pensionados del gobierno en la Galería Nacional de Artes Plásticas.  
Muerte de Manuel José Othón.
- 1907 “Momias a vuestros sepulcros”, manifestación ateneísta en contra de la reaparición de la *Revista Azul* y en memoria de Manuel Gutiérrez Nájera.  
Muere en París Julio Ruelas.
- 1908 Se crea la Escuela Nacional de Altos Estudios.
- 1909 Conferencias de Antonio Caso sobre filosofía positivista en la Escuela Nacional Preparatoria.  
El 31 de enero se publica *La sucesión presidencial en 1910* de Francisco I. Madero.  
Fundación del Ateneo de la Juventud.  
Manuel M. Ponce compone una pieza de piano para la mano izquierda a la que tituló *Malgré tout*, en honor del escultor Jesús F. Contreras.
- 1909 Se publica el libro *Los grandes problemas nacionales* de Andrés Molina Enríquez.  
Enrique González Martínez publica *Silenter*.
- 1910 Fundación de la Sociedad de Conciertos y Conferencias (Ateneo de la Juventud).  
Ciclo de conferencias del Ateneo de la Juventud entre agosto y septiembre.  
El 18 de septiembre, Justo Sierra funda la Universidad Nacional.  
Juan de Dios Peza, “El cantor del hogar”, muere el 16 de marzo.  
Exposición de pintura de El Centenario. Diego Rivera tiene su propia sala auspiciada por Carmelita Romero Rubio de Díaz. El Dr. Atl y otros luchan por un espacio en la exposición.  
El Dr. Atl consigue un permiso para decorar el anfiteatro Simón Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria.  
Nicolás Rangel, Pedro Henríquez Ureña y Luis G. Urbina publican la *Antología del Centenario* bajo la dirección de Justo Sierra.  
José Vasconcelos escribe *Gabino Barreda y las ideas contemporáneas*.

- 1910 Becerril, *Las fiestas del Centenario, desfile histórico*.  
Manuel M. Ponce compone el *Concierto para piano y orquesta*.  
Pedro Henríquez Ureña publica *Horas de estudio*.  
Efrén Rebolledo publica *Nikko*.
- 1911-1913 Huelga estudiantil en la Academia de San Carlos (Asúnsolo, Siqueiros, Raciél, Orozco, entre otros).  
En 1911 deja de publicarse la *Revista Moderna de México*, Enrique González Martínez publica *Los senderos ocultos* y Alfonso Reyes *Cuestiones estéticas* gracias a los buenos oficios de Francisco García Calderón.  
David Alfaro Siqueiros realiza *Campesinos*; Saturnino Herrán, *El trabajo, El hombre del molino, La leyenda de los volcanes*.  
Mariano Azuela publica *Andrés Pérez maderista*.  
Marcelino Dávalos escribe *Lo viejo*.  
Luis González Obregón publica *La vida en México en 1810*.
- 1912 El Ateneo funda la Universidad Popular el 13 de diciembre.  
Emilio Rabasa escribe *La constitución y la dictadura*.  
Saturnino Herrán pinta *El gallero*.  
Manuel M. Ponce compone el *Concierto para piano* y lleva a cabo un concierto de música popular mexicana.  
Salvador Quevedo y Zubieta escribe *La camada*.  
Publicación de las revista *Argos, Nosotros y Revista Blanca*.  
Muerte de Justo Sierra.
- 1913 Saturnino Herrán realiza *La ofrenda*.  
Jesús T. Acevedo y Federico Mariscal inician en arquitectura la tendencia neocolonial en oposición a las corrientes arquitectónicas francesas.  
Alfredo Ramos Martínez funda las escuelas de pintura al aire libre.  
Los alumnos de la Escuela de Santa Anita colaboran activamente en la lucha contra Victoriano Huerta.
- 1914 Antonio Caso escribe *Problemas de la intuición*.  
*Revista Positiva*.  
Federico Gamboa escribe *A buena cuenta*.  
Manuel M. Ponce compone *Estrellita*.  
Diego Rivera realiza *El despertador*.  
Se reabre la Academia; la encabeza el Dr. Atl quien combate las prácticas al aire libre de la escuela de Alfredo Ramos Martínez.  
El Dr. Atl consigue el apoyo estudiantil para la fundación de la Casa del Obrero Mundial y para la causa constitucionalista.

- 1914-1916** Conferencias del Ateneo en la Librería de Gamoneda.  
En 1916 Efrén Rebolledo publica *Caro victrix*.
- 1915** Marcelino Dávalos escribe *Indisoluble*.  
Diego Rivera pinta *Paisaje zapatista*.  
Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Leyva y Alberto Vázquez del Mercado integran la generación de “los siete sabios”.  
Antonio Caso escribe *Problemas filosóficos*.
- 1916** El Dr. Atl publica la revista *La Vanguardia* en Orizaba, posteriormente tiene desavenencias con Venustiano Carranza y huye a los Estados Unidos el 21 de julio.  
Ramón López Velarde publica *La sangre devota*.
- 1917** Impulso a las actividades culturales que permite el surgimiento del término “Renacimiento Mexicano”.  
Saturnino Herrán realiza *Nuestros Dioses* (1916-1918) y *El cofrade de San Miguel*.
- 1918** Muere Saturnino Herrán.  
José Vasconcelos publica *El monismo estético*.
- 1919** Antonio Caso escribe *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*.  
Exposición de arte popular, con catálogo de Catherine Anne Porter.  
Ramón López Velarde publica *Zozobra*.  
*Revista Musical de México*.  
*La evolución histórica de México* de Emilio Rabasa.  
*Estudios indostánicos* de José Vasconcelos.  
*Historia de la América Española* de Carlos Pereira.  
*Sonata para piano, núm. 2* de Carlos Chávez.  
*México Moderno*, *Revista Azul* (boletín estudiantil dirigido por Germán List Arzubide).  
*Un día... poemas sintéticos* de José Juan Tablada.  
*El plano oblicuo* de Alfonso Reyes.  
Muerte de Amado Nervo.

## 7. LA PERSPECTIVA REVOLUCIONARIA DEL ATENEO DE LA JUVENTUD

*Leonardo Martínez Carrizales*<sup>1</sup>

### *Preámbulo*

Escribí la primera versión de este texto en 1997 y 1998 con el propósito de llamar la atención sobre los supuestos conceptuales y valorativos que han permitido construir el prestigio del Ateneo de la Juventud como expresión plena de uno de los principios dominantes en la narrativa historiográfica de las letras de México en el siglo xx.<sup>2</sup>

El esfuerzo de documentación que se hacía por entonces –y se ha seguido haciendo con buena fortuna– sobre esta materia enriquecía sin lugar a dudas el caudal de nuestros conocimientos sobre el Ateneo;<sup>3</sup> sin embargo, este patrimonio no propiciaba una crítica de los discursos acerca de este órgano de agremiación cuyas pautas ideológicas y simbólicas seguían siendo las mismas desde los escritos que Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso, Amado Nervo y Luis G. Urbina habían redactado para celebrar este acontecimiento en la cultura literaria de México. Ahora resulta claro que esta clase de discursos no sólo difunde el conocimiento sobre el pasado, sino que también determina las pre-

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Departamento de Humanidades.

<sup>2</sup> Leonardo Martínez Carrizales, “La mitología revolucionaria del Ateneo de la Juventud”, *La gracia pública de las letras*, pp. 31-52.

<sup>3</sup> En el tiempo en que me ocupé por vez primera de este problema de estudio, se publicó Fernando Curiel, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, 1998; recientemente se ha dado a conocer Susana Quintanilla, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, 2008.

guntas que podemos plantear a ese pasado. Este valor heurístico es el que hace necesario un examen crítico de las formas verbales por medio de las cuales se organiza, se piensa y se divulga el pasado.

Las pautas ideológicas y simbólicas que determinaban la memoria histórica del Ateneo, y aun los esfuerzos de configuración intelectual de este problema con respecto de nuevas indagaciones, ni siquiera parecían ser parte de los aspectos a considerar por quienes se empeñaban en el estudio de este capítulo de nuestra historia cultural. La aparición de nuevos trabajos y la reanimación del debate sobre el Ateneo con motivo de los centenarios que le son pertinentes me han invitado a pensar que el escenario que estimuló este trabajo no ha cambiado. Por ello me he decidido a publicar una nueva versión de este artículo sin modificar sustancialmente su tesis central, aunque afinando aquí y allá la solución a diferentes problemas interpretativos. El equipo de trabajo del cual formo parte actualmente en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, dedicado a la historiografía crítica, ha sido un estímulo constante durante los últimos años para perfilar con mayor precisión y amplitud problemas del tipo como el que a continuación se desarrolla.

### *La sustancia histórica*

José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Jesús T. Acevedo, Julio Torri, Ricardo Gómez Robelo, Rafael López y Roberto Argüelles Bringas, entre otras personalidades, todas ellas asociadas habitualmente al nombre del Ateneo de la Juventud,<sup>4</sup> ocupan un lugar protagónico en el relato historiográfico que ha organizado, sancionado y di-

<sup>4</sup> El Ateneo de la Juventud fue fundado el 28 de octubre de 1909, luego de haberle sido conferido el estatuto de asociación civil a la Sociedad de Conferencias, bajo cuyo nombre las personalidades a las cuales nos referimos en este artículo habían organizado dos ciclos de conferencias en 1907 y 1908. En 1911, por iniciativa de quien entonces fuera su presidente, José Vasconcelos, el Ateneo cambió de apellido: Ateneo de México. La costumbre ha impuesto la denominación de Ateneo de la Juventud a algo más que un grupo y una asociación civil: a toda una generación. A esa convención me ciño en estas páginas.

fundido los valores literarios de México en el siglo xx, desde hace varios años. Me refiero a las líneas básicas de una narrativa historiográfica que no sólo cumple con las tareas correspondientes al establecimiento de un padrón de autores y un catálogo de obras, sino que también confiere a la obra literaria un lugar y un valor en el panorama de una cultura determinada, y con ello, un sitio en el conjunto de las actitudes políticas, las ideas estéticas y las instituciones que pertenecen a esa cultura.

Una vez que dicho relato *sitúa* a la obra literaria, quedan establecidas las condiciones del marco cognitivo en que ésta ha de comprenderse, estudiarse y preservarse para efectos de su divulgación. En adelante, la obra no será más un objeto ante sí mismo, sino ante otros objetos culturales. Un objeto cuya descripción y cuya valoración se cumple al lado de la valoración y la descripción de otros.

Al hablar del relato historiográfico en el cual el Ateneo de la Juventud ocupa un lugar importante, aludo a un discurso que, en el momento en que se va gestando y articulando coherentemente, resuelve las tareas que supone el trazo de un panorama histórico de la literatura; tareas a las que podríamos aludir con esta frase: la determinación de la sustancia histórica de la obra literaria; dicho de otro modo, la determinación de sus valores históricos.

Se dirá que esta clase de relato se da sólo por excepción, habida cuenta del refinamiento y el número de los problemas que lleva aparejados el establecimiento de sus argumentos. Objeción a la que conviene responder que no hay relato historiográfico que no suponga la postulación y la solución de este tipo de problemas, ya sea implícita, ya sea explícitamente.

La sola idea de organizar el patrimonio literario de una comunidad nacional, regional o lingüística en un panorama histórico implica el emplazamiento de la obra literaria y del autor ante hechos institucionales e ideológicos. En el primero de los casos, me refiero a la relación de la obra con las instituciones que son pertinentes para su existencia, como los cenáculos académicos, los claustros universitarios, la prensa, los premios, el mercado editorial, los puestos públicos... En el segundo, la relación se plantea con las ideas políticas, las ideas estéticas, los géneros, las prácticas vigentes de la es-



critura... En última instancia, y llevando los hechos quizá un poco lejos, la historia literaria es una actividad que se ocupa menos de la composición de una obra que del medio ambiente que la rodea.

Tal y como la practicamos actualmente, la historia literaria preserva los rasgos esenciales que le confirieron las edades históricas en que se la practicó hasta el grado de hacerla madurar entre los frutos de la cultura moderna: el siglo xviii y el xx. La historia literaria es enciclopédica y es romántica. Gracias a su primer ancestro, es acumulativa, ejemplar y preceptiva; por el segundo es cívica, nacional, republicana y patriótica. Por ambas partes es canónica y tradicional: una galería de nombres y títulos notables, organizados de acuerdo con una sucesión coherente que reproduce una perspectiva enérgicamente biográfica, agónica, cuando no heroica sin cortapisas: una galería de héroes culturales cultivada y resguardada con sumo cuidado como uno de los sustentos más apreciados de la identidad de un grupo humano.

Nuestro país no ha sido la excepción en lo que se refiere a esta actividad. En cuanto al siglo xx, que es lo que interesa en estas páginas, el canon y la tradición literarios han terminado por imponerse sin desacuerdos notables en la conciencia de tirios y troyanos en el campo de la enseñanza, la crítica y el estudio de la literatura. En sus respectivos trabajos, personalidades como Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, Antonio Castro Leal, José Luis Martínez y Emmanuel Carballo han celebrado un acuerdo básico en lo que se refiere al índice normativo de la literatura mexicana de la primera mitad del siglo xx. Un acuerdo que radica menos en la gestión específica desarrollada por ciertos escritores y en el análisis concienzudo de la estructura de sus obras, que en los valores ejemplarizantes, normativos, cívicos y nacionales con los cuales estos críticos e historiadores entendieron la obra literaria.

El Ateneo de la Juventud es la puerta de acceso al canon, la portada del edificio de la tradición de la literatura mexicana del siglo xx —en la medida en que atribuyamos a estas nociones los atributos de un repertorio de escritores y de libros conocidos por todos, reconocidos por todos—. El acuerdo casi universal que entre nosotros ha celebrado y consagrado el prestigio del Ateneo de la

Juventud descansa en operaciones críticas de índole extraestética y, casi diríamos, extraliteraria, si hoy no aceptásemos como literario el conjunto de valores sociales que intervienen en la composición y lectura de una obra. He aquí un hecho en el que conviene detenerse no sólo por el carácter extraestético del acuerdo, sino por la unanimidad que ha logrado reunir en torno suyo; quiero decir, un partido casi absoluto de fieles y orgullosos valedores del Ateneo; un pequeño ejército de profesores, críticos, periodistas, historiadores, investigadores y escritores empeñados en levantar un monumento a la memoria de los ateneístas en nuestro panteón literario; y por la indiferencia que casi todos ellos han demostrado ante la índole estrictamente estética de la obra de estos patricios.

Conviene aclarar esta afirmación. El número creciente de relatos que constituyen la narrativa prestigiosa del Ateneo de la Juventud no puede compararse con la cantidad exigua de textos críticos que analizan los lenguajes artísticos que practicaron los integrantes de esta corporación, tal y como puede verificarse en sus libros. Por ejemplo, con ser tan estimada por los ateneístas la práctica de la poesía, en la narrativa historiográfica dominante de las letras mexicanas todavía hay un hiato entre el modernismo y los Contemporáneos. Los ateneístas que escribieron poemas tendrían que ocupar ese vacío en un discurso que no alcanza todavía a explicar el ocaso y las transformaciones del modernismo, así como también su suave derivación hacia las vanguardias y los Contemporáneos. Por otra parte, cabe destacar que materias satisfactoriamente estudiadas como la prosa breve de Julio Torri, el ensayo de Alfonso Reyes, la narrativa de Martín Luis Guzmán, las memorias de José Vasconcelos y la crítica de Pedro Henríquez Ureña se integran en núcleos discursivos que no contemplan al periodo del Ateneo como su eje, sino como un mero antecedente.

### *La identidad revolucionaria*

Entre los estudiosos que se han propuesto establecer un panorama de los acontecimientos culturales del siglo xx en México, y que han

incluido a los miembros del Ateneo de la Juventud en sus empeños, quiero destacar a José Luis Martínez, autor de un célebre manual de historia literaria, y a Luis Villoro, que incurrió en la práctica de esos esbozos breves y generales, apretados y esquemáticos, que periódicamente aparecen entre nosotros con el propósito de aventurar claves y coordenadas de nuestro quehacer cultural; un esbozo trazado hace varios años, en 1960, y ratificado hace algunos, sin mover de su lugar una sola coma.<sup>5</sup>

La condición panorámica, narrativa, cronológica y lineal de ambos textos hace mucho más evidente los marcos cognitivos y los sistemas conceptuales que priman en una comunidad histórica de sentido para pensarse a sí misma con base en su patrimonio cultural. Casi podría decirse que estos universos de ideas y estos marcos de configuración intelectual son el valor más importante de esta clase de documentos, concebidos y redactados al margen de las obligaciones analíticas que caracterizan a otros géneros de la escritura universitaria.<sup>6</sup> Dado el propósito de este artículo, me parece conveniente tomar como eje a estos autores que, por otra parte, siguen marcando las pautas de la conversación acerca del Ateneo entre nosotros.

En uno de estos autores, José Luis Martínez, nos será familiar el esfuerzo que los historiadores de nuestra literatura invierten en su tarea continuamente; en el otro, Luis Villoro, nos parecerá cercana la voluntad crítica e interpretativa de los intelectuales que al asomarse por las ventanas de la literatura esperan ver el horizonte completo de la cultura. En cualquier caso, se trata de claros ejemplos que ponen de manifiesto dos actividades complementarias; actividades que, desde sus campos respectivos, hacen evidente el complicado sustrato que comporta todo relato historiográfico. Las

---

<sup>5</sup> José Luis Martínez, *Literatura mexicana. Siglo xx, 1910-1949*, 1990; Luis Villoro, "La cultura mexicana de 1910 a 1960", 1995.

<sup>6</sup> Hay una larga y nutrida tradición historiográfica en la cual se reúnen documentos con las características discutidas en el pasaje que da pie a esta nota; documentos estrechamente ligados a la constitución de la identidad nacional en México, además de cumplir con su servicio en la construcción de tablas de valores, cronologías, antologías, catálogos comentados de obras y autores, etc. A este respecto, consúltese Jorge Ruedas de la Serna, (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana*, 1996.

páginas de Martínez y Villoro tratan de formular un relato de la cultura mexicana, una versión organizada de los hechos, la hipótesis de un proceso histórico y social cuyas marcas intelectuales son características de las comunidades letradas de México en el siglo xx. La Revolución Mexicana, como lo veremos en seguida, es el foco que anima la postulación de dicho proceso.

En el fondo de estos documentos hay preguntas comunes. La primera de todas ellas interroga al curso de una cultura y a sus protagonistas sobre la pertinencia de una periodización, y los criterios de las etapas de la misma. Con ésta, vienen aparejadas algunas dudas en torno de la posibilidad de conferir un común denominador a los escritores de un periodo, a sus influencias, las tradiciones que acatan y que rechazan... Aquí me interesa otro grupo de preguntas, aquel que implícita o explícitamente sugiere modelos para explicar la relación de la obra artística con su tiempo y con su sociedad. El arte, la historia y la política, por mencionar provisionalmente con tres palabras un problema de estudio muy complejo. Un problema que adquiere importancia en casos parecidos a los del Ateneo de la Juventud, en los cuales se cumple una coincidencia que no pocos, la mayoría, quieren explicar como una consecuencia: la que se deriva de la reunión en el tiempo y en el espacio de un grupo de escritores notables y un percance social de enormes consecuencias para la vida política de una comunidad. Digamos por adelantado que, aunque estas páginas no comparten la opinión de quienes explican la coincidencia de dos hechos de índole tan distinta como la consecuencia necesaria de un proceso, no es posible ignorar que semejante opinión es portadora de los valores culturales que han hecho madurar a la historia literaria y le han conferido un lugar importante entre las construcciones ideológicas de la Edad Moderna. Perdida la centralidad que tuvo en el ciclo histórico dominado por la tradición clásica, la literatura ha tenido que reclamar su reconocimiento público mediante esquemas conceptuales que la han vinculado estrechamente a la historicidad y la organización política de las sociedades modernas.

Las opiniones de José Luis Martínez y Luis Villoro coinciden en que el proceso de la cultura mexicana en el siglo xx se inició al

mismo tiempo que la centuria, y en que ese comienzo tuvo como factor común a la Revolución de 1910. Más que una tesis sobre los vínculos entre literatura y sociedad, se trata de un criterio pragmático y operativo que ampara sus juicios literarios en la evidencia del almanaque, y en la mentalidad que relaciona, casi al punto de la identificación, una literatura con un Estado nacional. A este respecto, tanto el filósofo como el crítico literario e historiador han hecho suya una estructura cognitiva desarrollada a lo largo de la primera mitad del siglo xx en México, propia de la formalización especializada de las disciplinas ocupadas de la cultura literaria.

Martínez opta por una asociación directa entre los hechos de la sociedad y los de la cultura literaria; el tiempo ha terminado por sancionar esta estrategia en la utilidad del manual.

Así como la época del modernismo se sustentó en el hecho político y social del gobierno de Porfirio Díaz, el periodo contemporáneo de nuestra literatura nace y se apoya en la realidad de otro acontecimiento histórico, la Revolución Mexicana.<sup>7</sup>

Luego de este principio general, viene la descripción sumaria: fechas, títulos, nombres y resúmenes concisos de los contenidos de las obras. En este paisaje de gran amplitud, el Ateneo figura en una esquina representado por los hombres de letras que cumplieron con las tareas de la revolución cultural, junto a quienes llevaron a cabo la revolución política. A tales próceres se les confiere la responsabilidad de haber dado el primer aliento a nuestra cultura contemporánea.<sup>8</sup>

Villoro no anda muy lejos de este camino. Luego de afirmar que el Porfiriato llegó a ser una sociedad “opresora” y “enajenante” lo mismo en las cuestiones políticas que en las culturales, escribió lo que sigue:

---

<sup>7</sup> J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 17. El mismo procedimiento ideológico domina todo el trabajo desarrollado por José Luis Martínez a lo largo de su fructífera e influyente trayectoria como crítico e historiador. Un ejemplo acabado de esta estructuración discursiva se encuentra en *La expresión nacional*, 1993.

<sup>8</sup> J. L. Martínez, *Literatura mexicana...*, p. 18.

No, la transformación intelectual no anticipa la social. Tampoco la sigue; las primeras inquietudes intelectuales son simultáneas a los brotes de rebeldía popular. Se trata de dos procesos paralelos y simétricos de liberación. El movimiento cultural refleja el social, en el plano del espíritu; el movimiento social vuelve concreto el cultural, en la realidad.<sup>9</sup>

La correspondencia que propone Luis Villoro entre “el plano del espíritu” y “la realidad” no hace sino insistir en la proposición de José Luis Martínez a la luz de un materialismo dialéctico diluido, prudente, que ya no se atreve a proclamar la subordinación de los aspectos culturales de una sociedad a los económicos, pero que sigue distinguiéndolos como un par de bloques perfectamente definidos.

Luis Villoro acentúa los colores de la cuestión social y, con ello, abre el paso a una reflexión que José Luis Martínez no se propuso, aquella que estudia la relación entre los episodios de la cultura, y los políticos y los sociales. Para Villoro, el Ateneo desempeñó el papel de una falange cuyo cometido fue la liberación y la renovación de la cultura de México.<sup>10</sup>

Villoro y Martínez no son los únicos en expedir un certificado de identidad revolucionaria a los ateneístas. En realidad, ambos no hicieron otra cosa que incurrir en una actitud generalizada en quienes se han ocupado del mismo tema desde los descendientes inmediatos del ateneísmo, como Antonio Castro Leal y Samuel Ramos, hasta los estudiosos más cercanos a nosotros, cuyo respeto a las normas técnicas de su gremio los exime de la sospecha de la simpatía partidarista, como Leopoldo Zea y Álvaro Matute.

Esta actitud que permea un abanico tan amplio de conductas intelectuales y profesionales se alimenta de los documentos que los ateneístas dejaron tras de sí luego de haber explicado su identidad y su comportamiento públicos. Podemos citar a Juan Hernández Luna en apoyo de esta afirmación: “Ante los ojos de sus propios fundadores, el Ateneo de la Juventud aparece como un aconteci-

---

<sup>9</sup> L. Villoro, *op. cit.*, pp. 12-13.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 19-20.

miento verdaderamente nuevo en la cultura del país. Lo forma una generación que se define a sí misma con perfiles propios.”<sup>11</sup>

Al acatar las no pocas comparencias de *una generación que se define a sí misma*, los comentaristas y los estudiosos del Ateneo han seguido las líneas básicas del discurso que en su tiempo no sólo resolvió el problema de la nómina generacional y la descripción de sus integrantes, sino que también propició una versión satisfactoria de la relación entre literatura, historia y sociedad en lo que se refiere al Ateneo de la Juventud, y de acuerdo con las condiciones normativas, cívicas y nacionales que el discurso historiográfico demanda.

El ya citado Hernández Luna, tan diligente en la recopilación de las palabras de los ateneístas sobre sí mismos, llegó a la siguiente conclusión:

El Ateneo de la Juventud [...] representa un recodo en la historia de las ideas en México. No tiene los perfiles de las instituciones del coloniaje, ni las características de las agrupaciones del Porfiriato. Es el primer centro libre de cultura que nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la Revolución del 20 de noviembre. Tiene, por tanto, fisonomía propia: es el asilo de una nueva era de pensamiento en México.<sup>12</sup>

José Rojas Garcidueñas, otro de los distinguidos estudiosos del Ateneo, convencido de que los actos públicos organizados por sus miembros sólo pueden comprenderse como parte de los prolegómenos de la transformación que el país sufriría luego de 1910, afirmó, al final del retrato que trazó de la generación, lo que sigue:

Así, pues, es cierto que la labor de los ateneístas, en aquellos años de 1909 a 1913 o 1914, fue parte de la Revolución que, en esos días, iba cundiendo no solamente por toda la extensión del suelo mexicano sino también penetrando en sus diversas instituciones políticas y sociales, hasta llegar a todas, o casi todas las formas

---

<sup>11</sup> Juan Hernández Luna, “Prólogo”, p. 15.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 14-15.

sociales de la vida de México, que es lo que, precisamente, constituye y conforma una revolución.<sup>13</sup>

En un artículo que pretendió resumir en su tiempo el estado de las investigaciones sobre el Ateneo, Álvaro Matute incurrió en la misma perspectiva: “La historia intelectual del siglo xx en México tiene su capítulo inicial en materia literaria y filosófica en un grupo conocido como El Ateneo de la Juventud”.<sup>14</sup> Como se advierte, el acuerdo es unánime; no hay otra posibilidad, en virtud de los cimientos más profundos del edificio interpretativo: la literatura nacional; letras y nación; la fundación literaria de la república. Este principio dominante en la articulación del relato historiográfico de las letras mexicanas del siglo xx, convenientemente fortalecido por la incorporación de la Revolución Mexicana en los discursos de la identidad nacional, proyecta sobre nosotros una autoridad cuyos antecedentes se encuentran, al menos, en el siglo xix, con motivo de la integración de la literatura en el aparato simbólico de la república liberal. Con un matiz fuertemente social, la literatura fortaleció en los discursos que tratan sobre su propia historicidad su importancia en la constitución de un orden social nuevo.

### *Armas y letras*

*Literatura nacional; letras y nación; la fundación literaria del Estado revolucionario...*, esta clase de expresiones lleva implícitos ciertos problemas cuya expresión podría resumirse en esta sentencia: el vínculo que une al Ateneo de la Juventud con la Revolución Mexicana. Por una parte, la cultura y, por otra, los grandes percances sociales; la literatura y la revolución; las letras y las armas; además de un séquito de aspectos muy interesantes, como el estado de la cultura en el antiguo régimen, la conversión política de algunos artistas, las habituales restauraciones del gusto, la literatura comprometida... En

<sup>13</sup> José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, p. 150.

<sup>14</sup> Álvaro Matute, “El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación”, p. 53.



fin, una gran cantidad de temas por los cuales la historia moderna de la literatura tiene que pasar si quiere situar el hecho literario en una perspectiva histórica; operación que hasta hace algunos años no podía cumplirse si no era mediante de la asociación de los libros y los escritores con las entidades históricas por excelencia para la Edad Moderna: el Estado nacional, los instrumentos de gobierno del régimen republicano, el espíritu y las instituciones revolucionarias. De acuerdo con este punto de vista, la revolución de las armas y los caudillos en México tiene su contrapartida cultural en la obra de los ateneístas. Un consorcio entre las armas y las letras en beneficio de la maquinaria de la historia.

Con ser tan constante el esfuerzo de los historiadores y los críticos del ateneísmo por sellar este consorcio, no debe perderse de vista que su postulación más elemental ya formaba parte de las páginas autorreflexivas escritas por aquel distinguido grupo de intelectuales. No se trata de un hecho secundario, sino de uno de los efectos más claros del empeño de los ateneístas por restituir simbólicamente su alianza luego del desastre de 1913 y la dispersión de 1914. Casi extinguido, el Ateneo se dio a la tarea de preservar sus vínculos en el papel —muchas cartas, algunos artículos, pocos libros, conferencias y cursos—, a la espera de la restauración de su reino social; el reino que les estaba deparado con el republicanism autoritario de Porfirio Díaz. Con el paso de los meses y el arribo de Venustiano Carranza, las esperanzas terminaron por desvanecerse. Nada volvería a ser igual.<sup>15</sup>

En la conciencia de todos terminó por imponerse la certeza de que el país había entrado en una nueva etapa de su desarrollo social. Entonces, los ateneístas formularon su pacto con la nación en artículos y conferencias que desde entonces nos reciben cada vez que nos aventuramos en el estudio de sus obras: el pacto revolucionario del Ateneo. Éste es el horizonte social que se textualiza en la estrategia retórica y los patrones argumentativos de los escritos que inician la narrativa historiográfica del Ateneo de la Juventud.

---

<sup>15</sup> Sobre el desvanecimiento de las esperanzas de retornar a México que abrigó Alfonso Reyes, consúltese Leonardo Martínez Carrizales, *La sal de los enfermos. Calda y convalecencia de Alfonso Reyes. París 1913-1914*, 2001.

Los documentos fundadores de ese pacto todavía aguardan una mirada que pase sobre ellos con ironía y con distancia, que se haga cargo del horizonte de enunciación en cuyo escenario fueron constituidos, y que intente una crítica historiográfica de las formulaciones verbales contenidas en ellos. ¿A qué documentos me refiero? A las páginas en las que José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, principalmente, escribieron sus versiones de protagonistas apenas unas horas después de la disolución de la utopía ateneísta. A las comparecencias públicas de los ateneístas sobre sí mismos que el historiador Álvaro Matute quiso señalar como fuentes históricas del Ateneo de la Juventud, juzgando su valor documental y proponiendo una prelación para su lectura.

Matute fue el primero en reparar en esta condición de los documentos originarios del ateneísmo, aunque no el primero en distinguir la cuota de sentido socialmente construido de la cual estos documentos son portadores. En vez de intentar una crítica historiográfica de tales páginas orientada a investigar las tensiones ilocutivas que dominan su construcción con base en el escenario de su enunciación, Matute leyó sus líneas en busca de datos pretendidamente verificados por la experiencia del sujeto enunciante y, con ello, convalidó la autoridad con la cual estos escritos se proyectan sobre las tareas historiográficas habituales de la cultura mexicana a manera de fuentes indiscutibles del conocimiento sobre el pasado.

[...] hay cuatro testimonios mnemotécnicos (que tienen tanto de fuente primaria como de reconstrucción –libre– historiográfica), que resultan insuperables [para la reconstrucción histórica del Ateneo de la Juventud]: “Nosotros”, artículo de Alfonso Reyes (1914); “El movimiento intelectual contemporáneo en México” de José Vasconcelos, conferencia impartida en la Universidad San Marcos de Lima en 1916; “La Revolución y la cultura de México”, de Pedro Henríquez Ureña, texto de 1925 y, finalmente, “Pasado inmediato”, del mismo Alfonso Reyes, publicado en 1941.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> Álvaro Matute, art. cit., p. 54.

Matute concluye su dictamen con esta frase: "Todo lo que se ha escrito después acude a ellos de manera invariable."

Quizá sólo deberíamos añadir las páginas autobiográficas de algunos ateneístas como José Vasconcelos, Genaro Fernández McGregor, Enrique González Martínez, Nemesio García Naranjo y Carlos González Peña, en las cuales estos personajes abundan en la vocación autorreflexiva propia de su generación. En todo caso, el hecho fundamental es la existencia de un discurso colectivo de asombrosa influencia en la cultura mexicana del siglo xx que convendría desmontar cuidadosa y pacientemente, pues antes que comportar un valor de verdad indiscutible, sus núcleos productores de sentido llevan en sí las marcas de un *orden del tiempo* plenamente inteligible para la comunidad en que circularon originalmente;<sup>17</sup> las marcas de una *política de la memoria* gestionada por sus autores siempre y cuando se los entienda como actores de la organización civil de su propio tiempo. Hay en estas marcas, mucho más que en los "datos" que habilitan el valor documental de estas "fuentes primarias", una vía de acceso a una idea de la historicidad mucho más compleja pues implica tanto el cambio de los horizontes de quienes elaboran las huellas del pasado como el horizonte de quienes las leemos y las interpretamos con base en valores e ideas que ya no pueden identificarse con los de los autores/actores que observamos al final de un arco del tiempo siempre en movimiento.

Para terminar con la referencia de estos documentos fundadores del estatuto histórico del Ateneo de la Juventud, no debemos pasar por alto la misiva que Pedro Henríquez Ureña envió a Alfonso Reyes el 29 de octubre de 1913 como respuesta a la consulta que éste le había pedido a aquél con el propósito de escribir un artículo para la *Revista de América*; misiva que Álvaro Matute cataloga como una de las *fuentes primarias* de nuestro asunto, anterior a las páginas arriba citadas en el árbol genealógico de los documentos.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> La noción de *orden del tiempo*, estrechamente vinculada a la de *régimen de historicidad* propia de una sociedad históricamente determinada, se nutre de las reflexiones de François Hartog en su obra *Regímenes de historicidad*, pp. 29-30.

<sup>18</sup> Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I, 1907-1914*, pp. 220-231. Conviene consignar que Henríquez Ureña añadió algo más a este asunto en la misiva del 11 de noviembre de 1913 (pp. 241-242).

Esa página ha sido una fuente inagotable para la enunciación de los hechos y las personalidades del Ateneo, y deja sentir su influjo, todavía, en “Pasado inmediato”; una influencia que no sólo se reduce a proporcionar catálogos y nóminas, sino que abarca el ámbito de la estructura expositiva y las estrategias retóricas, el *orden del tiempo* y la *política de la memoria* en que el Ateneo se reconoce y funciona como un sujeto histórico.<sup>19</sup>

Este testimonio nos recuerda otro, datado algunos años antes, el prólogo que el escritor peruano Francisco García Calderón redactó para el primer libro publicado por Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*, y que desde entonces (1911) acompaña dichas páginas.<sup>20</sup> En esa pieza elogiosa y cortés, García Calderón atribuye a los ateneístas más notables el epíteto griego que los caracterizará en referencias posteriores. No es una invención del peruano, sino la adopción de las ideas que los mexicanos tenían sobre sí mismos.<sup>21</sup> Un ejemplo del modo en que los ateneístas, desde una etapa muy temprana, practicaron una diplomacia literaria a través de la cual inducirían los tópicos de su mitología colectiva en sus comentaristas.

Cuando llegue la hora revolucionaria, el sustrato básico de la imagen pública del grupo ya estará firme y, en cierta medida, acreditado. Sólo faltarán los ajustes revolucionarios que se harán cómodamente de acuerdo al esquema discursivo de una literatura

---

<sup>19</sup> L. Martínez Carrizales, *La sal de los enfermos...*, específicamente el capítulo cuarto, “El procurador del ateneísmo”, pp. 83-103, en el cual se expone el contexto social e ideológico en que la misiva señalada en el pasaje que da pie a esta nota se propició y se convirtió en materia de apropiación y modificaciones discursivas.

<sup>20</sup> Francisco García Calderón, “Prólogo” a A. Reyes, *Cuestiones estéticas*, pp. 11-12.

<sup>21</sup> Para una descripción de las relaciones entre Reyes y Francisco García Calderón ocurridas en 1913, consúltese L. Martínez Carrizales, *La sal de los enfermos...*, pp. 71-80. En esas líneas también hay una consideración de las operaciones sociales que se textualizaron en la introducción a *Cuestiones estéticas*. A este respecto, copio estas palabras: “En una forma quizá un poco rudimentaria, estamos ante el primer documento que describe al grupo, inducido por los propios interesados; la primera noticia registrada sobre el papel que tenemos del buen tino con el que Reyes y los suyos disparaban la imagen de su partido hacia el blanco preciso. En el pequeño escrito de Francisco García Calderón reconocemos las bases que sostienen el andamio sobre el cual los ateneístas construyeron su ‘leyenda’; en esa página, advertimos la sustancia de la mitología bajo cuya sombra escribieron el capítulo que les correspondía en la historia literaria de México. Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos frecuentarían más de una vez estos caminos, desarrollando, cada uno, algún aspecto particular” (pp. 73-74).

nacional. Todo lo que se ha escrito después, digámoslo a la manera del historiador Matute –aunque con un sentido diferente–, se remonta a aquellas lejanísimas y, para no pocos, inocentes páginas.

El *orden del tiempo* planteado por los discursos tempranos de los ateneístas ha sido desarrollado no sólo por ellos mismos en textos posteriores, más ordenados y ambiciosos (*Pasado inmediato, Ulises criollo, Las corrientes literarias en la América Hispánica*), sino también, como ya lo hemos señalado, por la primera generación de estudiosos profesionales de la cultura literaria de México, cuyos integrantes habían sido educados, en su mayoría, bajo el influjo conceptual de los propios ateneístas más inclinados a esta clase de tareas (v. gr. Antonio Castro Leal). Ese *orden* no se explica por el imperio positivo de los datos que contienen los documentos originarios de esta narrativa, sino por la *promesa* (*El descontento y la promesa*), la *utopía* (*La utopía de América*) que implica su construcción social, y que el clima de la Revolución Mexicana convalidó paulatinamente: la *utopía* de un escritor educador del pueblo, la *promesa* de una cultura de la letra impresa como eje de la ciudad.

La construcción de este *orden del tiempo* ateneísta instaló en el discurso un cambio en el estatuto del escritor y de la literatura que hacia el primer decenio del siglo xx socavaba definitivamente la autoridad del modelo modernista. Así, el escritor y la literatura adoptaban las graves responsabilidades que un medio escolar cada vez más complejo y diferenciado (la Escuela Nacional Preparatoria es el modelo indiscutible)<sup>22</sup> había imbuido en jóve-

<sup>22</sup> Con el propósito de explicar con cierta amplitud la breve referencia a la Escuela Nacional Preparatoria que aparece en la línea que da pie a esta nota, cito las siguientes palabras correspondientes a mi ponencia “El *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*. El campo discursivo en las postrimerías del Porfiriato”; la importancia que posteriormente cobrará en mi alegato sobre la identidad histórica de los integrantes del Ateneo de la Juventud el ámbito universitario justifica, a mi juicio, esta cita: “El *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* es el eje de una estructura cultural de la sociedad mexicana de principios de siglo xx en la cual se destaca la clase letrada que se había consolidado gracias al modelo de desarrollo económico y social del régimen de Porfirio Díaz; específicamente gracias a las instituciones educativas y culturales imperantes en el periodo. Hablamos de una clase letrada que hacia las postrimerías del Porfiriato era altamente especializada, diferenciada, definida, apartada de la función política y, por ello mismo, poseedora de discursos disciplinarios muy refinados sólo pertinentes en el campo específico de la enseñanza. Se trata de un grupo sociocultural que podríamos denominar como *hombre de letras* en el sentido en que lo hace el crítico Julio Ramos: un sujeto histórico que gracias a la especificidad,

nes de una vocación universitaria plenamente asumida. Entre esas responsabilidades destacaba, además de una organización disciplinaria cada vez más refinada de la materia literaria (una organización trazada con base en el modelo retórico-filológico de los estudios humanísticos), la voluntad más firme de difundir los bienes de la cultura letrada entre todos los integrantes del cuerpo social.

Hay un sentido profundamente republicano y democrático en la postulación de esta *promesa* y esta *utopía* que sirvió a los ateneístas para construir su identidad pública. El *orden del tiempo* así trazado, el cúmulo de expectativas que colmaban la acción pública de los ateneístas y la lectura de su propio pasado, ¿no encontraba su alimentación más apropiada en la memoria –crítica y rebelde hacia los primeros años del siglo xx– del liberalismo doctrinal de los patriarcas literarios del México reformado, escritores que se concebían como educadores de su pueblo, redentores del cuerpo social al que pertenecían? Definitivamente sí. La acción cultural de la Revolución Mexicana vino a dar futuro a este modelo retrospectivo y permitió a los ateneístas actualizar la *utopía* y la *promesa* de su *orden del tiempo*.

### *La mitología de los documentos*

El escritor y cronista Carlos Monsiváis escribió un panorama de la cultura de México en el siglo xx que todavía goza de atención en el dominio de las aulas universitarias.<sup>23</sup> Cerca de los hábitos de

---

racionalidad y modernidad de sus tradiciones intelectuales ofrece al Estado no sólo su concurso como servidor público sino también modelos según los cuales consolidar la solidez teórica de las tareas públicas, especialmente las relativas a la enseñanza de los ciudadanos. Entre estos modelos se destacan los correspondientes a la integridad racional de la cultura letrada, como la filología, la historia literaria, la lógica y la filosofía”.

<sup>23</sup> Nos referimos a “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx”, capítulo final de la obra colectiva *Historia general de México*, coordinada por Daniel Cosío Villegas y editada por El Colegio de México (t. 2, México, El Colegio de México-Editorial Harla, 1988); consúltese especialmente el apartado que Carlos Monsiváis dedicó al Ateneo de la Juventud, poco citado en las discusiones sobre la materia (pp. 1390 y ss.).

Luis Villoro en empresa parecida, el trabajo de Monsiváis adopta mayores obligaciones didácticas. Es una fuente escolar, en el mejor de los sentidos: revisión panorámica, examen de lecturas e interpretaciones y, a la larga, interpretación original por sí misma. En su trazo, Monsiváis invirtió buena parte del patrimonio cultural que lo caracteriza en el discurso público mexicano, junto con otros intelectuales de su generación: el de la izquierda universitaria. En las páginas a las que me refiero, Monsiváis practicó la incredulidad y el escepticismo ante lo que consideraba la autocelebración de los gobiernos emanados de la Revolución Mexicana en materia de historia cultural. Gracias a tal perspectiva, separó los hechos, las obras y los sujetos de su materia de estudio, de la conciencia que estos últimos tuvieron a propósito de sí mismos, los procedimientos por medio de los cuales esa conciencia se organizó en un discurso, y los caminos de su proyección pública. El capítulo dedicado al Ateneo de la Juventud en "Notas sobre la cultura mexicana del siglo xx" resulta especialmente rico para el examen de esta perspectiva. A él me ceñiré en lo que sigue.

Monsiváis no sólo pretendió describir, sino también *explicar* un episodio de la historia de la cultura literaria de México que se ha construido no sólo con datos, sino también con discursos que recogen en su propia estructuración y en el contrato de lectura que proponen procedimientos ideológicos, anímicos y mentales que rara vez suelen designarse y, mucho menos, desmontarse. Consciente de que la explicación de los fenómenos culturales pasa por las ideas que sus protagonistas tienen de sí mismos, Monsiváis propuso una noción que lamentablemente no ha corrido con buena suerte entre nosotros: la de una "sustancia mitológica" del Ateneo de la Juventud; sustancia que estaría conformada por ese grupo de enunciados básicos por medio de los cuales algunos de los miembros de esa generación hablaron de sí mismos y de su trabajo, de los suyos y de su tiempo, y construyeron una imagen colectiva que terminó por convertirse en objeto de conocimiento y sujeto participativo en la historia de la cultura mexicana.

Monsiváis identificó a los responsables de los documentos que dieron pie a esta versión y la han conservado hasta nuestros

días,<sup>24</sup> y advirtió los servicios que la *sustancia mitológica* prestó al “sistema político y social vencedor en la Revolución [que] precisa de una legitimidad integral”. Enseguida, aclaró el alcance de su dicho: “Fundar la cultura de la Revolución en un grupo de la evidente brillantez del Ateneo es hacerse de bases sólidas. Los historiadores de la cultura oficial eliminan incongruencias, desvanecen contradicciones y disparidades [...]”.<sup>25</sup> Deberíamos añadir que no sólo se trata de un síntoma de la “cultura oficial”, cualesquiera que sean sus amanuenses, sino también de una prueba del poco interés que hasta hace poco tiempo despertaban en los círculos del estudio universitario y la crítica literaria las estrategias de institucionalización del poder cultural, así como también las gestiones que un hombre de letras lleva a cabo necesariamente con el objeto de hacer legible su obra y su acción pública –aspectos estrechamente vinculados en una perspectiva de la cultura letrada de carácter pragmático–. En consecuencia, antes que la cita, es necesaria la crítica de los documentos fundadores del ateneísmo. Pero no sólo una crítica que manifieste los valores ideológicos del autor de tales textos, sino también otra: la crítica de esas páginas como discurso, como un acontecimiento lingüístico-pragmático, un acto de habla que se suscita de una determinada forma en virtud de la estructura tensiva del escenario social en que tal discurso es pertinente.<sup>26</sup> Por último, no será ocioso señalar que la lectura crítica de un discurso teóricamente concebido así implica diversos horizontes de observación y, por tanto, obliga al estudio-

<sup>24</sup> “Sin olvidar la enorme brillantez de sus principales integrantes, quizás una explicación parcial del mito específico del Ateneo de la Juventud se encuentre en la precoz decisión de los ateneístas (Vasconcelos, Reyes, Guzmán, Henríquez Ureña), quienes, en páginas memorables, se anticiparon a los historiadores en el recuento orgulloso de su trabajo y de su influencia, quizá guiados por la convicción de que, si no ejercían ellos su propio panegírico, nadie más –la indiferencia o la envidia ambientales– lo haría.” C. Monsiváis, art. cit., p. 1393.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 1397.

<sup>26</sup> Al redactar el pasaje que da pie a esta nota, así como los correspondientes a la naturaleza retórico-argumentativa e ilocutiva de los documentos por medio de los cuales se ha formulado el pasado del Ateneo de la Juventud, he tenido en cuenta la discusión de Antonio López Eire acerca de la naturaleza retórica de todo enunciado lingüístico y su proximidad teórica con la pragmática. A este respecto, consúltese A. López Eire, *Retórica clásica y teoría literaria moderna*, pp. 45-49.



so a cobrar conciencia de su distancia histórica con respecto de la materia que investiga.

Paso por alto los puntos de la “mitología” ateneísta postulada por Carlos Monsiváis, y me limito a reunirlos en una palabra y en una idea que puedan suscitar en nosotros el campo conceptual que ha hecho posible la fortuna ideológica de la construcción histórica del Ateneo tal y como la conocemos actualmente: *renovación; revolución cultural*. Éste es el eje del discurso ateneísta; el principio dominante que organiza la memoria de sus hechos públicos y el recuento de sus obras. En fin, la palabra y la idea que abrieron la puerta de la historia literaria a los miembros de este grupo, y que propiciaron su modo de ser una institución cercana al poder político, celosa de algo que podríamos llamar *poder cultural*. Un poder consustancial a la literatura; mejor: a la sociedad literaria, al municipio en que se organizan los escritores. La cultura como un poder público.

### *El maderismo cultural*

Si por algunos momentos concediéramos un valor, sólo un valor provisional, a la idea del Ateneo como un hecho correlativo en la cultura mexicana a los episodios armados de 1910-1920, me gustaría proponer algunas preguntas. Cuando asociamos al Ateneo con la Revolución Mexicana, ¿a qué revolución nos referimos? ¿Pensamos en Madero o en algún otro caudillo? ¿Pensamos en el conjunto de las guerras civiles que ocupan la década completa o sólo en alguno de sus episodios más significativos? ¿Cómo entendemos la Revolución que se asocia al Ateneo y, por tanto, las peculiaridades del vínculo entre los hombres de cultura y el ambiente político, ideológico y social del país? ¿No deberíamos, por un momento, explorar la situación del Ateneo en el horizonte del Porfiriato (entendido como un sistema de cultura de gran complejidad y alto grado de diferenciación), en el escenario de la literatura y las empresas culturales del siglo XIX mexicano?

En fin, muchas y variadas preguntas que podrían multiplicarse tanto como se quiera, aunque siempre atenuadas a una certeza:

la crítica historiográfica del discurso ateneísta más aceptado hasta ahora. Una crítica que implica un examen profundo del marco institucional, quiero decir, de los fenómenos de índole social que propiciaron el acercamiento de los integrantes de este grupo entre sí, su imagen colectiva, su proyección pública... En fin, el horizonte institucional y, consecuentemente, simbólico en que el Ateneo no sólo nos dará sus obras de juventud, sino que también nos propondrá los problemas de conocimiento e interpretación a los que aludo en estas páginas.<sup>27</sup>

Comprometidos en el intento de precisar la escena revolucionaria en que habita el Ateneo de la Juventud, avancemos en una dirección paralela a la de los historiadores de la Revolución Mexicana que, luego de someter a una buena revisión las tesis agrarias y obreras que tradicionalmente explicaron el movimiento social, terminaron por hacer caso de algunos invitados hasta entonces discretos en tales discusiones, y que sólo con el paso del tiempo revelaron su importancia en los estudios sobre la materia. Me refiero a la vertiente democrática y electoral que encarnaron diversas oposiciones al régimen, entre las cuales destaca Francisco I. Madero; la crisis de sucesión de la última hora del Porfiriato que determinó el inicio de la rebelión y su primera, la más temprana, la más breve de sus identidades.

Pensemos en las fechas y los actos que constituyen las noticias iniciales del ateneísmo, así como también su identidad más temprana. El breve capítulo de *Savia Moderna* (1906), el ataque a la *Revista Azul* de Manuel Caballero (1907) y la jornada pública de desagravio a Gabino Barreda y la educación laica (1908) se cuentan entre las primeras actividades de un grupo que entonces aparecía en la comunidad cultural de México. Tales actos no sólo quedaron registrados en la prehistoria del ateneísmo, sino además en la memoria

---

<sup>27</sup> La reconstitución del entorno institucional y simbólico en el cual actuaron los integrantes del Ateneo de la Juventud como una sociedad letrada debería apoyarse en las orientaciones teóricas que se han desarrollado recientemente en el ámbito de la historia de los intelectuales y la historia intelectual. Para tener una idea clara de este marco de trabajo, consúltense las obras de Carlos Altamirano, François Dosse, Julio Ramos y Jean-François Sirinelli citadas en la bibliografía de este artículo.

común de sus integrantes y en la reserva colectiva que alimentaría poco más tarde su “sustancia mitológica”. Estos acontecimientos fueron destacados por Alfonso Reyes en uno de los apartados de su ensayo “Pasado inmediato”, al recordar las batallas que constituyeron “la primera campaña del ateneísmo”. Una verdadera guerra por la sucesión del poder literario en la hora crepuscular de los poetas de la *Revista Moderna de México*, disputada entre los jóvenes escritores apadrinados por las últimas promociones del Modernismo y los de una falange dispersa en la provincia del país, a la cabeza de los cuales militaba la vanguardia católica. Sobre la equívoca y contradictoria manifestación en honor de Gabino Barreda, Reyes comentó: “Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen.”<sup>28</sup>

Y al menos en lo que se refiere a la cercanía de fechas, la verdad lo asiste, pues todos esos hechos sucedieron en el periodo de las inquietudes cívicas que alimentarían al maderismo y a otras opciones opositoras de carácter electoral y democrático con respecto del gobierno de Porfirio Díaz, como el reyismo.

Por otra parte, tengamos en cuenta las afirmaciones de los ateneístas que podrían interpretarse a la luz de las aspiraciones cívicas del maderismo. Si Francisco I. Madero representó los problemas de la sucesión de los responsables del poder político, la redistribución de la autoridad en el cuerpo social, la movilidad y las oportunidades abiertas para los nuevos cuadros profesionales... en fin, si Madero reclamó el cumplimiento cabal de la vida pública e institucional del país, quizá sea lícito interpretar las primeras noticias del Ateneo como la proyección de aquellas aspiraciones al campo de la cultura. Me refiero al respeto por la independencia de la vida cultural de la república y a la salud de la administración de sus bienes culturales. No es un dato menor que la extensión universitaria y la educación pública se cuenten entre los primeros bienes que interesarían a los ateneístas, convirtiéndose así en ejes de su gestión pública.

Si se me permite el abuso de una imagen, sugiero una especie de maderismo de la cultura que se apoya menos en las convicciones

<sup>28</sup> A. Reyes, “Pasado inmediato”, pp. 207-209.

del mártir de 1913, que en el destino de clase de los ateneístas: una clase de profesionales universitarios, ilustrados, en alguna medida patricios prohijados por las redes tradicionales del antiguo régimen, cuyo patrimonio se encuentra en el terreno de la moral pública y la profesionalización del trabajo intelectual: autonomía, dignidad técnica y profesional, espacios públicos para la discusión, márgenes de maniobra y operación. Hablamos de un "maderismo cultural" en que está presente el diagnóstico que los liberales ilustrados y moderados, metropolitanos y universitarios de la época emitieron sobre el antiguo régimen. Un diagnóstico en el que no tenía lugar, como ya lo hizo notar Carlos Monsiváis, el veredicto de las urnas. Un maderismo sin elecciones, si esto fuera posible. La autoridad ilustrada.

No se olvide que la experiencia de sociabilidad intelectual más estable del núcleo del Ateneo de la Juventud (Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán) radica en la reforma de la educación universitaria llevada a cabo por Justo Sierra en vías de la refundación de la Universidad Nacional. Uno de los temas dominantes en la discusión sobre la ley que abre paso a la nueva administración de la educación universitaria corresponde a la autonomía del nuevo instituto en materia de gobierno y gestión de sus tareas intelectuales. En estricto sentido, ateneístas como Caso, Reyes y Henríquez Ureña son profesores universitarios que se han podido formar gracias a un proceso de maduración, estabilidad y diferenciación del aparato escolar de la república que data de 1867, por lo menos.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> El proceso de maduración, estabilidad y diferenciación del aparato escolar del liberalismo republicano en México es un dato fundamental para comprender la gestión pública de los integrantes del Ateneo de la Juventud al margen de una perspectiva heroica. Los debates especializados entre quienes administraban las disciplinas dominantes de ese aparato habían cobrado una gran complejidad cuya comprensión es necesaria para explicar la incorporación de los ateneístas en la revisión del Positivismo y la plena habilitación de las humanidades. Un panorama de esta situación desde el punto de vista de la lógica, punta de lanza de la crítica del Positivismo, puede leerse en Antolín Sánchez Cuervo, *Krausismo en México*, 2004. Yo mismo he tenido ocasión de pensar en este problema de trabajo con motivo de la elaboración de esta ponencia: "La prensa institucional en las vísperas de la Revolución Mexicana. José Enrique Rodó en el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*". Me he valido de la perspectiva planteada en este trabajo para redactar en estas páginas lo que resulta pertinente al problema de la matriz universitaria del Ateneo de la Juventud.

Un matiz se impone. Al hablar de esta tesis, sólo pienso en los acontecimientos que van de 1906 a 1913; un lapso que corre de las primeras manifestaciones callejeras protagonizadas por el ateneísmo y la revista *Savia Moderna*, al percance de la Ciudadela y el asesinato de Madero. El trecho en que el Ateneo de la Juventud puede ser considerado como proyecto libre de transacciones con las veleidades de la realidad, voluntad positiva, iniciativa original. Hablo de una suerte de ateneísmo químicamente puro, si esto fuera posible. El Ateneo esencial. Los principios dominantes que articulan la identidad de este grupo incluso pueden advertirse en las trayectorias individuales que seguirán José Vasconcelos o Martín Luis Guzmán, y en la obra literaria de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes: la autonomía profesional del hombre de letras comprometido en asuntos públicos, el intelectual educador, divulgador de la cultura como base del contrato social, maestro de materias humanísticas especializadas. El orden social emanado de la Revolución Mexicana propició una atmósfera intelectual que hizo posible y digna del reconocimiento público esta clase de valores intelectuales.

### *El sentimiento cívico*

Uno de los documentos que mejor podría iluminar esta región del sentimiento cívico, republicano y liberal del ateneísmo temprano es la correspondencia entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.<sup>30</sup> Se trata de un epistolario cuyo horizonte histórico es el periodo de gestación del vago proyecto maderista y su consumación. Entre todas aquellas cartas, me parece que las que Reyes y Henríquez Ureña intercambiaron entre el 15 de septiembre de 1907 y el 6 de junio de 1911 pueden leerse como una exposición irregular, oblicua, tangencial, de la aspiración a una vida pública ordenada y sana que los corresponsales abrigaban.<sup>31</sup> Una aspiración no

<sup>30</sup> Consúltense la nota 18.

<sup>31</sup> Se trata de 35 cartas, escritas en el periodo beligerante del Ateneo: los años de las manifestaciones públicas, la Sociedad de Conferencias y la fundación del Ateneo de la Juventud. Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 43-183.

programática; mejor, un gesto de clase que tiene en la conversación epistolar su vehículo de expresión más sincero y más conveniente. No se trata de un documento que nos pone ante un cuerpo acabado de ideas, sino ante el espectáculo de la formulación de tales ideas. Una aspiración ateniense que prescindía de uno de los valores centrales de aquella polis clásica: la democracia. Al menos la democracia en su versión electoral. Una república de profesionales de las humanidades autónomos, liberales e ilustrados, dedicados en paz a la formación del espíritu público mediante la investigación y la enseñanza.

¿Por qué propongo la carta del 6 de junio de 1911 como el límite en que mejor puede hallarse la actitud política de Reyes y Henríquez Ureña? ¿Por qué no escoger la misiva del 19 de septiembre de 1914, fecha del último documento registrado por José Luis Martínez en el primer tomo de la correspondencia? Lo que Reyes escribió a su tutor intelectual aquel día del primer año del maderismo triunfante es la proclamación de la polis: el advenimiento del reino civil en que el filósofo y el poeta no padecerían más las intemperancias del rey. Alfonso Reyes rendía honores a la instauración de una república ilustrada y ordenada llena de promesas. Esta es la noticia que Reyes expidió a Henríquez Ureña.

Ya triunfó la Revolución. Madero llega mañana. El general Díaz se fue ya. No podía yo, por razones familiares que en los últimos días se hicieron gravísimas, darte detalles de la política mexicana. Lo sabrás todo cuando vengas. Nos espera una época agradabilísima y de civismo serio.<sup>32</sup>

Llama la atención el optimismo de un hombre sobre cuyo patrimonio familiar se cernía un cielo nublado. Con un entusiasmo denunciado por la sucesión veloz de noticias y proyectos en su carta, Reyes daba pruebas de que lo del "civismo serio" no era broma: las actividades públicas del Ateneo, el regreso de José Vasconcelos, las colaboraciones de los amigos en los periódicos, los libros publi-

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 179 (carta de A. Reyes a P. Henríquez Ureña, México, 6 de junio de 1911).

cados... y, por supuesto, no sólo el buen ánimo de quien quiere continuar la batalla, su batalla, sino ocupar definitivamente los puestos que el antiguo régimen había dispuesto para él y para los suyos.

A propósito: ministro de Instrucción Pública, Francisco Vázquez Gómez, y subsecretario José López Portillo y Rojas (ya en libertad). Nada se sabe aún de sus propósitos. Sin embargo, son incompatibles para Vázquez Gómez las ideas de Escuela de Altos Estudios y Universidad Nacional; no ha podido entender lo que es una persona jurídica; quiere la refundición de la Escuela de Altos Estudios en la Universidad, o de ésta en aquélla. Cuestiones de *claustró* materno. *Nosotros* estaremos a la defensa de la cultura. Vasconcelos predispuesto (*antepuesto*, dice Caso) a la posición contra el dicho ministro.<sup>33</sup>

En este despacho, cuatro años de diálogo alcanzaban una primera –luego sabríamos que engañosa– culminación. No sólo los años de una correspondencia, sino los de las primeras experiencias comunes: la consumación de una educación sentimental colectiva y de un proyecto de gestión pública radicado en las humanidades universitarias.

Quiero llamar la atención sobre las palabras con que Reyes habló de aquellos momentos en “Pasado inmediato”: “El antiguo régimen [...] venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir [...] El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso.” Y poco más adelante, añadió:

Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne [...] La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentales para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 180.

una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no posible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la *pax augusta*.<sup>34</sup>

Me he detenido con paciencia en esta cita, porque no quiero dar una referencia incompleta de las frases por medio de las cuales Reyes habló de un tiempo en que parecía reclamar, junto a los suyos, una evolución cabal para el país, nunca una revolución: la continuidad de la historia del liberalismo republicano de índole educativa alimentado por una pedagogía del ciudadano cada vez más especializada. No encuentro aquí la comparecencia del ánimo de un revolucionario que aspire a tomar por asalto el futuro, sino el consejo de quien hace votos por la instauración (casi estuve a punto de escribir: restauración, normalización, si es que fuera posible abogar por una *normalidad republicana* a la cual el país apelara en 1910) de un ideal cívico e ilustrado que tiene en Juárez, en Ignacio Ramírez, en Ignacio Manuel Altamirano y en Justo Sierra sus caudillos más próximos.

Ya el escéptico Carlos Monsiváis había conferido a las actitudes de los ateneístas el sello de una clase social, el de la burguesía descontenta con el endurecimiento de los canales de promoción del fin del Porfiriato. "Se consideran postergados o frenados en su derecho a actuar. Pertenecen a una capa social desesperada no ante el panorama de injusticia y miseria sino ante la eternidad declarada del régimen de Díaz. Son, en su egófsmo de clase, sinceros y diáfanos."<sup>35</sup> Y esta sinceridad elevada a la categoría de una actitud pública no conducía a una revolución, como no sea en el mecanismo de su mitología posterior. "Frente a los sectores reaccionarios y feudales del porfirismo, representan un adelanto, una liberalización, una *alternativa*: son la posibilidad de reforma dentro del sistema, la certidumbre de un comportamiento intelectual de primer orden. Pero su raigambre conservadora es imperiosa."<sup>36</sup> Sin embar-

<sup>34</sup> A. Reyes, "Pasado inmediato", p. 184.

<sup>35</sup> C. Monsiváis, art. cit., p. 1392.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 1397.



go, cabe preguntar ¿qué conservan? ¿Qué pretenden preservar en medio del desastre?

[...] el acervo humanista –responde Carlos Monsiváis–, la búsqueda de soluciones racionales y espirituales a la vez. Su utopía, el “ardor revolucionario tradicionalista” tiene un antecedente: los cauces místicos y morales de los jesuitas del siglo xviii. El vigoroso conservadurismo de los ateneístas no les impide constituirse en un puente entre una y otra etapas históricas y les obliga a perfilarse como un programa: el deseo de sobrevivencia de una cultura que no juzgan porfiriana sino occidental y universal (clásica en su origen) y a la que se deben.<sup>37</sup>

La analogía de Monsiváis es muy valiosa en lo que se refiere a la descripción de los actos de los ateneístas y a la mentalidad que los sustenta. Del mismo modo que los jesuitas en el siglo xviii, los ateneístas no quisieron renunciar a su fe tradicional y, una vez expulsados de su proyecto utópico, no lamentaron lo suficiente la pérdida de ese reino. El revolucionario tiene los ojos puestos en el futuro: el revolucionario es el futuro, porque el futuro es el tiempo de su realización. El ateneísta sólo pretendía la reforma del presente y practicaba una reverencia por el pasado, porque su más honda conformación pertenecía al pasado. Si quisiéramos llevar más lejos la analogía, podríamos decir que el verdadero lugar del ateneísmo nunca estuvo al lado de Madero, y mucho menos al lado de los caudillos; su lugar menos incómodo estuvo al lado de las “reformas borbónicas” del ministro Justo Sierra, el malogrado reformador del antiguo régimen.

Y ahora debo añadir que ese pretendido egoísmo de clase no los hace menos “maderistas”, quiero decir, menos participantes del clima político y social adverso al régimen de Díaz, que alentaría, sin proponérselo, una revolución social.

El problema es otro. El verdadero problema radica en los vínculos de estos liberales moderados e ilustrados con el antiguo régimen.

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 1397-1398.

Es necesario comprender a los ateneístas como una corporación de individuos educados en las aulas de la república liberal, depositarios y después responsables de los procesos de formalización y modernización de las disciplinas del conocimiento ocurridos en la Escuela Nacional Preparatoria y en las escuelas profesionales del Porfiriato, con una inclinación muy fuerte en favor de la proyección pública de sus actividades, con una conciencia despierta de su herencia y sus antecesores, de sus lealtades y sus compromisos, y articulada a una red de instituciones sociales y relaciones públicas que por el momento podríamos situar en los dominios de las instituciones de la cultura y la educación públicas del régimen de Porfirio Díaz.

### *Los ateneístas como educadores*

En el caso del Ateneo de la Juventud, desde luego seguiremos pensando en una generación, pero menos atentos a la obra de sus personalidades más pronunciadas, que atentos a los patrones y las condiciones de sociabilidad, reclutamiento y proyección pública del conjunto. Antes que una constelación de escritores: una verdadera sociedad cultural, una comunidad intelectual articulada en la estructura general de la sociedad mexicana tal y como ésta era hacia el primer decenio del siglo xx.<sup>38</sup> Sociedad de hombres de letras cuyas bases corresponden a los últimos años del Porfiriato, el periodo final de un largo ciclo de la cultura mexicana que comienza con los patriarcas intelectuales de la Reforma, si no es que con los primeros intentos de instaurar un sistema de educación laica para toda la república en los primeros tiempos de su vida.

Esta perspectiva no ha carecido de valedores entre nosotros, a pesar de la tendencia imperante a relacionar al Ateneo de la Juventud con la crítica del positivismo en las postrimerías del Porfiriato y con la iniciación literaria de México en el siglo xx. Uno de ellos

---

<sup>38</sup> Véase lo indicado en la nota 27 a propósito de la perspectiva teórica que, a mi juicio, es pertinente para explicar la gestión pública del Ateneo como una sociedad letrada funcional en el seno de la estructura social de su época.

fue el profesor Martín Quirarte, que prefirió relacionar la obra de los ateneístas con la gesta educativa mexicana del siglo XIX.<sup>39</sup> Quirarte remitió a los ateneístas al régimen cultural del Porfiriato y, con ello, al sistema cultural de México en el siglo XIX, donde es posible comprender más cabalmente su articulación como sociedad literaria y su convivencia con los poderes públicos. En este sentido, más que los demoleedores del “positivismo a la Barreda”, los lectores de Othón, los devotos de Menéndez Pelayo, los corresponsales de Menéndez Pidal o los redactores de *Savia Moderna* son el último episodio de la constitución y la administración de la educación pública del México independiente. Esto es, el Ateneo retratado en el horizonte de los proyectos pedagógicos del Estado mexicano, antes que como parte de la historia de las tendencias estéticas del fin de siglo en nuestro país, o participantes de la expresión literaria de la revolución social.

La restitución de este horizonte sociocultural me parece de la mayor importancia si, en el estudio del Ateneo, se quiere tomar en cuenta, como un dato fundamental de la interpretación, el estatuto de *hombre de letras* y de *literatura* que realmente conviene a la gestión pública y a la obra de estas personalidades, sin incurrir en distorsiones anacrónicas ocasionadas por la fusión inadvertida de horizontes históricos llevada a cabo por lectores contemporáneos a nosotros.

Gabriel Zaid avanzó por el camino del sello de clase y la impronta del Porfiriato en el comportamiento del Ateneo, cuando se ocupó de la interpretación del furioso ataque de sus miembros en contra de la segunda época de la *Revista Azul*, de Manuel Caballero.<sup>40</sup> De acuerdo con la perspectiva de sus pesquisas en torno de la vanguardia intelectual del catolicismo de la época, Zaid retrató a los ateneístas como una banda de conspiradores que pretendieron apoderarse, de acuerdo con el lenguaje de nuestros días, de los centros más importantes de la cultura nacional. Una conspiración burocrática llevada al cabo por un puñado de reformistas ambiciosos desde el corazón mismo del régimen.

<sup>39</sup> Martín Quirarte, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, 1995.

<sup>40</sup> G. Zaid, “López Velarde ateneísta”, pp. 347-378.

No vamos a discutir estos argumentos, como no matizamos antes los del profesor Quirarte. Sólo conservemos las opiniones de Gabriel Zaid en lo que atañen al Ateneo como una sociedad cultural que actúa en el seno del antiguo régimen, en la estructura simbólica, política y social donde las primeras batallas por su identidad cobran sentido y se vuelven pertinentes. Me parece que esta ruta de estudio no será la menos fructífera si queremos llegar a una imagen satisfactoria del marco institucional específicamente ateneísta.

Se trata de una valiosa perspectiva de estudio, pues aún hoy poco o nada se han investigado los orígenes profundos de los ateneístas; sus gestos más íntimos, aquellos sobre los cuales los intereses de la "mitología revolucionaria" no tienen ningún imperio. Me refiero al sistema de instituciones y a la red de relaciones públicas que, bajo la mano y el mando del subsecretario Justo Sierra, y luego ministro, dieron cobijo a estos jóvenes, alimentaron su utopía republicana en materia de convivencia cultural, y depositaron en sus manos la Universidad Nacional, la Escuela de Altos Estudios, y abrieron el camino hacia la Universidad Popular y el resto de las experiencias de extensión universitaria que caracterizaron los empeños de los ateneístas hasta la rectoría de José Vasconcelos y su ministerio.

El estudio de este capítulo de nuestra historia literaria requiere de interpretaciones propias del *orden del tiempo* cuyas claves, antes que al fin de esta historia conocido por todos (la Revolución Mexicana), pertenecen a los recursos de la memoria de los protagonistas de la época que alentaron sus expectativas: los recursos de la república liberal de los hombres de letras en el siglo XIX.

## BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Carlos, *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.
- Curiel, Fernando, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998 (Ediciones Especiales).

- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, trad. de Rafael F. Tomás, Valencia, Universitat de València, 2006.
- García Calderón, Francisco, "Prólogo" a Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas, Obras completas de Alfonso Reyes*, t. I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 11-12.
- Hartog, François, *Regímenes de historicidad*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.
- Hernández Luna, Juan, "Prólogo" a *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1984.
- López Eire, Antonio, *Retórica clásica y teoría literaria moderna*, 2ª ed., Madrid, Arco/Libros, 2002.
- Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1993 (Col. Cien de México).
- , *Literatura mexicana. Siglo xx, 1910-1949*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1990 (col. Lecturas Mexicanas. Tercera serie, 29).
- Martínez Carrizales, Leonardo, "El Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. El campo discursivo en las postrimerías del Porfiriato", ponencia presentada en el Coloquio El Papel de la Prensa en la Construcción de un Proyecto de Nación, celebrado los días 13, 14 y 15 de octubre de 2008, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Estudios Superiores Acatlán.
- , *La gracia pública de las letras. Tradición y reforma en la institución literaria de México*, México, Secretaría de Cultura de Puebla-Editorial Colibrí, 1999.
- , "La prensa institucional en las vísperas de la Revolución Mexicana. José Enrique Rodó en el Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria", ponencia presentada en el V Encuentro Internacional de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica, celebrado los días 6, 7 y 8 de noviembre de 2008, Zacatecas, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas-Red de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica.
- , *La sal de los enfermos. Caída y convalecencia de Alfonso Reyes. París 1913-1914*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León-Consejo para la Cultura de Nuevo León, 2001.

- Matute, Álvaro, "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación", *La Revolución mexicana. Actores, escenarios y acciones*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993, pp. 53-70.
- Monsiváis, Carlos, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx", Daniel Cosío Villegas (dir.), *Historia General de México*, t. 2, México, El Colegio de México-Editorial Harla, 1988, pp. 1390 y ss.
- Quintanilla, Susana, "Nosotros". *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México, Tusquets Editores, 2008 (Tiempo de Memoria).
- Quirarte, Martín, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Tierra Firme).
- Reyes, Alfonso, "Pasado inmediato", *Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 182-216.
- Reyes, Alfonso/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I, 1907-1914*, ed. de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (Biblioteca Americana).
- Rojas Garcidueñas, José, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979.
- Ruedas de la Serna, Jorge (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Filosofía y Letras, 1996.
- Sánchez Cuervo, Antolín C., *Krausismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Red Utopía A. C.-Jitanjáfora Morelia Editorial, 2004.
- Sirinelli, Jean-François, "Las élites culturales", en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999, pp. 289-312.
- , "Le hazard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels", *Comprendre le xxe siècle français*, Paris, Fayard, 2005, pp. 57-78.
- Villoro, Luis, "La cultura mexicana de 1910 a 1960", en *En México, entre*

*libros, Pensadores del siglo xx*, México, El Colegio Nacional-Fondo de Cultura Económica, 1995 (Col. Cuadernos de la Gaceta, 87).  
Zaid, Gabriel, "López Velarde ateneísta", en *Ensayos sobre poesía*, México, El Colegio Nacional, 1993, pp. 347-378.



*El orden cultural de la Revolución Mexicana*  
*Sujetos, representaciones, discursos y universos conceptuales*

Publicado por la Dirección de  
Publicaciones y Promoción Editorial  
de la Coordinación General de Difusión  
de la Universidad Autónoma Metropolitana y  
por la Sección de Producción y Distribución Editoriales (UAM-A).

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2010 en los  
Talleres Gráficos de la Universidad Autónoma Metropolitana,  
Boulevard Adolfo Ruiz Cortines núm. 5157,  
Colonia Guadalupe, delegación Tlalpan, 14610, México, D.F.

El tiraje fue de 1,500 ejemplares  
impresos en papel cultural de 90g  
y Couché de 250g.

La composición tipográfica se realizó  
con los tipos Chanticleer Roman y Palatino.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de  
Amaranta Luna, Marco Ramírez  
y Leonardo Martínez Carrizales.





**Formato de Papeleta de Vencimiento**

*El usuario se obliga a devolver este libro en la fecha  
señalada en el sello más reciente*

Código de barras. 2893729

FECHA DE DEVOLUCION


UAM  
F1234  
07.35

2893729  
El orden cultural de la R



2893729

La conmemoración en México del bicentenario del inicio de la lucha insurgente por la independencia y del centenario de la primera revolución social del siglo XX, ofrece la oportunidad de presentar los frutos de la labor analítica realizada por los investigadores actuales acerca de los procesos que afectaron a los distintos grupos sociales que han ocupado los territorios americanos desde finales del siglo de las luces.

A diferencia de los centenarios y cincuentenarios celebrados en el siglo XX, en que el Estado era quien marcaba las festividades y acciones a realizar, los celebrados en este nuevo siglo encuentran a una academia que se ha ido conformando, transformando y consolidando desde hace 50 años y que puede ofrecer una reflexión distinta a la meramente conmemorativa y cívica-patriótica. Los trabajos que se presentan en esta Colección 2010 tienen la finalidad de exponer la larga lista de problemas, agravios y procesos que, para desgracia de los grupos sociales mayoritarios, no han sido resueltos o se han desarrollado en detrimento de los herederos de aquellos insurgentes que en 1810 y 1910 tomaron sus armas, machetes, cuchillos, antorchas, piedras, para marcar un alto a la explotación de que eran y siguen siendo objeto.

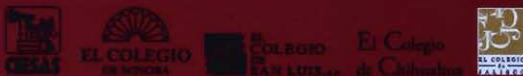
Las instituciones de educación superior participantes e investigadores convocados en esta Colección 2010 se unen al recordatorio de estas luchas sociales y de todo lo que falta por realizar.

Por varias décadas, el discurso histórico sobre la Revolución Mexicana se ha tejido en torno a nociones relativas al Estado, lo público o lo político. Gracias a este universo conceptual ha sido posible pensar el pasado inmediato de México, determinar la acción colectiva en el siglo xx y comprometer en el futuro el curso de la comunidad.

A este respecto, hay historicidades ocultas o marginadas; historicidades relativas, por ejemplo, a los sentimientos y las emociones personales, a la familia, a las minorías sociales de todo tipo, a las formas artísticas, a la religión, a las diversiones populares. Se trata de patrones de la organización social y de la integración del individuo que no tienen cabida en la estructura distributiva de la vida humana determinada por el discurso dominante sobre la Revolución Mexicana. Este hecho ha determinado la necesidad de prestar atención a estas experiencias para restituirlas en la memoria de México y con ello criticar el orden del tiempo construido por la perspectiva política y social de la Revolución.

*El orden cultural de la Revolución Mexicana. Sujetos, representaciones, discursos y universos conceptuales* reúne colaboraciones de especialistas que, desde sus campos de trabajo, investigan los problemas de las historicidades marginales a partir de la narrativa del pasado mexicano construida desde la perspectiva político-social de la Revolución Mexicana.

## CENTENARIO



ISBN 978-607-477-296-8



9 786074 772968

